CARLOS REAL DE AZUA

ESPAÑA DE CERCA Y DE LEJOS

MONTEVIDEO
1943

CARLOS REAL DE AZÚA

ESPAÑA DE CERCA Y DE LEJOS

IMPRESORA L. I. G. U. -- EDICIONES CEIBO
MONTEVIDEO -- 1943

«S'il avait les moyens de voir clair dans sa pensée, « et de l'exprimer, il dirait que le monde est desor- « donné, non par notre faute —mais par la sienne—. « Il dirait aussi que l'ordre ne nous est pas proposé « du dehors, comme quelque chose de tout prêt, com- « me un cadeau que nous serions criminels de refuser « mais que c'est a nous de l'imposer peu à peu et « durement. L'ordre n'est pas a reconnaître. Il est à « créer.»

Edmond Maillecotin, en «Les Hommes de
Bonne Volonté» de Jules Romains. T. IX.

INDICE

INTRODUCCION

Fuimos a España en el año 1942. Habíamos sido invitados a fines del anterior, a concurrir a unas reuniones, en las cuales, españoles y americanos, debatiríamos sobre «la forma de presentar al mundo», la doctrina de la Hispanidad. Fruto de ese viaje, de sus impresiones, de su sedimentación larga y segura, no creemos, al publicar estas páginas, faltar al derecho y deber no escritos de la hospitalidad, si a estos les hacemos algo más que un artilugio ritual de elogios, prudentemente diferidos. No creemos, sobre todo, fallar a la fe de los admirables amigos que, a la sordina, nos dijeron allá su corazón, sus dudas, sus esperanzas, su secreta angustia. En ellas no encontrará nadie, explotación escandalosa a lo «Retour de la URSS», ni remordimientos tasados. Sobre la adhesión, muerta en repudio, al régimen pasajero, visible, triunfante, nos trabaja un amor cada vez más creciente, a esa entidad de espíritu, pueblo y tierra ejemplares, a esa pobre luz azotada en el flanco de Europa, a esa España de hoy, tan obscurecida, tan desfigurada por tantas cosas que llevan adentro de sí la fidelidad parcial de la caricatura, para que no sean, al fin, mucho más destructivas, más peligrosas, que la falsificación dolosa, consciente, íntegra.

Quisimos buscar, ante todo, debajo de su paramento indigno, de su farsa irrespirable, las sendas de su carne viva: necesidad de verdad y viento estuvo en la primera intención de esta tarea.

Pero si estas páginas no fueran más que confesión, lirismo e itinerario nada nos habría movido jamás a hacerlas éditas. Es demasiado grave, urgente, austero, el peso de lo común, objetivo y civil, para que esta hora sea de «aclaraciones personales», «puntos de vista» y otras pequeñas egolatrías.

Al margen de subjetivismos, nos hemos esforzado por ver claro, y por ver claro, desde los principios hasta el hecho más diversificado. Acaso pueda llamarse objetividad, este mirar con ojos límpidos y sin telarañas, lo real. Pero para mirar «lo real», hay que mirarlo por fuerza desde una perspectiva, y también desde una atalaya, cuando «lo real» es campo de agonía (a).

Por eso, aunque el «yo» quedará siempre de lado, es lógico sobreentender que estas reflexiones están pensadas desde una perspectiva, y aún desde dos, y en dos tiempos. Casi siempre, las conclusiones finales refutan, o simplemente niegan, ideas que también han sido nuestras. Nos parece demasiado explícito lo que decimos, para tratar de escamotear el pasado. No podemos renegar de la continuidad vital que teje la trama de nuestros actos, de la suma de cultura, sensibilidad y comprensión más amplias, más dolorosas, sobre todo, que nuestras experiencias, aún erróneas, suelen darnos siempre. Nosotros hemos creído en los principios de la posición «hispánica», hemos participado de ellos. Permítasenos

(a) Usamos la palabra «agonía», a todo lo largo de estas páginas, en su sentido etimológico de «agón»: lucha, combate.

que por primera y ultima vez, aventuremos algo asi como una nota personal, en estas reflexiones. El viejo gesto de arrojar las armas en medio de la batalla, es demasiado tentador y fácil. El silencio no tiene, normalmente, responsabilidades. Tampoco las tienen, esos giros repentinos, sin argumento de decoro intelectual, que llenaron hasta hace poco la vida política y la prensa de América. Mucho más difícil es trazar, con toda la sinceridad de la que el hombre es capaz, el desarrollo interno de una ideología. Si no estamos entre los que es dable considerar con derecho para hablar del mundo nuevo, pensamos que nuestro tema es lo bastante objetivo, como para poder aliviarle de conexiones personales. Por otra parte, podráse ver que no estamos demasiado apurados por abandonar nuestra condición de franco-tiradores.

Cosa poco usual en tiempos de total beligerancia, se trata aquí de comprender el fenómeno totalitario. De comprenderlo sobre la realidad de un país dado: España. Nosotros, a diferencia del alemán de Weimar, no creemos que «comprenderlo todo, es disculparlo todo». Aspiramos a que nuestro repudio del totalitarismo, nuestro escrupuloso repudio, sea considerado más total, más orgánico, y sobre todo más creador, que ciertas fáciles exaltaciones, eficaces como dinamismo, eficaces como barrera, pero necesitadas como nunca de la conjugación del pensamiento.

Así y todo, este estudio no es —entiéndase bien— no puede ser, no va a ser, una fría disección de historia natural. Porque al margen de la anécdota, de la diatriba, es demasiado ardiente y dura la perspectiva de un americano joven, en este tremendo trance de una guerra que termina y de un mundo que empieza, para que podamos

mirar nuestro paisaje, cualquier paisaje, con los ojos un tanto menos límpidos, un poco menos fríos, un poco menos desapasionados, con que pudiéramos mirar a la Inglaterra Isabelina, una ciudad del Renacimiento, o el último sueño de Bizancio.

Una gran nación europea es demasiado importante como contribución para un orden mundial, lleva dentro de sí demasiadas riquezas, para que el tema de su destino pueda dejarnos indiferentes. El mundo occidental, todo, es un maravilloso tejido, un diversísimo tejido, que muy difícilmente podrá regenerar nunca desgarraduras en exceso vastas, seccionamientos en exceso profundos. Y el continente rector que soñamos, la América nueva, no puede ser sorda a ninguna de las voces que nos vienen desde la historia universal. Porque es como americanos, sobre todo, que la importancia de España se nos hace trágicamente aguda. Portamos a España en nuestra raíz. La primera presencia de lo occidental y de lo cristiano, esas presencias que llevamos como arquitectura de nuestro ser, se nos dieron en sus formas y en su empresa. Urge ver, en este recodo de historia enceguecida, el balance de lo que nos dió y es vivo, de lo que nos dió y está muerto; de lo que era suyo y ancló con hogar definido en este ser continental, tan desdibujado, y sin embargo tan seguro. Urge ver si aquellos valores universales que movieron su acción apostólica y civilizadora pueden uncirse —monopolísticamente— al ideal que hoy corre con el nombre de «Hispanidad», o si nuevas estructuras los salvan mejor, los prestigian más anchamente. Urge ver, sobre todo, si el espíritu religioso puede encadenarse a un mito histórico, mal y artificialmente resurrecto, y luchar en él, armado de coraza y espada, o si es un fermento universal que, como univer-

sal, debe actuar sin atarse a estructuras del pasado y a laboriosas restauraciones.

Además de este balance, el interés de España como tema nacional, se acrece en la circunstancia de que sus actuales males, han sido hasta ayer, males mundiales, fenómenos difusivos y cancerosos. Por eso la veremos en proyección mundial, y especialmente en proyección americana.

España está hoy en una encrucijada durísima de su vida, y si este término no estuviera tan depreciado como síntoma de los momentos históricos difíciles, nos quedaríamos simplemente con él. Pero sucede que la historia es una eterna encrucijada. Encrucijadas son siempre las opciones de política, de poder, de cultura, con las que un pueblo se está encontrando. Hay, es cierto, algunos momentos pasivamente determinados, vegetativamente seguros, pero son los menos, en la vida de las comunidades y de los hombres. Esta disyuntiva casi perpetua en que los pueblos se encuentran, para España hoy tiene otro nombre y otro símbolo: el callejón sin salida. Enclavada en una Europa totalitaria, a horcajadas entre ella y la dimensión clásica, cristiana, humanista de la vida, España intentó trabajosamente adaptar su genio histórico a la camisa de fuerza del Estado y el mundo hitlerianos. Las mejores características de su genio, las veremos, contrariaron con gloria, las consignas custodiadas a sangre y fuego sobre todo un continente. Pero también muchas deficiencias dolorosas, muchas tristes inclinaciones nacionales, las favorecieron.

Hoy, la España controlada por el franquismo, intenta, con la misma escasa fortuna, zafarse de la trampa.

El interés del espectáculo se duplica, porque el hombre español es demasiado parecido al hombre sud-

americano, para que no veamos en sus problemas, en sus tendencias, una posible prefiguración de las nuestras, su siempre potencial pronóstico. Soslayada la horrenda derrota, ya no temible, su drama hubiera podido ser el nuestro.

Se trata de entender. No hay defensa sin perspicacia total, sin inteligencia lúcida. Creemos arraigadamente que América no se salvaría, no salvaría su democracia, sino crece en grupos y personas, la idea de que el totalitarismo no es «sólo» una invención demoníaca de unos pueblos, de unas minorías dentro de unos pueblos, con fines pragmáticos de dominación universal. El totalitarismo ha marcado ausencias, deserciones, señalado insuficiencias, puesto el índice sobre reservas desconocidas.

Una revolución mundial de ideas, sentimientos y costumbres, apareció junto a él, confundida con él, enmarañada con él. Raptadas por el totalitarismo dentro de su filosofía de la tiranía y de la guerra, arrastradas a la sima donde se despeñará fatalmente, la desaparición de estas angustiadas expresiones del alma moderna, significaría para el mundo una regresión insalvable; sería desastrosa la vuelta al término conservador del «aquí no ha pasado nada». Por eso es que tales realidades tenemos que reintegrarlas a un universo liberado, reordenado sin temores. Pero para hacerlo, debemos tener confianza en que la democracia de América no necesita vallas de humo contra sí misma; de que lo que hace su viabilidad permanente como régimen político mejor, es la diversidad y posibilidad casi infinitas de sus estructuras.

Todo está salvado, si la imagen de una persona orgánica, libre, responsable y espiritual, se conserva en su centro, ardiendo como una estrella fija.

Levantaremos así, el inventario, muy general, de aquellas verdades parciales, que hay que librar de la muerte de los «dinamismos», y veremos siempre al régimen español, en función de este intento.

España tiene hoy un Estado totalitario. No lo es, en la diatriba que adorna con este verecundo adjetivo, toda norma política que salga de los cauces de una democracia ortodoxa. Lo es, por expresa y clara definición de sus actuales gobernantes. Empezaremos por ver la doctrina oficial española, como doctrina del Estado Totalitario, su concepción de la vida, de los valores morales y de la política, y en ella sus colisiones y sus coincidencias con el genio hispánico. De la doctrina descenderemos a la práctica, de los principios a las realizaciones, y contemplaremos a España como Régimen totalitario, y las piezas maestras del sistema: Caudillo, Estado y Partido Unico. Y con una intención más narrativa, describiremos el actual mapa político de la nación, y nuestra impresión de algunas de sus figuras más visibles. Continuaremos con una nota sobre la debatida solución monárquica, y los factores que, a nuestro juicio, le dan importancia y posibilidades. La política económico-social nos llamará también. Intentaremos explicar la significación de este enigmático «sindicalismo vertical», y su estricta ubicación dentro del cuadro de las soluciones sindicalistas y corporativas del mundo moderno.

Pero la España actual no se limita sólo a copiar servilmente, como pueden hacerlo un Antonescu o un Quisling, las fórmulas de exportación del «Nuevo Orden Nazi». España aspira a una originalidad política, que combine las inducciones de su genio histórico, con las condiciones de vida presentes, en lo político, económico y social. Quiere ensamblar, poniéndolos en el mismo

saco, con aire suficiente, los principios del nacionalismo totalitario y los valores cristianos y humanistas de la Justicia, el Espíritu, la Caridad, la Universalidad, la Persona, la Libertad; aún los de una democracia entendida en un sentido calumnioso y diminuto. Trataremos de examinar esta pretensión, y de demostrar cómo todos estos elementos se esterilizan mutuamente; cómo, al utilizar, mediatizando, las vivencias del catolicismo, en una desventurada contramano de la marcha histórica de la Iglesia, inhabilita a las verdades evangélicas para la penetración en la existencia temporal y no sirve, a la postre, más que para una seudojustificación teológica del maquiavelismo y del mal; cómo, además, carece de sustantividad propia y de posibilidades de realización concreta.

El esfuerzo en sí, parecerá peregrino para el hombre de este país, para el de todos los países americanos. Para él, la identificación entre falangismo y totalitarismo es simple, total, y de punto de partida. Ya se verá que no es, ciertamente, distinto nuestra pensamiento. A lo que aspiramos con toda sencillez, es a hacer inteligible y claro este parentesco tan estrecho, esta consustanciación, sin salida, pese a todos los esfuerzos laboriosos, y algunos honrados, por marcar diferencias. A hacerlo inteligible, y a mostrar su trágica mentira y frutos. Un intento de integración de los grupos hispanistas y nacionalistas al esfuerzo americano solidario, tiene que comenzar aquí. Porque en esos grupos laten virtudes de espiritualidad, de sacrificio, de moral, de desinterés, que una América nueva debe incorporar. Porque esos grupos, son la única quinta columna auténtica, no mercenaria en vastos sectores, y realmente eficaz a la larga y en las conciencias, que las fuerzas de la desintegración

tienen en América, desde el ángulo, que para entendernos, llamaremos contrarrevolucionario, totalitario, o de derecha. En la guerra cuentan más el sabotaje y la emisora clandestina. Pero en una paz convulsa, y en ese ámbito de lo cultural, invulnerable en su entraña a la decisión militar, las afirmaciones, los sentimientos que estos grupos alientan, cobran una creciente y mayor trascendencia. Podrán no importar ya para la guerra, faena de rigor, de sanción y línea escueta. Importan, decisivamente, para una paz de entendimiento, razón, convergencia —no de «compromiso»—; para esa guerra, «que está debajo de la guerra», en la expresión de Waldo Frank, para ese segundo acto incruento en el que, apagado el último cañón, quieta la más caudalosa sangre, el mundo se encuentra con la tarea de ser digno de lo inmolado.

Primero veremos todo en las doctrinas, y sólo después su cuajar en instituciones; iremos de los valores éticos y antropológicos, al plano político y social. Un aspecto nos va a atraer especialmente: las tentativas infructuosas por conciliar las nociones de persona humana y libertad, con la del Estado totalitario.

La consideración del catolicismo español, de sus tendencias, su genio y sus reacciones, es esencial al entendimiento de un régimen que pone la definición religiosa sobre toda otra.

Junto al intento de conciliación de Estado total y persona libre, es insoslayable la aspiración a superar la nación, dentro de un concepto más vasto y ambicioso: el del Imperio Cristiano. Indicaremos al pasar, la actitud de España ante la guerra, y las orientaciones, confesadas y secretas, de su política internacional. La noción del Imperio Cristiano adopta para España una forma

histórica contingente: la Hispanidad. Nos toca de modo directísimo. Trataremos primero de exponer imparcialmente sus principios, y en ellos ir entrelazando la crítica. Fórmula tendida horizontalmente sobre dos continentes, se encuentra la Hispanidad con el hecho de la solidaridad americana, con los Estados Unidos. Haremos el balance de lo que los «hispanistas» dicen y callan aquí. Concluiremos con una sumaria indagación sobre el destino y rumbo de nuestro mundo nuevo.

No creemos aventurar autocrítica pretenciosa, si pensamos que hay tal vez una excesiva concisión en lo que escribimos. La brevedad militante es señora de estas páginas, y hay que dar por entendidos muchos términos usuales del lenguaje filosófico - político, que no exijan directamente afincada atención.

En cambio, hemos tratado de ordenar claramente el material, con numeraciones que quitan fluidez, pero hacen las cosas más inteligibles. Dividido éste, con bastante nitidez, en exposición y crítica, sigue en general la dialéctica de la historia moderna: democracia liberal, racionalista, clásica; régimen totalitario; nueva democracia de personas y grupos responsables.

Tres limitaciones más, queremos hacer notar. La primera es la ausencia de una posición normativa, orgánicamente desarrollada, como séquito del orden crítico. La segunda, el género algo híbrido de este examen, oscilando, sin decidirse, entre la simple literatura de impresiones y la sociología descriptiva de tipo sistemático. La tercera, el carácter azaroso, nada científico, arbitrario, de las citas insertadas. Las hemos elegido por su valor expresivo, de entre nuestras lecturas últimas, al doble viento de una sintonización profunda o de una discordancia total con nuestro modo de pensar.

Parecerán estas páginas, a muchos, ya anticuadas. Algo del «mea culpa» tardío, del «a moro muerto, gran lanzada». El programa falangista, con la derrota del nazismo, será archivado para siempre. Sin embargo, las causas que crearon el totalitarismo, no serán destruídas por la victoria. Una paz demasiado simplista podría no matarlas, podría cortar sus troncos y dejar bajo la tierra sus raíces siniestras. A develarlo, y a develar este peligro, va enderezado lo que decimos; a luchar contra la mentalidad paradisíaca de la postguerra. Beligerante contra la suicida creencia en un mundo liberado y ordenado, como espontánea consecuencia directa del triunfo militar de la Libertad, está enderezado este esfuerzo, mínimo pero ferviente, humilde pero constructivo.

Y si una solución inteligente de todos los problemas de hoy, convirtiera al totalitarismo en Historia ¿hay maestra mejor y más segura que ella?

Hemos querido llevar agua al lugar donde es la adorable moltura de un mundo nuevo. De acuerdo al tema, a nuestra formación cultural, nuestra contribución atraviesa lugares, se abre «sobre» y «desde» posiciones, que no son las más transitadas. Lo importante es el puerto, no la ruta. El ata las diversidades y refunde los equipos; pone en todas las partidas un signo nuevo y común.

En este orden de explicaciones, debemos aclarar que al referirnos en la mayor parte de las ocasiones a España, la damos como identificada con su régimen político. Sabemos hasta qué grado, esta identificación es contraria a la realidad, pero razones perentorias de comodidad lo exigen así. Aquellas veces, en las que nación y régimen son mencionados como antitéticos, se comprenderán harto por sí solas.

La perspectiva filosófica desde la cual estas reflexiones nacen, podría colocarse entre la trayectoria aristotélico - tomista, como línea general, con sus creencias fundamentales en el Ser, la inteligibilidad de lo real, las jerarquías de la razón, las nociones centrales de materia y forma, de potencia y acto, el realismo crítico como gnoseología, y un «espiritualismo de encarnación», dentro del cual, un robusto sustancialismo de Espíritu y de cosas, salve los divorcios del idealismo. Junto a ella, la filosofía de los valores, como lenguaje expositivo e increiblemente fecundo en lo social, y las corrientes existencialistas y fenomenológicas, verdadera atmósfera del pensamiento de nuestro tiempo.

ESPAÑA Y LA CONCEPCION TOTALITARIA DEL MUNDO

Desde Dilthey, con el que se hace imperiosa la conciencia de que el hombre es un ser «histórico», se difunde en el pensamiento occidental, la idea de que las épocas tienen un alma: su concepción del mundo y de los valores; de que hay que hurgar hasta ella, si queremos capturar, en su intencional conexión, el aparato visible, fenoménico, de Derecho, Estado, Sociedad, Política.

Inquisición difícil, porque este «neuma» es hosco y hasta rebelde, pero su hallazgo bien vale dolores, porque paga, una vez entre las manos, con claridades, riquezas, precisiones sin sospecha.

Con la Edad Media, el Renacimiento, la Edad Clásica, el Liberalismo, el Capitalismo, el trabajo ya ha sido diversamente realizado. Bastan los nombres, escogidos al azar, de Landsberg, Vedel, Pirenne y Huizinga; de Burckhardt, Cassirer y Hazard; de Hauser y de Sombart; de Sellière y de Lasky. Una visión orgánica de la historia, especulativamente densa y prácticamente útil, no es posible de otra manera.

Exaltados por unos pocos, denigrados por los más, los totalitarismos nacionalistas no han sido, por lo general, objeto de tales análisis. Parecen demasiado nuestro mundo, circunstancia nuestra, para permitir con amplitud la labor reflexiva. Demás está decir, que la que realizamos ahora, sobre la concepción del hombre y de los

valores morales que el totalitarismo profesa, no significa más que una primera aproximación al tema. Todo el complejo problema de las causas económicas, filosóficas y psicológicas, lo dejaremos de lado, del mismo modo que una ilustración de todo, con textos adecuados. Desecharemos igualmente, por fin, el doloroso panorama de cómo todas las inclinaciones que forman el totalitarismo, no son monopolio totalitario; de cómo el hombre moderno en anarquía, lleva muchas dentro de sí (1). Porque lo que el totalitarismo ha hecho, es aprovecharlas sistemáticamente, haber regularizado su apelación constante, haber cerrado a cal y canto, con el método negativo de la persecución, con el positivo de una propaganda enloquecedora, toda salida, toda evasión, toda ruptura «natural» de ellas.

En este camino, el fascismo no había sido bastante audaz. Impuesto a un pueblo, ¡oh pueblo de Tomás, de Catalina, de Francisco, de Mazzini!, incapaz de poner creencia, esperanza, más que en aquellos supremos objetos que son dignos de ellas; chocando con una concepción del mundo, como la cristiano - humanista, demasiado hecha, concluída y arraigada, habría de ser el nacional - socialismo, culminando podredumbres seculares del alma alemana, el que revelara el carácter integral, totalitario, sin recursos, —mundos cerrados y exigentes—, de estas «concepciones del mundo», de estas «weltanschauungen».

Decíamos que el totalitarismo no ha creado los materiales que utiliza. Simple usufructuario del caos moral contemporáneo, el cinismo y el desprecio de los valores éticos, el culto de la fuerza o del dinero, la negación de la buena fe, la justicia y la verdad, son fenómenos universales desde la postguerra y sus convulsiones. Son

los frutos, largamente acunados, de un mundo sin Dios y sin normas, y que, perdidos para él Dios y normas, comprendió, demasiado lúcidamente, la fría inanidad de unas reglas sin raíces religiosas, sin asidero trascendente, con sólo unas angostas bases de utilidad y sanción social.

También conocemos perfectamente su paternidad filosófica: los utilitarismos diversos, el pragmatismo, el relativismo, el sensualismo, el materialismo biologista.

Todos se han conjugado en este hecho histórico-político, que a la vez que su corona, su finisterre dialéctico, es también reacción obscura e incompleta, reacción envenenada y manca, porque lleva dentro de ella, triunfantes, los termes de muchos siglos.

Porque el totalitarismo es la abdicación de todos los criterios supremos de ética en la colectividad nacional, en la empresa del Estado. No el inventor, decíamos. Su fuerza demoníaca radica en que es la primera aplicación en grande, del maquiavelismo renacentista y moderno; la primera aplicación que se realiza con el tremendo poder que una era fáustica, de máquinas y dominio de la naturaleza, tenía que proporcionarle. Será la ocasión primera en que el dualismo moral, incubado en la disociación de lo religioso y lo económico, de hombre público y hombre privado, sujetos a diferentes normas reguladoras, se hará monismo, y monismo del mal.

Esquemáticamente, podemos ordenar así la actitud del totalitarismo, ante los valores morales:

1. Contra la verdad, su eficacia y su culto; contra las virtudes que nacen de ella: el coraje moral, la sinceridad, la veracidad, la franqueza, un rumbo confesado y creído,

El pragmatismo de la comunidad nacional y del partido como criterio supremo (2), el arbitrismo, el manio-

brerismo, el desprecio de la doctrina como un compromiso previo para la acción, la variación indefinida; la impostura, la traición, la hipocresía, la astucia, la calumnia, el engaño y la intriga. (La política internacional de los países totalitarios es el mejor ejemplo de todo esto.)

2. Contra el sentido de la moral, de la justicia; contra un derecho natural; contra una norma de Bien y de Mal, inmanente o trascendente, que rige la conducta, y sus virtudes: honor, honradez, nobleza, rectitud,

El desprecio del valor ético, el culto del éxito y del interés colectivo - nacional, el nihilismo de la acción, la duplicidad, el cinismo.

Estamos ante una política divorciada de todo criterio exigente de actitudes, rotos esos obscuros vínculos del «remordimiento» y la «ocultación», testimonio ayer, hasta en las más descarriadas, de una conciencia moral que no se había perdido. Llégase a una esfera de actividad pura, autónoma, sin entrañas, cuya expresión más elaborada es la noción de la política, como dualismo y lucha de «amigo - enemigo», creada por el más eminente de los teóricos nacionalsocialistas: Carl Schmitt. Estamos en ese «realismo» frío e implacable, que ignora justamente todo, y desprecia la realidad de cuanto es ético, superior y digno en el hombre.

3. Una tras otra, las posiciones más típicas, excelsas y difíciles de la tradición cristiana y humanista son negadas. Pero hay una porción de ellas que se rechaza especialmente. Es la de la generosidad, el desprendimiento, la sobriedad, la templanza, la conformidad, la pobreza, el desinterés, el sacrificio voluntario. Tendido entre el amor de Dios y el amor del Hombre, hay un sacro sector en el que el ser afirma su valor

eterno en el darse, el irradiar, el consentir (ese «consentimiento» exaltado por Daniel Rops); en la aceptación humilde, serena y gozosa, de nuestro lote de humano dolor.

No es calumnia leer en cada línea del esfuerzo totalitario, la constante exaltación de la conquista y el despojo, del logro y la rapacidad, de la envidia y el resentimiento; la religión del poder y la expansión, las formas más materiales y primarias de la afirmación de sí.

4. Desprecio, sobre todo, de la tercera virtud teologal: de la Caridad y del amor que mueven al mundo.

Excluídas la piedad, la bondad, la misericordia, el perdón; desechada la humanidad como «sensiblería»; segado el ámbito de la noción del prójimo a los mojones fronterizos, el del amor de servicio, el de la amistad fraternal sin límites precisos, sin control prefijado. Al trocarse las bienaventuranzas del Evangelio, serán las criaturas preferidas el odio y la venganza, el rencor y el exterminio, la crueldad y la revancha, el desprecio del débil, del enfermo y del desgraciado, cuando ellos no son cifras «rescatables» de la comunidad guerrera y productora. El culto de la Guerra, —«santa» es mejor—, del combate y de la sangre, remata con símbolos eficaces todo lo que se quiere crear y todo lo que se quiere destruir.

5. Esta actitud que al secuaz se le propone, se le impone, responde a una visión hondamente pesimista del mundo, de la persona, de la vida. Contra el optimismo, la fe en el hombre, la confianza en él y en su perfectibilidad, la apelación a lo que tiene de superior y dèsinteresado, tomado aisladamente y como pueblo,

El llamado a las bajas pasiones y al mal; a la debilidad y a la corrupción. La desconfianza en lo hu-

mano, es el fondo de todo el famoso maquiavelismo fascista, de todo este pesimismo activo del hombre responsable. Desconfianza del pueblo, sobre todo, y aún, si hay voluntad de salvarle o elevarle materialmente, utilización de medios innobles.

6. Contra el culto de la lealtad, de la palabra empeñada, de la buena fe,

El perjurio, la estafa, la malversación moral, la defraudación y la traición.

7. Contra la humanidad, la modestia, la paciencia y el pudor del heroísmo,

La soberbia, el orgullo, la vanidad, la irritabilidad, la autocomplacencia y la arrogancia, el odio invisible y actuante a la idea del pecado original; la religión del prestigio, la grandeza, «lo viril», el poderío y la ambición.

8. Si salimos de la formación que se le quiere dar a la casta directora, a base de ciertos ideales simplistas, hay un puro negativismo de las realidades morales como instrumento de dominación, como medio de relación humana.

¿Contra ellas, en qué cree la «filosofía» totalitaria? Contra el convencimiento y la discusión libre,

En las fórmulas «actuales» de la fuerza, la dominación, la violencia, el sojuzgamiento, el terror, la brutalidad, la conquista, el despotismo y la hegemonía, el matonismo, la humillación y la injuria; en las fórmulas «potenciales» (es más práctico aterrorizar que matar), de la intimidación, la coacción, el pánico, la seducción y la amenaza. Hay una total falta del don de simpatía y comprensión del prójimo. Reinan la parcialidad del juicio y el espíritu sectario.

Estamos ante una forma de vida introspectiva, sub-

jetivista, solipsista. El hombre kantiano, islote náufrago imponiendo su ley al caos, se ha hecho comunidad y nación. Este subjetivismo colectivo extremo, impone unas formas «a priori» al mundo: la destrucción y la rapiña. La capacidad de crítica, de entendimiento y de transigencia, no puede existir sin una dosis generosa de espíritu objetivo, sin la posibilidad de vernos partes de un todo, sectores indigentes, dependientes solidarios de un cosmos.

9. Es de la esencia del orbe totalitario el abundante rasgo anti - intelectualista, la exaltación de lo instintivo y pasional, el desprecio de la razón, de la objetividad y de la inteligencia; la eliminación de sus virtudes de prudencia, serenidad y equilibrio; la de la consecuencia de una adhesión libre, justa y responsable.

Nos hallamos, a pesar de todo, en un realismo de estricto apego a las cosas, intuicionista, presentista (un «realismo tronchado», como diría Emmanuel Mounier), dentro del cual la idea, como intelectualización de lo real, y como tensión entre el «ser» y el «deber ser», es frenéticamente desechada. La «ideología» que execran los fascistas es esto. No sólo la ignorancia o la negación de lo real, en aras de un esquematismo físico - matemático aplicado a lo social (y aquí estamos ciertamente en el crepúsculo de las «ideologías»), sino también la arquitecturación de lo real, sino también su proyección en términos futuristas de progreso, de crecimiento y de libertad.

Difíciles de dirigir los hombres por un llamado superior, la apelación sistemática a las pasiones y al sentimiento, al fondo primitivo y más simple, a lo irracional e instintivo, a un escueto fideísmo, se organiza con poderosa eficacia. Nada de hablar de estas virtudes de

la inteligencia que hemos ido revistando, que hemos visto reemplazadas. Las formas más groseras de la hipnosis, el uso de las consignas, la sugestión, el simplismo, la demagogia, las artes de la propaganda sumamente concentradas sobre unos pocos objetivos (3), el uso desatentado de lo espectacular (a), llevan dócilmente al hombre, en temperatura de entusiasmo, en «tiempo» de infantilidad, al destino que sus amos le han señalado. Todo termina en la religión laica que cada totalitarismo se fabrica «al modo suo»; una religión con mártires, penitencias y júbilos, decálogo, recompensas y sanciones.

Incapaz de dominar al mundo, salvo en el plano físico - químico - matemático de la técnica, todo plan preestablecido de conducta es rechazado; lo existencial como un fluir sin cauces, la variabilidad ilimitada, la improvisación y ondulación cotidianas, son leyes de una vida en la que toda garantía ha desaparecido, en la que toda «formalidad» ha sido suprimida. Si no hay estabilidad e instituciones para la persona y su salvaguarda, es que tampoco las hay para las cosas. Todo estatismo, toda sustancia, quedan descartadas y el reino del dinamismo absoluto, del devenir y del cambio sin reposo, es, sin controversia, instaurado.

Adversos a una creencia sustantiva en el Espíritu, los totalitarismos nacionalistas son de tipo vitalista, biológico. El «culto de lo animal», gran metáfora de lo telúrico, de lo instintivo y lo irracional, lindando en la

---

(a) La oposición de lo espectacular y lo antiespectacular es una de las más seguras piedras de toque entre un totalitarismo y un régimen de personas. Paul Morand, en «Rien que la Terre», obra primeriza, lo advertía sagazmente.

apología de la bestialidad, ocupa en ellos, sobre todo en el nazismo, lugar prominente. Un materialismo práctico y muy difundido, suele ser la caída final de esta actitud, aunque la posición «espiritualista», por oposición al materialismo dialéctico del marxismo, ha obrado poderosamente en la génesis de estos movimientos. Los teóricos fascistas italianos, pertenecientes a un país de tradición espiritualista, limitarán su labor a una proclamación vacía: Roberto Cantalupo califica al espíritu, de «chisporroteo», y en el mejor de los casos, no se trata más que de un aprovechar con fines antiespirituales, las potencias creadoras del Ser, desconocidas o menospreciadas durante tanto tiempo.

El naturalismo y el panteísmo literal, más el del mito político - religioso: Raza, Nación, Estado, juntos a la negación del alma humana y de un Dios espiritual y sobre todo personal, son las vertientes naturales de la inclinación totalitaria (nos parece obvio demostrarlo) y religan a los «puros», allí donde la tradición cristiana, como en España y en Italia, no ha puesto, aún a la defensiva, un poco de agua en este vino.

Roger Caillois considera lo «esencial» del totalitarismo, la negación de los valores universales. La unidad del género humano, los quilates «católicos» del mundo, son reemplazados, hasta el agotamiento, por la concepción de la comunidad cerrada y por el particularismo nacional. Nace la fatalidad de la guerra, instalada esta clausura, y toda la inversión ética que estamos revistando. La creencia del Dios para todos, se hará la del «Dios alemán», o la más embozada del falangismo en el «Señor de los Ejércitos», en un sentido modernizado y literal. La amplitud se hace exclusividad, y junto con el dogmatismo y la falta de comprensión y simpatía

humanas, se elabora la perseguida noción, la figura delictiva del disidente, y el dualismo de los buenos y los malos.

Sobre estas categorías se basa principalmente la negación de la Igualdad. Podrán ser iguales entre sí los «buenos»; sobre los «malos», la relación necesaria será la de subordinación persecutoria. La bienaventuranza es unas veces «la sangre aria», otras, la política: participación en la religión cívica y culto del mito nacional. En cambio, la «jerarquía» y la «obediencia» son valores de tipo funcional, que no inciden mayormente sobre esto.

La consecuencia inexorable es la negación de la dignidad humana, pero no vamos a contemplarla ahora.

II

El totalitarismo tuvo la ambición, como todo fenómeno histórico con conciencia de lucha, de crear un «hombre nuevo».

Extraña criatura equívoca este «hombre nuevo», este deshabitado «hombre nuevo», adornado, adobado, diagnosticado por todas las doctrinas. Este «hombre nuevo» que era libre, cortés, inteligente, para el ideal renacentista; impetuoso, económico y previsor para la burguesía naciente; simple, productor y desprendido, para la esperanza marxista, ¿cómo lo es para el totalitarismo? ¿Cómo ha sido el que el totalitarismo ha pretendido crear?

Pero, y aquí no nos arrastra nuestra manía de pensar dialécticamente (San Pablo nos avala), este «hombre nuevo» siempre nace de las cenizas de un «hombre

viejo», siempre se deja, para una nueva inmigración, una cierta vestidura caduca, de hábitos, de reflejos, de actitudes.

El totalitarismo tiene también su «hombre viejo». Es el hombre de la burguesía y del liberalismo; el hombre «civilizado», «moderno», «europeo».

Es el hombre del intelectualismo liberal, el que nació con la revolución cartesiana y de la ruptura de la síntesis tomista de la personalidad, del seccionarse la dignidad de la Razón, de las altas certidumbres de la Fe y de las infusiones superiores. Pero ahora no interesa la ruta, y muchos la han recorrido. Importa el punto de llegada: es un hombre que ha cortado amarras con todo, menos con el mundo desordenado de sus pasiones, con su infierno abisal de ciegos mandatos, de mudos apetitos. Que ha muerto a la fe, al entusiasmo, al arrebato y al ardor. Que ha extinguido toda pasión que se dispare contra un objeto que no sea el propio «ego» y su placer. A fuerza de estas lentas, de esta tenaces muertes, llegamos al hombre de nuestros días: inmovilizado a fuerza de duda, paralizado a los encantos del riesgo, del impulso, de la creación y de la aventura. El individualismo termina así, por obra y gracia del ideal racionalista de seguridad, en la negación de las virtudes que le dieron el ser, que llamearon en su heroica edad de oro.

Pero el hombre del liberalismo, después de ser cargado con las notas de «cerebral», de intelectualista, de racional, es anatematizado también como «sentimental». Se atacan los sentimientos del hombre burgués y democrático, en cuanto ellos son los de caridad, perdón, compasión y dulzura. De la condenación de las efusiones rousseaunianas, se va a una verdadera persecución de

todos los valores evangélicos, combatidos como «sensiblería». (Una dura moral nietzcheana de bestia de presa, es lo más significativo del «héroe» totalitario).

Bajo este sentimentalismo, bajo el signo de su filosofía del «confort», de su individualismo y de su ausencia de cualidades dinámicas, nacen en el hombre liberal las actitudes románticas: la tendencia a la vida íntima y solitaria, al retraimiento a lo colectivo, al lirismo, a la cobardía, al abandono y a la resignación, a la morosidad de la derrota; la inclinación contemplativa y desengañada, el suspiro y la melancolía, la nostalgia, el regusto del pasado como miraje de felicidad perdida, el sentido de la muerte como acabamiento, reposo y entrega.

Subjetivismo, hedonismo, pesimismo, calzan alrededor de ellas y forman su tácita fundamentación filosófica. De aquí nace, en su expresión más elegida y a la vez más caudalosa, la gran bestia negra de los totalitarismos: el pacifismo.

También es incrédulo el hombre liberal; sin sentido del pecado, alojado en certidumbres que le defienden contra la angustia de la muerte; sin el drama de un destino ultraterreno que ganar o que perder.

Hijo del materialismo, del racionalismo mecanicista, del humanismo, el hombre moderno es el del progreso, el del optimismo. Es el creyente en un mundo ordenado por la razón; en un universo concebido como un ámbito cada vez más confortable, con las contradicciones, los dilemas y los conflictos cada vez más vencidos.

Digamos intelectual y reflexivo. Se mueve por lo racional, entendido en un sentido cerebralista, peyorativo y frío. Una gran cabeza desmesurada sería un símbolo

visible. Junto con su capacidad discursiva y crítica exacerbadas, son sus típicas reacciones, los monstruos que para el totalitarismo paren los sueños de la razón: la duda, la discusión, la comprensión y la ironía. De la duda y la comprensión nace la tendencia hacia la opinabilidad de todo lo pensable; de la opinabilidad, la tolerancia; de la tolerancia, el compromiso; de éste, todo el Estado de partidos. El liberalismo nace así, legítimamente, del racionalismo crítico.

En el orden de la acción, es el hombre de la timidez, de las reacciones debilitadoras, de la cautela, de las inhibiciones, del cálculo. La lentitud y la ineficacia operativas son el cortejo más frecuente de este rasgo. Celoso de su autonomía, individualista entrañable, sordo a todo gesto de desprendimiento, cerrado a las grandes corrientes sociales o religiosas de comunión humana, de grandeza y de fe, cultiva como el Cándido volteriano, su pequeño huerto. Sus haceres llevan la impronta de su contextura: es el hombre de la técnica contra la cultura, de la «política» contra la «religión», en el sentido mazziniano, de la «política» contra la «mística», en el de Peguy. Señor de la «Civilización», con la semántica de cosa exhausta y enteca que dió a este término la filosofía histórico - social alemana, al oponerlo a «Cultura», su dimensión es la Sociedad como opuesta a la Comunidad, usando la distinción, ya clásica, de Tönnies.

Su adhesión ciega a la libertad, entendida a lo individualista, a la comodidad; su culto práctico del egoísmo, le hacen hostil a toda reglamentación disciplinaria. El crítico, el intelectual, son la flor extrema de esta actitud ante la vida.

Reflejo de un mundo materialista, es célula de la Economía, bajo el signo de Lenin o del de Ford, y el

que pone la crematística sobre toda otra categoría. Rinde reverencia al Oro, símbolo del poder, dispensador de lujos, comodidad, dulzuras. Sus características posiciones filosóficas son: el utilitarismo, el pragmatismo, todas las ya mencionadas. Sus estilos existenciales típicos: el industrialismo y el funcionarismo, el capitalismo sin riesgos, en sus formas accionistas y pequeño - burguesas, las nuevas burguesías proletarias en su actividad burocrática.

III

Frente al hombre liberal, el del totalitarismo es, o pretende ser: 1, místico, pasional, arrebatado; 2, dogmático y creyente; 3, dinámico, tenso, heroico; 4, ascético y austero; 5, encuadrado en un orden, en una continuidad, en una disciplina. Pocos adagios lo sintetizan mejor, que aquel mussoliniano de «credere, obbedire, combattere»...

Un integrar a todo ser, estas fuerzas olvidadas y desconocidas, es la primera tarea que se propone el totalitarismo. Se trata de darles la más aguda tensión, la más fuerte plenitud. No cabrán dos señores en el alma humana. Toda pasión, todo impulso, toda mística, serán pocas. El cortejo de la odiada razón estará condenado al destierro; la duda y la mesura, la ironía y el análisis, tendrán que volver las espaldas gastadas, al desatado ardor del hombre nuevo.

A este dogma, a esta fe tan imperativas, se tratará de quitarles toda precisión, toda claridad, toda racional arquitectura. Una profesión arrebatada, mística, sensible, las anulará mejor en almas simplificadas, y les impondrá a los que manejan estas religiones a su antojo

y provecho, menos coherencia de actitudes, menor consecuencia en los procederes. Se promoverá lo «difuso», lo «vago», la «ilusión», las «razones del corazón», «la sacra ignorancia», las «imágenes», las «consignas». La pasión, un encendido voluntarismo, lo telúrico y elemental, simbolizados en el «blut und ehre» (a), «la terre et les morts», «lo gaucho», son convocados con apremio para llenar todas las valencias del dogma y batir más, si es posible, los ingredientes de inteligencia y universalidad que éste pueda contener.

Así se llega al mito, de carácter religioso e infrarracional, al que se exige servir con fanatismo y exaltación. Estos mitos no serán ya, las criaturas maravillosas de la naturaleza y el alma, que fueron los viejos mitos del mundo joven; criaturas miserables ahora, criaturas creadas en los Ministerios de Propaganda, por homúnculos de lentes y escritorio. Son el «Imperio Romano», la «raza aria», el Estado mussoliniano.

No son desatados para gastarse en el vacío, tanto odio al concepto, tanto despertar de fuerzas dinámicas e irracionales. Delante de éstas, un Dogma, una Mística, una Fe, les atraen como el fin al medio, como el acto a la potencia. Están aderezadas con todas las seducciones de una propaganda no demasiado primaria, impuestas con el pleno aparato coactivo de que el poder dispone. Tanto como de su calidad pasional y ardiente, el hombre totalitario se enorgullece de ser el de unas creencias, el de unas convicciones integrales. Por cierto, mucho más integrales que integradoras. Estas bestiales caricaturas de religiones, parecen tomar su fuerza de todo lo que excluyen, mutilan y matan. Su propia sus-

(a) «la sangre y la tierra».

tancia suele no ser otra cosa que todos estos valores que estamos exponiendo, canalizados e hipostatados en la entidad de una Nación, de una Raza, de un Estado, de un Jefe. Es lo relativo, absoluto. El pequeño dios, monoteizado. Casi todo queda a su margen, proscripto. Quedan proscriptas la inteligencia, la caridad, la universalidad, un Dios de amor sin fronteras, la libertad y la vida.

Filosofía ésta de la acción, de las cualidades dinámicas, de la entrega, no tiene otra moral posible que la del ascetismo y la privación. Hay una creencia ciega y una fe. Hay un desenfrenado dinamismo que las sirve y secunda. Todo lo que al hombre le depare placer, comodidad, blandura, sonrisa, humor y cortesía, vale como defraudación a esta imperativa y trascendente codicia. Máquina de acción bélica o productiva, para todas las cosas con que Dios llenó de belleza y dignidad el mundo, ha de ser sordo y ciego. Se cohonesta la privación, con una filosofía de la Cuaresma y la austeridad religiosa, del ascetismo, el sacrificio y la abnegación. Pero no estamos en un olvidar la carne, para trascender la persona sus fronteras. La ética de la acción no puede imponer otra cosa que un endurecimiento, una ascesis para ella. Junto a la saciedad del dogma, del entusiasmo y del heroísmo, tropezamos en el estado totalitario con la hartura, gritada hasta el tópico, de lo «severo», lo «sobrio», el «endurecimiento» y el «rigor»; con el odio a la comodidad y a las apetencias burguesas.

Tiene sus tremendas exigencias este dogma. La creencia ambiciosísima drena todas las fuerzas del hombre. Convertida en fin único y exclusivo, no hay salvación fuera de su servicio. Todas las potencias de la acción y de la empresa, del entusiasmo y la creación, de

la audacia y la energía, son ponderadas. El trabajo es reungido religiosamente. El modelo de una vida intensa y tumultuosa, ejemplarizada, por lo general, en los agitadores de la primera hora revolucionaria, es transformado por la propaganda, en programa para las juventudes. Se diviniza la impaciencia sobre la espera; contra la prudencia y la mesura: el arrojo, la violencia, la audacia, la temeridad y el afán de gloria. Todos estos integran el fenómeno heroico, un heroísmo espectacular, bélico, anecdótico, convertido en arquetipo supremo de todas las realizaciones vitales.

Por una de esas contradicciones nada raras, a este hombre, al mismo tiempo que se le predica ascetismo y aptitud de renunciar, «cuando pide» su cuota de felicidad a la sociedad civil, se le impone como estilo y móvil de su acción dirigida, ser codicioso, rapaz, con «voluntad de posesión y de querer». El ciudadano que aprieta su cinturón dentro de fronteras, que se debe fanáticamente a su país y a su partido, tiene un ancho campo para todo lo que sacrifica y comprime en el enemigo nacional o extranjero, en el repertorio de los actos que lo sancionan. El saqueo y la rapiña, los «progroms» y las confiscaciones, a la espera de la guerra total, son el campo de maniobras de esta «moral de señores».

Una concepción militar del destino determina el sello de la vida individual dentro de la vida colectiva. Nada dejado a la libertad, a la espontaneidad, a la improvisación creadoras. El hombre —afirma el sistema—, es feliz sintiéndose «encuadrado». La jerarquía y sus aristocracias, la disciplina, la obediencia, el orden, la fidelidad, una rigurosa unidad de mando, el aparato de uniformes, gritos y camisas, la severidad de un rígido

cauce reglamentario, la supresión absoluta de toda réplica a las órdenes, son los modos que convierten al grupo en un gran ejército. Sin uniforme o con él, el ciudadano está, normalmente, bajo el estatuto excepcional del soldado. «La vida es milicia sobre la tierra»...

La concepción dinámica del mundo se ayunta extrañamente con este esquema no flexible que sobre él se echa. La racionalidad sigue las variaciones de lo real; el irracionalismo totalitario, obediente en cierto sentido a las inflexiones de lo cósmico y a las advertencias de la técnica, planifica irreversiblemente el sector social-personal, le sirve de un instrumental psico-biológico demoníacamente aguzado. Al pragmatismo de la comunidad se sacrifican la diversidad de la vida y la tendencia de lo creado a subsistir y modificarse por leyes internas, y no por coacción heterónoma.

Está enclavado este ejemplar humano en un tiempo y en un espacio, en una patria y en un pasado. Es el insobornable portador de unas voces que imperativamente le dictan su trayecto en la tierra. Somos —con un más, con un menos—, autómatas que ejecutamos un repertorio refrendado y antiguo. Nos debemos al esplendor de la comunidad que integramos, a sus odios, a su libertad, a su celosa autarquía, a su proyección en el mundo. Y a ella, en el régimen español, se agregan, de acuerdo a la concepción religiosa y tradicional: la Comunión de la Iglesia en la que participamos, la Familia en que nacimos y ganamos los zumos primeros. La reacción contra el atomismo liberal —aquel héroe byroniano sin tierra, sin grupo, sin amor, sin Dios, sin esperanza, es extremada hasta negar de raíz, la libertad humana, la trágica singularidad de cada destino.

De la religión de la Acción, de la pasión y del

combate nace, puede nacer, ese sentido trágico de la vida, con el que los totalitarismos se obstinan en reemplazar al «optimismo burgués». Las vivencias de la «angustia», la «sangre», la «perennidad», la «agonía», la «muerte», la «nada», la «acción pura», tan vivas en cierta literatura y filosofía contemporáneas, son movilizadas certeramente, como red de arrastre cultural. Kierkegaard y Chestov, Heidegger y Unamuno, Rilke y Rimbaud, serán objeto de apelación e innoblemente utilizados. (El turbio empleo no excluye, por otra parte, la responsabilidad de la inteligencia sobre su fermentación más lejana, el dramático compromiso del pensamiento con sus más distantes e irreconocibles frutos).

Contra el instinto de conservación, se intenta poner al ser, de cara a su prodigalidad primordial; se utilizan o se tienen prontos para la empresa guerrera, abrevados en este «sentido trágico de la vida»: el nihilismo, la desesperación, el desprecio de la existencia propia, y de la ajena.

Porque la nota del sacrificio a la comunidad no se reduce a esta exigencia cotidiana de una cuota de trabajos, amor, preocupación y esperanza. La total abnegación de la vida puede y debe ser impuesta en cualquier instante. La muerte se adereza con incógnitas bellezas y el ademán del hombre que realiza su destino en el abdicar total, que gana con este solo gesto su gloria civil, se ensalza entre todos.

La «grandeza» en términos colectivos, la «grandeza» en la escala de la comunidad nacional, es la póstera aspiración de todos estos cultos de la potencia y la arrogancia, el corolario de todo este desprecio de lo débil, de lo humilde y lo pequeño. Esta «grandeza» nacional, exudatorio de las peores y más viejas egolatrías, sólo se

remoza estilísticamente, a medias, con los términos del «gran quehacer» y «los magnos objetivos». Grandeza de tipo militar, espectacular, —fanfarria y polvo—, vive de cerrarle el paso a toda grandeza verdadera. A esa secreta, invisible, callada grandeza, que impide hablar, como lo hacía una escritora no hace mucho, —hablar sin especificación—, de «la enfermedad de la grandeza».

Mediatizada la persona humana a la comunidad, su dominio singular cae copado. La vida privada, esa fecunda e intransferible vida privada, (4), cede a la exigencia total de la cosa pública, y no sólo la actividad entera del hombre se incorpora al dinamismo sin freno del gran todo. El totalitarismo se distingue de las viejas tiranías, en que no sólo confisca el juego mostrenco de los gestos, sino también la conciencia y su callado reino. De la imposibilidad de la oposición, caemos en la vertiente de la confiscación total, en la imposibilidad de toda actitud neutral. Ya no caben las dualidades, ganadas con sangre de generaciones, de Alma y Mundo, de Espíritu y Política. (5).

Propiedad estatal es el hombre. Dejan de tener sentido el equilibrio de poderes dentro del Estado (dogma clásico de su separación e independencia), y los equilibrios entre éste, como un todo, y lo social. Con todas sus garantías y derechos, quedan lo personal y lo colectivo entregados a la regulación arbitraria de la autoridad suprema; (los valores «seguridad», «estabilidad», «control», van a dormir al diccionario). La concepción de las instituciones como «coagulación», normalización de lo social, como protección de la persona, fenece por su base. El destino de la mujer en este orden peyorativamente «masculino», no necesita comentarse.

El culto de la guerra no es así una tendencia más

o menos adjetiva de ciertas insatisfacciones nacionales, como los totalitarismos nos lo hicieron creer al «munichismo» de todo el mundo. Religión de la dureza, del sacrificio, de la acción y de la sangre; sentido trágico de la vida, exaltación de la unidad colectiva en el riesgo y en la lucha, todas estas subterráneas fuerzas que crearon los regímenes de opresión, estas fuerzas que no levantaron las propagandas «ex nihilo», ¿en qué otra cosa podían parar sino en la guerra? (6) (El principio de la comunidad nacional cerrada, como conduciendo al mismo fin, lo veremos en otra parte).

Indagación apasionante, la de la corporización, traducción y beligerancia de este mundo de valores. Al hablar de corporización, entendemos el estudio de la genética eminentemente germánica de todo él, pues el nacionalsocialismo es la traducción más cabal de todo lo que estamos exponiendo. Desde el proemio pagano de la barbarie, hasta los movimientos juveniles y la filosofía irracionalista y existencialista inmediatamente anteriores al nazismo; a través de la Reforma, el prusianismo, el proceso de la organización, la filosofía idealista, el nacionalismo decimonónico, las tendencias del alma nacional, sus dolorosos complejos de inferioridad, Alemania acunó amorosamente este mundo, que no puede, sin embargo, confundirse rígidamente con ella.

Al hablar de traducción, descartamos con pena, la inserción, riquísima en precisiones, de estos valores, sobre las realidades Estado, Partido, Nación Derecho, Cultura, Familia y Economía.

Al hablar de beligerancia, nos referimos a la exposición crítica de los doce conceptos que constituyen la «lista negra» del totalitarismo: 1. Democracia, 2. Individualismo, 3. Liberalismo, 4. Burguesía, 5. Marxismo,

6. Comunismo, 7. Socialismo, 8. «Plutocracia», 9. Masonería, 10. Judaísmo, 11. Intelecualismo, 12. Internacionalismo.

Dejaremos todo esto de lado, y seguiremos viaje.

Estamos ya en condiciones de ver en toda su extensión, la paradoja trágica del totalitarismo. Es capaz de crear, de suscitar virtudes de la más fina alcurnia: desinterés, sacrificio solidario, fe, heroísmo y humildad, y otras, no tan valiosas, y que llamaríamos con Huxley, instrumentales o secundarias: entusiasmo, disciplina, arrojo. El hombre totalitario es capaz de fraternidad, de vida simple, desprendida y ofrendada. Pero cada una de estas virtudes, cada gesto y cada acto, están dirigidos a integrar la fuerza y la grandeza de la comunidad carnicera. La fructificación «mediata» de cada una de estas virtudes es muerte, destrucción y sojuzgamiento. A cada servidor de la comunidad le mueven, en cuanto servidor, imperativos éticos; en cuanto parte y usufructuario de ella, es instrumento del mal. Hay aprovechamiento caricaturesco de las virtudes cristianas clásicas, círculo adentro (nación o partido), exaltación satánica de todas las codicias, círculo afuera. La sentencia pascaliana sobre la diferencia de criterios morales: «Verité au deçà des Pyrénées, erreur au delà» (a), puede utilizarse para ver en qué sentido tan irrevocable, en qué instancia tan sustantiva, obra la frontera sobre la conducta totalitaria. Ya no es más allá de los Pirineos, sino de todas las fronteras, que las cosas cambian de signo. Pero cambia no sólo, como en Pascal, el signo de lo «opinable» sobre actos en sí iguales, —cada vez se universalizan más los criterios de valoración—, cambia la

(a) Pascal: «Pensées». Edición Gallimard, París, 1937, pág. 80.

realidad material de la conducta misma. Desde lo universal, desde el punto de vista del «bien común mundial», cada virtud fascista es una opción del crimen. El principio de la comunidad cerrada, y la desesperación en un mundo evangélicamente ordenado, son la causa de esta dualidad destructora. Pero ni siquiera el hombre totalitario, —hablamos hipotéticamente del que fuera capaz de desdoblamiento tal, de tal pasiva virtud— salvaría su destino, se redimiría como sujeto ético. Porque al margen del debate de si el Estado está o no regulado por la moral individual y sus principios, el Estado se mueve por manos de «hombres», tiene a «hombres» como órganos, necesita de sus brazos, y sus corazones, para el bien y para el mal. Y como asesinar, arrasar Guernicas, bombardear, estafar y expoliar, no son «actos moralmente indiferentes», como lo quieren algunos filósofos escolásticos servidores de los fascismos; como no son esos actos «necesarios» de la colectividad, que no manchan a los que los realizan en nombre de ella (el viejo argumento en las discusiones sobre la pena de muerte), los pecados horrendos del Estado son, al fin, los pecados de los hombres, numerosísimos, que cumplen sus órdenes.

IV

¿Hacia qué vientos de la rosa están, en esta encrucijada de tipos humanos, las tendencias del español? ¿A qué inclinaciones podemos recurrir para ponerle un tope al hombre totalitario, y cuáles podemos temer que lo realicen?

Por rara contradicción, el español es un ser intensamente pasional y agudamente crítico, — tan apto para

una fe como con alientos para destruirla—. El déficit racional, empero, es el rasgo más general y grave, y un análisis de la literatura y el pensamiento españoles, en sus grandes líneas, lo abonaría. Individualista y rebelde, parece lugar común decirlo, pero lo fué y lo será, mientras España sea España. Los doctrinarios del falangismo han calificado al individualismo de los siglos XVIII, XIX y XX, de fenómeno de decadencia, contraponiendo a sus sombras, la claridad del esfuerzo colectivo, jerárquico, que habría creado y sostenido la plenitud del Imperio. Sin embargo, no hay tal. El Imperio español fué tan obra de la improvisación, del esfuerzo individual y del desorden, como la decadencia española. Claro que éstos se aplicaron entonces a un mundo en el que no existía la técnica, a un mundo al cual no habían advenido aún, con su tremenda fuerza histórica, las naciones nórdicas germano - sajonas, con un sentido más solidario y social de la vida. La situación actual de España nos muestra de nuevo, lo orgánicamente reacio que es el español a toda organización coactiva, su particularismo exagerado, su hostilidad a toda existencia planificada, su falta total de noción de lo colectivo.

Indócil a toda regimentación, desde las minucias de un reglamento de tráfico, hasta las grandes empresas de encuadre totalitario, tampoco es posible en él, sin caer en el tópico de la pereza española, de la indolencia nacional, el culto religioso del trabajo, del dinamismo, del esfuerzo, que los regímenes fascistas tratan de suscitar. Una mística de tipo «nazi», tampoco arraigará jamás en España. Esta no tendrá nada más que místicos auténticos, y estas flores son impares, raras, reacias.

En cambio, ciertos defectos, ciertas caídas temperamentales de lo nacional hispánico, ayudan peligrosa-

mente a la labor totalitaria. El español es un ser orgulloso, individual y nacionalmente. Sus tendencias a la vanagloria, a la peor jactancia, a la egolatría, a la «grandeza», aunque sentida ésta en términos universales y no particularistas, han sido mencionadas repetidamente, desde el período crítico, como rasgos muy marcados de su carácter.

Tiene el gusto de la sangre y la violencia: en el toreo y en la guerra. Es poco caritativo y a menudo cruel. En cambio, profesa el culto de la palabra dada, es recto, honrado, desconoce la artería. Son suyas una sensibilidad natural para la ética y la noción rápida y certerísima del bien y del mal, —es hombre de absolutos. Es vitalmente simple, aunque harto sensual en regiones dadas: la sensualidad «flamenca» del bilbaíno, la sensualidad «helénica» del andaluz. Un maquiavelismo, un cinismo del interés nacional, nunca será posible en él. Tiene el sentido agudo de la libertad, de la dignidad, de la insustituibilidad de la persona. Nadie le podrá confiscar la prioridad intimísima de su relación con Dios, con el mundo y con los demás hombres. Nadie le podrá imponer, ni hacer imponer, una regimentación zoológica de la existencia humana.

Está propenso a caer en soluciones de imposición, por su temple pasional y su subjetivismo llevado hasta una elemental carencia de espíritu objetivo. («El Quijote» y el famoso quijotismo, junto con la egregia afirmación de los valores éticos, es hijo de esta inclinación, fruto de la escisión idealista entre un realismo de cosas y un realismo de ideas puras). Es frecuente su impotencia para el diálogo, la transacción y la tolerancia. Vive con intensidad, sin par en ningún otro pueblo de la tierra, el clima del sentido trágico, de la intimidad

con la muerte, de la primordial prodigalidad, de la existencia como «agonía», la dimensión sobrenatural de la vida. El libro de Unamuno, toda su obra, sólo pudo ser escrita en España.

Y un desapego del mundo, unas vivencias de lo heroico y lo fraterno, más crecidas que en cualquier otra parte. Contra la ética del ahorro egoísta, es el hombre del dispendio generoso; contra la frivolidad, la disponibilidad, el sincretismo, el de «la gravedad vital de la adhesión valorativa» (a).

V

El falangismo es un reflejo de toda esta concepción, someramente expuesta, de la vida, la moral, el hombre y el mundo. Tal vez latieron en su creación, esencias auténticamente humanistas y cristianas. Pero la vida española, seis años de imperio incontrovertido en la existencia política nacional, la solidaridad con el nazismo, su custodia a sangre y fuego, han despejado la opción primitiva, el posible dilema de un régimen totalitario o un régimen de personas. El falangismo es ahora, una de las peores modalidades totalitarias. De las peores, precisamente, por el ejemplar valor de lo que amenaza, por la nobleza mayor, y por lo tanto con una abyección más dolorosa, de sus elementos originales. Enloquecer una tradición valiosa, una tradición de siglos, se perdona menos que rascarle a los bárbaros su costra de civilización.

(a) Sabemos lo relativas que son estas psicologías nacionales. Sin embargo, no es imposible leer en la trayectoria de un pueblo, ciertos rasgos, ciertas tendencias más estables que otras.

Si tuviéramos que caracterizar al falangismo, diríamos que le ordena la misma idea de la «comunidad cerrada», los mismos ingredientes éticos y vitales que ya hemos contemplado, pero coronándolo todo, y es lo que podríase llamar su «originalidad»: la concepción de la Patria al servicio de Dios, la nación defensora del Dogma, de la Teología, de la Verdad con mayúscula (7). El dogma católico es el cimiento y última instancia de la doctrina nacional, el «todo» firme, cerrado, claro, en el que pueblo y minorías encontrarán, como encontraron ayer, la felicidad interior, el orden cósmico y la seguridad de la salvación.

La vieja creencia y orgullo españoles de la Patria como «predilecta de Dios», fueron cohonestados con los peores espasmos del nacionalismo; fué revivida tres siglos después, la técnica del servicio temporal de los fines espirituales (8). La Cristiandad «se impondrá a mandobles», y se restauran las nociones, en su concreta accidentalidad, de Cruzada y Caballero. Vincúlase lo nacional a lo religioso y ambos a lo social (síntesis de Laín Entralgo). España, «brazo de Dios», es por ello, «brazo de Roma». Con esto se vela, se velaba, sobre intereses políticos actuales, y a la Iglesia se le insufla beligerancia y resta catolicidad.

Tal es la cúpula de vieja Cristiandad que se le coloca en España a la órbita totalitaria. Mundos hostiles, el primero vive y vivirá estéril (sólo tiene cierta fuerza, la negación explícita del vitalismo panteísta por la afirmación de un Espíritu sustancial y divino), raptado por falsificación, a su eterna eficacia revolucionaria. Bajo el manto de este servicio misional de lo religioso, revive la pertinaz inclinación nacional hacia los cultos de la Grandeza y de la Gloria. Todo se vuelve un hablar de «teó-

logos armados», de «los combates del Eterno» y de «las batallas de Dios».

Así, a este mundo de los fascismos, el franquismo lo remata con su estricta negación dialéctica: con el repudio de las actitudes maquiavélicas, con el culto público a la moral más estricta y rigurosa. Pero esta ética, la ética cristiana, insiste con peculiaridad en las normas de tipo restrictivo y que Maritain llamaría «duras» (9): civil ascetismo, obediencia a las regulaciones de la autoridad, desprendimiento de sí, sacrificio, culto al trabajo. La feroz imposición del dogma, la administración militar, coactiva, de la salvación; la teoría de la violencia cilicial depuradora, de una crueldad que liquide al disidente por el fuego y por la sangre, llevan a la negación de los valores específicamente evangélicos: caridad, amor fraternal, comprensión angustiosa e inteligente como prólogo de la faena redentora (que es la entraña cristiana de la tolerancia), perdón, bondad, piedad, misericordia.

Porque el totalitarismo tiene su propia cifra, su propio juego, su peculiar dinámica, y poco sirve el eticismo español para contenerlo o desbaratarlo. Caben las actitudes individuales, la utilización del milenario caudal de reflejos y de instintos cristianos, pero lo doctrinario tiene un maligno poder, a la larga, para destruir lo práctico, para llegar, silogísticamente, a sus propias y extremas conclusiones.

A pesar de ello, el falangismo, aunque parece aceptar gozosamente todo este universo planificado, colectivizado, cerrado (a), aventura una serie de negaciones y reservas que son, sustancialmente, estas:

(a) La concepción de la comunidad como un todo compacto y sin resquicios, solidario en la tierra, la sangre y la creencia,

1. Reserva de la «persona», con sus atributos de vida íntima, con su sustantividad, con su libertad. Vemos en otra parte, en qué para su eficacia.

2. Frente al maquiavelismo, proclama los principios de la tradición española que le combatió: la verdad, la justicia, el derecho natural, la buena fe, la palabra empeñada, la concepción de la moral como un absoluto. El maquiavelismo, entendido por la doblez y vericuetos de la conducta, no es, indudablemente, un rasgo del régimen español. Este más bien parece a ratos, sobre todo en ciertos actos de su política internacional y social, infantil e ingenuo (Hispanidad, tentativas «pacifistas», «revolución»). Aclaramos: no ingenuo por falta de mala intención, sino por cierta falsa y sobrevalorada creencia en su capacidad de engañar.

3. Frente al «misticismo» irracionalista, se proclama la tradición clásica. Roma no vale sólo para el falangismo, como sede religiosa. Se imputan en ella Clasicismo y Catolicismo, Imperio e Iglesia, lo Natural y lo Sobrenatural, las dos Espadas, Paganismo y Cristiandad.

El «pensamiento» oficial se reclama de lo clásico y de sus principios: culto de la razón, creencia en la inteligibilidad de lo real, «cultura» contra «naturaleza», tradición, aprendizaje y dificultad contra improvisación; norma y ley contra espontaneidad e instinto; ma-

tiene en la Edad Moderna, su primer arquetipo en la España habsburguesa, sucesora de la tarea de Isabel y de Fernando. Unidad territorial, contra los regionalismos y el coto morisco; política, contra Ordenes y señoríos; racial, contra musulmanes y judíos; espiritual y religiosa, contra incrédulos y disidentes. Las armas y la Inquisición, la administración y la Hermandad, velan sobre ella.

jestad; correspondiente rigor de fondo y forma; claridad desnuda.

La evidente modernidad de un clasicismo intemporal, se convierte aquí en la exigencia de un clasicismo de Roma. La aspiración hacia un mundo ordenado por la inteligencia y por la norma, pero una norma «desde adentro», una norma que «integre» todos los elementos de nuestro caos, (10) es uncida por el falangismo a una coyuntura puramente histórica, arqueológica y agotada.

Por otra parte, este clasicismo, tan llevado y traído, no excluye la tentativa irracionalista de simplificar, infantilizando, la conducción de masas. Estamos ante un clasicismo de selectos, ante una esencia para pocos. Doblado, a vuelta de esquina, con el «¡Abajo la inteligencia!»

De toda la concepción totalitaria, se exalta con especialidad el culto al trabajo, el dinamismo, la empresa, la «mística», la regimentación disciplinaria de la vida social. Todo ello por razones evidentes de deficiencia colectiva. También las actitudes ascéticas y austeras, y el sentido trágico de la vida, porque tienen en España una larga tradición cristiano - senequista y porque serían muy útiles para afrontar tanta escasez.

Es típico de la mentalidad actual y de los propósitos de los dirigentes, un concurso nacional sobre «El sentido de la Muerte española», ganado por Mercedes Ballesteros de la Torre, con su trabajo sobre «Un estilo del morir». Fluyen aquí juntos, el eterno escorzo manriqueño, «la muerte propia» de Rainer María y la abdicación vital, como corolario de un dinamismo heroico, según la guerra y la mentalidad de nuestros días.

Los principios totalitarios se prolongan sobre lo re-

ligioso. Pedro Laín Entralgo, uno de los voceros doctrinarios del falangismo (11), hablará de una religión «del ímpetu, la pasión, el poderío y el entusiasmo». Pemán, por oposición y peyorativamente, de nuestra religiosidad americana, calificándola de «cortés, fría, exangüe, espiritada, tímida, prudente».

Hemos espigado en las publicaciones falangistas, algunas de las palabras y expresiones más usuales, para ilustrar lo que decimos:

1. Lo religioso: «valores eternos», «hombres de Dios», «teólogos armados».

2. La regimentación: «servicio», «encauzar», «coyunda», «milicia», «eficaz», «implacable».

3. Los valores dinámicos: «entusiasmo», «heroísmo», «esperanza», «combatiente», «ímpetu de enamorado», «inmediato»; contra: la «mediocridad», el «desaliento», la «rutina», la «cobardía», la «somnolencia», el «encogimiento de hombros».

4. Los valores ascéticos: «intemperie», «sacrificio», «dureza», «difícil», «santidad», «desnudez material», «incómodo»; contra: «el egoísmo», «la comodidad», «la buena vida», «el medro personal», «la blandura», «la tibieza», «la feminidad».

5. La posición antimaquiavélica: «cara descubierta», «claro», «tajante», «riguroso».

6. La tradición clásica: «firme», «escueto», «preciso», «henchido», «estilo», «auténtico».

7. Los valores trágicos: «holocausto», «muerte», «sangre».

8. La posición antirracionalista: «telúrico», «pasional», «sueño», «embriaguez sacra», «poesía», «locura», «caballeros de la Quimera», «gloria», «frenesí», «fa-

natismo»; contra: «el escepticismo», «la crítica», «la técnica», «la organización» (12).

9. Los valores de presa: «violencia», «orgullo» (a).

VI

Pensamos que la actitud del hombre nuevo, la fórmula vital del ser que adviene, no puede elegirse entre un infinito repertorio de estilos posibles. Tampoco en la afirmación frenética de cualquiera de éstos, cerrándonos a las verdades parciales de los demás. Labor de imprevistos, urdimbre de continuaciones y enriquecimientos, lo que por ahora, lo que sobre ella existe en el mundo, es la conciencia definitiva de tres faenas necesarias.

La primera, es la necesidad de renovar la base antropológica y ética de la democracia. Vincúlase con ella, la de recoger aquellos valores que el totalitarismo ha aportado, con su crítica y con su ejemplo, para la liquidación caótica en que han parado el hombre y su ideal de los dos siglos últimos, pero, —tercera—, despojándolos de su dialéctica de muerte, integrándolos, no en el culto de la comunidad nacional cerrada, con su declive inexorable hacia la opresión y hacia la guerra, que en una repristinada, agónica, militante conciencia de la persona humana, de la libertad, de la responsabilidad.

(a) Es también expresiva de todo lo que venimos desarrollando, la transformación del nomenclator de las calles de Madrid: supresión vgr.: de la calle Rosalía de Castro, una de las voces más puras de la lírica universal; la preferencia por el militarismo, cuajado en el tipo humano del «espadón», y por las figuras y figurones de la monarquía dieciochesca (el mismo régimen de decadencia, contra el cual el franquismo dijo rebelarse).

Porque el hombre del totalitarismo vive sobre algunas cosas demasiado ciertas, demasiado potentes, demasiado peligrosas. Hay que integrar esas cosas demasiado ciertas, encuadrar las demasiado potentes, sacarle la espoleta a las peligrosas. Habrá que tallar un nuevo hombre americano, un nuevo hombre democrático, para que el hombre, —sin adjetivos—, termine de hallar su quicio.

Sabemos a lo que no podemos volver.

No podemos volver a un mundo sin Dios, sin un espíritu trascendente como entidad protagonista; a un mundo sin instancia última, azarosamente librado al choque de sus fuerzas y sus codicias.

No podemos volver a un racionalismo enteco, que ignora lo orgánico, lo instintivo y lo vital; roto de las infusiones suprarracionales de la intuición y de la fe. Y a todos los polvos filosóficos que han parido estos lodos de dolor y destrucción: al relativismo total, al pragmatismo (13), al subjetivismo, al idealismo, a la intelectualidad cerebralista, a las ideologías divorciadas de lo real, a las utopías antihumanas. A la razón físico - matemática, cuando pretende echarse como chaleco de fuerza sobre lo vital y sobre lo histórico. No podemos volver al escepticismo absoluto, al probabilismo del «puede ser». A jugar por la ironía, el sarcasmo o la negación, con el esencial patrimonio secular de creencias, normas, controles, inhibiciones, valores. No podemos volver a un mecanicismo nivelador de las diversidades humanas, de la estructura cualitativa y diferenciada del mundo; al naturalismo, a un materialismo biologista o dialéctico, negador del Espíritu.

No podemos volver a la vida burguesa, al culto de la comodidad sin límites, del goce sin cortapisas; al uti-

litarismo, al sensualismo, a la religión del dinero, y a la economía como ordenadora suprema de la vida (14). No podemos volver a la filosofía individualista del «sálvese quien pueda», al funcionarismo, a la inhibición, a la timidez, a la inacción y al hedonismo, al «no te metás» y al «lavarse las manos». No podemos volver a la rumia psicologista, a la complacencia en lo abyecto, al hombre como espectáculo malsano y perenne de sí mismo; a un sentimentalismo difuso, destructor de concretos vínculos, desertor de concretos deberes.

No podemos volver al optimismo automático, al progresismo sin esfuerzos; a la pasiva, ciega, ilimitada confianza en un ejemplar humano sin disciplina ni «formalidad» interiores; a un ser sin sentido de la tragedia, a una civilización de espaldas a la muerte, a la eternidad, a la dramática singularidad de la vida. No nos podemos quedar en el industrialismo, en el urbanismo, en la estandardización de los estímulos sensuales, en el maquinismo deshumanizador, en la empobrecedora ruptura del hombre con el cosmos.

No podemos volver a la dispersión de esfuerzos y de trabajos; a la anarquía liberal de las actitudes, a una sociedad sin un número de formalidades disciplinarias, estructuras, jerarquías flexibles, obediencia y organización.

Sobre el centro de imputación de vida, de una «persona» con libertad, responsabilidad, intimidad, actuantes y reconocidas, los valores dinámicos, ascéticos, fideístas, telúricos, formales, del totalitarismo, utilizados por el totalitarismo, serán fuente creadora y no fuente cegada, vías de enriquecimiento y no de consunción.

Es cierto que el hombre es un ser enclavado en una comunidad, en relaciones de deber, préstamo y cui-

dado; con camaraderías y círculos muy limitados y precisos :familia, oficio, grupo voluntario, pueblo, y cuando se tiene: Iglesia. Somos partes de grandes corrientes de comunión humana, estamos inmersos en ellas.

Necesita el nuevo hombre democrático para el servicio de su grupo y de su medio, un sentido social y solidario renovado, los valores de la audacia, el riesgo, el dinamismo y la creación. No hay aportación fraternal sin esta tensión activa y en vela. Necesitamos una Fe, una creencia integral, total; unos puntos de vista en comunión, sobre el hombre, el ser, los valores morales, la vida, que sean la dura geología compartida sobre lo opinable y libre. Necesitamos, —nuevo franciscanismo —, una renovada austeridad, un renovado desprendimiento, un renovado despego de las cosas del mundo, un renovado gusto de la vida simple. Y una revaloración del sentimiento y la intuición, de la pasión y del instinto, «gobernados», pero no «desconocidos», que reconstruyan «the human being as a whole», según la expresión magnífica de Eleanor Roosevelt (a).

Necesitamos reavivar el sentido de nuestra existencia, en las grandes fuentes trágicas del Destino, la Muerte y la Eternidad. Necesitamos un realismo de apego a las cosas, a las entidades humildes; un realismo del pan y de la sal, del fuego y de la tierra, del vino y del aceite; un realismo de las simples pasiones y necesidades del hombre. Necesitamos una total reinmersión en la naturaleza y en lo cósmico, una ruptura parcial, pero no por eso menos firme, con la vida urbana, maquinista

(a) Eleanor Roosevelt: «The Moral Basis of the Democracy», London, 1941.

e industrial (decimos parcial: nada de un nuevo ideal pastoril, de un «ritorno» de tipo reaccionario).

Necesitamos una acción sobre bases firmes y simplificadas; la técnica, la rapidez y la eficacia.

Necesitamos las condiciones formales de la existencia social: cierta disciplina, cierta jerarquía, cierta organización, cierta obediencia. En una sociedad de esclavos, esclavizan, pero no son los amos, los empresarios de esta esclavitud. En una sociedad de hombres libres son dignamente creadores, instrumentalmente útiles.

Todo esto es lo que impone la hora, y un sentido más vivo y amplio, menos «institucional», de la Democracia. Las bases racionalistas, mecanicistas, ya no tienen vigencia. Lo que es cada vez más ardiente, es la aspiración del mundo hacia una sociedad de libres, iguales y responsables; no carne de caudillo o comité, no anárquicos ni atómicos, no veletas locas sin conciencia de una finalidad y de un destino: el arquetipo anglosajón de una comunidad de personas y grupos cooperadores, armónicos, autogobernados y autorregulados hasta los límites del Bien Común; movidos por la inteligencia y por esa mezcla, tan peculiar, de recto sentido, bien entendido interés y liberal desprendimiento.

Esto es difícil, lo sabemos. La nueva democracia crecerá en un clima de conciencia dolorosa de los obstáculos, de los lastres. En un duro guerrear doliente, sin el innoble reposo de creer la ideología, realidad; el «debe ser», «ser». De cualquier manera, viviremos sobre algo más firme y estable que sobre una simplificación náufraga, sobre un dogma arbitrariamente elegido y frenéticamente impuesto.

Para toda esta labor, es necesario basar la comprensión, la tolerancia, el entendimiento en algo más

profundo, más roqueño, más valioso, que en un probabilismo indigente, que en un escepticismo sin tensiones. No profesaban, sin embargo, una filosofía escéptica, aquellos que los totalitarios anatematizaban bajo el nombre de liberales. No la profesan, los que creen que la inteligencia, la comprensión de los problemas, y esa dificilísima que es la del propio adversario, deben presidir el diálogo humano. Ni los apóstoles de una paciente dulzura, de una serena energía, de una suave lentitud que gane para la acción colectiva, la ruta difícil y tarda, pero incomparablemente más segura, del convencimiento. Ni los que no hacen frivolidad y automatismo, sino un hondo respeto a lo humano, con la exterioridad de las buenas formas, el gesto moderado, la prudencia y la gracia. Ni los que creen en una tolerancia que no sea escamoteo ni negación de la Verdad, que trascienda todo último relativismo, y sea amor y conciencia de la entidad del hombre. Ni los creyentes en la posibilidad de vincular las voluntades personales a través de una discusión y crítica que hayan vencido el infantil gozo de su propio juego dialéctico, la ingenua tontería del debate porque sí, para convertirse en un movimiento apasionado, tenso, doloroso, hacia las mejores certidumbres.

Y sobre todo, un asco pulcro, metódico, a toda la fraseología dinámica, heroica, austera que hace vomitar en Europa; a esa verdadera añagaza y engañabobos de los totalitarismos, encubiertos y francos. Un valiente proclamar la belleza, la dignidad, la bondad de la vida, del mundo, de las cosas. Un canto sin hipocresías a todos los valores «ricos» de la existencia, —lujo, abundancia, cortesía, sonrisa, humor, ironía—, y un tratar de salvarlos para todos y para el goce de todos, no ya para coto de unos pocos privilegiados, como en otras edades históricas, como en la nuestra.

Se va a construir un «orden de la salud», que hay tiempos de pasión y de Cuaresma, y tiempos Pascuales. Contra la tensión ascética, dinámica y heroica, que se destruye a sí misma, hay que regular las energías humanas en la cotidianeidad, en la habitualidad, en el equilibrio. Ni tanto ni tan poco. Ni más ni menos. No deserción, no grillos y trabajo forzado, que significan sólo una deserción diferida y violenta.

Y un entusiasmo de la inteligencia, una temperatura de la razón.

Un heroísmo que sea algo más que el automático desencadenamiento de una abdicación irracional. Un heroísmo lúcido, grave y dolido, un heroísmo de hombres libres, que sepan lo que pierden cuando se da la vida por valores que valen más que ella, cuando se canjea la «existencia» por la «esencia» (15).

Un ascetismo que no sea preparación para la matanza, ni mediatización de la persona; un ascetismo que valga dominio victorioso, y con victorioso decimos amenazado, difícil, sobre las voces dispersas de las cosas. Un ascetismo de señorío, que no pase cejijunto al lado del placer, pero conozca del placer su cabal lugar y su forzosa interinidad; una fórmula ardiente, vital, humana, que, como lo pretendía Mounier, rebase en una solución histórica, posible, al viejo ascetismo medioeval, hoy muerto como posición existencial, aún en los más cristianos, y al estrecho materialismo y sensualismo burgueses, también perimidos.

Y sobre todo: humildad, amor fraternal sin límites tribales, desprendimiento, caridad; sensibilidad para lo universal, contra los cultos de la potencia, de la arrogancia y del exclusivismo.

NOTAS DEL CAPITULO I

(1) «Las causas del caos moderno, de la condena del mundo moderno, también existen en los países más progresistas, más democráticos. En consecuencia, no está más allá del dominio de lo posible, ¡ay! el que los países oficialmente progresistas sean victoriosos en la sagrada tarea de vencer a los Estados que hoy engloban la contrarrevolución — sólo para sucumbir en la «paz» que seguirá ante las fuerzas contrarrevolucionarias, nutridas dentro de sus propias fronteras». — Waldo Frank: «Ustedes y Nosotros». Buenos Aires, 1942. Pág. 35.

(2) «¿Cuántos americanos tienen derecho de protestar contra el hecho de que Alemania y Rusia hagan de la utilidad el patrón de lo cierto y lo errado... Esa filosofía, conocida como Pragmatismo, está en William James y en los escritos de John Dewey, Thurman Arnold, Jacques Barzum y es hoy, con pequeñas diferencias, la filosofía fundamental que encontramos en las Universidades de los Estados Unidos. Si consideramos a los principios morales envueltos en el repudio a los tratados por Rusia y por Alemania, veremos, si somos bastante honestos para admitirlo, una exaltación del Pragmatismo americano como condición de filosofía política. Todo lo que Hitler y Stalin hicieron fué socializar nuestro pragmatismo y sustituir la utilidad individual por la utilidad de la raza o la utilidad de la clase». — Fulton Sheen: «Whence Comes War». New York, 1940. Págs. 25 - 26. — Citado por Alceu Amoroso Lima: Meditação sobre o mundo Moderno, Olympio. Río de Janeiro, 1942.

(3) «Le viol des foules», de Taratchine, ilustra ejemplarmente esta técnica.

(4) Reivindicada no hace mucho, en forma magnífica, por Manuel García Morente en sus primeras conferencias de Buenos Aires; por Emmanuel Mounier, en su «Manifeste au service du personalisme», págs. 109 y siguientes.

(5) Refiriéndose a Hobbes, el teórico totalitario Carl Schmitt expresa: «Penetra entonces en el sistema político del Leviathan la distinción entre la creencia interna y la confesión externa. Hobbes declara el problema del prodigio y del milagro como negocio propio de la razón «política», en oposición a la razón «privada»; pero en virtud de la libertad general del pensamiento

—«quia cogitatio omnis libera est»— queda encomendado al fuero propio de cada cual, conforme a su razón privada, creer o no creer íntimamente y conservar en su corazón, «intra pectus suum», su propio «judicium»... Muy pocos años después de publicado el «Leviathan», la mirada del primer judío liberal acertó a descubrir la brecha apenas visible. Pronto se dió cuenta que era la gran brecha de invasión del liberalismo moderno, desde la cual se podía trastocar enteramente todo el sistema de relaciones entre el fuero interno y el externo, lo público y lo privado, que había montado Hobbes. Spinoza lleva a cabo esta inversión... Una vez admitida la distinción entre el fuero interno y externo, ya es cosa decidida, por lo menos en potencia, la superioridad de lo interno sobre lo externo y, por consiguiente, de lo privado sobre lo público. Aunque se acate al poder público en forma expresa e incondicional, y se le respete con toda lealtad, cuando ese Poder no es más que un poder público, todo el poder externo está, en realidad, vacío y sin alma...». — Carl Schmitt: «El Leviathan en la teoría del Estado de Tomas Hobbes». Madrid, 1941. Págs. 87, 89 y 97.

Con este cariz negativo contemplan los totalitarios el proceso.

(6) «Para descubrir una explicación verosímil de la guerra, es necesario sobrepasar, tanto la interpretación materialista como la idealista e ir hasta lo que se puede llamar la significación trágica de las guerras. En su esencia, la guerra es el acto por el cual una comunidad se afirma, confrontándose a la muerte, mide su fuerza y su suerte y por así decirlo, se juega. La guerra es la prueba que hace un pueblo de su potencia de destrucción y de resistencia a la destrucción, la prueba de su vitalidad profunda. El ideal y el interés, así como las ocasiones y los pretextos, se superponen en esta ordalía inmensa». — Thierry Maulnier: «Au delá du nationalisme» N. R. F. París, 1938. Pág. 81. Maulnier fué después fascista, inspirador del grupo de «Combat», colaboracionista, anticolaboracionista y terminó en un campo de concentración de Petain.

(7) a) «España, gloriosísima en todas las edades, no acostumbra temer sus armas, y pagará sus hostilidades en guerra defensiva contra la ofensiva que Francia amenaza; defenderá la Iglesia contra quien se arma, defenderá el Imperio, cuya destrucción intenta; arraigará la casa de Austria con más hondas raíces, con más firmes cimientos en poder y religión que hasta aquí ha te-

nido; asegurará las coronas de Hungría y Bohemia en las cabezas de sus hermanos; restituirá la Lorena a sus príncipes verdaderos; cobrará las plazas que Francia compró del sudor de Suecia; cobrará todo lo demás que en su poder tiene; pondrá en libertad los electores apremiados; procurará establecer la paz en Alemania; hará que Italia goce del sosiego, que siempre ha sido el fruto que han cogido nuestras armas; triunfará de sus rebeldes y protectores; postrará la venenosa herejía a los pies de la Santa Iglesia Católica; resonará la voz de la salud y de alegría en el tabernáculo de los justos, oiranle los infieles con despecho; la sinagoga de Satán, con rabia. Será la tierra teatro de sus victorias, será el mar campaña de sus trofeos, el cielo será templo en cuya bóveda resplandeciente, vuelque sus católicos despojos.

Todo esto obrará, mediante la voluntad de Dios, la justicia; con que, desnuda su cuchilla vencedora, tremolaráse el lábaro de la fe, el estandarte de Jesucristo crucificado. Saldrá el Dios de los ejércitos a espelucar los más intrépidos bríos y los más ardientes corazones; la luz y el estallido del granizo, del trueno; Santiago añadirá ceguedad a su pasmo; peleará España; vencerá Dios; SERA DIOS EL MOTIVO, ESPAÑA EL INSTRUMENTO.

Verá Francia, verá Holanda y verá el mundo todo a pesar de herejes, sectarios y protestantes, y todos sus amigos confederados, que Dios y España, que fía en su defensa, vencerá.

O España y Dios, que siempre acude a su amparo en los cuatro ángulos del orbe». En 1637. Quevedo: «Obras Completas - Prosa». Madrid, Aguilar, 1932. Págs. 557 y 558.

b) «Volvieran, si posible fuese, nuestras banderas a tremolar sobre las torres de Amberes y las siete colinas de la ciudad espiritual, dominara de nuevo el pabellón español el golfo de Méjico y las sierras de Arauco, y tornáramos los españoles a dar leyes, a hacer papas, a componer comedias y a encontrar traductores. Con los Fernández de Córdoba, con los Espínolas, los Albas y los Toledos, tornarán los Lopes, los Ercillas y los Calderones». En 1836. Larra: «Obras Completas». T. III. París, 1883. Pág. 162.

c) «¡Dichosa edad aquella, de prestigios y maravillas, edad de juventud y de robusta vida! España era, o se creía, el pueblo de Dios, y cada español, cual otro Josué, sentía en sí fe y aliento bastante para derrocar los muros al son de las trompetas, o para atajar el sol en su carrera. Nada parecería ni resultaba imposible:

la fe de aquellos hombres que parecían guarnecidos de triple lámina de bronce, era la fe que mueve de su lugar las montañas. Por eso en los arcanos de Dios les estaba guardado el hacer sonar la palabra de Cristo en las más bárbaras gentilidades: el hundir en el golfo de Corinto, las soberbias naves del tirano de Grecia y salvar, por ministerio del joven de Austria, la Europa Occidental del segundo y postrer amago del islamismo; el romper las huestes luteranas en las marismas bátavas, con la espada en la boca y el agua a la cinta y el entregar a la Iglesia romana cien pueblos por cada uno de los que le arrebataba la herejía.

España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio...; esa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra». Marcelino Menéndez Pelayo en 1882. «Historia de los Heterodoxos Españoles», T. VII, 514.

(8) «El absolutismo de Estado, es decir, la vuelta a la armonía, o tercer estadio del pensamiento hegeliano, será no sólo aceptable, sino la única solución posible en la época actual, sobre todo para aquellas naciones cuyo nacionalismo sea una sustancialidad religioso-tradicional; es decir, viva en el tiempo, encarnada en la duración, como sucede en España». — José Pemartín: «Acción Española», N.° 89. Págs. 400 y 401. Burgos, 1937.

(9) «Cuando oigáis a hombres de Estado o a periodistas criticar los vicios del viejo liberalismo y proclamar que el sentido de la autoridad, como el de la libertad, es inherente a la verdadera democracia, preguntadles a que orden de términos el «pero» se vincula en sus frases. Se dicen: la libertad, pero la autoridad, la igualdad pero la jerarquía, la justicia pero la disciplina, la fraternidad pero el orden, tened por probable que en realidad ellos detestan la democracia. El término duro, viniendo después del pero, aniquila el término dulce que precede. Si por el contrario es el término dulce el que viene después del pero, no aniquila el término duro que precede, lo equilibra y humaniza. Es por lo que debemos decir: la autoridad, pero la libertad, la jerarquía pero la igualdad, la disciplina pero la justicia, el orden pero la fraternidad...» — Jacques Maritain: «A travers le désastre». New York, 1941. Págs. 90 y 91.

(10) «El único camino de la vida que no tiene límites y que no soporta comodidades es el camino que se abre al frente, hacia la alborada obscura, amarga y sangrienta de un nuevo

mundo, en que la humanidad integrará, sin pérdida, los tormentosos elementos que hacen el caos de nuestra época, y su promesa». — Waldo Frank: «En la selva americana». Santiago de Chile, 1939. Págs. 288, 289.

(11) Muchos católicos no piensan que el verdadero sentido de la vida cristiana no está en una helada asepsia de lo pasional e instintivo, unida con la oración y la «buena intención», sino en una santificación de la vida misma, con sus impulsos y pasiones; y una de tales pasiones elementales es la de poderío, de la cual emana, al menos en buena medida, el goce espléndido de la obra histórica cumplida. El problma está, naturalmente, en justificar religiosamente, la obra de tal pasión; de ello supieron y en ello alcanzaron gloria nuestros conquistadores y misioneros». — Pedro Laín Entralgo: «Los valores morales del nacionalsindicalismo». Madrid, 1941. Págs. 66 y 67.

(12) «Dicen los pensadores extranjeros, de nuestra Patria, que ellos marchan con la cabeza y que solamente el pueblo español sabe marchar con el corazón. Y dicen la verdad. NOSOTROS SIN CABEZA —pues descabellada fué nuestra aventura para los más— nosotros con el corazón y con el brazo hicimos la Cruzada...», etc. Franco en «Arriba» de Madrid, 10 de Febrero de 1942.

(13) «El pragmatismo, cuidadosamente filtrado, puede ofrecernos ideas provechosas: la mayor adherencia de la razón a la realidad, la conjugación del sentimiento y el entendimiento, la fecundidad que debemos darle al concepto, el sentido vital de la verdad. De este aspecto legítimo es del que se hace eco Ortega y Gasset cuando, después de rechazar el relativismo «que salva la vida evaporando la razón», observa como el pensamiento debe, por un lado, ajustarse a la verdad objetiva y, por otro, orientarse a la finalidad subjetiva, cuando afirma que la vida debe ser culta, pero la cultura debe ser vital, que el ideal ético ha de ser algo más que verdadero a secas, ha de excitar nuestra impetuosidad y espolear las energías profundas de nuestra personalidad auténtica». — José Corts Grau: «Filosofía del Derecho. Introducción gnoseológica». Pág. 76. (También en este sentido vivo y creador es que Emilio Oribe hablaba del «idealismo pragmático de los Estados Unidos»).

(14) «Esta guerra sella la condena del hombre que vive para el dinero, cualquiera sea el lugar en que haya reinado. El

hombre que vive para el dinero es un monstruo. Ni el cazador, ni el agricultor, ni el artesano, ni el soldado; tampoco el poeta, el profeta, el sacerdote, tampoco, ciertamente, la madre — ninguno de los grandes arquetipos de la actividad humana, han estado, fundamentalmente, enamorados del dinero. Hace alrededor de quinientos años, por razones comprensibles, pero que no estudiaremos aquí, brotó este tipo morboso, el hombre que vive para el dinero. Y por un tiempo ha gobernado el mundo. Dirigió las democracias (aunque no las inspirara); se apoderó de los movimientos revolucionarios del siglo XIX y los corrompió (aunque no los creara); y así hizo inevitable su fracaso e inevitables las reacciones fascistas, aún más morbosas, que contra ellos se levantaron». — Waldo Frank: «Ustedes y Nosotros». Buenos Aires, 1942. Págs. 24 y 25.

(15) «Tenemos derecho a exigir el heroísmo del hombre corriente, no para una continua efusión de heroísmo colectivo, sino para una común aceptación del ideal heroico de la vida. Hoy tenemos la prueba, la sublime o monstruosa prueba, ante nuestros ojos. Millones de hombres están dispuestos a morir por causas justas o injustas, por un ideal exaltado o por un ideal abyecto al cual entregan sus corazones y al cual sacrifican lo que más quieren. Por una agresión inicua o en justa defensa, en la victoria o en la derrota, pagan un riguroso precio de sangre. Soportan que sus ciudades sean destruídas e incendiadas, que sus mujeres e hijos estén expuestos a la muerte, al hambre y la tortura. Y a todo esto sólo se encuentran parcialmente constreñidos por el temor o las pesadas leyes de disciplina militar o civil. Para que arrostren todo esto, deben existir algunos escondidos manantiales que se levantan en las profundidades de su ser, manantiales de torcida generosidad o de sana generosidad, que invisten a la justicia y al bien de un brillo más atractivo, o dan al mal un aspecto humano.

¿Es acaso imposible dirigir esos inmensos recursos de valor, resistencia y obscuro instinto de sacrificio hacia una tarea austera y difícil de rehabilitación humana y de fraternidad?». — Maritain, en «Sur», N.° 103. Abril de 1943. Buenos Aires.

ESPAÑA Y LO TOTALITARIO; LA PERSONA HUMANA Y LA LIBERTAD

Los hombres que concibieron la Falange sabían, que en nombre de la persona, se le puede decir al Estado totalitario, un radical «non possumus».

Pero quisieron conciliar. Al fuego y al agua, al lobo y al cordero. Lo que ellos llamaban «la organización» y «la eficacia», con lo que nosotros llamamos intimidad y libertad.

Inspirado también en estas actitudes, el régimen español reclamó, desde un principio, el título de «personalista». Argumenta el petitorio, de su proclamación católica y de la filosofía tradicional que lo inspiraría. El punto 7 de la declaración doctrinaria de la Falange, dice: «La dignidad humana, la integridad del hombre y su libertad, son valores eternos e intangibles». Un profesor de filosofía del Derecho, Luis Legaz, buscaba en su trabajo «Sentido Humanista del Nacional - Sindicalismo», las presuntas vías de intercambio entre la Falange y las modernas tendencias personalistas y humanistas, que vivificaran el medio intelectual y político de Francia en los años anteriores a la catástrofe (a). Nos referimos al grupo «Esprit» de Emmanuel Mounier, al «Ordre Nouveau», de Aron y Dandieu, continuado por Daniel Rops, a la posición de Maritain y su «Nouvelle Chretienté», a todos los que en la Francia Peregrina, en los Estados Unidos o en la sordina de la opresión metropolitana, se entrenan para días mejores.

(a) En este capítulo, cronológicamente anterior al que antecede, se repiten muchas afirmaciones ya hechas. Nos ha parecido que la unidad del tema aquí tratado, nos exime de suprimirlas.

Creemos que la obra de todo este pensamiento, contemplada en la perspectiva más holgada y mediata, resultará increiblemente fermental, creadora, revolucionaria. La diferenciación y el deslinde de una «persona», realidad espiritual, con una sustantividad propia, autonomía, espontaneidad y libertad, de ese centro de codicias, exigencias y apetitos que es el «individuo», es una postulación para siglos. La «persona humana», dice el personalismo, no es una mónada egoísta; el más cabal cumplimiento de cada destino, resulta un trascenderse, se realiza hacia afuera. Vivir es desprendernos, volcarnos, crear y servir. Adherirnos a valores que den norte al plan cada vez más perfecto de nuestro ser; que hagan volar nuestra alma, que la llamen con su canto fuerte y claro (1).

El fascismo recogió, con cierta habilidad, parte de estos argumentos. «El hombre del fascismo —ha dicho Mussolini— obedece a una ley moral que une los seres y las generaciones en una tradición y en una misión que suprime el instinto de una vida limitada al círculo estrecho del placer, para instaurar en el deber una vida superior, liberada del tiempo y del espacio, una vida en la que el individuo, por la abnegación de sí mismo, por el sacrificio de sus intereses particulares, por la muerte misma, realice esa existencia completamente espiritual que le da su valor de hombre» (a).

El asunto, pues, no es tan simple y, cuando la propaganda democrática de masas esquematiza forzosamente el rasgo totalitario de la negación y destrucción de la persona humana, parece callar una serie de argumentos

---

(a) Dejamos de lado, por no interesar ahora, el grotesco fracaso italiano del «proyecto».

que es necesario contemplar con lealtad, si queremos refutar eficazmente.

Muchos de estos argumentos, y diríamos todos, no provienen del campo totalitario. El totalitarismo, que sabe, harto lo conocemos, tomar lo que le hace falta, los ha recogido de aquí y allá para agrandar y prestigiar su fuerza.

Enunciados en la forma esquemática y casi legislativa que la urgencia de esta hora impone a toda reflexión sobre «lo social», estos argumentos parecen ser los siguientes:

Todos los pensadores de nuestra generación están acordes, y es una trágica ausencia la escasa difusión que estas nociones tienen en Iberoamérica, en que el hombre no puede ser restaurado, sin una revaloración de dimensiones antropológicas, que rompa y supere los cuadros del racionalismo mecanicista. Con ellos, en ellos, el hombre fué pensado para llenar los marcos de la vida decimonónica. Un complejo de causas entre las que se alinean el racionalismo cartesiano como influencia filosófica madre y fundamental, el mecanicismo científico de cuatro siglos, el urbanismo y el maquinismo, la coexistencia en grandes masas y el optimismo progresista, le ha quitado y destruído al ser, las fuertes raíces que le apoyaban en el curso profundo de las cosas y la vida.

Fué primero una ruptura general con toda ésta; después, la mutilación, o por lo menos la compresión indefinida de las riquezas de la pasión y del instinto. Con ello, la pérdida del «sentido trágico» de lo humano y del destino; la escisión con las fuerzas telúricas del mundo y la rebelión contra la tierra y contra todas sus grandes y perennes lecciones. Una imagen angosta y achicada del ser humano, era la que manejaban las primeras ge-

neraciones que sintieron el afán quemante de dignificarlo. Había quedado el hombre sin aire y sin raíces; un árbol muerto sin pulso de savia, enteco, huérfano de viento y de cantares.

La segunda noción, ganada por estos años para la intelección de lo humano, es la indispensable dimensión «comunitaria y social» del individuo. Un nuevo calor de fraternidad, un aterirse aislados, parece juntar otra vez a los hombres en cuadros más apretados. Aquel presuntuoso individualismo que convertía a la Soledad en el único clima de un sentido digno de la vida, nos parece hoy un contrasentido histórico. Lo «social» es algo más que el ámbito del hombre. Es una parte misma de su ser. Una nueva democracia, planteará en términos más estrictos, la tensión del hombre y lo colectivo, de sociedad - soledad, de comunidad - intimidad. La sociedad no acaba en nuestra piel y en nuestra sombra. Sigue en nuestros gestos, corre en nuestros pensamientos, mueve muchos de nuestros latidos. Y hasta donde llegue, tiene derechos. Tenemos que defender «menos» que el individuo del siglo XIX. Pero lo que defendamos, defenderlo incomparablemente mejor.

Lo que ahora viene, no es una noción, sino un sentimiento. Es la vivencia más humilde, más íntima, más en tono menor, de lo humano y de la libertad. Es la conciencia angustiosa y casi agónica de las fuerzas que de adentro y de afuera conspiran por derrocarlas. Ante las potencias de la opresión que la rodean, y la mediatizan, ante el peso tremendo de las coacciones psicológicas que lo colectivo le impone, ante la constante subversión interna de lo que en cristiano llamamos el pecado, y en racionalista las caídas de la deserción, la irresponsabilidad y la entrega, no podemos poner sobre la criatura

predilecta entre todas, las banderas triunfantes de la conquista definitiva. Más bien una ronda constante, una guardia eterna, un perpetuo velar.

Vuelve a dominarnos la idea, como nunca viva, de que para la suerte de la persona humana, para el destino de todos los hombres y mujeres que hoy sufren extravío, miseria e indignidad, hay que restaurar ante todo una visión certera de su ser y dignificar sus valores. Reina demasiado el contrasentido, de que muchos que juran por la «persona humana», le nieguen toda trascendencia, le desconozcan toda sustancia espiritual; expliquen la conciencia como un repertorio de reflejos o una suma de asociaciones, y el espíritu como simple fenómeno sin mañana, sin otro fin que el de quemarse como una bengala.

Sólo una concepción trascendente y espiritual de la persona humana, puede dar al individuo de los países libres, la fuerza inmensa que venza para siempre a los que trabajan por matarle su cuerpo y arrebatarle su alma. Sólo aquellos hombres que sientan su intransferible intimidad como un pequeño afluente que se vierte en un caudal de poder y amor que mueve la música del mundo, que se sientan y sepan capaces de llegar en su vilo al secreto principio de las cosas y a su secreto fin, se sabrán portadores de un valor cuya defensa y libertad valen más que la vida y más que la muerte misma. Aquí, como en todos los órdenes, la superación del inmanentismo moderno se presenta como la magna premisa inflexible de la reconstrucción mundial (2).

Conexo con esto, se nos da el carácter finalista de la libertad. Tenemos una libertad que no se agota en sí misma, una libertad que es para algo. La obra de arte, la criatura de gracia que es una personalidad lograda

y total, no se consigue bailando indefinidamente, múltiples asnos de Buridán, sobre nuestras facultades, finitas o infinitas, de realización. Hay que realizarse. Y realizarse es trascenderse. Fijarnos un objeto de sabiduría y de amor. Y quemarnos en él. Persona es «participación», «engagement» (3).

Porque el panorama del empleo de su libertad, que el hombre frecuentemente ha ofrecido, no es demasiado alentador para el juicio de una conciencia moral estricta.

Y el trágico error inverso se ha dado enseguida: querer restaurar los fines éticos «contra» la libertad. Con lo que perdemos todo: aquello que se pretendió imponer coactivamente; lo que fué sacrificado en la coacción, con su siempre maravillosa potencia de cambiar el mal en bien.

El último de los rasgos que se nos ocurren esenciales, de tan conocido es casi perogrullesco. Son los derechos de la comunidad, los derechos que ésta puede imponer legítimamente al individuo. La visión actual de cualquier nación en guerra, es harto elocuente de esto. Cada uno de nosotros nos salvamos o nos perdemos, en el grupo humano en que el destino se dignó ponernos. Y salvo nuestra alma y sus franquías, no hay sacrificio que no se nos pueda rectamente imponer, sobre todo en esos virajes excepcionales, —y la historia está llena de ellos—, en los que se juega, a cara o cruz, la existencia de un pueblo.

II

Piénsese que es sólo una refundamentación, reajustes, una consolidación de base, lo que significan estas críticas de la concepción individualista de la persona y de la libertad.

Pero al totalitarismo no le bastan. Dos absolutos no pueden coexistir, y entonces los seres libres, responsables e iguales son el único absoluto sobre la tierra, o lo es la Comunidad, la Raza o el Estado. Pero el valor absoluto de la persona humana, por esa su calidad esencialmente «abierta», receptiva, no termina nunca en anarquía monista, y Estado, familia y nación, adquieren en ella un sentido más asentado y cabal. El totalitarismo, en cambio, es inmanencia. Cerrado sobre sí mismo, lo exige todo. Nada es bastante para su sed desviada y satánica de Absoluto.

Empieza por sistematizar la apelación brutal a la pasión y al instinto desencadenados; al sentido trágico y telúrico del hombre. Siempre un régimen totalitario significa el reino de estas fuerzas. En cualquier libro sobre Alemania, en los magníficos de Gonzague de Reynold y de Robert D'Harcourt, se encuentran los corolarios prácticos y los refrendos filosóficos de esta apelación.

En tales excitantes está su fuerza y su debilidad. Su fuerza, porque cargan al hombre, en un momento, de un fabuloso dinamismo; su debilidad, que consiste en lo imposible de hacer regular, ordenado, sistemático, el llamado a tales potencias.

El dilema es el agotamiento a la corta o a la larga y la derrotada laxitud en que paran, o un desencadenarse sin control, que desborda a sus propios reguladores y todo lo barre y destruye.

Lo llamemos fascismo, totalitarismo, nacionalismo, siempre racionaliza, y lleva al extremo, la dimensión nacional sobre la puramente individual, suplantando por una entera mutilación, como lo observa el argentino P. Quiles, el plan personal por el plan de la comunidad.

Convierte el sentimiento humilde de la «criaturidad», de la «interinidad» del hombre, en abyección maquiavélica, en desesperación de lo humano. «El optimismo de lo colectivo» se alza sobre el campo muerto del pesimismo en «cada» persona.

La concepción de un ser trascendente y espiritual es, en estos regímenes, desfigurada por un frente y destruída por el otro.

La persona se realiza en el trascenderse y el darse. Entonces se «decreta» esta trascendencia y se afirma la abnegación como ley de Estado. No sólo están las guerras a mano, las mil exigencias voraces de devoción, prontas a ello. La distinción ya esbozada entre individuo y persona, también sirve para tal fin. Con la pretensión de que son dos mundos distintos, puestos bajo los respectivos signos de la codicia y el desinterés; de ser dos mundos extraños y hasta antagónicos, se escamotea su inexorable convivencia sobre la entidad material, humana, su necesaria «tangencia». Ya reaccionaba en Francia, Mounier, contra este cortar la integridad del ser en dos trozos, como se parte una porción de manteca. Al tiempo que se sujeta férreamente el individuo a la disciplina del Estado, se alega, se disculpa, y hasta se exhibe, como en España, respeto a la «persona».

Todas las conquistas de la civilización, la técnica, y las dulzuras de la vida, se niegan en nombre de una filosofía de la miseria y de la renuncia, de una idealidad que sólo tiene cierta vigencia, y ésta coactiva, para los dirigidos.

Desfigura y niega, decíamos.

Abdicando la primacía de la inteligencia, de la razón y de la crítica, en un primitivismo voluntarista, místico, rabiosamente fanático; destruídas la libertad, el es-

píritu de verdad y la responsabilidad; limitadas de fronteras adentro y en beneficio exclusivo del grupo, las posibilidades de humildad, de desprendimiento y de amor, la entidad de todos los valores nucleares del espíritu es meticulosamente destruída.

El carácter finalista de la libertad le sirve especialmente. Si la persona se realiza en un fin, nada le parece más cómodo que fijarle él mismo este fin, a todos y a cada hombre. Queda el fin, pero la libertad ha volado. Porque la gloriosa paradoja de la libertad es que sea ella misma, la que negándose, asegure su intemporal subsistencia. «Nunca se es más libre, —decía Herman Kesten en aquel emocionante «José busca la libertad»—, que cuando se elige un destino irrevocable». Pero cuando se lo elige uno, agreguemos (4).

Frente al egoísmo, a la materialización en cada uno y todos los aspectos de la vida, a la muerte de toda creencia, al reino del escepticismo, la blandura, el espíritu de comodidad, de renuncia y de cautela, el totalitarismo levanta por su propaganda maciza, su fraseología preferida. Es la primacía de la fe, el entusiasmo y la creencia; la coordinación, la disciplina y la rigidez militar; el ascetismo retórico de «endurecimientos», «renuncias» y «dificultades»; las virtudes dinámicas de la audacia, el riesgo y la creación.

En este énfasis, no es arriesgado decirlo, ha residido hasta ahora su fuerza principal. El choque Francia - Alemania es expresivo de ello. Sería otro cantar, otro exaltado cantar, lo que la guerra ha enseñado al espíritu de las naciones libres, desde entonces hasta aquí.

Los derechos de la comunidad son llevados al extremo. Al individuo no le queda y cabe, sino el deber. El mecanismo de garantías y derechos, los principios de

una ley prefijada, jerarquizada y consentida, los resortes de apelación y de control, desaparecen totalmente.

Rodaje sin voz y sin figura, realizado, quieras que no, en la comunidad, no le resta sino trabajar por ella. Frenar su protesta en la perpetua hipocresía, o entregarse indefenso a la represión de una ley política orgullosa de serlo.

III

¿Qué posición ocupa España en este debate entre la persona y su libertad y los poderes que las amenazan? ¿Qué solución aporta su fórmula del «cristianismo autoritario», del «fascismo católico» (5), a la necesidad de salvar los valores espirituales en su propio plano, así como en el político, conciliada con la creciente marea histórica de una vida planificada en lo económico e internacional?

Nada, sino el deseo, —en tantos labios para afuera—, de conciliar. En cuanto España integre y sea solidaria del mundo totalitario, la cuestión queda sin salida. Las mismas fuerzas falsificadoras y destructoras, especialmente en el plano de la propaganda, actúan dentro de ella con densidad creciente. Decimos en el orden de la propaganda, porque el español parece hoy día reaccionar contra las coacciones del Estado y la estructura partidaria, acentuando su natural falta de sentido social y gregario, hasta los límites de una fabulosa indisciplina. La ausencia de solidaridad nacional con que cada español aborda el problema de los racionamientos, es buen índice de ello. No es ya lo ilegítimamente exigible, sino lo razonablemente imponible, lo que sufre por esta inclinación.

La enmienda amenaza ser peor que el soneto, pero muestra con claridad cómo un régimen totalitario puede ser incapaz a veces de obtener disciplinas mínimas.

De cualquier manera, no se salva a la persona y su libertad, con declaraciones formales de respeto, mientras se mantiene un vínculo de inocultable solidaridad con un círculo doctrinario que las niega, mientras se está engarzado en el ejercicio práctico de su lenta muerte. Y así, faltan en el régimen español las cuatro libertades de la carta del Atlántico: la del temor, que para en la posibilidad de la persecución policial por razones políticas, en la prisión sin garantías, en el piquete de fusilamiento; la de la necesidad, en la horrenda miseria; la del pensamiento y la expresión en todo un sistema de coacciones morales y psíquicas; la religiosa, en el fariseísmo de la Religión de Estado.

El recio sentido intimista, rebelde, individual de lo hispano, que tan bien ejemplificara en este siglo don Miguel de Unamuno, la influencia de la Iglesia, aún en la península, como limitadora y cátedra, pueden ser un freno. Pero estos dos factores pertenecen a la concreta contingencia de las energías históricas y espirituales de un país y no pueden integrar, sin un arriesgado déficit posible, unas fórmulas que como las de «la Hispanidad» y el «autoritarismo cristiano», pretenderían imponerse sobre pueblos a veces descreídos y a veces gregarios y que aspiran, en sus sueños más ambiciosos, a una validez universal.

Fuera de la Hispanidad, el buen trabajo de América es salvar la persona y su libertad, enriqueciéndolas en sus nuevas, —y viejas—, dimensiones. En una vida planificada y socializada (ya lo era bastante cuando la locura nazi rompió a cañonazos la frontera polaca y lo

será aún más), las libertades que llamaríamos «externas», económico-sociales, irán retrayendo su radio. Pero para afirmarse, interiorizarse, hacerse más cabales. El principio de la libertad cobrará en fuerza, en íntima vivencia fincada sobre opciones supremas, lo que pierda en extensión.

Por otra parte, hay conciencia hecha de que no es posible una efectiva sociedad democrática, si grupos y personas no están nivelados en una real, en una total igualdad económica. No hay postergación. Frente a la «solidaridad» de los fascismos, que sólo sería efectiva si destruyera de raíz la actual ordenación social, que sólo lo es para robustecer a la comunidad para la guerra, no queda otra salida, si tampoco la lucha y la dictadura de clases nos parecen deseables, que esta nivelación de mínimos (primeras necesidades, tierra, educación, ocios, habitación) (6), que una colectivización sin temores, al servicio de un ser enriquecido y ensanchado (7).

NOTAS DEL CAPITULO II

(1) «Una persona es un ser espiritual constituído como tal por una forma de subsistencia e independencia en su ser; mantiene esta substancia por adhesión a una jerarquía de valores libremente adoptados, asimilados y vividos, por un compromiso responsable y una constante conversión; unifica así toda su actividad en la libertad y desenvuelve sobre ello, a golpe de actos creadores, la singularidad de su vocación... Dispersión, avaricia: he aquí las dos marcas de la individualidad. La persona es dominio y elección, es generosidad. Está pues en su orientación íntima, polarizada a la inversa del individuo. Mounier: «Manifeste au service du personnalisme». Aubier, Paris, 1936, págs. 63 y 66.

«El individuo es una categoría naturalística, biológica y so-

ciológica; pertenece al mundo natural. Desde el punto de vista biológico, el individuo forma parte de la especie, y, desde el punto de vista sociológico, de la sociedad. Es un átomo indivisible, es cosa anónima que no tiene vida interior. No tiene existencia independiente de la especie y de la sociedad; es un ser enteramente genérico y social, un elemento, una parte, determinada por su relación al todo.

La persona representa algo totalmente distinto: es una categoría espiritual y religiosa; nos prueba que el hombre no pertenece sólo al orden natural y social, sino también a otra dimensión del ser, al mundo espiritual. La persona es la imagen de un ser superior a todo lo que es natural y social». N. Berdiaeff en «Sur» N.° 13, pág. 9.

(2) «Tocamos (aquí) el fondo del error inmanentista. Este consiste en creer que la libertad, la interioridad, el espíritu, residen esencialmente en una oposición al no - yo, en una ruptura de lo interno con lo externo: verdad y vida deben, pues, ser únicamente buscadas dentro del sujeto humano, todo lo que en nosotros proviene de lo que no es nuestro, digamos de «lo otro», es un atentado contra el espíritu y contra la sinceridad. Y así, todo lo que es extrínseco a nosotros es la destrucción y la muerte de nuestro interior... Lo que hay aquí de admirable, es que este mito moderno de la Inmanencia, con su exaltación de la dignidad del espíritu, está fundado precisamente sobre un desconocimiento radical de la verdadera naturaleza del espíritu. En el mundo de los cuerpos, si; en el mundo de la acción transitiva, recibir de otro, recibir de afuera, es puramente sufrir, y esto es con seguridad bien contrario a la espontaneidad viva, puesto que se trata precisamente de cosas que no tienen vida; incapaces de completarse a sí mismas pues no son más que lugares de pasaje y de transformación para las energías del universo. Pero en el mundo espiritual, recibir de otro, es primero sufrir, sin duda, pero a título de condición presupuesta y es esencialmente actuar, realizarse interiormente y manifestar la autonomía de lo que es verdaderamente vivo». Jacques Maritain: «Trois Reformateurs». París, 1925. Págs. 65 a 67.

«El hombre que acomete la empresa de organizar la vida humana, en todas sus dimensiones, públicas y privadas, en la ecumene y en la intimidad de la persona, a base de ella exclusivamente (es el hombre moderno, el burgués laico). La empresa

de vivir, de ser hombre, a base exclusivamente de la humanidad, del ser hombre. Mas la mirada acaba vislumbrando en el fondo de esta empresa, a su vez, un doble problema, que a la ilustración y a la filosofía que la ha continuado hasta hoy, que al hombre sujeto último de este movimiento filosófico, plantea el término actual de la trayectoria histórica recorrida por este hombre mismo, y que se plantea a sí propia la filosofía en su instante actual igualmente. Tal preocupación exclusiva por «el más acá», tal «inmanentismo», es un hecho como doctrina de un movimiento del pensamiento y como propósito de un tipo de hombre. ¿Lo será igualmente como realidad? ¿No habrá error, limitación superficial, en la concepción de «la vida a base de ella exclusivamente», del «a base exclusivamente de la humanidad, del ser hombre?» La vida, el hombre ¿no implicarán, o «complicarán», en su «esta», en su «más acá», en su «humanidad», un «otra», «un más allá», un humus donde arraigue y se sostenga y sustente la raíz sostén y sustento? La crítica coyuntura actual, la cuestión que es nuestra vida ¿no estribará justamente en que hayamos hecho la experiencia histórica de tal inmanentismo hasta el extremo en que se revela últimamente imposible?». — José Gaos: «Cuadernos Americanos» N.° 4 del año 1942. Págs. 78 y 79.

(3) «El oficio de testimonio me ha horrorizado siempre. ¿Qué soy, si no participo? Tengo necesidad, para ser, de participar. Me nutro de la cualidad de los camaradas, esta cualidad que se ignora, por desprecio de hacerlo, no por humildad. Gavoille no se considera, ni Israel. Son un nudo de lazos con su oficio, su trabajo, su deber... Yo he comprometido mi carne en la aventura. Toda mi carne. Y la he comprometido perdiendo. He dado todo lo que he podido a estas reglas de juego. Para que ellas sean otra cosa que reglas de juego. He adquirido el derecho de sentirme cohibido bien pronto, cuando el Comandante me interrogue. Es decir: de participar. De estar ligado. De comulgar. De recibir y darse. De ser más que uno mismo. De acceder a esta plenitud que me desborda. De experimentar este amor que yo experimento hacia mis camaradas, este amor que no es un impulso venido de afuera, que no busca de expresarse jamás, salvo, naturalmente, en las comidas de despedida. Estamos entonces un poco borrachos y la benevolencia del alcohol nos hace inclinarnos hacia los compañeros, como un árbol pesado de frutos a brindar. Mi amor al grupo no tiene necesidad de enunciarse.

No está compuesto más que de lazos. Yo soy del grupo. He aquí todo». — Antoine de Saint Exupéry: «Pilote de guerre». New York, 1942. Págs. 190, 192 y 193.

(4) «La libertad de la persona es adhesión. Pero esta adhesión no es propiamente personal sino es un «engagement», consentido y renovado, a la vida espiriutal liberadora, no la simple adherencia obtenida a la fuerza o al entusiasmo, a un conformismo político». — Emmanuel Mounier: op. cit. Pág. 78.

(5) «La Hispanidad, en toda su anchura —piensa Pemán— es la que puede dar fórmula del único totalitarismo legítimo, o sea, el totalitarismo cristiano, donde verdaderamente se salve todo: la Nación y el Estado de una parte, y de otra, la dignidad de la persona humana, el Espíritu, la Cultura, todo lo que está en peligro en Europa. En esta hora solemne de España, el gran problema es ese de poner cada cosa en su sitio, en síntesis y jerarquía, con la brava y plena libertad de lo eterno y lo verdadero. Que el Estado no pise a la persona ni la persona debilite al Estado. Que Dios y el César se repartan la tarea. Que el estilo no ahogue los principios ni los principios enñoñezcan el estilo». — Citado por Alfonso Junco.

«De esta fórmula exacta —Credo y brazo en alto— forma latina y fondo cristiano, ha de surgir la reacción americana. (Al fin, ¿qué es, sino la «Espada y Cruz» de Lugones?) Hoy, después de la primera hora matinal y optimista, la fórmula pasa por un momento de dificultad y recelo... Y, sin embargo, de allí donde Wotan y el César andan lejos, donde no hay apenas problemas temporales de irredentismos, fronteras Versalles y Etiopías, es de donde esperamos la reacción pura, íntegramente ortodoxa, donde todo el resucitado autoritarismo latino se equilibre con las esencias cristianas que salvan el espíritu y la libertad del hombre». — José María Pemán: «El Paraíso y la Serpiente». Madrid, 1942. Pág. 134. (Combatir la insustantividad, la intrínseca maldad, la hipocresía de esta fórmula, es el propósito común de este libro).

(6) «Encontraría el bien social, o el menor mal, en cuanto a organizaciones sociales posibles, en la organización de un mínimum social asegurado, mínimum individual de seguridad y —con el agregado de un aseguramiento contra la caída excesiva— dejar el resto a la libertad». — Carlos Vaz Ferreira: «La actual crisis del mundo». Buenos Aires, 1942. Pág. 40.

(7) «El colectivismo está aquí. La máquina lo ha hecho in-

evitable; y este guerra de máquinas le hará un lugar en todos los campos, desde la India hasta Chile y desde Argentina hasta Noruega. Y sin embargo, condenado está un socialismo que creyó que el simple colectivismo indicaba libertad humana, condenado porque intentó construir la casa del Hombre sin el Hombre: la democracia de los hombres sin la democracia del hombre integral. El problema no es colectivismo o anticuado capitalismo privado. El problema es si el colectivismo que la producción de la máquina exige, será para una horda de esclavos, o para comunidades de seres hondamente integrados». — Waldo Frank: op. cit. Páginas 26 y 27.

ESPAÑA Y SU REGIMEN TOTALITARIO

1. *Caracterización del régimen.*

Espinosa cuestión ésta, la de la caracterización del régimen político de España. ¿Estado antidemocrático, estado totalitario? Como forma de gobierno: ¿Dictadura, autocracia, tiranía, absolutismo, despotismo? ¿Tienen sentido actual estas distinciones, o son desmonetizadas categorías del Derecho Público clásico?

Hay una creciente propensión a pasar sin detenerse en estas preguntas, pero, pese a todo, nos parece que no es inútil el indagarlas, y que hay exigencias de claridad intelectual que obligan a poner un poco de orden en las intuiciones de esa apologética popular de la democracia, que utiliza como sinónimos y sin discriminación: dictadura, tiranía, despotismo, totalitarismo.

Partimos de terreno firme. España es hoy, y por definición expresa, totalitaria.

¿Qué significa en estricto rigor el término, aún a riesgo de caer en banalidades y repeticiones?

Un «régimen», es decir: el conjunto de las estructuras y la dinámica del Estado, de su fondo y de su forma; con todas las determinaciones histórico-sociales de un momento y medio dados; un Estado, como

conjunto de instrumentos jurídico - administrativos, son totalitarios, cuando erigen y sirven a un «absoluto», sobre el vivir público y privado, sobre todo el fluir social. En este «absoluto» dogmático adquieren las cosas su origen, su fin y su sentido. Ni el área más pequeña de lo humano queda inmune, —tiene derecho a quedarlo—, a la regulación coercitiva, directiva, que lo secunda.

Es, digámoslo usando un término jurídico, «atributivo» y no «declarativo». No refrenda, pare. En su nombre, la autoridad no conocerá prácticamente límites; su intervencionismo, a lo largo y a lo ancho, se confundirá con la entidad misma de la Patria. Las distinciones, viejas y nuevas, clásicas y liberales, de sociedad y Estado, de sociedad y persona, de colectividad e intimidad, quedan destruídas.

La entidad dogmática varía grandemente. El societarismo de tipo comtiano creía en la Sociedad; el fascismo y Hegel, en el Estado; Alemania, en la raza y el «Volk» (pueblo) consustanciado con ella; el comunismo en la clase proletaria y la Revolución; España, en el Orden Cristiano y el Imperio.

Hay, además, un totalitarismo de Dios y de la Iglesia: el de un mundo de santos, que se moviera libremente por el amor divino y el bien, y un totalitarismo del individuo, representado por la dialéctica extrema de los regímenes liberales.

El totalitarismo, por impregnación, de una actitud religiosa, no es de tipo político. La teocracia es una degeneración de él, y aún entrarían en esta forma degenerada los gobiernos de Dollfus y García Moreno, ubicables también dentro de un totalitarismo religioso - cultural.

Pero, en cierto sentido, la entidad se nos bifurca. Nos encontraremos con un totalitarismo «sustancial», —el ya esquematizado—, y uno «instrumental» o «funcional», que es el totalitarismo que no asegura a un «absoluto», un valor supremo, pero que interviene y controla en forma revolucionaria, toda la vida social. Aunque no nazca de aquel, la comunidad entera queda librada a la regulación.

Los «absolutos» que el totalitarismo erige en dogmas, aureola de místicas, pueden tener un carácter político, o histórico - cultural. De acuerdo a esta distinción, ordena Del Vecchio su clasificación de «personalismo» y «transpersonalismo», si aceptamos con él y con toda la filosofía clásica y contemporánea, la distinción de persona e individuo (a), con el corolario de rigor de que, regímenes individualistas como las formas capitalistas y liberales del siglo pasado, pueden ser hostiles y hasta destructores, de ese núcleo de libertad e intimidad que es la persona.

El rasgo totalitario de un régimen, de un Estado, impone, «naturalmente», determinadas formas de gobierno, en el sentido aristotélico - tomista del término. Serán éstas, una combinación del principio monárquico - aristocrático, totalmente distante de la dictadura, en su sentido romano, por su carencia de «conciencia de interinidad», y por su falta de origen legítimo; en su significación actual, y tomaríamos ejemplos sudamericanos, por invadir fueros que una dictadura casi nunca invade,

---

(a) La distinción hecha no significa, ni mucho menos, que sea posible un «personalismo», sin un reconocimiento condigno de las autonomías, libertades y derechos del individuo.

por el orden y la precisión técnico - legal de esa invasión.

Es semejante al absolutismo, es absolutismo, por la regularidad de éste en su propio ejercicio, por la ausencia de límites, por la orgullosa seguridad en su propia fuente, por su carácter personalísimo y providencial.

De la tiranía, (interinidad - absolutismo, origen ilegítimo); del despotismo, (desorden del ejercicio del poder absoluto, no forzosamente «irregular»), tendrá también abundantes rasgos.

Extremar este análisis, ya significaría entrar en la logomaquia. La constante real, es la forma de gobierno autocrática: Jefe o minoría, de instauración revolucionaria y violenta, que gobiernan en nombre del «absoluto» soberano, del cual, —es lo esencialísimo—, son los únicos intérpretes.

La antítesis de un régimen totalitario, servido por un Estado también totalitario, por una forma de gobierno autocrática es: o un régimen liberal, en el que todo haya sido dejado al libre juego de las fuerzas sociales espontáneas, o una democracia de personas, en la que éstas, las familias, los grupos, las asociaciones necesarias o voluntarias, tengan un valor sustancial, pero en su esfera, se estructuren orgánicamente, flexiblemente, coordinadamente. En la que la sociedad misma sea la intérprete de la «cosmovisión» política, su fuente renovadora. (Lo que significa un sistema de opinión pública últimamente espontánea, el ejercicio del poder constituyente, la intervención y control en la actividad del estado, el postrero «poder de decisión») (1).

La coexistencia de las estructuras del Estado y las

formas de gobierno, no es «esencialmente» necesaria, y es esto lo que confunde siempre el problema. En los hechos, un Estado totalitario siempre estará acompañado por una forma de gobierno autocrática, sin límites. Hipotéticamente, y en un muy limitado sentido, podría calificarse de «democrático», el hecho de que la sociedad delegara en un César, por una sola vez o regularmente, todos sus poderes, siempre que esta delegación fuese auténtica y sincera, y le indicase un «absoluto», al cual estos poderes deberían servir, distinto y trascendente de las personas libres que la integran (a).

El régimen totalitario presentará, frecuentemente, la forma de una delegación cesárea de toda la autoridad; suma de la potestad pública que se deposita en un solo hombre, y que está revestida de un evidente carácter popular y mayoritario: Rosas, Napoleón III, Hitler. De aquí, estos regímenes invocarán frecuentemente un cariz democrático, y tendrían razón, si la democracia no fuera más que consentimiento inicial, (nos encontraríamos con que estas «democracias» tienen la mismo génesis que el estado absoluto en Hobbes); si significara cierta complacencia demagógica en su propia fuerza; cierto pulcro odio a lo ilustre, calificado, impar (2). Sentimos hoy, que para que pueda hablarse de democracia, no basta con esta simple delegación del poder total, única o periódica. Sería necesaria una plenitud de autonomías sociales, en constante refrendo. El respeto de estas autonomías, de este refrendo, sería una contradicción flagrante con el creciente autocratismo de que se

(a) Algo semejante a la «libertas» romana: participación en la voluntad estatal; obediencia absoluta a sus regulaciones, una vez formada.

van revistiendo estas delegaciones. Sabemos bien lo que valen los plebiscitos dictatoriales.

En síntesis: que no pueden ser democráticas, ni la desordenada manifestación mayoritaria o montonerista, ni la delegación irresponsable de la voluntad social, por más espontánea que ella sea, en un amo o en un jefe; en sus formas plebiscitarias, o en sus formas cesáreas; aún cuando este poder sea ejercido en nombre de la masa y en utilidad de sus rencores, de su igualitarismo resentido. La cuestión, tan esgrimida por Gálvez y todos los fascistas argentinos, de «la democracia de Rosas», está toda aquí.

Un régimen de respeto a las libertades y autonomías: un régimen de personas, estará conexo —sin excepciones en la práctica— con la determinación democrática de las formas y ejercicio del gobierno. Es muy difícil pensar en un autócrata, respetando toda esta complejidad comunitaria y dejándola desenvolverse en libertad. Y aún, si así sucediese, sería precario tal respeto; no estaría determinado en una ley superior al autócrata mismo, y por ende a su voluntad. Lo normal, será que una sociedad orgánica, de personas libres y responsables, se respete a sí misma y decida de su propio peso, valor, aprecio. Lo anormal, lo inverosímil, es que sea respetada por otro, oída y dignificada por el mandón benévolo.

Es cierto que tantas veces, a lomos del societarismo, del mayoritarismo, del individualismo, una mayoría ha pretendido oprimir o aplastar a las minorías sociales, raciales, espirituales, con una versión falsa de la sociedad: racista, o naturalista, o laicista, o economista. Se trata de convertir a la «sociedad», identificada con la mayoría de ella, en un absoluto, en detrimento de las

personas, familias y grupos intermedios que se quiere destruir. Los dos extremos: el individualista y el societario, al desfigurar irrevocablemente la realidad social, llevan implícitos, en forma directísima, la amenaza totalitaria.

Esta es la clave de la cuestión moderna: ¿pisoteados los derechos de la persona, de la familia, de los grupos espirituales, de las minorías ¿subsiste la democracia? ¿Se puede hablar, como lo hacía André Tardieu, como se hacía hace poco en una polémica montevideana, de «democracia totalitaria»? (3). El «objeto» democracia no pertenece al mundo físico - matemático, susceptible de una gran objetividad, sino al mucho más variable de las ciencias histórico - culturales: es, en forma eminente, un «deber ser» estable, pero siempre más afinado, más crecido, de todos los pueblos, hasta el futuro abarcable. Todo depende de la caracterización que le prestemos. La cuestión nos ha preocupado y hasta angustiado mucho tiempo. Hoy nos parece: no hay democracias totalitarias. Si bien, los pares rigurosos de antítesis son: Democracia-autocracia; totalitarismo - régimen de personas y grupos regulados por una «cosmovisión» política, en nuestro «hoy» histórico, los dos dualismos son absolutamente superponibles, y no pueden darse, más que en su forma degenerada, preterida por los regímenes que en las naciones unidas surgen de la guerra, «democracias totalitarias»; sino en hipótesis inverosímiles, autocracias respetuosas de las personas y de los grupos. El Méjico de Calles y la España de Franco, son bien elocuentes de esto.

Al no ser de la «esencia» de la democracia ni de una sociedad de personas, la determinación «total» del poder por vía electiva (sino más bien la última apela-

ción sobre las grandes vías de su ejercicio), creemos que puede ser inobjetable, que una monarquía a la inglesa, no autocrática, dentro de la cual la organización social espontánea y las garantías de la persona son tan magníficas, sea una democracia. Ahora, la idea de la igualdad de oportunidades sin restricciones, —esta «igualdad de oportunidades» que es la clave central de la democracia norteamericana—; la marea histórica contra el privilegio del nacimiento y de la sangre, si bien no esenciales en su realización exhaustiva, son fundamentales en la ideología democrática. A la larga, y dialécticamente, la oposición se plantearía, y sólo una estupenda prudencia política ha podido evitarlo.

Llegamos a que una sociedad no puede disponer de su propio destino, es decir, no puede actuar democráticamente, si su realidad, su estructura, sus propios ingredientes, están privados de voz, libertad, sustantividad.

Por eso es necesaria una recomposición de la comunidad, en su estructura orgánica de grupos y personas. Por eso, una igualdad proporcional, una igualdad económica sin pauperismo esclavo, un nivel de cultura que lleve a cada uno de los individuos una dosis mínima de sensibilidad a lo colectivo, son esenciales a la planificación de una nueva democracia. Por ello, todas las formas semidemocráticas y oligárquicas de la antigüedad, (¿cuál es el límite entre una democracia restringida y una autocracia de grupo?), todas las expresiones de la democracia liberal censitaria, han pasado a convertirse, para nuestra sensibilidad y formas de intelección histórica, en absolutamente antidemocráticas. Por eso, es que los tres sentidos de la democracia, que Lincoln enunciara en su inolvidable oración de Gettysburg: «gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pue-

blo» no se pueden separar, como lo hacen cómodamente todos aquellos que, rechazando el «por», creen que los otros no son grandemente temibles a una política de opresión.

La democracia agota su sentido en el «para» y en el «por». El «para», es la libertad, la grandeza, la felicidad, la seguridad, el bienestar del pueblo. Pero no hay, y es fundamental, «para» sin «por», sin un suscitar en la masa, un poco indiferenciada, las sagradas facultades de participación y gobierno. Cierto que el «para» sirve para desenmascarar las formas fraudulentas de democracia. Claro que el «por», es una difícil lucha, una vigilada lucha, un dolido crecimiento. La ausencia del «por», denuncia toda falsificación cesárea de la democracia, por más amplia que la base del consentimiento fuese, por más amplio que sea el que mantengan; por más copiosos que sean el «pan y circo» ofrecidos, las facturas del hierro y el cemento con que nos golpean los ojos. Sin el «por», un diario« por», el «para el pueblo», se hará pronto, el «para» de algún fin, primero furtivo, después desembozado y totalitario, máscara de la voluntad del grupo autocrático.

Las urgencias del «por» y del «para», llevarán tal vez, a una nueva democracia, a la perención del dualismo: gobierno directo - gobierno representativo y también, muy posiblemente, y de acuerdo a los viejos anticipos duguitianos, a la de la noción clásica de soberanía.

Caducarán las soberanías absolutas en su faz externa. Con mucha verosimilitud, en lo interno, caducarán también. Una creciente descentralización, hará nacer en cada uno de los grupos sociales, las funciones de autogobierno y responsabilidad. Realizarán en su esfera, las consignas técnico - políticas de la sociedad, planifi-

cada bajo el control democrático de los partidos, y traducidas, en su concreta accidentalidad, de la «cosmovisión» pública, con su centro de imputación en el Estado. No es difícil así, pensar en «gobiernos directos», de una sociedad orgánicamente concebida, moviéndose, dentro de una amplia regulación, con estatutos y franquías. Una ley consentida, se formará con la plena participación de los individuos y grupos sociales y paraestatales, en los planos de su competencia. Un amplísimo poder reglamentario, no residirá «solamente» en la administración central. Por otra parte, es de prever una participación cada vez más grande de la técnica en la representación. A través del instrumento de los partidos, como verdaderos sujetos del Derecho Público, se realizará, en la línea del creciente poderío de las comisiones parlamentarias, pero en forma mucho más audaz, la conciliación feliz de los dos elementos.

La reserva de los derechos y garantías constitucionales, que hoy delimitan firmemente toda delegación, se irá ensanchando a un vasto sistema de fueros y potestades, parciales y escalonadas. También es previsible que el Estado llegue a poseer la suya, estable e independiente, contenida entre esos fueros, la «cosmovisión política», y los derechos de la comunidad internacional. En el pueblo estará siempre, (vuelve a predominar el término clásico, sobre el revolucionario de «nación), el originario poder constituyente, puesto que éste pertenece a la comunidad o al grupo dominante. Es la autocracia o la democracia: no hay salida del dilema. Es la sociedad dueña de su destino, o lo es el tirano, lo son los tiranos. También será siempre del pueblo la designación de los titulares de la función ejecutiva; también la participación, el control, la colaboración en la función

legislativa, a través del instrumento orgánico del partido político, de las personas y del grupo social. Por último, se puede calcular que, a través de todo esto, el sufragio universal, no corporativo, no calificado, sin añagazas dictatoriales, adquirirá una extensión, una universalidad, una viva cotidianeidad, que hoy está muy lejos de tener.

En el orden de una caracterización, podríamos utilizar el concepto de «estado de derecho», como criterio de deslinde más estricto, si le damos al «derecho», un valor metajurídico y material de garantía, (sí, en el ius naturalismo, no en Kelsen); una «garantía», por la cual se le opondrá al Estado totalitario, o finalismo fuera de las personas o individuos.

La antítesis no la podremos usar, si dejamos a lo jurídico en un estricto sentido formal, ya que si cuaja en derecho toda actividad estatal, si la actividad estatal «es» derecho, éste podrá ser esgrimido por un autócrata, o hacia fines antipersonales. Pero resulta que, alejándose del sentido histórico del «estado de derecho», que les es hostil, los totalitarismos prefieren la teoría de los «actos políticos» para calificar su actividad. Y como a confesión de parte, relevo de prueba, «estado de derecho» recupera, vuelve a recuperar hoy, su limpio cariz beligerante.

Inversamente, nuestro tiempo, bastante necesitado de manjares más sustanciales, con sed ontológica, ha invalidado la noción de «autolimitación del Estado por el derecho», que tan triunfante advenimiento tuviera en las ciencias jurídico - políticas. En efecto, fuera de una robusta creencia iusnaturalista, la autolimitación por el derecho, excluye el querer desordenado, sin control, no el querer tiránico, no la violación de las autonomías

legítimas. Era la cortapisa de papel a la soberanía del Estado; a esa soberanía que, generaciones anteriores a la nuestra, veían sin límites en la moral, o en la solidaridad de pueblos y comunidades.

Tampoco la oposición estado autoritario - estado liberal, tiene ya vigencia histórica. El estado liberal - democrático absorbió elementos de autoridad: coacción de una ley creciente y minuciosa, elementos no espontáneos en la vida social, zonas de ésta sujetas a la imposición. Y el Estado autoritario antiguo sólo fué, por lo general, una tímida insinuación del totalitarismo.

Por último, la diferencia entre liberalismo y democracia, tan acentuada históricamente en la primera mitad del siglo anterior, está pasando justamente a eso, a historia. Porque es historia, entre otras cosas, la política que pierde vigencia. Y pierde vigencia, el monopolio social de minorías que deseaban libertad para ellas, pero no para el pueblo; escéptico - críticas, por oposición a las masas, entusiastas y creyentes; vinculadas a un capitalismo que necesitaba libertad económica, al par que pauperizar y proletarizar, —en sentido peyorativo—, a las clases inferiores; hostiles a todas las estructuras de tipo tradicional y fundamentación teológica, que pudieran, como pudieron algunas veces las monarquías de tipo absoluto, unirse al «demos» y ser una valla contra las oligarquías. Dejamos de lado sus ingredientes valiosos; los que han sobrevivido, y no dependen de su accidental discurso (4).

El pueblo se movió contra estas minorías con opuestas características. Fueron las múltiples expresiones de la democracia radical de masas. Avanzaron contra las oligarquías económicas o doctorales, cargadas de una vigorosa creencia (aunque esta creencia fuera de

tipo cientificista, como en el batllismo, como en casi todas ellas). Avanzaron con el mensaje de un nuevo estado intervencionista, con un hambre y sed social de justicia.

Se clausura entonces la oposición, con el crepúsculo del liberalismo como posición escéptico - crítica en lo gnoseológico y valorativo, como individualismo en lo vital; por la nivelación social progresiva realizada por la democracia radical de masas, y las tendencias, cada vez mayores, de ésta, a la tranformación totalitaria por absolutismo societarista y destrucción de las franquías de personas, minorías y grupos; por la planificación y socialización económica y cultural; por la imposición de un dogma; por el monopolio progresivo de los medios de sugestión y propaganda.

Destruído así lo accidental del liberalismo, las más finas energías históricas de una democracia radical de masas, sienten el llamado de otra nueva, auténtica y sustancialista. De la prueba de la guerra y la postguerra, el laborismo británico, las izquierdas francesas y españolas, los radicalismos argentino, chileno, mejicano, el aprismo, han de salir superados y transformados. La antítesis: escepticismo, minorías, libertad económica — pueblo, creencia, planificación, ha de ser superada en un régimen futuro, si queremos que este régimen viva y triunfe.

(La «República», en el sentido aristotélico-tomista: sociedad de igualdades naturales, donde cada uno se gobierna a sí mismo, y todos por la ley y magistrados electivos y temporarios, estaría más cerca de esta forma de sociedad estatal, de una democracia de derecho, grupos y personas, que el simple concepto republicano moderno, singularmente empobrecido, de una forma de gobierno electiva, tan susceptible de combinarse con

elementos oligárquicos, con extremos tiránicos, con desviaciones totalitarias.)

Pero toda esta noción, que a través de las oposiciones, estamos dando de un régimen totalitario y autocrático, es demasiado vaga. En nuestros días, un régimen totalitario se ha presentado siempre con estas características:

1 — Un dogma, una ortodoxia nacional, fuera de toda crítica, duda o discusión (el absoluto «nación», «orden cristiano», «raza»). Es el rasgo antiliberal, antirrelativista, antiescéptico.

2 — Un estado poderoso y fuertemente centralizado a su servicio; un estado que utiliza, en sus relaciones con los ciudadanos o súbditos, las notas, rigurosas, de autoridad, orden, disciplina, jerarquía.

3 — Un «jefe» encumbrado por el partido, «plebiscitos tácitos», o revolución; sin regularidad de orígen ni de sucesión; sin límites legales ni doctrinarios a su poder.

4 — La clase dirigente. Reclutada con bastante amplitud, está autorregulada. La relación entre ella y el pueblo se simboliza en el cuenta - gotas y en las «horcas caudinas».

5 — Una organización jurídica, un aparato legal que obedecen a estos amos, y en los que la protección, la autonomía, la seguridad del individuo nada significan; en los que predomina la idea de «legitimidad» moral - nacional, sobre la de «legalidad» de forma, en modo tal, que permita justificar la Revolución, la guerra y los estatutos de excepción.

6 — Una concepción pesimista del hombre; la desconfianza en la capacidad, responsabilidad y libertad de cada pueblo, para darse un gobierno que le sirva, in-

tervenir en su gestión, controlarlo, representarse y cambiarlo por vías regulares. Ahora no será más que el pasivo coro ratificador, de las tradiciones cesáreo-dictatoriales. El hombre no tiene más que servir los fines impersonales, antipersonales, del Estado. No sólo se le privará de toda voluntad participante en sus decisiones: de éstas, unas se le ocultarán por un riguroso secreto hasta estar irrevocablemente establecidas: otras, siempre.

7 — Una moral nacional, integrada por valores fideístas, ascéticos, dinámicos y solidarios, en la masa; de relativismo y maquiavelismo en la «élite»; con un culto «hacia adentro» de ciertos valores cristianos; una ética en la que todo esfuerzo se debe al fin nacional, y que obra como gran «condensador de energías», en la expresión de Roger Caillois.

8 — La salida expansionista de estas energías; la irradiación del «ideal», el área de la codicia nacional, la guerra.

9 — Advenido el régimen, en tren de advenimiento, una concepción dualista, maniquea, divide la comunidad en fieles e infieles, justos y pecadores, amparados y perseguidos. La política totalitaria se realiza siempre «contra alguien», y no en vano es suya la posición ya vista de Carl Schmitt, sobre el «enemigo». La justa tensión agónica, combatiente, que mueve la vida, la conciencia moral, toda política, y que siglos de civilización tendían a dirigir cada vez más contra obstáculos impersonales y superiores, se humaniza, se «antropomorfiza de nuevo, cruelmente (a). En espera del «enemigo»

(a) Es cierto que la política se realiza contra «algo», pero no es forzoso que sea contra «alguien». En un dado nivel mínimo: contra el desorden, la dispersión de la energía y el azar; en un

internacional, los «buenos» persiguen a los «malos», y crean el instrumento represivo implacable que les vede toda escapatoria. Son los judíos, los burgueses, los pacifistas, los republicanos, los «salvajes unitarios», todos los matices de lo cristiano, el luchador sindical. El rasgo dogmático, el culto de la imposición y de la violencia, la unidad nacional por la sangre y el fuego, que son esenciales a todo régimen totalitario; el desprecio de la caridad, conducen a esta actitud.

10 — Un amplísimo intervencionismo que, llevado a sus últimas consecuencias, destruye la dualidad sociedad-estado, invade los fueros personales y familiares, y liquida al individuo como célula autónoma, responsable y libre.

11 — Una corporatización y jerarquización de la sociedad, contra las notas de igualdad e individualismo, de modo de conseguir su unidad y dirigirla mejor. Su consecuencia es la rígida planificación de la economía y de toda la existencia pública.

12 — Una política de nivelación social, como medio de ganar a la clase obrera, necesaria para la guerra y el esfuerzo productivo; la contemporización con la clase media; la lucha contra los feudalismos financieros, y el odio al intelectual.

13 — La tenencia en manos del Estado, y para sus propios fines, de todos los medios de coacción y sugestión mentales. El complejo de lo que se entiende por «propaganda» (radio, prensa, cine, etc.), es un instru-

---

plano más elevado, debemos tratar que ese «algo» sean las resistencias de la naturaleza cósmica y de la humana: la pobreza, la incertidumbre, la escasez, la codicia, el egoísmo; todos los lastres del mundo que frenan una realización cada vez más clara, cabal y progresiva de los valores.

mento más del poder, y pronto adquiere una utilidad mayor que todas las formas de presión material, y hasta las hace innecesarias.

14 — La hostilidad a toda relación religiosa trascendente y personal.

2. *El régimen totalitario en España.*

El absoluto deificado es de carácter histórico, religioso, cultural. Un solo espíritu y varias formas: el «Imperio», espada de Roma, el «Orden Cristiano Tradicional». Desde luego, ni de tipo clasista, ni racista, ni biológico, ni estadual (a). Vinculable con las soluciones que Del Vecchio llama del «transpersonalismo cultural», nuestra opinión lo colocaría definidamente, en las del antipersonalismo. Naturalmente que, como ya hemos visto, todo régimen totalitario dirá que es él, el que respeta «el verdadero valor» de la persona humana.

Sentimos la necesidad de una Fe. Los que la poseemos, los que no la hemos tenido, sabemos su valor. Esa Fe que queremos y necesitamos común, tenemos que asentarla en el orden natural, en la tradición cristiana, humanista, democrática, si esta urgencia de algo que nos religue no queremos verla trasmutada, encarnada, en alguna nueva caricatura monstruosa como la del nazismo, pequeña e hinchada, como la del falangismo (5). El movimiento, tan claro en Europa, de partidos con una creencia agresiva, religiosa, total (para algunos es

(a) No somos tan ingenuos; no negamos la verdad, parcial, pero verdad, de origen marxista, de que todos estos «absolutos», no suelen ser más que refrendos vistosos de los grupos y clases que luchan por el poder.

la causa N.º 1 del totalitarismo); la necesidad honda, entrañable, de la que estas facciones son testimonios locos, tiene que ser superada en una nueva democracia, por una Fe que sea algo más que Fe en sí misma.

Pero decimos una Fe, no unas simples barreras legales, si no queremos perecer por una muerte interna que ningún cinturón de espadas triunfantes podrá quebrar. Hay que hacerse cargo de esa obscura, de esa lúcida aspiración a un orden «desde dentro», que mueve al hombre contemporáneo, que lo há llevado a esas religiones, a esos cultos civiles, a esos engendros del orden contra la justicia, del desorden establecido bajo la mordaza. Hay que hacerse cargo de ese anhelo de unidad, de integración, de integridad, que agita al hombre de Occidente, desgajado de todo culto desde hace cuatro generaciones, y que nada, salvo en las almas cristianas o revolucionarias, la religión tradicional o el marxismo, ha sido capaz de llenar.

Hay que despejar la oposición entre la democracia y esa ortodoxia necesaria. Ya dijimos que la necesidad de defensa ha desbrozado el camino. Se ha creído que una enérgica creencia sobre los fines de la sociedad, del hombre, de la nación, impone, naturalmente, un régimen autocrático, dentro del cual, la persona y la sociedad no tienen otro destino que el de la rígida obediencia. Por oposición, la democracia se ha regido por un escepticismo fundamental (Kelsen lo hace el punto común de imputación entre ella y el liberalismo), para el cual ya que no hay Verdad, es mejor dejarlo «todo» a la espontaneidad social, al veredicto más inmediato de la mayoría.

Será el hallazgo de la época, el régimen, que a la vez que afirme una creencia sustancialista en el mundo

y los valores, por encima de toda duda; en esos valores de la tradición y la razón natural que penetran con soberano imperio toda la historia; dé juego libre a una espontaneidad social que se ordene en ella, le preste raíz histórica, y a todo, una encarnación más viva, libre y copiosa. Claro que esta «cosmovisión», este módulo cultural, no puede tener otro rigor ni otra sanción que las sociales; dejando su custodia «exclusiva» a cualquier cuerpo especial, Estado o partido, la pendiente hacia el totalitarismo y la autocracia se produce fatalmente. Tampoco puede ser este dogma, la afirmación puramente formal de las franquicias: el principio de que «no hay ninguna libertad contra la libertad», junto a su peligrosa vaguedad, no consigue superar la insoluble contradicción escéptico - dogmática (6).

La libertad, la justicia, la independencia y dignidad del pueblo, los valores morales del Evangelio, no serán dejados en el mundo futuro, al azar del primer probabilismo, del primer arbitrio (a).

De los dos caminos aquí indicados, el falangismo ha seguido el viejo —el del monopolio autocrático— y todo el totalitarismo con él. A América le corresponde seguir el nuevo.

Abundante el primero, falta en cambio, casi enteramente, el segundo de los rasgos de un régimen totalitario: un Estado fuerte y poderoso. España es hoy, en la práctica, una nación sin Estado.

(a) Sería curioso revistar todos los medios que, desde las trabas a la reforma de la constitución, hasta la institución académica, en lo cultural, los hombres han utilizado para establecer algo dogmático y estable, sobre el vaivén de los quereres.

La situación, de 1936 a 1939, se planteó esquemáticamente así: el Ejército con el levantamiento; el Estado, es decir, la burocracia, la herramienta administrativa, con la República. Destruída ésta, fué destruído también lo que la sostenía; el Estado español fué desmantelado y no se creó otro en su reemplazo. Fácil es inventar un programa, difícil hacer un fichero e infinitamente más reconstruirlo. El intento existió, demás está decirlo, pero un Estado es como un vino viejo, trabajo y sedimentación de generaciones, y un país de escasa disciplina social y sin sentido de la organización, un régimen que otorga a la fraseología política lugar desmesurado y que destina al desván a la administración, no es el más adecuado para forjarlo.

Estamos ante un Estado interino y desmantelado; vacuo, ineficaz, cruel: los tres adjetivos de todo el franquismo. Entre otras cosas, lo ha hecho así el temor de Franco de enfrentar al país, aun en forma dirigida, con el problema del Régimen. Es un Estado que carece de toda condición de ejecutividad, rapidez, técnica, eficacia.

Ningún otro Estado más lejos del que piden las consignas de la época. Ningún otro, más lejos que el español, de un Estado fuertemente instaurado, preciso, responsable.

Concebir la democracia sobre el antagonismo sociedad - Estado, es plantear la cuestión en términos sociológicos del siglo XIX, ya superados; ponernos en la perspectiva en que las clases medias en ascenso, tenían que cortarle las uñas al Estado histórico del absolutismo. Ni antagonismo, ni identificación: simple diferencia, limpio deslinde. Digamos con Ortega: «esa forma superlativa de sociedad que es el Estado» (7). *Ni ángel ni bestia; solamente un poderoso instrumento, un continuo centro*

coordinador de la vida colectiva; un exacto, eficaz traductor, en su ámbito, de las apetencias sociales de justicia, riqueza y libertad (a).

La independencia que el Estado presenta frente a la sociedad, previo al hecho de englobarla en sus regulaciones, destruyendo el dualismo que las separa, es acentuadísima en el régimen que estudiamos. Combinación del principio unitario - monárquico y del aristocrático-oligárquico, sin su naturalidad y sin la eficacia histórica que éstos tuvieron, lo que en sustancia configura al franquismo, es la forma autocrática, sin los límites naturales que la monarquía soportó, sin su regularidad sucesoral, ni el fuerte valor representativo - republicano de sus tiempos mejores y aurorales. Menos aún puede lucir, y por razones obvias, el sólido prestigio que las aristocracias de sangre, en su plenitud, disfrutaran. Tampoco nada más lejos del sistema, que una democracia cesárea, de irrupción multitudinaria, aun en un sector, de tipo agresivo y dogmático, encarnada en un jefe. Franco fué impuesto por una combinación de militares, y difícilmente debe existir dictador menos popular que él. Ni el pueblo ni la nación orgánica, determinan las formas del

---

(a) La nueva democracia habrá de realizar lo que en nuestra actual circunstancia parece de tan difícil hallazgo: un Estado y una administración rigurosamente contraladas, pero moviéndose a la vez en su esfera, con plena soberanía e independencia; atentas a la voz, opinión y consulta de los intereses particulares, y aún concediéndoles facultades de autogobierno (como el ejemplo inaugural, aunque frustrado de los códigos de la N.I.R.A.), pero, una vez adoptada una medida, cumpliéndola rigurosamente, con independencia de ellos, y de sus presiones visibles y sobre todo invisibles. (El ejemplo de la economía dirigida de guerra en nuestro país, abonaría con exceso lo que decimos.)

poder; delegan, aún irrevocablemente, su ejercicio, designan sus titulares (a).

El reclutamiento, por amplio que sea, y no lo es, del Partido Unico, resulta una forma agrandada de cooptación. Las «ratificaciones plebiscitarias», aquí, ni siquiera se han podido fingir.

En el laberinto de la cuestión de la soberanía, el régimen franquista se ha decidido, naturalmente, por confinarla en el área del Estado, en su grupo dominante y en el dogma político interpretado por él. Invocado el origen divino del poder, se evita con cuidado toda referencia a la evidente inclinación clásico - escolástica, por una residencia, aún parcial, de la soberanía en el pueblo, traducida en fueros, autonomías y derechos inquebrantables. Mismo, y es inclinación fatal del ditirambo franquista, se registran intentos de regreso a la idea, desechada desde el absolutismo y heterodoxa, de una delegación celeste de la soberanía, en la persona del tenedor de la potestad suprema. Tal parece leerse

---

(a) Descartada la nota de irrevocabilidad, es la fórmula del pueblo dueño de sus destinos, esa tan impar plenitud superdemocrática, cuya relativa ausencia en nuestro país, hacía decir al doctor Onetto y Viana que nunca tuvimos democracia. (Como si democracia significara la exclusión de la obra de los grandes hombres, polarizando más allá de su racional inteligibilidad las motivaciones de la masa. Esa influencia se diferencia muy nítidamente de la desviación cesárea, porque al mismo tiempo va suscitando energías sociales, va educando, va despertando hábitos de autogobierno. Es distinta, claro está, de la dictadura de las camarillas, de los arreglos y pactos, de las presiones clandestinas, pero no excluye la poderosa conjunción reflexiva de los grandes partidos, que hoy, más que ningún otro factor y desde el movimiento constitucional de postguerra, las ideas de Kelsen y los totalitarismos, están borrando la distinción, tan escueta, tan clara antaño, entre Sociedad y Estado.)

entre las líneas de la desenfrenada adulación al «Caudillo».

La forma de gobierno de España reune así, en dosis variables: a) los elementos de la oligarquía (aristocracia cerrada, no calificada constantemente por la «virtud», tomada esta palabra en el sentido clásico y no en el maquiavélico - renacentista); b) la dictadura como real interinidad, a pesar de las pretensiones de permanencia; c) el absolutismo, como carencia de límites jurídico - políticos al poder del Estado.

Ningún régimen de un tinte más acentuadamente minoritario, y ninguno en el que se deje al pueblo, legalmente menos, la expresión de su espontaneidad y de su querer. Una concepción de la política, la economía y el espíritu, dogmática en sus fines, burocrática y centralizada en sus medios e instrumentos, calla las apetencias de la masa, y ni siquiera le permite acercarse por ella misma, a los objetivos que se le prefijen. No hay aquí pesimismo en el hombre. España es lo bastante inteligente, lo bastante cristiana para ello. Más bien se trata de una desconfianza práctica en el pueblo, de un temor desesperado de sus libres reacciones.

La presencia de este dogma, de esta «ortodoxia nacional», es sobreabundante y clara en España. El lugar que en los países democrático - liberales ocupan las constituciones, los derechos y garantías, las mismas estructuras formales del régimen político y las libertades sociales, está lleno aquí por la afirmación de tipo histórico - religioso. Desprovista en su totalidad de carácter jurídico(apenas lo tendría un concordato inexplicablemente detenido por el regalismo de estos «defensores de la Cristiandad»), no se ha ignorado la necesidad de una instancia superior de derecho que jerarquice las leyes

y anule las contradicciones, que sea un principio mismo de garantía. En España se ha pretendido que lo sean, el Fuero del Trabajo y el programa de los «26 puntos» de la Falange, pero la fijeza y defensa de estos documentos, muy retóricos, muy vagos, es nula por su misma latitud. Parodias de una ley fundamental, ninguno de los dos contiene garantías de la persona, y sólo el primero, algunos derechos de orden económico. Tampoco hay estrados donde apelar por ellos, ni existe un orden legal que refleje la cosmovisión política fundamental, fuera de las modificaciones más inmediatas del poder, superior a él —constitucional en suma—, prefijado, consentido, formado con la participación de aquellos sobre los cuales ha de aplicarse.

Todo esto, esencial a cualquier régimen democrático, a una nueva democracia, es hoy sistemáticamente desconocido y relegado en el sistema español.

Conexo con lo anterior (está también en la fe de bautismo del régimen, y la justificación de la rebelión lo presenta), encontramos el predominio de la «legitimidad» moral - histórica, dejada su interpretación al arbitrio del poder y a un interés nacional siempre variable y contradictorio, sobre la «legalidad», más exigente por su misma rigidez formal. Junto a ella, su consecuencia inflexible: la invasión de lo político sobre lo jurídico (a).

En España, como en Italia, los principios «puros» del Estado totalitario no agotaron su sentido en el cam-

(a) Lo jurídico siempre tiene un fondo político, indirectamente político: no hay «derecho puro»; son políticas la concepción del mundo, de la persona, del individuo, de la sociedad, que el derecho organiza, pero la que es aquí política, es una regulación «inmediata», variable, lesiva, terrible.

po del derecho. La formidable tradición jurídica romana - medioeval - moderna ha resistido en lo esencial, los embates de los que intentan cambiar su signo, y los regímenes antiliberales fasci - falangistas han preferido recurrir a una legislación de excepción, que se inserta entre la vieja, creando la anarquía doctrinaria y jurisprudencial, que cambiar, en una verdadera contrarrevolución, la impronta de todo el material jurídico. Mucha legislación anterior, aún desusadas leyes del siglo pasado, han puesto trabas a la voluntad de los fanáticos falangistas. Es claro que sólo esto es posible, cuando no hay verdadera unidad en la oligarquía gobernante, y la independencia de los jueces puede sobrevivir, precariamente, parcialmente, de sus pugnas. Como en las deficiencias de la organización estatal, la inexistencia de un derecho político que sirva al ideal absoluto nacional, mondo y lirondo de todo contenido garantizador de la persona, no se debe a escrúpulos teóricos, sino al tranco lento de la contrarrevolución, a su penuria de capacidades, a circunstancias exteriores, a la característica postergatoria del genio nacional...

Es difícil saber hasta dónde la impracticabilidad radical con que en España tropieza la «moral» fascista de disciplina, esfuerzo y ascetismo, es debida a resistencias innatas del pueblo hispánico, y hasta dónde a la repugnancia esencial que el régimen despierta, y con él, su esfuerzo de ponerlas en marcha. Porque indisciplina, una prolija sensualidad, temple anárquico, son las respuestas del país a las dificultades de la guerra. A las clases superiores y medias las mueve principalmente el egoísmo; a las inferiores, que no llegan siquiera al nivel mínimo sobre el cual se puede ser humanamente egoísta,

la hostilidad a un gobierno que saben contra ellas, indiferente a ellas.

Es paradójico, y como tal profundo, que la única institución actual en la que el español despliegue un verdadero genio organizador, sea una ilegal: el apodado «straperlo». Así se llama al mercado negro de todos los productos, y el nombre le viene del holandés Strauss, importador en España, durante el período lerrouxista, de una suerte de ruleta ilegal que causó escándalo y volteó a un gabinete. El mercado negro ha llegado a una perfección inaudita, a una satisfacción escrupulosa y diligente de la demanda. Media nación vive de él; media recurre a él. Todo el subsuelo de España es un gran patio de Monipodio. La moral de la austeridad sufre una conculcación cotidiana y universal. Lo primero es comer, y se hace como se pueda. Brota de nuevo la laxitud de toda lucha, y como en «Les dieux ont soif», la dulzura del vivir, mismo entre la inseguridad y la miseria, típica de todas las postguerras, de todas las postrevoluciones.

En tres o cuatro años, la vida peninsular ha dado en una de sus mitades, un vuelco completo. La mujer española —y es consecuencia de la guerra, de la persecución, de las dificultades—, ha pasado bruscamente del gineceo a la vida pública. El acceso a las profesiones y trabajos, la independencia económica, la soltera como estado civil tolerable, y la relación sexual libre y extramatrimonial, por lo menos en las grandes ciudades, se han revestido de una frecuencia desconocida. Todo lo que significa, con el matiz peyorativo —entre otros positivos— que indudablemente tiene, «el régimen de vida de la mujer europea», y que en el continente fraguó en varias generaciones, se ha instaurado repentinamente

en España, irrumpiendo con el ímpetu pasional que el clima singular del país le presta. A la ruptura de la clausura sexual, ya antigua en las mujeres de la nobleza, y más nueva en las del pueblo y contemporánea de la República, se han incorporado la adolescencia y juventud de la clase media, por lo menos en Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Bilbao...

Es abundantísimo el rasgo represivo. Todo el Régimen fué, «ab initio», una empresa de «depuración», venganza, unilateral justicia. La magnitud de la represión realizada por el gobierno franquista con posterioridad a la paz de 1939, es discutida y está librada, lógicamente, a la pasión política. La nula, o por lo menos dudosa legitimidad de un Régimen (a), entronizado por la revolución y la ayuda extranjera; la necesidad de unificar lo más posible, hasta donde se pudiera, una comunidad partida hasta la entraña por los odios más seguros; los principios cristianos que se proclamaba obedecer, no pusieron una cortapisa a esta represión, que además de abundante y sangrienta ha sido torpe y desigual. Hombres moderados, salvadores de vidas, como Julián Zugazagoitia y Luis Companys, cayeron bajo el plomo de los piquetes, mientras criminales comunes, que hubieran sido igualmente condenados por el otro bando en caso de triunfar, pasean su humanidad culpable en el mismo teatro de sus crímenes. Con una mala política en la acumulación de procesos, juzgados por una ley, la Militar, que no fué pensada ni creada para casos semejantes, inocentes ilustres, aún para las categorías triunfantes de la venganza —fué el caso de Besteiro

(a) Nos referimos a la de «origen»; la de «ejercicio» no es dudosa... por su ausencia.

(a)—, debieron ser condenados, mientras los Tribunales de Responsabilidades Políticas y de Represión de la Masonería, agravan sin fruto la escisión, hurgando viejas vidas, y manteniendo sobre ellas la espada de la amenaza.

Doscientos mil presos, de acuerdo a lo que nos manifestaba el subsecretario de Justicia; medio millón según algunos, permanecen en las cárceles. Indultos y amnistías demasiado cautas, y en las que falta todo rasgo caudaloso de cordialidad, no terminan nunca de incorporarlos a la vida nacional. Y cada uno de estos hombres, además de la feroz farsa de contricción que se les impone, significa una familia en la miseria; cada una de estas miserias, un desnudo infierno sin relato.

Pero en España, la represión no sólo ha tenido un carácter partidario o individual. También las regiones fueron divididas en fieles e infieles. Los dos grandes núcleos del separatismo y la resistencia, Vasconia y Cataluña, partiendo de un común tratamiento rigurosísimo, han seguido con posterioridad suerte muy distinta. La patria de Maciá se ha incorporado sólidamente al Régimen, al menos en la superficie. Con flexibilidad levantina y más sentido comercial que histórico, ha hecho demostraciones elocuentes de franquismo, es mimada en la distribución de los abastecimientos, y su alta burguesía «lliguista» lucra hoy con las grandes ganancias del mercado negro y de los negocios de textiles.

El país vasco se ha mantenido, por el contrario, en una hosca y magnífica reserva. Hace un año, el Genera-

(a) Al cual el «Caudillo», habitual del perjurio, prometió absoluta libertad y se avino «magnánimamente» al fin, a enviarlo a prisión perpetua, de la que lo liberó la muerte.

lísimo sólo encontró en Bilbao, ventanas mudas y desiertas. La Falange no arraiga allí ni a las buenas ni a las malas. Mientras tanto, se mueven desde Madrid, todas las formas posibles de humillación regional. Los castigos en los aprovisionamientos, se dejan sentir en forma sensible y grave. Vasconia, y sobre todo Vizcaya, no es región agrícola ni ganadera. La más rica, ilustre y maravillosa porción de España, presenta más niños mendigos que cualquiera otra; la tierra del refinamiento y el buen vivir está tan castigada por el hambre, como las más inhóspitas y desnudas de la marisma andaluza.

El amplísimo sistema de intervencionismo estatal está movido, junto con la nota totalitaria del régimen, por las circunstancias dificilísimas de economía de guerra en las que el país debe vivir. Se dice que los sistemas totalitarios han nacido, histórica, sociológicamente, de las transformaciones del área rectora del Estado durante la primera guerra mundial. Inmensas zonas de lo social, que habían quedado inmunes a lo estatal, se han encontrado sin efugio en sus mallas. Una filosofía de escepticismo moral y de desilusión de la libertad, se incorporó esta realidad, pero indudablemente lo ideológico vino aquí a rastras de las transformaciones fácticas. En España, las dos causas se han dado simultáneamente: economía de guerra e ideología totalitaria. Consumada la identificación de Estado y actividad política, monopolizados los medios de opinión pública, y en manos estatales todos los resortes de la economía, por lo menos el fuero personal íntimo, las cuestiones morales y de familia, quedarían inmunes a su alcance, si el régimen, como lo proclama, fuera efectivamente cristiano. Pero sabemos, por una parte, que están presentes en él, la desviación teocrática: una teocracia de Estado, y que

todo fuero, intimidad o libertad son escarnecidas, cuando cuaja, entre los muchos males, un sistema de esta índole. Además, el régimen totalitario como tal, es la primera tentativa histórica efectivamente realizada, de invasión y destrucción de estos fueros. A un régimen totalitario no le basta con el absolutismo político y el control total de la economía; la ruptura del equilibrio vida íntima-vida pública y el rapto de las energías que mantienen viva a la primera, para aplicarlas a lo colectivo, le son esenciales. Las viejas tiranías también lo pretendieron, pero el mundo no era capaz de tal disciplina; los medios de manejo de la opinión pública no estaban de tal modo concentrados, ni la ciencia tan afinada al servicio de planes de dominación como lo está, para que la empresa tuviera todas las posibilidades de victoriosa realización que hoy tiene.

La solución totalitaria de los problemas de la sociedad y del Estado es muy simple: la de la horda: homogeneidad. La de una nueva democracia, transformar el sistema de la división y equilibrio de poderes «en el Estado», en el más vasto, rico, total, de un equilibrio de todos los ingredientes de lo social. Organizados, estructurados, responsables, los grupos sociales, a ejemplo del irremplazable y creciente «self government» anglosajón, se moverán en una comunidad planificada en sus grandes líneas, armónicamente proyectada (8). *Entre ellos estará el Estado, contenido en sus límites, como un grupo social de eminencia e instancia más crecidas. Dentro de él, no hay que ser muy zahorí para prever que, mientras un sistema judicial independiente se definirá cada vez más, el dualismo ejecutividad - legislación borrará progresivamente sus fronteras.*

La nueva democracia va a ser una democracia de

tensiones. De tensiones que necesitamos vivas, fuertes, creadoras. Tensión entre lo individual y lo social; tensiones de minorías y mayorías, alentando aquéllas, una existencia espiritual cada vez más rica, más plena; viviendo las otras, las consignas de una planificación universal, de una colectivización total, que han de ser, por fuerza, bastante simplificadoras y groseras. La sociedad que viene, no va a negar la libertad y sustantividad del espíritu, en la forma del monismo marxista o del biologismo nazi, pero, por franca y por realista —la «sinceridad, decía Mauriac, es la única virtud nueva de nuestro tiempo»—, no echará el manto de un espiritualismo hipócrita y dispensador, a ejemplo del «idealismo» dieciochesco (contra el que con tanta razón se rebeló Marx), sobre la locura de las pugnas materiales. En las energías de la persona, en una persona despierta y tensa, y en la legitimidad de las tensiones que estas energías creen, descansará, a la postre, la facticidad, la realización de la libertad.

Ejemplo de la opción totalitaria, el «Frente de Juventudes», aprobado por ley del 6 de Diciembre de 1940, es un ambicioso movimiento de encuadre de la futura España. Toma el niño a los siete años y lo abandona, joven de veintiuno, convertido en militante. Teóricamente respeta los derechos de la familia: se necesita permiso del padre o tutor para ingresar en él, y tiene asesores eclesiásticos, lo que en España significa, por lo menos, religión ambiental y a todo pasto. Junto a los defectos esenciales a que nos referiremos más adelante, posee algunas cosas bellas e imitables: el periódico contacto, la amplia comunidad con la naturaleza; las escuelas de vuelo sin motor, las de «flechas» grumetes; los deportes de montaña, el endurecimiento físico. Pero

sobre estas accidentales ventajas, no queda, al fin, sino aquello que anotaba tan sagazmente George Bernanos en «Les grands cimetiéres sous la lune»: el Estado totalitario, al erigir un dogma, al imponerse coercitivamente, al succionar hasta el fin, en las juventudes, todas las reservas de desinterés, sacrificio, esfuerzo, abdicación de sí, las mata, las esclerotiza o dilapida. Su signo es, contra el del ahorro inteligente, el del dispendio estúpido.

Como reacción contra todo esto, está despertando un fenómeno de importancia trascendental y no bastante encarecida, un fenómeno de signo ecuménico. A estos regímenes, y al español en especial, les ha salido, como por escotillón y críada respondona, una generación intimista, de pendiente literaria y estética, musical; religiosa, pero no con religiosidad combativa, no a la española; nada aficionada a lo político, y escéptica a todas las exaltaciones expansionistas e imperiales... El espíritu sopla donde quiere. Es esa generación europea de la que habla Veit Valentin, en el epílogo de su magnífica historia: «sedienta de libertad, de decencia y de dicha».

Esta generación, la de los que no tienen veinte años, y de cuya sorda resistencia todo se puede esperar para socavar la indignidad ambiente, marca una ruptura fundamental con la que hizo la República, la revolución y la guerra civil, el comunismo y la Falange. La generación que se desangró en las reyertas callejeras, en la sierra y en los frentes, en las prisiones, en la emigración y en Rusia, era cívica y profética, desperdigada, vital, múltiple, fautora simultánea de poesía y de aventura, de política y de guerra. Estaba golosamente atraída por el canto del mundo.

En esta promoción novísima, de características eu-

ropeas, la resistencia a lo político, corta ese nefasto proceso que se inicia en el Estado de masas y culmina en el totalitario, con sus grandes «partidos únicos» en los que la política es una obligación coercitivamente impuesta. Hoy vemos la necesidad impostergable, tan obscura hasta hace poco, de diferenciar la defensa celosa de la libertad y del «self government» personal y grupal, con la «política», como tarea concreta en el Estado; la universalidad deseable para los primeros; el carácter minoritario, excepcional, «vocacional» de la segunda. En «Los fines y los medios», una mentalidad tan alerta como la de Aldous Huxley lo reclamaba. Pero no insistía en lo que a nuestro juicio es fundamental: si bien el interés por la política, cada vez más extendido, fué un instrumento de la lucha por el derecho y la libertad, contra el Estado absoluto, histórico, de clase; hoy corre, en cambio, paralelo a los avances exorbitantes de la administración moderna, en lo que éstos tienen de más legítimo.

La característica de la corporatización totalitaria, se traduce en España en la cuestión de los «sindicatos verticales». Después de ser uno de los adjetivos preferidos del nuevo «estilo» falangista, «lo vertical» se ha convertido en el rasgo encomiado del sistema sindical que el franquismo trata de realizar, cumpliendo con esto, una consigna de la misma Falange. España estará, pues, ordenada en «sindicatos verticales».

¿Qué significan estos sindicatos? (9).

1 — Dentro del repertorio de soluciones actuales del problema, el sindicato puede estar en dos zonas: en lo social o en lo estatal. Ejemplos de la primera situación, nos los ofrecen las posiciones socialcristianas, y la

presente del sindicalismo revolucionario o evolucionista, en todo el mundo. Dentro de lo social, pueden ser «personas de derecho público» o de «derecho privado», con las significaciones obvias que estos términos tienen. En cambio, los sindicatos y corporaciones del régimen fascista italiano, eran «órganos del Estado», formaban por consiguiente parte de él, constituían un rodaje más de la máquina burocrática.

Entre estas dos soluciones, ¿cuál es la situación del sindicalismo español franquista?

El «sindicato vertical» español es «persona de derecho público», pero no órgano del Estado. Situado entre él y el Partido Unico, dependiendo económicamente del primero y políticamente del segundo, su «valor social» es nulo y es, al fin, un medio más de la coacción triunfante.

2 — El «sindicato vertical» no es órgano de representación, postulación y lucha de las fuerzas sociales, de las clases auténticamente productoras, dentro de una gran estructura económica que el Estado dirija y regule; que se dirija y regule a sí misma. El grupo es, usando un término de sus autores, un fundamental «encuadramiento», un medio mejor de dirigir lo económico y disciplinar lo social. Nada menos y nada más. Está inmunizado de toda expresión propia.

3 — Pero no hemos dicho todavía, por qué se le llama «vertical». Se considera que la situación de un ser humano puede estar determinada por dos factores: el dinero o la función que desempeña. Si se trata del dinero, surge, naturalmente, una figura en la que las clases se van ordenando respecto a él, como capas geológicas: horizontalmente, y permaneniendo arriba las de la ma-

yor densidad (capitalismo y alta burguesía). Será entonces, que se hable de «clases horizontales».

Calificándose, en cambio, por la función, cualquiera, y especialmente las más complejas de estas funciones económicas, requerirá, para su mejor cumplimiento, jefes de empresa, técnicos y obreros. Comprenderá personas que estarán en diversas clases sociales, «horizontalmente» entendidas, viéndose entonces la «función», como una vertical, puesto que necesita abarcar varias de ellas.

El resultado práctico de esta inofensiva geometría, es el de que dentro de cada uno de estos «sindicatos verticales», estarán englobados obreros, patronos y técnicos. Se intenta imitar, sin arqueologismo, la antigua estructura de los Gremios, Hermandades y Cofradías. Hay un proclamado, aunque muy mal mentido esfuerzo, por salvar lo que se crea, del sello vergonzosamente conservador de la estructura corporativa italiana, en la cual los sindicatos de obreros y patronos se agrupaban en federaciones nacionales de cada rama, juntándose recién en confederaciones, en el plano nacional. Es decir, que se mantenía hasta último momento, una aséptica distancia entre trabajo y capital.

En España se intenta lo contrario, pero no se ve muy claro, qué consecuencias puede tener el englobar las tres clases en un todo. Si el sindicato tuviera poderes de elección y decisión, cualquier tipo de sufragio por cabeza o por estamento, sí, la concepción hubiera significado una transformación revolucionaria de la dirección y del lucro industrial, una efectiva limitación de la clase patronal, y la intervención obrera y técnica en la gerencia, y en la propiedad, a la larga, de la empresa económica. Pero el franquismo reaccionario se defiende a costa de paramentos, y no de realizaciones.

Estos sindicatos se ordenan a su vez en la «Delegación Nacional» de los mismos, en las «Centrales Nacional Sindicalistas Provinciales», en las «Casas Comarcales» y en las «Delegaciones Locales». Parecería por este esquema, que se hubiera prescindido de las federaciones nacionales por ramo de producción y, efectivamente, sólo se habla de «sindicato nacional», con atribuciones económicas en ese plano, y sociales y asistenciales en la esfera local.

Los organismos recibirán el nombre de «sindicato», «hermandad», «cofradía», «gremio», según sean los grupos de carácter industrial, ganadero, agrícola, periodístico, artesano o de profesiones liberales. La unidad que los integrará es la «empresa», y no el individuo. El «jefe de empresa» tendrá facultades absolutas de mando y disciplina, aunque estará controlado por una «junta de jurados», todo clara imitación del sistema alemán de los «frentes del trabajo».

Aquí, como en todo, lo característico de lo español-franquista es la «dirección» desde arriba. Un ejemplo, lo tenemos en la ley de Cooperativas, aprobada el 2 de Enero de 1942. Lo único vivo que hay en el organismo que se creó, son las viejas cooperativas cristianas de producción, especialmente las de la región valenciana, y a las que se ha privado, de acuerdo a la tendencia, de todo derecho de representación en las jerarquías superiores de la «Obra Nacional de Cooperación».

También ideas clasistas, se mezclan en esta «verticalidad» cada vez menos absoluta. Los organismos «parasindicales» de estudio, y los «estamentos» con funciones morales y de apelación, caen de nuevo en la «horizontalidad». Las tremendas confusiones constantes en la actual ideología española, entre el viejo derecho público

clásico y «jusnaturalista», y las aberraciones fascistas, se registran aquí: por un lado, se habla rectamente del sindicato como «entidad natural»; veinte líneas más abajo, en las logorreas del Delegado Nacional, Sáinz Orrio, se le hace nacer del Estado, o cobrar su valor en él.

Por ahora, el «sindicalismo vertical», en manos de grupos salidos de las viejas clases privilegiadas, o por lo menos, de hombres que contemporizan con ellas, y que desde el fondo de sus arrestos demagógicos las envidian (también hay una demagogía fascista...), parece impotente para consumar la verdadera revolución que España necesita.

Y la revolución que España necesita, no es diferente a la que el mundo necesita. Una revolución que planifique el llamado «mínimum vital», lo asegure para todos y socialice los sectores que lo sirvan. Que destruya el dualismo capital - trabajo, alrededor del núcleo «empresa», en la que el patrón será el jefe efectivo o no será nada, y el que, con los técnicos y obreros, formará la comunidad propietaria, a la vez jerárquica e igual. Que realice el indispensable discrimen de la explotación individual y la social; que estatice sectores y sindicalice otros. Que lleve al campo la alegría común de la granja colectiva; que termine con el salariado en sus formas actuales, con todas las estructuras capitalistas de tipo anónimo y tentacular.

Aunque en sus fundamentos doctrinarios, el «sindicalismo vertical» intentó, como vemos, separarse del «corporativismo», un mismo espíritu les informa y un mismo espíritu les invalida.

Curiosa fortuna la del Corporativismo, convertido en vastos sectores de la Europa de preguerra, aún en Amé-

rica, en una auténtica mística social. Despertaba entusiasmos y encontraba afinidades, en mentalidades sorprendentemente alejadas del fascismo que lo utilizaba. Salvador de Madariaga escribía su «Anarquía o Jerarquía»; los sectores moderados del sindicalismo, y todo el sindicalismo - cristiano, lo miraban con simpatía, o por lo menos, con expectativa benévola. Tomó su fuerza, de una reivindicación de la estructura orgánica, grupal, supraindividual de la sociedad. Crecía, a medida que se afirmaba la conciencia de que la economía liberal anárquica necesitaba una regulación supraeconómica, y un orden planificado «desde dentro». Fracasó rotundamente, cuando se le quiso usar para fragmentar en pequeños compartimientos manejables, el mar de las masas, tan temido siempre de los déspotas. Fracasó, al querer reemplazar la solidaridad de clases por la simplemente profesional, que es un querer reemplazar lo general por lo particular, lo universal por lo campanil. No fué capaz de comprender que, mientras el hombre se sienta miembro y esclavo de una clase, atado por jerarquías económicas que todos sentimos injustas, los otros vínculos societarios reales que intentemos lanzar sobre ellas, se esterilizarán, se harán impotentes y aún sospechosos. Hoy se ha visto que el corporativismo: sin dirección estatal, en el mejor de los casos, es un caos precapitalista, es decir, respecto a las condiciones de nuestro tiempo, estricta y literalmente reaccionario; bajo control político, un instrumento gigantesco de burocratización y tiranía.

Las realizaciones del franquismo en lo social, son escasas. La Fiscalía de la Vivienda, institución que tan necesaria sería entre nosotros, y que ha sido creada en grande en los Estados Unidos, ha intentado racionalizar

el nivel de la habitación española. Construye barrios obreros, naturalmente para los artesanos «honestos», rosados, blancos o amarillos, que más bien parecen aduares africanos o cuevas de trogloditas. La «Obra Nacional Antituberculosa» ha iniciado en España, dándole coherencia nacional, una tarea en realización en todas partes. Los premios a la Natalidad, los subsidios a la Vejez y a la Maternidad, las diversas formas de protección a la familia, no pasan del nivel común de una política social paternalista, sin generosidad ni pulso. La legislación especial en materia de alquileres, trabando el desalojo de los sin recursos, y la opción al pedido «de jure», de casa, lumbre y comida, han dado un material mucho más vistoso, ¡ay!, que efectivo. Lo mismo las afirmaciones teóricas del «Fuero del Trabajo».

En un discurso pronunciado en Bilbao, el falangista Ministro de Trabajo, José Antonio Girón, aceptaba con franqueza que, al dirigirse a los obreros de las fundiciones, lo hacía a «vencidos, pero no convencidos». Decía que esperaba ofrecerles pronto realidades, porque reconocía que era natural que estuviesen hartos de palabras.

La misma abundancia retórica y parvedad de frutos que caracterizan al franquismo en otras actividades, le acompañan y son patentes aquí. Por una parte, la concepción del problema social ha descendido desde los finos análisis de José Antonio Primo de Rivera, a la risible memez de las «teorías» del «Caudillo». Para la contradictoria imaginación de Franco, el capitalismo fué traído al mundo, a la vez como una especie de «caballo de Troya» que, «en ancas» —jinete y corcel—, del libelismo y la masonería. Piénsese en la abismal ignorancia de la dialéctica histórica que comporta esta afirmación,

como todas las que recurren a un «deus ex machina», igual o semejante. Nada tiene que ver esto, como es natural, con los finísimos análisis de un Tawney o de un Weber, sobre el factor ideológico en la evolución económica.

Pero tan deleznables como sus teorías, son los hechos que el franquismo ofrece. Debajo de la cacareada «revolución», lo real es un incremento del poder de las clases burguesas. La fabulosa rentabilidad de la industria y la muy alta de la agricultura, las grandes ganancias, —intocadas—, del mercado negro, los frutos de la corrupción administrativa (a), reconstruyen rápidamente las grandes fortunas, y crean, sobre todo, otras nuevas. Mientras las clases de renta variable: industrial, agrícola, profesional, se benefician, las de ingreso fijo: empleados, y sobre todo obreros, sufren la tremenda conmoción nacional que significa el ascenso brusco del nivel del costo de la vida en un 400 % por término medio, en poco tiempo, y sin que la menor alza de los salarios le haya compañado. Entre tanto, el Generalísimo colecciona espadas de oro, regalo de las hambreadas ciudades, y si no le dan gato por liebre, a fe que tal vez puedan, convenientemente reducidas, servirle algún día. Al tiempo que una plutocracia nueva y sin entrañas, ca-

(a) Circulan, en España, rumores sobre las fortunas acumuladas por los peces gordos del régimen. Carmen Franco, Serrano, han logrado cuantiosas concesiones ferrocarrileras. Al amparo de la neutralidad, los barcos adquiridos por Nicolás Franco, embajador de España en Lisboa y hermano del Caudillo, ganan fletes millonarios. Todas estas ganancias son colocadas en el exterior. Algunos personajes reinantes perciben, o han percibido, sueldos fabulosos. La persona de Franco no escapa a esta ola de rumores, y se afirma abiertamente que también deposita sus «utilidades» en bancos norteamericanos.

talana en su mayor parte, juega millones sobre la suerte del país, la clase media se proletariza todos los días, la nobleza cae en la clase media (¡oh melancolía de los palacios abandonados en la Castellana: cerca herrumbrosa, viento recoleto, ciprés hendido!), y el proletariado vuelve a convertirse en la clase trashumante, hambrienta y misérrima de otros días. En esto han parado las bengalas del sindicalismo falangista.

La Reforma Agraria, con la ambición generosa con que fué pensada por la República, ha sido ya encarpetada sin miedo. Se habla del hecho de que el campo español es socialmente muy difícil de «manejar» y, de que, viviéndose bajo una economía de guerra, en la cual la única y gran consigna es producir, cualquier innovación legislativa podría trabar ese esfuerzo. Destruída como reforma distributiva de la propiedad, parecen emprenderse ciertas medidas técnicas, sobre la línea de regar y poblar las tierras de secano. Por consiguiente, esta mínima atención se concreta sobre el agro andaluz, el extremeño y el de ciertas regiones de Castilla. Las tierras ricas y regadas del levante, la media propiedad castellana y el minifundio norteño, no serán por ahora, objeto de cuidado alguno.

Los medios propagandísticos de que dispone el régimen español, hoy distribuídos entre el Estado y el Partido, no son tan copiosos como los de Inglaterra, Estados Unidos, Alemania o Rusia. Pese a ello, su monopolio y relativo caudal, pone en manos de la oligarquía falangista un instrumento temible. Radio, prensa, cine, están allí sincronizados, como en todo estado totalitario, sobre unos mismos lemas y sobre un solo fin.

Pero esta sincronización no se obtiene sin lesiones irremediables. La dictadura franquista ha tenido, sobre todo, efectos destructores en la Prensa. No sólo estamos ante una publicidad dirigida, sino uniformada, nivelada hasta el agotamiento. Es fácil comprender que en un estado autoritario, la prensa sea objeto de una cierta regulación, y los medios visibles e invisibles de presión, tienen una triste tradición universal. Es fácil comprender que le sean sugeridas unas ciertas consignas generales, sobre las que cada grupo, y los periódicos que le pertenecen, puedan dar su matiz diferencial y su punto de vista propio. Pero una regimentación del tipo de la totalitaria española, italiana, alemana, mata la profesión del periodista. Convierte a éste en un dócil amanuense, amañador de los partes del Ministerio de Gobernación, o de Propaganda. Anula el estímulo, porque un periodista no es un obrero de la industria pesada (y aún esta distinción, con el matiz peyorativo que para el obrero tiene, lo irritaría a Stakhanov), y no podemos ni debemos robarle su pequeña gloria, su individualidad diferenciada. El contraste es demasiado notable, entre ese pueblo irónico, crítico y el estilo periodístico editorial: nebuloso, exaltado, floripondesco y relumbrante. Estos diarios, donde no caben otra cosa que «loas» al «genio» del Caudillo, y donde se ocultan cuidadosamente todos los hechos esenciales de la vida nacional e internacional, se caen de las manos y sus tirajes decrecen.

Al principio, se hizo una distribución de la prensa madrileña, respetando cierta diversidad política de los grupos triunfantes. Se entregó el «Alcázar», editado en las prensas del católico «Debate», a los tradicionalistas; «Arriba», publicado en lo talleres de El Sol», a la Falange; el «ABC», que subsistió, siguió monárquico;

«Ya», de existencia también anterior, fué confirmado a los núcleos católicos, pero con una dirección indeseable y extraña, impuesta por el Ministerio de la Gobernación; El Pueblo», se dió a las organizaciones de sindicatos de la Falange; «Madrid» e «Informaciones», noticiosos, y «Goal», de carácter deportivo, no fueron adjudicados a grupo alguno.

Sobre esta organización, que era garantía de cierta diversidad, limitada, pero real, se echó bien pronto el manto de la uniformidad absoluta. Los directores, nombrados por el Ministerio de la Gobernación, y destituídos a la menor indocilidad, son, naturalmente, sus más temblorosos empleados. Los dos sistemas de control de la prensa: el de la responsabilidad del director y el de la censura previa, se han acumulado para remachar mejor, los grilletes de esta voz ya aherrojada. Las informaciones del exterior son monopolizadas, desde tiempo atrás, por la Agencia «Efe», que refunde teóricamente los datos de todas las informativas, pero que, en la práctica sólo utiliza materiales de la «Transocean» alemana. Medida similar fué adoptada con los noticiarios cinematográficos en el correr del año 1942. La prensa no cotidiana está menos controlada, y en ella es más fácil encontrar, aunque veladas, algunas manifestaciones auténticas de la vida nacional (a).

Resulta de todo lo dicho, que tres piezas esenciales del estado democrático: derecho de crítica, «publicidad» (nota que acentuaba hace poco Dardo Regules),

---

(a) Quedaría la consideración del escritor, en el juego de esta propaganda. Quedaría el estudio —moral y estilístico—, de «la retórica española actual» en el sentido en que utiliza el término, el admirable y simpatiquísimo Pío Baroja.

«opinión pública», que englobaba en realidad a las dos anteriores, brillan por su ausencia.

El totalitarismo no niega, —a su modo—, la educación del pueblo. Denis de Rougemont habla del «pesado tono pedagógico de la prensa alemana». Sólo que la educación democrática, una recta educación democrática, divide en zonas la temática colectiva. Con exclusión de la técnica (esa técnica cuyos derechos son tantas veces mal mirados en las democracia y en los totalitarismos); con exclusión de ciertos temas muy complejos, que desbordan la «inmediata» aptitud pública y que requieren la decisión de cuerpos especializados: planes económicos, funciones de los senados en materia diplomática; en el plano que llamaríamos próximo - profesional, y en los grandes problemas colectivos, de índole relativamente esquemática, clara, accesible, las democracias tratan de suscitar lo más agudamente posible, lo más crecientemente posible, las facultades de la sensibilidad para lo colectivo, la inteligencia racional de los problemas, su solución serena, el predominio del interés público sobre el interés privado, la curiosidad constructiva.

Pronto se verá que la verdadera democracia no es aquella que somete «más» cosas a la inmediata decisión popular, sino aquella que somete a la totalidad social y a sus sectores, cabal, íntegra, francamente, sin cortapisas, aquellos problemas centrales de su «real» comprensión, de su «real» interés.

El totalitarismo, decíamos, educa en cierto sentido, pero no educa en problemas, educa en soluciones; no educa para un real saber, educa para un examen, un examen que en este caso, es la diaria, la continua, la exigente apelación del Estado a la energía nacional.

La posesión, cada vez más concentrada, de todos estos medios de propaganda, progresivamente difíciles y cuantiosos, pone un arma en los grupos rectores del Estado, que junto a una vida planificada en lo económico, lleva a la sociedad, puede llevarla en cualquier momento, a riesgosos extremos totalitarios y despóticos. En manos del Estado, —potencial o actualmente—, son peligro y tiranía; en tenencia individual, significan irresponsabilidad o desorden; implican poner la instancia espiritual de toda la vida colectiva, en fuerzas egoístas e inescrupulosas.

Una nueva democracia tiene que socializar implacablemente estos medios ,salvarlos de las servidumbres financieras que sirven intereses inconfesables; tiene que entregarlos a los conglomerados responsables de la vida social. En último término, es un espíritu de vida, de verdad y de amor, el que los convertirá de instrumentos posibles, actuantes, de abyección, en herramientas de promoción y de conciencia (10).

Estamos ante el doble problema de unas fuerzas terribles y destructoras: las que el siglo XIX creó para la materia: el maquinismo; las que el siglo XX creó para el espíritu, e hijas también de la máquina: la propaganda. Hay que domarlas o sucumbir. Ponerlas al servicio de una sociedad libre y orgánica, o aceptar su dictadura abierta o fraudulenta. Dentro de una fe recuperada, con unos medios propagandísticos así saneados y socializados, no es difícil prever que un nuevo régimen de «opinión pública», se haga pieza fundamental de la nueva democracia.

Ultimo de los rasgos que esquematizáramos, el totalitarismo es, —«in genere»—, hostil a las religiones.

El totalitarismo europeo es hostil, y por encima de toda anécdota persecutoria, hostil «por necesidad» al cristianismo, por dos razones fundamentales: 1) por su concepción de los valores éticos, imputados sobre la realidad nacional, y verdadera execración de los principios evangélicos; 2) por la necesidad de crear una fe común, integral, sin resquicios, una rígida cosmovisión. En aquellos países, —casi todos actualmente—, en los que las iglesias cristianas constituyen minorías relativas, el Estado totalitario, en parte por la gravitación de sus propios valores, en parte por la apetencia multitudinaria de religiones primarias y sin exigencias, tenderá a excluirlas. En aquellos otros, en cambio, en los que el totalitarismo triunfante esté consustanciado con una religión determinada, como el caso impar del catolicismo en España, los elementos de una fe ultraterrena, serán los materiales de primera mano utilizados por el régimen, para la erección de un dogma de Estado. Con lo que tendremos la segunda forma de persecución: la persecución «protectora», teocrática. Toda una caterva de teólogos «sutiles« y publicistas «a tout faire», busca conciliar, con la característica caricatura, y para un plus de escándalo e íntima muerte, los principios totalitarios y los mandatos evangélicos.

A pesar de esta identificación total, el franquismo no se da por vencido en su pretensión de un régimen original. Porque la actual España quiere darse, de acuerdo a su aforístico programa del «cristianismo autoritario», un sistema que concilie los principios de su derecho público clásico - cristiano, con las formas totalitarias aún dominantes en Europa.

El derecho público clásico español no es otra cosa

que la tradición aristotelico - tomista de la ciencia política, continuada por los funcionarios, teólogos y juristas de los siglos XVI y XVII: Mariana, Vitoria, Suárez, Quevedo, Saavedra Fajardo. Sintéticamente, sus principios pueden enunciarse así:

1. Primacía de la Ley Divina y Natural, sobre el voluntarismo del poder y del pueblo, sobre todo probabilismo, todo decisionismo.

2. «Soberanía» de esta Ley Natural, distribuída su gerencia entre la potestad manárquica, las autonomías sociales, locales y regionales, «el pueblo» como un todo, y los derechos de la conciencia y el honor.

3. Un «Bien común» objetivo, como fin de la autoridad y legitimidad de su ejercicio.

4. La defensa de la Revelación Católica, como objeto primario de la autoridad.

5. Dualismo de dirigentes y dirigidos; de poder y pueblo. Derecho a la resistencia, en dosis más o menos variables, cuando la autoridad falta al Bien Común (11).

6. Primacía de la ley moral sobre la «política», en el sentido en que entendería este último término, la Europa del Renacimiento y del absolutismo.

7. Creencia en la universalidad; en la catolicidad; hostilidad al nacionalismo; el Imperio como realidad beligerante frente a él.

8. Naturalidad del hecho social, y concepción de la comunidad como un conglomerado unitario en lo espiritual, racial y territorial.

9. Derechos mínimos de la «persona»; subordinación del individuo a lo social.

10. Jerarquía de lo espiritual sobre lo político, y

de lo político sobre lo económico. Frecuente ignorancia o desprecio de las exigencias materiales.

11. Delimitación de potestades entre el Estado y la Iglesia; «primacía de lo espiritual», atemperada por la realidad regalista.

12. Combinación monárquico - popular del régimen político; «democracia frailuna», de Menéndez Pelayo.

(Los factores 4, 6 y 7 son principalmente, los que plantaron a España frente a Europa).

Es claro que la valla de los principios del derecho público clásico, no impide a España ser totalitaria. No se fijan como un programa entre otros programas. La plenitud de estos principios era una plenitud espontánea: eran un esquema ideal con ciertas y tremendas sanciones. Este llevaba en sí la conclusión de las certidumbres de la ciencia jurídico - política, desde los griegos hasta la irrupción en el siglo XVI, de absolutismo, maquiavelismo y utopías. Tenía en las conciencias una vigencia indiscutida; se ajustaba a las estructuras temporales de la vida europea y eminentemente de la española, sin la precisión de una codificación angosta de lo real; con la holgura de lo perfeccionable, con la clara belleza de lo que se puede alcanzar.

Imagen del «viejo orden», en el que la Revelación intacta, casi incontrovertida, brillaba como un gran cielo fijo, sobre un continente que recién superaba el tranco de graves violencias y de periódicos desórdenes, gracias al poder fuerte y sin apelación, que la descomposición feudal había engendrado en cada pueblo, tenía debajo de ella un mundo estrecho, un mundo pobre en cifras de geografía y materia; un hombre sólidamente asentado sobre las solidaridades, casi biológicas, fuertes,

estrechísimas, de una profesión, de una familia, de una región, de una cofradía (a).

Pero no es en el camino de la instauración totalitaria, en el que nos habremos de encontrar con los eternos valores medulares, alrededor de los cuales la tradición medioeval - clásica se organizó.

(a) Cuando hablamos del «orden», nos referimos a ese orden cósmico, que rigió plenamente la vida europea desde el siglo XII hasta el XV; que la rigió parcialmente hasta casi el 1800. Un espíritu objetivo, trascendente; un Dios creador y personal, ordena un mundo cerrado y compacto, rigurosamente unido y solidario en su diversidad: la Europa de ese tiempo. Este espíritu fragua en normas; es ley y derecho naturales, que comparten dirigentes y dirigidos. Su autoridad es el Vicario de Roma; su delegado, la autoridad civil. Cada elemento de la estructura social: persona, familia, región, oficio, tiene su función establecida, prefijada, eterna; cada deber y cada derecho, su límite y su franquía; cada gesto, su rito; su aprendizaje cada obra.

Este «orden» fué socavado: en el plano filosófico - científico, por el doble embate del empirismo y del idealismo cartesiano, con los precedentes, destructores de la estructura escolástica (nominalismo, voluntarismo) de Scoto y Ockam, hasta el positivismo, el evolucionismo, el materialismo, el mecanicismo, el naturalismo. En lo económico, le destruyeron el capitalismo, la ruptura de lo ético y lo crematístico, el advenimiento burgués, el hecho proletario, el marxismo y el comunismo. En lo político, el estado absoluto, el nacionalismo, el liberalismo con todas sus secuelas, el individualismo. En lo vital, con sostenida fuerza, el ideal atomístico de bienestar naturalista. Una mención medianamente completa no cabe aquí, sería fatigosa y demasiado sumaria. Para este itinerario, entre tantísimas, pueden verse las obras de Maritain, especialmente: «Trois Reformateurs», «Primauté du spirituel», «Pour un humanisme integral»; de Hilaire Belloc: «La Europa y la Fe», «La crisis de la Civilización»; «La Edad Media y nosotros», de Landsberg y la famosísimo, de Berdiaeff: «Una nueva Edad Media».

3. *La Falange, Partido Unico.*

Un decreto, el 333, firmado por Franco el 4 de Agosto de 1937, convirtió a la Falange Española en partido único, unificándola con el Tradicionalismo.

En el art. 1.°, ocupado por consideraciones generales, se afirma, después de enunciar los fines que al partido se le asignan: «Falange Española y de las J.O.N.S. es la disciplina mediante la cual el pueblo, unido y en orden, asciende al Estado y el Estado infunde al pueblo, las virtudes de Servicio, Hermandad y Jerarquía».

Elaborados en plena incertidumbre de la guerra, los estatutos de este partido y su práctica, su «empirie», han ido variando casi a diario. Un estudio de estas transformaciones no interesa mayormente.

En forma muy esquemática, la Falange Española se estructura hoy en modo tripartito: Secciones, Obras y Servicios. Cada uno de estos sectores, está dirigido por una Vicesecretaría.

Las Secciones integran al afiliado en cuanto individuo, con características diversas de edad, sexo, residencia geográfica o profesión. Son las Delegaciones Nacionales de Provincias, la Femenina, el Frente de Juventudes, el S.E.U. (Sindicato Español Universitario), y la Falange Exterior.

Las Obras son las organizaciones de tipo realizador, «dinámico». Comprenden la Delegación Nacional de Ex-Cautivos y la de Ex - Combatientes; la Vicesecretaría de Sindicatos y Obras Sociales, con la Delegación de Organización Económica y Sindical y la de Auxilio Social; la Vicesecretaría de Educación Popular, con las Delegaciones de Propaganda, Prensa, Espectáculos, Radio y Educación.

Los Servicios, finalmente, son los órganos de tras-

misión y ejecución. Comprenden las Delegaciones Nacionales de Justicia y Derecho (disciplina interna del Partido), de Información, Deportes, Administración, Transportes y Sanidad.

Cada uno de estos organismos tiene sus «jerarquías» provinciales, que son nombradas desde Madrid; administrativamente dependen del Jefe Provincial de la Falange, y políticamente del Nacional, constituyendo así un punto de enlace entre los dos ámbitos.

Sobre esta organización se encuentran: el Jefe Nacional (Franco), la Junta Política y su Presidencia, y la Secretaría General del Partido, con su apéndice de la Secretaría Política, de la que depende directamente la organización que reseñamos.

También tiene el Partido tres organismos independientes: el Consejo Nacional, bastante numeroso y con funciones asesoras, las Milicias, y el Instituto de Estudios Políticos, con fines de formación doctrinaria e iniciativa y control en materia de leyes, hasta hoy no cumplidos, porque parece que Franco no necesita asesores...

Este enorme organismo no funciona en el vacío. Prácticamente enquistado en el Estado, las relaciones entre ambos, constituyen un problema casi insoluble (12). En un régimen democrático, cada partido hace elegir un número de representantes, que cumplen en el gobierno, con mayor o menor fidelidad, sus mandatos. En el Estado totalitario la cosa no es tan simple. Por ejemplo: la Delegación del Servicio Exterior debe marchar de consuno con el Ministerio de Relaciones Exteriores; la de Organización Sindical, con el Ministerio de Trabajo; la de Prensa y Propaganda, con el de Educación; la de Ex - Cautivos, con el de Guerra.

Prima, como última instancia, la decisión del Esta-

do, pero el Partido tiene función de consejo y de protesta ante la jefatura de gobierno, e iniciativa en la elaboración legal. También hay algunas delegaciones totalmente independientes de la autoridad estatal, y muchas veces se resuelve la cuestión, refundiendo en una misma persona los cargos de la representación política y la función gobernante, solución que, como se ve fácilmente, vuelve, y en la forma mutilada en que pueden hacerlo, al aborrecido punto de partida que los falangistas tratan de evitar: el de la democracia.

Cuando el decreto a que nos estamos refiriendo, la convirtió en «partido único», la Falange significaba cuantitativamente poco en la vida nacional española. El prestigio místico de su jefe sobre algunos reducidos sectores; un grupo de finos escritores que habían encontrado en ella, aún a contramano, la vocación beligerante y social que el intelectual busca por doquier, afanosamente; un manojo de afirmaciones, lo bastante amplias como para que, diversamente entendidas, pudieran ser suscritas por los socialistas de Prieto y Besteiro y por los derechistas de Gil Robles; un culto de la «acción directa» y la violencia, que coincidiría como estilo y actitud de hecho con el levantamiento del Ejército, era todo con lo que contaba el grupo político, que había de convertirse, de la noche a la mañana, en la única agrupación legal del país.

En los estados totalitarios ha sucedido siempre la misma cosa, pero, por lo general, estos partidos significaban más, numéricamente, de lo que la Falange pesaba en España. Cabría mencionar aquí, como abono de nuestra afirmación, y junto al caso italiano, poco claro, el crecimiento electoral del nazismo en los años anteriores a 1933. Porque ejemplos de una polarización

impulsiva y repentina de las masas, alrededor de una solución política, se han dado muchas veces en la historia.

Podría entonces pensarse honradamente, que los españoles republicanos (los que quedaban), y los franquistas, juntándose en torno a afirmaciones, que sin duda empalmaban con el querer profundo del pueblo auténtico (no el pueblo desbordado de los incendios y los saqueos, no el «pueblo» pulido y domesticado, que refrenda a los dictadores), habían olvidado un día sus viejas diferencias y hasta la misma sangre nueva, y se habían juntado en el apetito común, despegado y limpio, de un gran futuro.

La concepción de una España «total», no mutilada, de tono moderno, por encima de Izquierdas y Derechas; ni hostil «al presente y a la Justicia» como las segundas, ni contraria «al pasado y a la tradición nacional» como las primeras, en sus sectores extremos; la liquidación del capitalismo financiero y del latifundismo rural, reemplazándolos por la unidad del sindicato y la comunidad de empresa; la aspiración a una nueva intervención de España en el mundo, por encima de codicias imperialistas, y superando el «nacionalismo» en lo universal, podían ser sentidas, y despertar entusiasmos.

Pero algunas cosas pesaron en este camino, que fueron y son fatales. Convertida en doctrina de vencedores, perdió la Falange lo que había sido tenaz aspiración de su jefe primero: su equidistancia de los grandes sectores irreconciliables de la vida nacional. Durante el período del Frente Popular, desborda de señoritos rencorosos de la clase alta, llenos de sentimientos de encono y de desquite. Al oficializarse, al confundirse en forma casi inseparable con el engranaje del Estado, se atrajo el odio de gobernante, y a la vez gobernó a me-

dias. Si como doctrina, triunfaba por cierto prestigio de su formulación, por un mayor decoro de su lenguaje, unas ciertas fuerzas impetuosas, se habían apoderado de ella y de todo el Estado español. Se trata de unas fuerzas más sutiles, menos identificables, que las del Clero, el Militarismo, el Capital, o las influencias tuteladoras del Eje. A las tres primeras, la vieja Falange «auténtica» les era hostil, y ellas le pagaban en buena moneda enemiga. Era contraria a la influencia «clerical» y militarista en la vida pública; religiosa, pero tibiamente; desconfiada de la aptitud política, hecha de un espíritu simplista, y de una rigidez bruta y de caserna, con la que los militares han actuado siempre en la historia de España (a); hostil en general a los que, como los «tradicionalistas», conciben la restauración de la plenitud española, en torno a las gastadas fórmulas del «trono y el altar», de la pompa polvorienta y de la egolatría histórica; enemiga, por lo menos confesada y virulenta, del capitalismo, en el supuesto natural de que éste era «liberal». Respecto al Eje, la posición de la primitiva Falange parece haber oscilado desde una política de vinculación cultural, romanista, y de otras más posi-

---

(a) Dentro de las «psicologías políticas profesionales»: política de negociantes, política de políticos, política de militares, es indudable que el régimen español refleja con preferencia esta última. Son eternos rasgos de la política militar, su concepción material, policíaca, del «orden»; su constante apelación a la dignidad y al honor nacionales; su concepción caporalista de las relaciones sociales; una política económica paternalista y beneficente, conservadora en el fondo; una esgrima retórica y desvitalizada de las entidades Dios y Hogar; una sobrevaloración de la honradez, naturalmente corporizada en el Ejército; un desprecio de la política, como zona propia y autónoma.

tivas de carácter militar, hasta declaraciones formales de celosa independencia española (a).

Unidas posteriormente, todas estas fuerzas se han aplicado a «coparla» y puede decirse que lo han conseguido con ejemplar eficacia.

Carente de «cuadros» (la persecución y la guerra dejaron al descubierto los pocos que había formado), de todos los partidos desaparecidos concurrieron burócratas y políticos vacantes a nutrirlos. Vinieron de los monárquicos «alfonsinos», de los tradicionalistas carlistas, de los «cedistas» o populistas-cristianos, de los grupos contemporizadores de la izquierda, y mismo de las segundas filas del socialismo y del sindicalismo. Fué tan grande el aporte de estos últimos, que la Falange se convirtió, para el despecho de los elementos más persecutorios de la Derecha, en el «refugium peccatorum» de tantos que tenían cuentas que saldar con el régimen triunfante.

Y toda esta gente no olvidó su orígen. Encuadrada en los términos rígidos del «partido único», sigue creyendo, la mayor parte, en los principios de toda su vida. Sin estatuto público y reconocido, continúan existiendo los partidos, chocando violentamente entre sí. Lo que pasa, es que ahora estas colisiones ocurren en las sombras, y el pasatiempo favorito de la conversación política, lo constituye el rastrear, en los menores actos de la vida del Estado, síntomas de estas tormentas subterráneas.

Pero se entiende mal el mecanismo del sistema totalitario; mejor, se corre el riesgo de no entenderlo, si,

---

(a) Se pueden citar la obra vinculadora del Embajador Pedrazzi y la actitud de Ruiz de Alda durante la guerra de Etiopía.

como ya dijimos, se convierte en sus personeros, al estilo del «cliché» libertario, al ejército, al clero, alto o bajo, al capitalismo, a cualquier tendencia política concreta. Además de todo esto, el Estado totalitario es una de las mejores fórmulas históricas de la mediocridad triunfante. Decaídas las energías de las horas supremas, del combate y de la guerra, convertido alternativamente en decálogo o rechazado en bloque, todo pensamiento original o profundo, pasa siempre lo que en España ha pasado. Un inmenso número de hombres de aluvión llenan los cuadros del Estado todopoderoso, y toman sobre sus hombros, la misión de hacerlo marchar. Pueden suceder dos cosas: o estos hombres participan de una ideología política y nacional, cercana a la fórmula triunfante, como los tradicionalistas y carlistas en la España actual, y entonces vivirán prácticamente «enchalecados», sufriendo o desvirtuando el régimen que sirven, o provienen de zonas neutras, alejadas, y hasta antagonistas. Entonces configuran el tipo general y triunfante. Tremendamente apegados a sus cargos, a sus prebendas, a sus automóviles a la puerta (mientras falta la nafta para los tractores); a las relaciones con la alta burguesía y la nobleza más «tolerante», que sus funciones y un pequeño comercio de favores les proporcionan; munidos de la temible autoridad que un Estado de esta clase da a sus órganos; de una mentalidad desoladoramente mediocre, conservadores frenéticos de lo suyo, sin más cultura que unos tópicos; gente de nueva extracción, no acostumbrada a los halagos del poder, son incapaces de un sólo pensamiento original, de un rasgo de independencia, de un gesto de desprendimiento. Propicios a todas las claudicaciones (no olvidamos que aquí, como en todas partes, hay excepciones a la regla), recuerdan,

perfecta y gráficamente, el molusco en la roca. Reproducen los peores defectos de cierta política profesional de los países democráticos y con una irresponsabilidad que ésta no conoce.

Son hombres a los que mueve la motivación clásica del despotismo, según Montesquieu: el temor (13). Todo se teme; nada es bastante para decirle, para incensar al «caudillo». Y mientras un sector se divorcia con verdadero asco del Estado, éste sigue trepando por la cucaña.

Por lo general, un gobierno de tipo fuertemente autoritario y autocrático, implica una selección al revés de las jerarquías del mando. La independencia, el carácter, la originalidad, la ironía y la crítica, no tienen aire propicio cerca de los poderosos. Esto se ve algunas veces compensado, parcialmente, por la calidad del jefe, por su fuerte humanidad. Pero es trágico lo que sucede, cuando un jefe mediocre, se mueve un día guardado por un pretorio de mediocres.

A este tipo de hombres, corresponde el carácter que la ortodoxia nacional asume, tanto en España, como en cualquier otro Estado totalitario. ¡Qué decir del «pensamiento del «generalísimo», convertido en dogma civil! Pero ya casi pertenece esto al mundo de la picaresca. Nos referimos a la destrucción de todo lo que era y significaba autenticidad y riqueza. Por ejemplo: el pensamiento de José Antonio Primo de Rivera fué sin disputa denso y original. Sus condiciones de comprensión, generosidad y poesía; su esfuerzo encomiable, aunque a la distancia fracasado, por crear una doctrina original y que creía española, le darán un lugar en la historia de la meditación política.

Pero este pensamiento, concentrado sobre unos cier-

tos problemas candentes, formado al calor excitante de la circunstancia de unos cuantos años, se ha convertido en decálogo nacional, se le ha inmovilizado, se le ha hecho un tópico. Una censura torpe le quita toda eficacia. Una interpretación literal, «talmúdica», se arroja a la cabeza sus frases, sus argumentos, sus humoradas. Detenido en un punto dado, todo nuevo desenvolvimiento es casi desterrado, vigilado celosamente.

Si como alguno dijera, no hay «estilo», hasta haber quien imita, España es el país del «estilo». Reinan el lenguaje y los adjetivos de los primeros jefes del falangismo, de sus primeros escritores. Los dominios de Franco son el coto privilegiado de plagiarios y traductores.

Pronto también, toda sustancia humana concreta abandona el sistema; lo deja en tal: en sistema. Vacío de pensamiento, de carne, de sangre, de nervios. Un ridículo, pesado, incómodo paramento de gestos y de actitudes, se convierte en rito de la vida nacional, y en dispensador de autenticidades. Tiene gracia el ver, para el malicioso, que a más dudoso origen político, es más tenaz y exhibicionista el color de las camisas y la exuberancia de los brazos en alto.

Pero no sólo el «partido único», en su traducción práctica de una nueva burocracia entronizada, significa esto. Según el Secretario General de la Falange, José Luis de Arrese, el Partido debe entrar en el Estado, dinamizarlo, cambiar sus estructuras y su ley (14). Esta necesidad no tiene en sí, en abstracto, nada que condenar. Es justamente, en aquellos regímenes que no consideran al Estado como un absoluto, sino como un instrumento, que esta tarea se puede realizar con más limpieza. El fenómeno, en todos los países, es casi diario

e ineluctable. En cambio, el «partido único» no consigue otra cosa sobre el Estado, que entorpecerlo, recargándolo con una serie de privilegios irritantes, cuya anécdota sería larga.

Para esta misión es necesaria una burocracia, pero esta burocracia no reemplaza a la del Estado: la duplica. En los estados democráticos, y en el peor de los casos, se premia con puestos públicos, la labor realizada en los partidos. Aquí la multiplicación es cabal. Junto al empleado estatal, por lo general más eficaz, reina el del partido, incapaz el cien por ciento de las veces, —inquisición presuntuosa—, que lo controla, lo urge y lo incomoda sin mayor fruto. Es imposible calcular, nos decía un finísimo español, lo que arrojaría un censo completo de las dos burocracias. Y pensamos, entonces, en lo que sería en otros países de raíz hispano-latina, la coyuntura del «partido único». Sólo una oportunidad para el «enchufismo» o «empleísmo» desenfrenado, que tan larga tradición americana tiene.

La Falange es, como todos los demás grupos de su género, fiel al principio y fundamento central de un régimen totalitario. Nos referimos a la ya nombrada identificación de Estado y Sociedad. Se traduce en la práctica, por la «estatización», por la «politización», de todo lo social. Juventudes, Cultura, Universidad, Inmigración, Organización Económica; no quedan de la normal vida extraestatal, zonas hostiles o neutras a la penetración del Estado o del Partido. Examinemos bien la estructura ya reseñada de la Falange, y veremos que ninguna actividad individual o social puede quedar fuera de ella.

También la habitual concepción del «partido único», como una minoría de servicio, sacrificio, y fideli-

dad política a la Nación, es reflejada aquí. Nos topamos, por una parte, con que el partido impone a todo ser viviente su carnet de afiliado, para desempeñar cualquier actividad, comer y hasta respirar; por otra, se enorgullece del sello minoritario y busca extremárselo. Quiere ser amplio para la coerción, restricto para el goce y la granjería. Los problemas de la «vieja guardia»; el de los afiliados de la hora prima, o «camisas viejas»; el de las recompensas; el de las depuraciones que reduzcan los contingentes, están siempre a la orden del día. El principio dominante aquí, es el de la fidelidad política, contra los de la austeridad moral y la eficacia técnica. La aspiración más honda es la de quedarse solos en la dirección del Estado. Así, por boca del excéntrico Luna, lo decía la Falange, no hace mucho tiempo, en Valladolid: «que nos dejen solos de una vez». ¡Como si a España no le fuese nada en la partida! ¡Como si la vida y el destino de un pueblo, fueran el de ser uno de esos corrillos, que se forman alrededor de un luchador borracho, peleándose con su sombra!

Pero el «partido único», como cualquier otro, necesita dirigentes. La manera como la Falange los forma o trata de formar, no ofrece mayor originalidad respecto a los medios que utilizaban el fascismo y el nacional-socialismo (a). La cuestión desborda del objeto concreto de nuestro tema, y abarca toda la formación política de la persona y del ciudadano, en el Estado totalitario. Recordemos que todo para en una educa-

---

(a) Desde Gobineau, en esto más fecundo que en su racismo, el tema de las «elites» y de la clase dirigente, preocupa hondamente a la meditación contemporánea. Entre lo accesible al lector sudamericano están: el libro de R. Cantalupo «La Clase Dirigente», desde el punto de vista totalitario, y el de Marcelo Sán-

ción, donde toda facultad crítica, toda originalidad, toda diversidad, son celosamente mutiladas. Donde la iniciativa individual, no es aceptada más que en los estrictos campos de lo guerrero y deportivo. En la que las esencias del ideal del hombre, son las de un fanatismo ciego, un dinamismo desenfrenado, un simplismo infantil, una austeridad entre literaria y vivida, un orgullo y una suficiencia grotescas. Y como consecuencia total: una rigidez y un esquematismo, unas reacciones casi automáticas, que hacen a esta adolescencia, formada celosamente en España por el «Frente de Juventudes», que la harán, profundamente incapaz para una comprensión del adversario, para un desempeño correcto en medios distintos, para unas formas de existencia contrarias, o simplemente modificadas.

El párrafo citado del estatuto de la Falange, convierte al Partido en una suerte de vehículo entre el Estado y el pueblo. El primero «infunde» y «desciende en forma de autoridad y consignas». El segundo, «asciende unido y en orden».

Conviene aquí, como en tantas partes del laberinto doctrinario en que trabajamos, plantearnos la cuestión previa, el punto de partida: ¿qué significan concretamente las palabras?

El «descender» es, al fin y al cabo, un verbo más o menos figurativo. Suponer al Estado en el centro, no tiene mayor entidad, distinta entidad, que suponerlo en la cúspide. «Infundir», representa más. Se precisa aquí,

---

chez Sorondo, con el mismo título, que refleja la posición del nacionalismo argentino. Desde una perspectiva humanista y liberal, pueden citarse las obras de Leo Ferrero, Daniel Halevy y la última y muy notable de Maurice Muret: «Grandeza de las Aristocracias».

el elemento dinámico y constructivo que un Estado eficez debe tener; ese cierto impulso incanjeable que desborda los cauces puramente mecánicos y administrativos. Tiene porte y entraña. «Ascender», en cambio ¿qué sentido tiene? ¿Es la clase dirigente que se recluta en el pueblo; el pueblo que llena así los cuadros del partido y asciende al Estado? ¿O se trata de una cierta plenitud representativa del pueblo, en ese mismo Estado?

Pero no. Todo elemento de representación está excluído celosamente del régimen español. Podrá discutirse si la esencia «entera» de un gobierno democrático, se debe o no agotar en lo representativo. Lo cierto es que un régimen no puede pasarse sin representación. No se representa a un pueblo, dictándole desde arriba, una voluntad, unos intereses, una misión histórica, un carácter.

En el Partido Unico español, reclutado en todos sus dirigentes, sin la menor audiencia de las masas; dirigido desde arriba, férreamente, ninguna expresión espontánea puede llegar nunca al Estado, ninguna manifestación de una necesidad verdadera filtrarse jamás.

No se promete ni se estatuye ninguna forma de sufragio universal o de otra clase. La creación, a mediados de 1942, de unas Cortes, no altera para nada este hecho. Estas son convocadas por la Jefatura del Estado, están presididas por el Ministro de Justicia, y se reclutan, casi automáticamente, entre la burocracia estatal y sindical. Lo más probable es que el gobierno no las convoque nunca, como no ha convocado ninguno de sus cuerpos consultivos: Consejo de la Falange, Consejo de Estado e Instituto de Estudios Políticos. Pero la creación del aparato, demuestra que se tiene conciencia de un pavoroso vacío.

3

Como de todas las anteriores, queremos sacar la moraleja de esta exposición un poco larga. Es el valor del Partido Unico, como pieza esencial del Estado totalitario.

No recordamos si era Yves Simon, el que decía que el Partido Unico reproduce, agrandados, los defectos del partido plural.

Porque si el partido único tiene, o ha tenido algún sentido, es el de lo que ha significado de afirmación frenética, delirante, desesperada, de unas bases de unanimidad nacional y de una conducta coordinada sobre éstas, en aquellos países, a los que la divergencia ideológica había escindido hasta la médula de las últimas cuestiones, destruyendo hasta el fondo, aquellos que Ortega llamara, no hace mucho, «los estratos de la concordia» (15).

Nos parece impecable, desde un punto de vista democrático, sostener que una eficiente expresión de la voluntad social en el Estado, no puede subsistir sin que una última base de firmes creencias nacionales, dé una postrera instancia de lenguaje y perspectiva comunes, a esta plural diversidad. Un árbol hendido a lo largo, hasta sus raíces, se desploma sin remisión.

En América no hemos sentido mucho el problema, porque nuestros países tienen, afortunadamente, una gran identidad de creencias y de vida. Pero allá donde, como en Europa ha sucedido, cada partido representó un mundo cerrado, hostil, «totalitario», que nutre a su fiel desde la creencia última, desde la interpretación exclusiva y sectaria de lo nacional en el presente y en la historia, hasta la mutualidad y el recreo, el choque de

estas masas beligerantes y macizas no tuvo, no tiene otra salida, que el despotismo o la anarquía.

Pero a pesar de esto, la idea del Partido —y dentro de las coordenadas sociales y psicológicas de nuestra época, una intervención de la persona humana y de la masa en política, no se concibe sin él (lo reconocen expresamente teóricos totalitarios, como Luis Legaz y Lacambra), implica forzosamente la existencia de divergencias de temperamento, de orígen, de familias espirituales; exige una diversidad legítima, sobre el fondo de la comunidad irrenunciable. Parece ser que si el partido, convertido en único, quiere erigir en materia dogmática, incontrovertida, disciplinaria, aquello dejado por el orden natural al libre juicio de los hombres, pasará que, transcurridas ciertas pausas de fervor, el «partido único», debajo de su aparente unanimidad y de su paramento sin resquebrajaduras, conocerá la lucha encarnizada, obscura, sin publicidad y sin estatutos, de las distintas fracciones que lo componen.

No sólo existirán como constantes de la vida política, un temperamento realista-maquiavélico y un temperamento principista («seristas» y «deberseristas»); un temperamento conservador y otro revolucionario; uno belicoso y otro manso; este liberal y aquel autoritario. También, y esto dentro de un plano de observación hispánica, no hay decreto unificador ni arte humano posible, que sean capaces de hacer actuar juntos, con una eficiencia aceptable y social, a un «requeté» boina roja, madurado durante dos o tres generaciones en fidelidades inquebrantables y rígidas, con un ex-sindicalista catalán, o con un intelectual madrileño, formado en las redacciones de «La Gaceta Literaria» o de la «Revista de Occidente».

Porque la existencia política de la Democracia no puede desarrollarse sin la doble presencia de lo unitario y lo diverso.

Recordar que una comunidad no puede vivir sin creencias comunes, sin algo indiscutido, intangible y no puramente formal, ha sido tal vez el único mérito de toda esta fallida, trágica experiencia humana. Pero si la atomización de las creencias y de las fuerzas, sin más colorario final que la anarquía, está contra el orden natural, la unidad rigurosa, que destruye la libertad y diversidad de lo humano, el márgen de cosas opinables y discutibles, dejado al juicio de los hombres, y la traducción que todo ello tiene en política, de grupos reclutados libremente y que luchan por el triunfo de sus propias soluciones, ataca decisivamente las posibilidades de supervivencia y vitalidad de cualquier régimen.

También ha significado el «partido único», la urgencia de ordenar, un poco coactivamente, la expresión política de las masas. (Ha sido la última dialéctica, la enloquecida dialéctica de esta urgencia).

Es general la tendencia, dentro de los estados democráticos, a convertir a los partidos en personas de derecho público, a darles una gran estabilidad y una intensa y fuerte capacidad representativa. Parece universal esta necesidad de evitar la pulverización indefinida de los grupos; esa fragmentación que tan tremendas consecuencias tuvo para Francia. En nuestro país, si bien en cierta deleznable coyuntura, tal necesidad se ha expresado en la famosa «ley de lemas»; en disposiciones similares en todos aquellos, a los que su falta de sabiduría política o accidentes inevitables, no les ha permitido conservar, o crear, el sistema de grandes bloques, unidos por una instancia común de decoro y fe nacional, como los que poseen Inglaterra y los Estados Unidos.

Hemos visto, que a la necesidad sentida por todos los regímenes, de una clase directora, de una «elite» eficiente, desinteresada y con estilo y visión comunes, como las que hicieron la grandeza de Roma e Inglaterra, el totalitarismo responde con este «partido único», que es la fórmula de la ineficacia, la codicia, la uniformidad, la mediocridad triunfantes.

Que a la necesidad de liquidar ciertas formas viciosas de la política profesional: el tipo de hombre enderezado totalmente hacia el disfrute de puestos rentados, concedidos por el sufragio, el «partido único» responde reemplazándole por el burócrata de partido; por un funcionarismo vicioso y siempre creciente, sin mayor contralor y sin contrapeso alguno.

No hay mejor solución, si se quiere frustrar la fuerza profunda, posible, de cualquier solución política, que ésta del «partido único». A pesar de todas las condiciones dinámicas que quieren conservar, se detiene su crecimiento; se hace dogmático y autoritario lo que era, o pudo ser, libre y espontáneo; molde rígido y rótulo desierto; imposición caricaturesca y fariseísmo dominante.

Frente a los principios de la honradez y la eficacia técnica, tan urgentes también por doquier, no se levantan en la práctica otros criterios que el del fanatismo político, limpio de cualquier accesorio atributo; que el de los méritos que hay que recompensar (a).

Frente a la aspiración a un control político del Estado, total, decidido y enérgico, por fuerzas coherentes, responsables y sobre todo públicas, visibles, que termine

---

(a) Es la frase, poco conocida, del grandilocuente Millán de Astray: «Un mutilado de guerra, sirve hasta para Madre Priora».

con el mal de las orientaciones cambiantes y sin timón, con las servidumbres anónimas y con las presiones tan diversas y tan terribles del capitalismo, el totalitarismo responde con este aparato, que es la pesadez y la complicación mismas; que no sabe controlar al Estado sino entorpeciéndolo, que metiéndose dentro de él, lo desorganiza y que, al destruir el dualismo de lo estatal y las fuerzas políticas, convierte el problema, difícil por sí, en un desesperante laberinto.

Minoría al fin, esta gente tiene conciencia de clase elegida. Ni ungida por el sufragio, y sí por «voluntades tácitas», «soluciones naturales» y «misiones históricas» siempre al alcance de la mano, su pendiente a hacerse casta cerrada y opresora es irresistible. Proclama simultáneamente el carácter minoritario de la vocación política, su exacta índole excepcional, y obliga a todos a pasar bajo la coyunda del partido. Al mismo tiempo afirma que el carácter de «la verdadera democracia», es el amplio reclutamiento de los mejores elementos del pueblo, en el partido dirigente (lo que no configura a «la verdadera», pero sí a uno de sus rasgos), mientras prohibe por desconfianza, por absurdo monopolismo, toda actividad libre y desinteresada en pro de la comunidad. A la vez que excluye como «contribución», integra como «intromisión».

En nuestro tiempo, que restablece la jerarquía de lo político sobre lo económico, la eminente dignidad de las cosas espirituales, la vinculación de estos tres órdenes no puede escapar a una sociedad reordenada, ni ésta puede organizarse sin ella. El puro ejercicio de los hechos económicos o espirituales, puede correr el peligro de destruir a la sociedad, si éstos no son imputados a ese centro común de la actividad civil, sin que

al mismo tiempo no se les quite su condición, su entidad, su razonable autonomía. Este proceso ha sido iniciado ya en los países democráticos (la tarea de F. D. Roosevelt no tiene en este campo, otro sentido). En cambio, en los países totalitarios, la solución ha sido pronta, radical, veterinaria: el «partido único», como fuerza y como doctrina, lo soluciona todo, lo «politiza», lo mutila, lo agosta todo.

La conclusión de estas reflexiones es la siguiente: el tema del «partido único», como pieza central del Estado totalitario, no es baldío. El «partido único» es hijo de dos madres, está formado por dos vertientes: las necesidades políticas y sociales de nuestro siglo, más las eternas tendencias de las viejas oligarquías despóticas. Ya se ha visto lo que pensamos de él como solución.

Pero los partidos políticos, y todos los hombres que luchan por una América libre, no pueden olvidar algunas de las exigencias que en el «partido único» se han expresado, que han fracasado en él, y que seguirán actuando con fuerza ineluctable, sobre todo orden que los olvide.

Necesitamos una clase dirigente, imagen representativa de la sociedad, ampliamente reclutada. Necesitamos en toda la vida social, la función de unos jefes libremente elegidos, consentidos y responsables (16). El del Estado será un jefe más, y para ello, no hay necesidad de mandíbulas, ni de gesto cesáreo.

Aún hay más. Conseguida esta unidad moral del país y de su clase dirigente, con un Estado provisto de ejecutividad y precisión, combinando esa difícil mixtura de lo político y de lo técnico, un colegiado ejecutivo, y tocamos aquí algo vivo en el Uruguay, podría ser una realidad. Con una unidad más íntegra, cabal, que la per-

sona física del mandón, la función primordial de garantía y de derecho se cumplirá mejor y, sin peligro, podrá vencerse al fin, el largo lastre histórico de la ambición libre y armada.

4. *Personas y Problemas del Régimen; Franco, Serrano y el Rey.*

1

Francisco Franco, el «Caudillo» de España, refunde en sí las jefaturas del Estado, del Gobierno y del Partido Unico (FET de las Jons). Instancia última de la vida nacional, sólo responsable «ante Dios y ante la Historia», no hay límites doctrinarios ni institucionales a su absoluto poder.

Del esfuerzo de tres años de guerra, salió Franco con un aprovechable prestigio de jefe militar victorioso; su porvenir no parecía demasiado cargado de compromisos «propios»; los suyos eran los de su régimen. A un lado los exilados, alcanzó a reunir dentro de España, sobre todo en ese día siguiente a la victoria, en el que los recalcitrantes son tan escasos, y hay un cheque en blanco de esperanzas, aún para el más nulo, un vasto consenso numérico. Observadores sutiles, lo comparan con el de don Antonio Maura y con el de las primeras horas del general Primo de Rivera. Era el símbolo de una esperanza de reconciliación, la acatada vía para un pueblo desamparado y en la última fatiga.

Cuatro años después, las cartas así puestas, se han volcado de tal modo, que hoy puede decirse que el «franquismo» es una facción minoritaria más, dentro de las mismas fracciones minoritarias que rigen la existencia nacional.

En el interín de estos años, ¿qué ha pasado?

Han pasado muchas cosas, y entre otras, la genérica, fatal e incoercible desilusión de los dictadores. Mas, concreta, específicamente, en la volatilización de la fe franquista, han obrado causas que nos parecen haber sido éstas:

1. El «quilate rey», que diría Gracián. Buen soldado, Franco no ha resultado, dentro del propio juego de su régimen, aceptable, ni siquiera regular gobernante. Queremos decir, esas calidades excelsas que un gran estadista hubiera necesitado en esos, en estos años: visión inteligente; energía y capacidad realizadora; intervención personal y visible en todos los sectores doloridos y difíciles de la vida española.

Misérrimo, sobre todo de las dos virtudes cimeras: Caridad e Inteligencia; rencoroso, pequeño y miope, sus posibles condiciones de buen padre de familia son puramente negativas, ninguna de ellas integra el balance favorable de un jefe, en cuanto tal.

2. Sus condiciones físicas, tan importantes, de talla, volumen, porte y voz, son insuperablemente desgraciadas. Resulta tremenda la comicidad del contraste, entre el aparato de liturgia civil con que se rodea, y el exterior de este hombrecillo rechoncho, burgués y atiplado.

3. La indudable entidad de sus defectos como gobernante, especialmente para España, para el carácter español y para el momento que éstos viven. Son suyas, una atroz frigidez y falta de simpatía; una distancia demasiado higiénica con todos y con todo; la carencia de un gran gesto de generosidad, de una efusión bondadosa, que pudiera, tal vez, extinguir rencores. Es indudable que en su pétreo corazón, está la raíz de la sangre derramada por su bando. Recluído casi constan-

temente en el Pardo, hasta ser un Jefe de Estado casi invisible, no es tampoco un Oliveira Salazar, al que se le siente, desde su retiro, colaborar en silencio sobre toda la vida nacional.

4. También son fundamentales, las circunstancias externas: el haber coincidido su gestión de gobernante con las dificultades económicas más graves por las que haya tenido que atravesar una España indefensa: racionamiento, hambres, dificultades.

5. La pérdida de su unanimidad ha corrido paralela, primero con el incremento de la esperanza monárquica, por causas que no corresponde ver ahora, y hoy, con el curso de la guerra, con la espera por parte de los vencidos, de una repentina rota del Régimen.

6. Pero es definitiva, y sobraría aún, a faltar las anteriores, la demasiado y evidente, dolorosa contradicción, entre la mendicante humanidad de Franco y el torrente de prosa y verso, laudatorios hasta el endiosamiento, que España tiene que soportar en la persona de su «caudillo», desde su asunción al mando. No se compara impunemente a un militar con mentalidad de tal, con Alfonso el Sabio en cultura, con Felipe II en rigor administrativo, con Fernando III en santidad, con Fernando el Católico en agudeza política. Los plumíferos fatigan en estos imbéciles paralelos, todo el repertorio de santos, estadistas, guerreros y pensadores. La pompa con que se ha rodeado en el Pardo, y que ha dejado pálido el lujo de los reyes, acentúa esta brutal discordancia.

2

No es inútil una revista de don Ramón Serrano Suñer, que fuera hasta no hace mucho, la figura más espectable de la política española. Típico maniobrero to-

talitario (hoy parece haberse hecho monarquizante), debe ser aún el hombre más odiado de España; odiado en parte, por algunas reacciones claras, y en parte también, por esa suerte de reacciones oscuras y casi inconscientes, que son sin embargo, tan firmes y tan certeras.

Los reproches a Serrano se dan en una amplia gama. desde los de tipo personal hasta los de orden político.

Entre los primeros, está el vuelco —sin duda poco gallardo—, de su pirueta ideológica desde el populismo católico a la Falange, seguido de la persecución encarnizada a los políticos del primero, sus compañeros del día anterior. Junto a ello, su discutida relación con la Falange y su fundador (cualquier vinculación de este tipo es un gaje en la España franquista), relación que se intentó demostrar en un codicilo testamentario, sobre el que pesan graves y vehementes sospechas de fraude. Estas cosas, España, que es el país del gesto y de la hidalguía, las perdona difícilmente. Agreguemos su vida de insultante dispendio. Hasta hace poco, el otrora modesto abogado de Zaragoza, reunía ocho millones y medio de pesetas, al año, entre sueldos y gastos de representación. Era presidente de la Junta Política de la Falange y del Consejo de la Hispanidad, y Ministro de Relaciones Exteriores.

Hay quien ve en Serrano el segundo momento inexorable de toda revolución (si la rebelión española lo hubiera sido); la figura representativa del tránsito de los líricos a los administradores, del espíritu a la eficiencia, de la Apocalipsis a su organización (usando los términos admirables de André Malraux, en «L'Espoir»).

Pero este tránsito no se ha producido en la política española, que todavía anda a tumbos entre una oratoria

de tipo espiritualista y ascético, un poco disonante con las condiciones ambientales, y la desorganización administrativa y la más cabal ineficacia. Aun de haberse el cambio realizado, no lo hubiera representado Serrano. Don Ramón no es trabajador, y cuentan sus colaboradores que tenían que presentarle fragmentando el despacho del día, para que el enjaezado «cuñadísimo» no se acobardara al verlo. Ni siquiera tenía el gusto —salvo dejarse mandar extrafrontera— por la política internacional, su función y ministerio. Por ejemplo: la ocupación de Tánger, fué obra de un periodista especializado en esas cuestiones: Manuel Aznar.

Lo que parece ser la habilidad de Serrano es su aptitud para la pequeña intriga política y para las zancadillas de la envidia y la privanza. Típico gobernante autocrático, en esto como en todo, no toleraba aptitudes ni ascensos en torno suyo. Eliminó a Pedro Gamero del Castillo, posiblemente, la única revelación política del Régimen; a Gerardo Salvador Merino, al general Beigbeder, a José María Alfaro, al general Muñoz Grande. No pudo eliminar a Arrese. Trataba de ir suprimiendo a los demás, cuando fué él, a su vez, el suprimido. La política del serrallo en su estado prístino.

Tal vez la razón del odio que Serrano despertó y despierta, es que representaba las dos cosas que el español medio aborrece: la intervención en la guerra en una empresa desesperada junto al Eje, y el predominio de la Falange. Despreciado por la vieja guardia de ésta, que le considera un advenedizo y un falsificador; por los monárquicos, que le responsabilizaban de ser el principal soporte de la tambaleante situación de Franco; execrado por los grupos cedistas y por los de la Acción Católica, a los que ha perseguido, la situación de este

triste político no era envidiable, aún antes de su caída.

La contradicción de su situación ya estaba prevista: negado por representar al intervencionismo y a la Falange, el intervencionismo, que además, ya estaba sin esperanza, pudo, por eso mismo, encontrar campeones más extremos. La Falange, que no lo consideraba suyo, tampoco iba a apoyarle decisivamente. Quedó como una planta desarraigada y su vinculación familiar con el «caudillo», pues ambos son casados con las hermanas Polo, naufragó en alguna tormenta de alcoba.

3

Es muy difícil rastrear, en la forzada uniformidad actual, la realidad de grupos políticos y caracterizar su actitud.

Cada partido de los que integran el «frente franquista» y que fué refundido en la Falange, se encuentra dividido en múltiples sectores, por ciertos problemas. Por eso, mejor que los partidos, son los siguientes cinco problemas, los que esquematizan, cuadriculándola en senderos, la confusa situación hispana:

1 — Problema de la política internacional: primero, intervencionismo y beligerancia o neutralidad; ahora, neutralidad o aliadofilia.

2 — Problema del gobierno: caudillismo o monarquía.

3 — Problema de la política social: revolución o conservación.

4 — Problema de la política religiosa: alianza teocrática de Cruz y Espada, o Iglesia libre, dentro de sus límites propios.

5 — Persecución del vencido, o reconciliación.

Hoy dominan las soluciones: neutralidad, caudillis-

mo, influencia «clerical» (a), realidad conservadora a despecho de la fraseología «revolucionaria», y persecución. A su vez, las masas vencidas de la República se inclinaron, sobre todo aquellas que siguen el principio del «mal menor», por las tendencias neutralistas, la monarquía, una progresiva política social, la reconciliación, y una Iglesia evangélica y contenida en sus límites. Salvo aquellos, naturalmente, que profesan el principio de la salvación por la crisis, por el «tocar fondo», y que están contentos, es claro, con lo que hoy sucede.

En el resto no recalcitrante, estas posiciones ya esquematizadas les llevan a acercarse a determinados grupos vencedores, prestando cierta fuerza popular a sus soluciones. Lo que da el tono en general, es, sin embargo, cierta fosca y desmayada atonía. El único grupo vencido que hoy continúa posiblemente organizado y agitador es el Comunismo. Lo deja entrever la llamada «conspiración de Bilbao», tan desconocida en España como fuera de ella, y que tenía ramificaciones en todo el país. El cabo del hilo fué tomado, por puro azar, en Barcelona, y su epílogo fué el fusilamiento del diputado comunista vasco Larrañaga, llegado de incógnito desde Cuba, preso en Portugal y llevado en avión a España, sin más trámite. También fué grande la agitación realizada con motivo de la ocupación aliada de Africa del Norte.

Los monárquicos, alfonsinos o tradicionales, se inclinan por la neutralidad, así como los carlistas lo hicieron por una desesperada germanofilia intervencionista. Los dos grupos son partidarios de una política

(a) En el sentido en que es legítimo, para un cristiano - católico, usar el término.

reaccionaria en materia social, contrarios al «caudillo» y partidarios de un Rey. Mientras los carlistas adhieren a un tipo de estado semiteocrático, los alfonsinos son fieles a la tendencia regalista, liberal y «europea», de la casa borbónica. Ninguno de los grupos es, colectivamente, partidario de una conciliación «en profundidad» de las almas y las clases españolas, pero no es raro hallar en ellos, cabezas agudas que comprendan su necesidad.

La amorfa Falange es mucho más difícil de definir. Atada al «caudillo» por una suerte y una hostilidad comunes, se encuentran a la vez en ella los elementos más conciliadores y los más persecutorios; los incensadores más desvergonzados de Franco y sus más finos opositores; los elementos más clericales del viejo populismo, y un grupo de intelectuales, prácticamente ateos y librepensadores. Partidaria, en su mayor parte, de una «revolución social», la mayoría, empero, no tiene mayor interés en que esto pase de palabras más o menos alentadoras. Finalmente, domina en ella la tendencia antialiada, aunque neutralista, sin que falten sectores intervencionistas y virulentos pro-Eje, ni figuras declaradamente simpatizantes —y desde el principio— de las Naciones Unidas.

4

En un discurso de Diciembre de 1942, el general Franco habló por primera vez, desde hacía tiempo, de una posible restauración monárquica. Hasta ese momento el tema había sido callado celosamente, tanto en la prensa como en la palabra pública de los dirigentes. Sin embargo, o tal vez por eso mismo, la «cuestión del Rey» ocupa un volumen inusitado en el comentario po-

lítico hispano, desde mediados del año 41. La cosa se ha ido siempre acentuando y tal vez, cuando estas páginas aparezcan, las olas de rumores que corren de tanto en tanto, se habrán concretado en algún hecho irreversible.

Unificadas las dos ramas monárquicas en torno a Don Juan, hijo de Alfonso XIII, sólo un reducido núcleo carlista sostiene la candidatura de Francisco Javier de Borbón Parma, príncipe francés y excombatiente de su ejército en la guerra actual. La oposición monárquica aumenta día a día, y las causas que la engrosan no parecen amainar, sino por el contrario, acelerar su ritmo.

La fundamental, es lo imposible, lo radicalmente «intransitable», que el sistema del caudillo cesáreo, la pésima traducción del «fuehrenprinzip» nazi, se presenta para España. Pueblo independiente, libre, digno, con abundancia de sentido crítico, levantisco, difícil como pocos, será el permanente problema español, el hallazgo de una forma de gobierno a la vez lo suficientemente fuerte y sólida, dotada de autoridad, de prestigio histórico y de respetabilidad, que respetuosa de los derechos individuales, regionales y sindicales; tan fuerte, como inflexiblemente limitada y contenida.

La segunda República (está su historia a la vista y libros definitivos como el de Salvador de Madariaga), no pudo conseguir esto. Aunque no creamos una sola palabra de la tesis, hoy tan caudalosa dentro y mismo fuera de España, de la incompatibilidad del país con la forma republicana, lo cierto es, que ni Alcalá Zamora ni Azaña, a pesar de las excelsas cualidades del segundo, pudieron ejercer esta equilibrada autoridad que España exige.

Demás está decir, que la pobre figura de Franco,

no llena tampoco una sola de esas condiciones. El «caudillismo», como forma de gobierno, como base de la autoridad del Estado, como régimen total, ha resultado un estruendoso fracaso. Las deficiencias de don Francisco, y absolutas «necesidades» del genio nacional, así lo han decretado.

¿Qué encuentra entonces el español ante sí, como posibles soluciones?

Vencida la República y desplazados sus hombres, todo lo que no les cargue de diatriba, su tema mismo, y ni que decir su propaganda, están amenazadas por crueles persecuciones. No es extraño topar en la conversación con hombres del régimen, con elogios a Besteiro, a Azaña, a Zugazagoitia, a Rojo, a Prieto. Son elogios que no salen jamás del ámbito individual. Descartado así, el régimen del 31 y al azar su restablecimiento, de influencias alienígenas, toda la oposición nacional se ha canalizado hacia la solución monárquica, única forma de resistencia, sino legalmente permitida, prácticamente tolerada. Todos los núcleos que no sean los reducidos sectores del franquismo y la Falange, la prefieren al insoportable «statu quo». En este ser la oposición monárquica, un río que se engrosa con todos los afluentes, está su pujanza. No sólo es la nobleza y los tradicionales partidos monárquicos, bastante numerosos. Son las mejores y más disconformes cabezas surgidas en la nueva generación, con posterioridad a la paz. Son los infinitos desilusionados de la Falange, parte de las clases medias y, finalmente, un gran sector moderado del republicanismo vencido. Haciendo coincidir a todos estos grupos, la solución monárquica se beneficia de tres aspiraciones diversas, pero coincidentes sobre ella.

La primera es la posibilidad de una reconciliación

nacional, que un Rey que no volviera como vencedor ni continuador del régimen, que no fuera un paniaguado de Hitler, tendría las manos libres para realizar.

El solo gesto de su advenimiento, significaría más que toda una legislación que el franquismo, aún en la hipotética suposición de que lo quisiera, no podría sacarse de adentro. Se sabe que don Juan está en contacto con políticos republicanos; su nombre encarna, por ahora, la única probabilidad que tiene el país de una liberación inmediata de la persecución falangista.

Don Juan II en Madrid significaría, muy posiblemente, reincorporar a España, a esa destruída clase dirigente que el país necesita sin demora, el inapreciable caudal humano de la Vasconia dispersa por el mundo, muchos elementos técnicos, demócratas y hombres de centro-izquierda, grupos como el de «Acción Española», que podrían todos mejorar, administrativa y culturalmente, el tono y el nivel de la vida nacional.

La segunda, es la aspiración hacia una posible y respirable libertad política. Está explicada por el carácter relativamente liberal que, frente al gobierno de la Falange, y sobre todo embellecida por la distancia, tuvo la monarquía alfonsina en España. Aún dentro del período primorriverista, tan semejante por tantos motivos al actual, ciertas garantías mínimas, ciertos derechos de protesta, aunque vejados, consiguieron salvarse. Hay profundas diferencias sociales y psicológicas, entre un abuso que se sabe nada más que abuso, y un abuso que se asegura, se afirma y se exalta con toda una concepción del Estado y del mundo que lo utiliza.

La tercera aspiración es una aspiración de independencia nacional.

Existe la seguridad de que una política de simpatía

progresista, de creciente hostilidad al nazismo en Europa, tendría en un rey educado en Inglaterra, fiel a su amistad en la mala y en la buena (la B.B.C. es la que trasmite para España sus medulares discursos), un personero mucho más seguro que el vacilante equilibrismo de Franco. Podrá objetarse que Alemania no parece definidamente hostil a la solución real, y reconocemos que una restauración tutelada por Hitler, sería para peor, porque llevaría a la desesperación a la mayor parte de los que hoy se confortan con su perspectiva. En el último de los casos, sería segura una disminución de la influencia alemana, sobre todo acentuándose el feliz curso de la guerra, y también una mayor largueza en los abastecimientos que el pueblo necesita, junto a la posibilidad de iniciar la reconciliación del «país legal», con las distanciadas repúblicas que en América nacieron de su sangre. La urgencia de tener un régimen más respetado universalmente, en los difíciles días de la postguerra, que el tambaleante falangismo y el franquismo hazmerreir - hazmellorar del mundo, suma voluntades a la esperanza monárquica.

Así nació para España este don Juan II, segundo «deseado» de su historia. Hasta qué punto lo es auténticamente, o simple reacción contra los indeseables actuales; la extensión y profundidad de este deseo es cosa de difícil diagnóstico. Pero es indudable que al joven estudioso y austero, más Austria que Borbón en esto como en todo; a mil leguas de la ligereza temperamental de su padre, de su gesto majo, de su vivir al día, de su turbia simpatía verbenera, se vuelven hoy muchas miradas de España, en este callejón sin salida de su historia.

Pero como no se trata de un simple cambio de go-

bierno, ni de suplantar a una persona por otra, la más fuerte resistencia práctica que una restauración afronta es la del equipo humano que haya de acompañar a un Rey. La decaída aristocracia borbónica es inaceptable aún para los más entusiastas realistas. Y un rey siempre significa un «séquito». ¿Podría formarse combinando el principio de la herencia de sangre, con el de la aptitud científica, literaria o industrial, tal como en Inglaterra sucede? En España también hay «nobleza nueva», en España también se formó durante el siglo pasado y el actual, una nueva promoción dorada. En general, resultó la unción marquesil del peor analfabetismo de entorchados, de la alta burguesía industrial, comercial y bancaria más rapaz, ávida y esnobista (o «figurera» como lo querría Azorín).

¿Podría superar estas tendencias una nueva monarquía, y no tendría que librarse la nación, de una nueva nobleza de «revolucionarios recompensados» y de periodistas rumiadores del «imperio»?

También el acucioso problema social actúa contra la solución monárquica. Aunque la monarquía no fué históricamente aliada del capitalismo, y éste ya la encontró debilitada y sin su antigua pujanza; aunque los siglos XIV, XV, parte del XVI, contemplen la alianza del rey y de las clases medias contra el feudalismo prepotente, se teme que en el «hoy», un poco ahistórico, una restauración signifique, aún más que el régimen actual, el predominio de gentes con voluntad de «ritorno all'antico», y con esa mentalidad, ya dada en el 1930 post-primorriverista, de aristocracias en regreso, con el «aquí no ha pasado nada». El régimen presente, y tal vez a causa de su noción de «residencia tembladeral», conserva viva la conciencia de lo que ha sucedido. Pu-

diera ser que la monarquía, con su inclinación excesiva y característica a la «normalidad», la perdiese.

La del séquito y la de la Revolución, son las dos sombras más caudalosas que hoy se cruzan en el camino del Rey.

Se ha hecho tan indiscutida la necesidad de la restauración, que ahora el debate no se realiza sobre ella, sino sobre su oportunidad y los medios tácticos de precipitarla. Distinta trinchera, pero iguales enemigos. Los monárquicos son los impacientes: el sentido de independencia nacional, que la monarquía restaurada ahora y sin el apoyo de los bandos mundiales podría tener, no sería ya posible, en caso hipotético de serlo, corroborada o traída por un vencedor. Los que quieren la permanencia, temporal o «sine die» de Franco, afirman que una monarquía advenida en medio de las dificultades, perdería toda su virtualidad, y disiparía en breve plazo las esperanzas acumuladas. Un rey debe entrar con el aceite —o mejor el simbólico olivo—, y el pan blanco en la mano. Los monárquicos protestan de que la monarquía no es un régimen de lujo, y de que gran parte de las dificultades son debidas a la incompetencia franquista. La Falange tercia en la discusión, alegando su derecho de decidir la hora de la restauración, cuando «la revolución nacional-sindicalista» esté en marcha. Monarquía con Falange. La táctica es más que dilatoria, porque si la Falange consiguiera subsistir, el «caudillo» no encontraría, seguramente, el momento de abandonar la confortable pompa del Pardo.

Los elementos antifascistas tienden a mirar con cierta instrumental, ancilar simpatía, la fórmula monárquica. Demasiado compleja en sus causas, es general en toda Europa, la tensión entre las posiciones realistas y

las tendencias nazi-fascistas. Drieu la Rochelle, fascista doriotista hoy (¿hoy?), lo anotaba ya hace algunos años, en un penetrante estudio sobre Maurras.

Las agrupaciones monárquicas, monopolizadoras hasta el advenimiento fascista, de las afirmaciones contrarrevolucionarias que corren desde de Maistre y de Bonald hasta Renán y Taine, Bourget y Maurras, se vieron reemplazadas por el fascismo, rápida y violentamente. No fué sólo su posición ideológica de pariente pobre, sino hechos y antagonismos contantes y sonantes. Es el fracaso de Otto de Habsburgo ante Hitler; es la posición del Conde de París, pretendiente de Francia, adversa a Maurras y los suyos por sus connivencias con el fascismo y la reacción (la lucha de la «Action Française» y el «Courrier Royale»); son los deseos realistas que tienden a un régimen «normal» y «estable», respetuoso de los derechos individuales, regionales y del trabajo; es la posición de los pretendientes español y portugués; es la admirable obra lírica y panfletaria del George Bernanos de los últimos tiempos. Pesa finalmente, y en forma decisiva, la admiración hacia la casa real inglesa, segura y respetada en el seno de una ejemplar democracia.

Los dos argumentos capitales con que las posiciones monárquicas fueron fuertes en cierta hora, frente a la solución republicana, se hacen hoy explosivamente válidos contra el régimen totalitario. Son el de la garantía de la continuidad, y el de la imparcialidad del poder público frente a los grupos sociales.

Un jefe de Estado fascista, Franco, por ejemplo, es cabeza de un bando, infinitamente más de lo que lo es un Presidente de la República, que siempre, salvo circunstancias excepcionales, tiene abierto el camino hacia

sus opositores de ayer. Un jefe totalitario, con el dividir la nación en rebeldes y elegidos, es irrevocable, y forzosamente, un faccioso.

Y de su herencia, ¿qué decir? La experiencia histórica nos demuestra que las dictaduras, y todos los regímenes de registro civil irregular, dilapidan en el período sucesorio, todos esos bienes de los que se han enorgullecido, que los han ratificado: el orden material así sea de mordaza, la tranquilidad, así sea de muerte, las «realizaciones materiales», así hipotequen por generaciones, el haber del país. Su puerto es la anarquía, la incertidumbre y la pobreza.

De cualquier manera, quedan para salvar algunas cosas, en este balance favorable de un retorno real.

Sean cuales fueren las afinaciones de que resulte susceptible el sistema republicano, resulta evidente que el signo histórico deja cada vez más atrás la solución monárquica. Esta podrá ser un parche, un emplasto, un «ir tirando» provisional, nunca una ordenación definitiva.

Y si bien no podemos creer que Don Juan pudiera cometer la descomunal estupidez de dejarse llevar a grupas de Franco, y oficiar de síndico benévolo de su régimen, no hay que perder de vista que la restauración será la confesión paladina de impotencia y de liquidación que el franquismo hará. En ella tratará de salvar lo más posible. Serrano, pájaro de todos los festines, revolotea alrededor. El «caudillo» intentará guardar su influencia política. Y mientras estos hombres y su círculo, no sean inexorablemente liquidados, una rehecha vía española será imposible.

NOTAS DEL CAPITULO III

(1) «El problema de la organización del Estado es el de la relación entre la ley y sus súbditos. Pueden los súbditos participar en la confección de la ley, en cuyo caso, en grados diversos, el Estado es una democracia, o puede serle impuesta la ley sin semejante participación, en cuyo caso, y también en grado variable, el Estado es una autocracia.

Ninguno de los dos tipos de organización puede existir en una forma pura. Una democracia integral consultaría a todos los ciudadanos en todos los asuntos que tuviesen que resolverse; y una autocracia absoluta elaboraría y aplicaría por sí misma todo el sistema de imperativos legales en el Estado. Con comunidades del tamaño moderno, es materialmente imposible, para ninguno de los dos tipos, operar sobre esta base». Harold J. Lasky: «Introducción a la Política». Madrid, 1931. Pág. 63.

(2) «No basta definir el principio democrático como el de la mayoría, y traducir democracia, demasiado literalmente, como «gobierno del pueblo», término ambiguo, que también puede significar «gobierno del populacho», ya que ésta es más bien la definición del fascismo». Thomas Mann: «El triunfo final de la Democracia». Buenos Aires, 1938. Pág. 21.

(3) «En suma, el hombre no está hecho para vivir solo, y los miembros dispersos del rebaño, terminarán infaliblemente por juntarse. En lugar de esto, si el hombre hace un día el sacrificio de los derechos de la persona a una colectividad, no los volverá a encontrar, porque esta colectividad no cesará de aumentar en potencia y en eficacia materiales. ¡Oh! Yo sé lo que vais a contestarme. Vais a contestarme que la colectividad democrática no atentará jamás contra los derechos sagrados de la persona. Perdón, ¿quién me lo asegura? ¿Por qué la mayoría no me impondría mañana su propia moral, si la mía se opone a su provecho? Que exista una religión democrática tradicional, en la cual la libertad de pensar, por ejemplo, es uno de los dogmas, lo admito de buen grado. Pero una democracia sin religión, con tal que

observase las reglas del juego; es decir, que se conformase a las decisiones del sufragio universal, ¿no sería al menos una democracia? Hay demócrata y demócrata, y un ateniense del siglo V no debía tener mucho de común con Mr. Gladstone. Cuando Mr. Roosevelt dice: «Soy demócrata», esto significa en suma: «Soy cristiano». George Bernanos: «Lettre aux anglais». Río de Janeiro, 1942. Pág. 290.

(4) «No quiero decir (con esto) que el triunfo del liberalismo no haya representado un progreso real y profundo. Desde luego, hizo posibles muchas relaciones productivas que mejoraron inmensamente el nivel general de las condiciones materiales. Además de que el progreso científico se debe al clima mental creado por él. Al final de cuentas, el advenimiento de la clase media al poder, ha sido una de las revoluciones más benéficas de la historia. CIERTO ES TAMBIEN QUE SE HA PAGADO CARO POR ELLA; PUES SIGNIFICO EL SACRIFICIO DE CIERTOS PRINCIPOS MEDIOEVALES CUYA RESTAURACION, A MI MODO DE VER, SIGNIFICARIA UNA SOLIDA GANANCIA. Pero es innegable que, al pasar del siglo XV al XVI, y más todavía al XVII, se sienten ensancharse los horizontes y las posibilidades de creación, aumenta el reconocimiento de la dignidad inherente a la persona humana, crece la aversión contra los dolores inútiles que antes se le infligían, crece también el amor a la verdad por sí misma y el propósito de experimentación en servicio de la verdad; patrimonio todo ello de una herencia social que, sin ellos, hoy nos aparecería muy desmedrada». Harold J. Lasky: «El liberalismo europeo». México, 1939. Pág. 12.

(5) «Es posible que los tiempos que se avecinan vean despertarse en el alma de las masas una gran hambre elemental, latente y negada durante largo tiempo. La historia de la post-guerra, a los ojos de nuestros descendientes, será acaso, más aún que la historia de los tratados y de su peligroso ajuste, la historia del despertar de las religiones al término de la era racionalista.

No es el fenómeno en sí, sino su amplitud, que se anuncia sin precedentes. El siglo de las Luces, y luego el siglo individualista, han relajado y a veces hasta disuelto los vínculos «sagrados» del cuerpo social. El siglo XX ha visto la decadencia de las formas, convenciones, ceremonias y lugares comunes que eran los signos exteriores de una comunión tácita entre los hombres. Aquí estamos, individuos insignificantes, aislados, impotentes, lle-

nos de suspicacias, unos tras otros, preguntándonos por qué demonio estaremos juntos. Se ha formado en la ciudad un sentimiento todavía difuso de vacío social, análogo al que debió señalar la decadencia del imperio romano. Pero de este vacío irrumpe un llamamiento. Y este llamamiento a una comunidad nueva, a una «mística», como se va repitiendo por ahí; más simplemente: a razones para reagruparse, es la afloración de un deseo inconsciente de «lo que liga», de una religión. De no importa qué religión...

Es ya tiempo de que el mundo cristiano adquiera conciencia tanto de esta oportunidad como de los riesgos inmensos que implica.

Pues no es posible continuar ocultándoselo: las masas modernas, privadas de cultura espiritual, ateizadas hasta un punto que apenas si alcanzan a imaginárselo los cristianos, se encuentran ante el hecho religioso más ignorantes, más desprovistas y más «bárbaras» que las tribus polinesias con sus ritos y sus hechiceros. Si se despierta el hambre religiosa en esas masa, corren el riesgo de satisfacerse con los medios más burdos, como por ejemplo, el simple sentimiento de una fraternidad carnal, un patético codo con codo. Ello no es una hipótesis: basta cruzar el Rhin para sentir hasta el escalofrío del horror sagrado, la realidad monstruosa de una de esas religiones larvarias». Denis de Rougemont: «Diario de Alemania». Trad. de Ricardo Baeza. Buenos Aires, 1939. Págs. 173 a 175.

(6) «Por poco que se reflexione, podrá advertirse que la pretendida neutralidad del Estado implica en sí ya una toma de posición en el problema de la cultura; es en sí, ya un producto de una concepción cultural determinada, y precisamente, como es lógico, de la concepción cultural de la burguesía. En efecto: corresponde al agnosticismo filosófico y al método de las ciencias experimentales; con sus hallazgos de verdades fragmentarias, siempre sujetas a rectificación. Corresponde por otra parte, al método mayoritario de elaboración de la ley, en cuanto supone también un criterio relativo y sujeto a rectificación. Corresponde, en una palabra, a la total concepción del hombre en el Universo, propia de la burguesía». Francisco Ayala: «El problema del liberalismo». México, Fondo de Cultura Económica, 1941. Págs. 46 y 47.

(7) «El Estado procede por leyes que son enunciados terri-

blemente taxativos, de rigor casi matemático. Por eso indicaba yo antes que el orden estatal es la forma extrema de lo colectivo, como el superlativo de lo social». José Ortega y Gasset: «El libro de las Misiones». Buenos Aires, 1941. Pág. 31.

(8) «Contra toda dictadura de un Estado corporatista, paternalista o colectivista, la libertad de los grupos y las asociaciones de rango inferior al del Estado; su calidad de persona moral institucionalmente reconocida y mismo un cierto poder de jurisdicción acordada a cada una dentro de sus límites propios, deben ser mirados como un hecho primordial en el pasaje a un régimen auténticamente humanista». Jacques Maritain: «Les droits de l'homme et la loi naturelle». New York, 1942. Pág. 124.

(9) «En el Fuero del Trabajo, Declaración XIII, se halla la siguiente definición: «El Sindicato vertical es una corporación de Derecho público que se constituye por la integración en un organismo unitario de todos los elementos que consagran sus actividades al cumplimiento del proceso económico dentro de un determinado servicio o rama de la producción, ordenado jerárquicamente bajo la dirección del Estado». Luis Legaz y Bartolomé Aragón: «Cuatro estudios sobre sindicalismo vertical». Zaragoza, 1939. Pág. 81.

(10) «El problema de las masas se plantea definitivamente en nuestro tiempo. O bien, contando con la miseria natural del hombre, se aplicará a hacer de ellas instrumentos, bien sostenidos por las técnicas socialistas, y se convertirá a masas inmensas —ilusionadas, estandardizadas, envenenadas con mentiras— en esclavos que se creen felices; y es la solución totalitaria; o bien, contando con las energías que en el hombre proceden de más arriba que el hombre y con la fuerza del espíritu, se tratará de abrirle acceso a una vida y a una libertad verdaderamente dignas de la persona humana y de su vocación: que es la solución del humanismo cristiano. No hay término medio». Jacques Maritain, en «Sur», N.° 57. 1939. Pág. 19.

(11) «Mas, si después de esto, no quedare esperanza alguna de enmienda, si la salud pública y la santidad de la Religión se ven amenazadas de un inminente peligro, ¿quién habrá tan falto de juicio que no se convenza de que es lícito sacudir el yugo de la tiranía por medio de la justicia, de las leyes y aun por el de las armas?» Juan de Mariana: «Del Rey y de la Institución Real». Madrid, 1930. Págs. 132 y 133.

(12) «El Partido, pues, está por encima del Estado sólo en el sentido en que la Iglesia está por encima del Estado en tesis católica: en el orden de las más altas finalidades. Las finalidades de la Iglesia son superiores a las del Estado, pero la organización institucional de la Iglesia no está, como tal, por encima de la organización institucional del Estado. Por otra parte, en cuanto el Estado mantiene relación íntima con la Iglesia, puede constreñir a ésta al cumplimiento de su finalidad espiritual si por azar se desvía de ella (ejemplo histórico: el sacco di Roma) y someterla a su organización en el orden de los intereses temporales, cuidadosamente distinguidos de las finalidades espirituales (regalismo). Igualmente el Estado, aun cuando sometido a las superiores finalidades del Partido, puede hacer que éste no se desvíe de las mismas y supraordinarse a él en el orden de las decisiones políticas concretas y de los intereses colectivos necesitados de regulación jurídica inmediata. Esta posibilidad es todavía mayor en la relación entre el Estado y el Partido, que en la relación con la Iglesia, por la mayor intimidad de esa relación, pues las finalidades de la Iglesia y del Estado son, en realidad, heterogéneas (espirituales y temporales, respectivamente), mientras que las del Estado y del Partido son homogéneas, en cuanto ambas afectan al orden temporal y, sobre todo, en cuanto por esto mismo las finalidades del Partido interesan al Estado tanto como al Partido mismo». Luiz Legaz y Lacambra: «Introducción a la Teoría del Estado Nacionalsindicalista». Barcelona, 1940. Págs. 176 y 177.

(13) «Comme il faut de la vertu dans une république, et dans une monarchie de l'honneur, il faut de la crainte dans un gouvernement despotique: pour la vertu elle n'y est point nécessaire, et l'honneur y serait dangereux. Le pouvoir immense du prince y passe tout entier a ceux á qui il le confie. Des gens capables de s'estimer beaucoup eux-mémes seraient en état d'y faire des révolutions. Il faut donc que la crainte y abatte tous les courages, et y éteigne jusqu'au moindre sentiment d'ambition». Montesquieu: «Esprit des Lois». Paris, Didot, 1844. Págs. 24 y 25.

(14) «La revolución es una persona jurídica tutelar de una idea, como el Estado; es un Estado «in fieri». De ahí el alto papel del Partido en la obra revolucionaria. El Partido es el ente que personifica la idea revolucionaria, la subjetivización de la revolución». Juan Beneyto Pérez: «El nuevo Estado español». Madrid - Cádiz, 1939. Pág. 38.

(15) «Las luchas civiles —había leído Cicerón en Aristóteles— se producen porque los miembros de una sociedad disienten, esto es, porque tienen opiniones divergentes sobre los asuntos públicos. La cosa resulta bastante perogrullesca. Pero hemos visto que esta disensión es, a la vez, supuesto de todo perfeccionamiento y desarrollo político. Por otra parte, es evidente que una sociedad existe gracias al consenso, a la coincidencia de sus miembros en ciertas opiniones últimas. Este consenso o unanimidad en el modo de pensar es lo que Cicerón llama «concordia» y que, con plena noción de ello, define como «el mejor y más apretado vínculo de todo Estado» (II, 42). ¿Cómo se compagina lo uno con lo otro? Muy fácilmente, si imaginamos el cuerpo de las opiniones que alimentan la vida de un pueblo constituído por una serie de estratos. Divergencias de opinión en los estratos superficiales o intermedios producen disensiones benéficas, porque las luchas que provocan se mueven sobre la tierra firme de la concordia subsistente en los estratos más profundos. La discrepancia en lo somero, no hace sino confirmar y consolidar el acuerdo en la base de la convivencia. Estas contiendas ponen en cuestión ciertas cosas, pero no ponen en cuestión todo.

Supongamos que, por el contrario, la disensión llega a afectar a los estratos básicos de las opiniones que sustentan últimamente la solidaridad del cuerpo social: quedará éste tajado de parte a parte». José Ortega y Gasset: «Historia como sistema» Madrid, 1941. Págs. 95 y 96.

(16) «Despojemos la mística del jefe de la idolatría que la corrompe para encontrar allí la doble necesidad de la autoridad del mérito y de la devoción personal; despojemos a la disciplina de su violencia y no nos costará trabajo encontrar aquí y allí, un alma de personalismo cautiva de realizaciones opresivas». Emmanuel Mounier, op. cit. Pág. 33.

«LA PREDILECTA DE CRISTO»

I

Desde la amplia vía libre que les abrieron Núñez Reigada y los otros teólogos, la guerra civil - internacional española fué, para los franquistas, «guerra santa».

Ya se tomara la «santidad» en un sentido de santidad «subjetiva» o «teleológica» (no era «santa» la sociedad que se defendía, pero eran «santas» las intenciones, «santa» la sociedad que se quería instaurar); ya en el sentido de una santidad nuclear, central, aunque batida (conceptos de persona humana, justicia, familia y fe) en el seno de una sociedad pecadora y laicizada; ya en el difícilmente aceptado, de una santidad total de las estructuras temporales, el denominador de esta argumentación de tipo religioso no admitía excepción alguna.

Victoriosos en 1939, los sostenedores de la «guerra santa» tenían que comprender, si aspiraban a que su criatura tuviera eficacia, prestigio, pretensiones de validez permanente, la urgencia de empeñarse, una vez en la rutina y posibilidades de la pacificación, en construir algo semejante a lo prometido. Había que crear una paz santa; una nación totalmente informada de las esencias de la Cristiandad; una sociedad regulada por los valores de Justicia y de Caridad.

Como punto de partida de este intento, el Estado español se declaró un Estado Católico. Es el único adjetivo, junto al de totalitario, que le cuadra sin duda

alguna; el único adjetivo de un sustantivo tan dudoso, como es esto de que España tenga un Estado.

Ahora, al Estado católico le cabe naturalmente un fin: cristianizar. ¿Se cristianiza positivamente en España? ¿Cómo se cristianiza? ¿Qué sello lleva esta tarea?

Para verlo, es necesario considerar antes, las características del catolicismo español.

Buen momento para hacerlo, para indagarlo. Barrido por el sacudimiento feroz de la guerra y la revolución, todo lo que podría ser adjetivo, adherencia, resabio, está desnudo lo esencial, como tal vez nunca lo estuvo.

Porque cabe hablar de un catolicismo español. Dentro de la universalidad de la fe religiosa, cada pueblo da su acento íntimo y peculiar. Dentro de una misma confesión positiva, no actúan en forma idéntica un inglés, un español, un francés, un argentino. Desde lo cotidiano a lo eterno, nada se esconde a la impronta de una patria.

En un examen medianamente atento, nos parecen indiscutibles en el catolicismo español, los siguientes rasgos:

1. Una actitud «confiada» de vinculación entre lo espiritual y lo temporal. Lo religioso ha corrido siempre en él, con una suerte de impregnación familiar; ha entrado en los cauces de la vida menuda. Perpetuamente mezclado con las cosas del orden secular, esta alianza nunca ha sido demasiado limpia, ni demasiado cuidadosa de las esencias sacramentales. Un amor de «projimidad», inmanentiza a la Iglesia española con todo lo terreno.

2. Esta confusión, históricamente prolongada, fragua en una identificación que es toda la historia de España: la de Hispanidad y Catolicismo. Nace de la con-

cepción de la «gesta Dei per Hispania». Ser español, significa ser católico; la actitud personal o colectiva poco importa y significa. Por pertenencia automática a la comunidad nacional, se disfruta de esta segunda calidad, que ni trae riesgos ni implica compromisos.

3. Es la defensa temporal, con medios temporales, coactivos, armados, de la Fe y sus verdades; un dominante desprecio de los medios caritativos, en su acepción normal. Ni la Cruzada, ni la Inquisición, ni la Guerra Santa son ideas españolas. Pero es evidente, que España las ha utilizado, esgrimido y encarnado, más abundantemente que pueblo alguno (1).

4. Una fe más voluntaria y pasional que intelectual. España es el país de la Mística y de la Teología; de San Juan y de Santa Teresa, de Suárez y de Molina. Pero desde la extinción de las grandes voces de la escolástica y la oración, en contradicción con el esplendoroso renacimiento católico de Francia, el catolicismo español ha quedado estancado en una mediocridad de pensamiento, de la que representantes aislados, como Balmes, como Menéndez Pelayo, como Arintero, como Bergamín, no han sido capaces de sacarlo. Suficiencia de apologética barata; mal gusto y retórica de sermón gerundiano; orfandad de comprensión, de delicadeza, de perdón, de cordialidad, son, desde hace tiempo, el tono más habitual de la predicación y la polémica.

5. Como contrapeso de esta deficiencia intelectual, una religiosidad de Fe sobreabundante. Hay una visión católica del Mundo y de las Postrimerías; del Pecado y de la Gracia, de la Caída y de la Redención, que encontramos infinitas veces en las zonas más extrañas, y en las mentes más distantes.

6. Un tipo de creencia confiada en la salvación,

enemiga de la casuística, de los retorcimientos y de los «cas de conscience»; enemiga, sobre todo, de cualquier moral estrecha, rígida, exigente.

7. Una evidente impotencia para disociar a la Iglesia de las fuerzas del privilegio y de la desigualdad social. Esta tarea, heroicamente intentada y en victoriosa realización, por las mejores energías religiosas de todo el mundo, está aún en España, y con mucho optimismo, en sus primeros vagidos.

Frente al real o verbal radicalismo del «sindicalismo vertical» falangista, la «sociología cristiana» (a) no ha abandonado aún su argumentación beneficente, paternalista, calculadora (2). Leíamos con asombro, en una pared de Vigo, en 1942: «Patrones, si queréis que vuestras industrias prosperen, enviad a vuestros obreros a la Santa Cruzada»!!!

II

Todos estos rasgos, que tan suscintamente hemos enumerado, pagan su exageración en defectos gravísimos, que son los que configuran a la postre, a la Cristiandad española.

La identificación de estructuras sacro-temporales viola, tantísimas veces, el deslinde de lo temporal y lo espiritual que el mundo gana trabajosamente desde la «polis» griega.

No entendemos, naturalmente, aquí, un deslinde a

(a) Por ahora, la «sociología cristiana», no es más, sobre todo en los países sudamericanos, que un «deber ser», un normativismo de lo social, enderezado principalmente, a fines de política legislativa.

lo liberal, en el que la religión se convierta en el coto privado de la conciencia, sin irradiación ordenadora sobre las relaciones humanas y la colectividad civil; nos referimos a este otro, que parece ser la gloria y la conquista de nuestra tiempo, en el que el Espíritu gana primero en pureza limpia, en despegado desinterés, en austero vuelo, para volcar después sobre el «siglo», su dulzura y su verdad.

De esta inextricable trabazón hispánica del cielo y de la tierra, de la gracia y del pecado, salieron Lope y el auto sacramental, salió el realismo cotidiano y caliente de la escultura polícroma. ¿Qué sale hoy, en cambio? La «Marcha Real» en la Eucaristía, la ropilla del torero convertida en falda de la Virgen, la paganía de las procesiones. Todo un vicioso pintoresquismo, todo un esteticismo desmoralizador, que está trabando en el catolicismo español, la faena impostergable de inteligencia y santidad.

Porque no se trata solo de que lo espiritual, corporizado en la Iglesia, se haga presente en la sociedad. Es necesario que esta encarnación sea para ganancia del Espíritu, y no para lastre de la palabra de Dios. Decíamos sociedad, y decimos amor y hasta matrimonio, entre lo que es eterno y lo que es del tiempo, pero para espiritualizar y trascender éste; no para que las potencias de la tierra y el mal triunfen y caricaturicen la libertad y la verdad del espíritu.

Este parece ser el sino trágico de la Iglesia española. Destilar muy parcas esencias. Confundirse demasiado con lo que no es ella. Cubrir demasiadas mercaderías. Y sufrir las consecuencias.

Es entonces que una organización externa, inmovilizada, oficial, de lo religioso, se difunde, hoy como

ayer, en la vida pública. La religión está presente en todas partes, y todo lo consagra, lo ratifica y lo bendice. El que se guiara por estas apariencias, caería en la trampa del Estado Cristiano. Pero esta presencia se ve falsificada, frustrada, por un aflojamiento de la tensión religiosa de las almas. La Cruz deja de ser motivo, y se hace adorno. Cristo-Rey es Rey, sin duda. Pero en muchos corazones, a veces reina y no gobierna.

En esta línea de observaciones, no se trata aquí de discutir la contribución de España a la Fe. Con este su estilo peculiar, con ese lastre de su fondo de nihilismo y orgullo senequista, que haya puesto en el tono de sus empresas, es apenas cotizable en medida carnal, la evangelización de un mundo, la Escolástica, la Mística, las Ordenes, el siglo XVI y XVII enteros.

Pero toda esta misión y esta obra exigían continuidad creadora. La complacencia tradicionalista no le sirve de custodia y vida. La identidad de Hispanidad y catolicismo era y es falsa. Ni aún en una acepción contingente y pragmática, la Fe es identificable con ninguna fórmula histórica. Pero mismo, si una relación de servicio, de paralelismo, de inspiración, fué pasajeramente aceptable, esta relación dejó de ser válida, cuando advinieron a la historia del país, generaciones en las que todo fervor desfalleció.

El cuento y el recuento de todo esto es largo, pero lo cierto es, que el hombre cristiano español descansa demasiado en los servicios prestados por España a la Fe, en el pasado, para preocuparse algo de prestárselos él mismo. Una segunda y suplementaria comunión de los santos, de sello, cuño y límites nacionales, parece ganarle bienes. Y si no se los gana, no le falta al español medio, la ciega convicción de que ello suceda.

El empleo de medios temporales al servicio de lo espiritual, tiene un tremendo peligro: su eficacia. Su aparente, mentida eficacia. La trágica paradoja es la de que el ambiente puede hacerse bautizado, el aire vestirse de Gracia, y las almas quedar más encharcadas que nunca o siempre, en el secreto frenesí de la indiferencia y del pecado.

Porque aquel dócil, ingenuo y maravilloso hombre del siglo XII, de los siglos medios, aquellos auténticos cristianos, tantas veces cristianizados por el prestigio del carismas, el temor y la espada, parecen no darse ya más. En el hombre moderno, todo recelo, ironía, desconfianza, indocilidad y sarcasmo, los medios del poder resultan cada vez más inútiles en su labor moralizante. Fácilmente, su empleo inmoderado o torpe, se convierte en el escándalo de la crueldad apostólica. La hipocresía religiosa, tremenda máscara universal de un nihilismo cada vez más hondo, aflora en todos las caras, dibuja todos los gestos, mueve todas las genuflexiones.

¡Cuántas comuniones sacrílegas en las cárceles, en los congresos políticos, en las reuniones sindicales!

Dijimos crueldad apostólica. Porque del pensamiento de que es más escandalosa y clamante un alma que se pierde, una conciencia encenagada en el error, que el sufrimiento del cuerpo y la dádica de la sangre; del valor absoluto y sin par de una persona espiritual, sobre las cosas del mundo, y con todo ello la legitimidad cohonestada, de un sacudimiento depurador y cilicial; ¡qué fácilmente se cae en esta crueldad apostólica e inquisitorial, de triste tradición!

Porque la Caridad es la que entonces sufre. La virtud teologal más postergada en la España de ayer y de hoy. Hay mucha saña agresiva, mucho seco corazón,

entre los que tienen la misión taxativa de poner bálsamo, de suscitar dulzura.

Un alto jerarca de la Acción Católica nos relataba el presente del doloroso caso del catolicismo vasco. Este pueblo, acrisoladamente puro, sano, intrépido; este pueblo, el más cristiano de España, uno de los mejores del mundo, se ha sentido, junto a la persecución cruel y estúpida que padece, abandonado por su Iglesia. El catolicismo español parece querer secundar, pasivamente, las sanciones del poder, y, para esto segrega, como un miembro podrido, al sector más preclaro de sus hijos. El fervor se enfría, y día a día se cava una separación más honda, entre estas masas admirables y su fe tradicional y hondísima.

En 1941, el inteligente obispo de Madrid - Alcalá, tuvo que hacer una advertencia a los capellanes de las prisiones. Esta advertencia consistía en recordarles que su función no imponía un agravar la dureza de la represión legal, no era la de un acentuar con terrores infernales, la persecución y el dolor del preso. No les tocaba ser un suplemento del carcelero.

Y éste no es un episodio aislado. Es la anécdota de un rasgo general.

De igual manera, no puede negarse que toda esta riqueza imaginativa y pasional de la manera española de entender lo cristiano, se hipoteca por la falta absoluta de una apologética intelectual que la complemente. No por repetido, deja de ser grave el hecho de que España no produzca ningún gran poeta, ningún gran dramaturgo o novelista católicos desde el siglo de Oro. Ni un Thompson, ni un Blake, ni un Coventry Patmore, ni un Chesterton, ni un Belloc, ni un Baring, ni un T. S. Eliot. Ni un Claudel, ni un Bernanos, ni un Mauriac,

ni un Jammes. Porque es indudable que no podemos calificar de grandes, la laboriosa y meritoria poesía de Pemán, o las fuertes novelas de Pereda, equiparable a un honesto René Bazin montañés. Unamuno fué una cumbre demasiado aislada, y en los filos de la heterodoxia para ser aquí síntoma de nada. La dispersión, por la discordia y la catástrofe, del grupo de «Cruz y Raya», reunido por José Bergamín, fué una desgracia sin medida para la catolicidad de España.

La Primacía de la Fe, la concepción de la Fe como un carismas nacional, se refleja en la desviación hacia una creencia sin obras; la visión católica del mundo y del pecado se expresa, preferentemente, en una complacencia en el pecado mismo y en su práctica.

Tal el ejemplo ilustre y famosísimo de Lope de Vega. Tal la variación final, que el genio español le imprime a la leyenda de Don Juan, al hacerle, ya sobre el estribo, creer y salvarse.

Porque una confianza exagerada en la salvación, (sólo en España pudo escribirse «En Condenado por Desconfiado»), configura una alienación tan acentuada de una auténtica vivencia cristiana, que hace que la fe se convierta en poco más que un póstero principio rector, en una última y final contricción. Estamos ante unos hombres llevados alternativamente al goce orgiástico de las cosas, alternativamente arrastrados a una austeridad adusta y triste. Se pasa de la ceguedad ante la hermosura del mundo, al desprecio de la continencia y de la santa pobreza.

III

El rasgo central de esta situación, resulta de la tendencia, incontrolada hoy, como en el siglo XVI, de hacer

reinar a Cristo en la vida pública por medios coactivos, con las consecuencias desgraciadas de un paramentalismo espectacular y nominalista, que se contenta, externa y superficialmente, con la presencia material del clero y con un repertorio todo, de gestos sin vida. Domina un método de cristianización por la Ley; una Ley esgrimida sin prudencia ni caridad. (Es, por ej., elocuente, el resultado de la derogación, con efecto retroactivo, del divorcio).

Esta disposición y otras semejantes, de efecto contraproducente casi siempre al deseado, han causado tragedias íntimas que difícilmente se olvidarán. Y si no las causan, se convierten en la hipocresía de instrumentos jurídicos sin vida y que, como la famosa ley de persecución al adulterio, se utilizan al azar de la regulación más política y arbitraria; gladios que cuelgan sobre muchos, pero que sobre muy pocos se dejan caer.

El control de la Iglesia se ejerce en especial a través del grupo tradicionalista, que rige al Ministerio de Justicia y Culto, pero además domina toda la existencia pública. Sobre la Educación Nacional, la influencia decisiva es la de la «Asociación de Padres de Familia», que ha significado, en algunos episodios, un verdadero factor de barbarización cultural.

Cuidando sus grupos fieles, tampoco descuida la Jerarquía, la mejor contemporización con la Falange. El Cardenal - Arzobispo de Toledo, Monseñor Plá y Deniel, se fotografía en el día de la consagración, con el brazo en alto. Un prelado se preguntaba hace poco en una conferencia: «sentido ascético y militar; sacrificio y servicio, ¿qué son, sino catolicismo?» Sería muy fácil analizar la peligrosa ambigüedad moral de estos términos; demostrar que, para ser cristiana, faltan en la fórmula

Libertad, Amor, Esperanza, Caridad, Justicia, Inteligencia y Fe sustancial.

Las opiniones más extremas de la Falange, califican como «una victoria cedista y clerical», la ley de Enseñanza Media, aprobada durante la guerra, y que pone prácticamente en manos de las Ordenes religiosas, la educación de la adolescencia. Argumentan que la formación política se resiente —a Dios gracias—, y que en el examen final y único (establecido en esta ley, como en tantas otras, contra el antipedagógico examen anual) el alumnado proveniente de los institutos particulares, escolla totalmente.

Uno de sus redactores, nos hacía notar la característica extraña y original de este instrumento legislativo, elaborado en pleno período totalitario y que tiene, puesto que no sólo las Ordenes religiosas pueden enseñar, un evidente sentido societario y antiestatal. En «ultima ratio», la causa práctica de esta disposición, residió en el hecho de que eran las Ordenes religiosas las únicas que podían atender inmediatamente a la labor enseñante, desorganizada por la guerra.

Llevan también el sello de la intervención eclesiástica, las innumerables formas de la censura cinematográfica, vestimentaria y editorial.

En todas partes se mezclan curiosamente, una velada inmoralidad y una exigente e imperativa pudibundez pública.

Las reacciones que esta situación suscita, se plantean en forma harto compleja. Porque, por una parte, se siente vivamente que la Iglesia española, en cuanto sector de la Iglesia universal, puede cumplir allá, como en toda Europa ha cumplido, la misión de tener en jaque a los valores del mundo totalitario. Al afirmar la

sustantividad de la persona, de la familia, la catolicidad (universalista, literal), la paz, la justicia y la libertad, el carácter absoluto de los valores morales, el tesoro occidental de la cultura, y la comunidad internacional, lo haga la Iglesia bien, mal, o regular, cumple hoy su mejor tarea.

Por las insinuaciones de esta actitud, como es dable imaginárselo, la Iglesia en España recibe ataques y obtiene adhesiones. Cierto sector de la Falange no se lo perdona.

Pero su intervención, ni demasiado hábil, ni demasiado prudente, en la dirección del Estado, provoca reacciones muy vivas. Paradójicamente, también es popular, pasible de éxito —y verdadera—, una política que tienda a ponerle vallas a esta ingerencia estrictamente «clerical».

Si evidentes las formas de intervención eclesiástica, la posición de las minorías actuantes del catolicismo frente al Estado y a la política es —en el reverso—, poco clara.

Pareció preferir la Iglesia el «statu quo» franquista a una irrupción de la Falange extrema, con su crudo sabor totalitario. Al tiempo, que por una parte, se levantan críticas y suspicacias frente a la tan dudosa catolicidad de la Falange, de los sectores más auténticos de ésta, corre el clamor de que el partido está siendo «copado» por la influencia clerical, a la que se atribuyen los excesos de la censura en materia moral, la desnaturalización del sentido social y la posición tibia hacia Alemania (a pesar de lo representativa que pudiera ser en esto, la posición de un Laín Entralgo y otros).

En el otro extremo de la gama, tampoco parece sentir la Iglesia gran atracción por la solución monárquica.

Le aleja de ella, el sentido regalista que ésta tiene, y el sospechoso tufillo escéptico y liberal, que grandes núcleos del realismo, especialmente del alfonsino, han tenido siempre en España.

Salvo para aquellos que sienten que la humilde aceptación de ser perseguida, puede ser para la Iglesia, en ciertos momentos excepcionales, la única salida honorable; para todo el resto, República y Demonio, son términos sinónimos.

IV

Nuestro pensamiento central tiene dos ambiciones; nuestra demostración dos blancos.

En uno de ellos, nos parece totalmente falsa la posición de los que en América exaltan una restauración religiosa y moral, unida a las consecuencias más o menos políticas de la «hispanidad». Los valores religiosos que van unidos inexorablemente a esta fórmula histórica, no nos bastan. Necesitamos otros y distintos.

Por deficiencias casi consustanciales de la religiosidad nacional, por desfallecimiento de la energía cristiana, o por falta de brazos para la tarea, la Iglesia no cumple hoy en España, la misión salvadora que le corresponde. Ser refugio y áncora de perseguidos. Poner su fuerza moral al servicio de una implacable justicia, que termine con la organización burguesa de las clases, y restituya al agro español del centro - sur, de una servidumbre de siglos. Sostener al tope, contra todo compromiso, contra todo enrolamiento, contra toda adaptación, los valores que en Europa, sólo ella es lo suficiente, lo sobrenaturalmente fuerte para sostener: la Caridad, el Amor, la Libertad, la Paz. Desprenderse un

poco cada día, o de un empujón heroico, de las tremendas adherencias que le quitan movilidad, capacidad receptiva e independencia. Colaborar, en la línea de lo tradicional, con una recuperación intelectual, libre, plena, diversa. Ser testimonio de lo universal en ese borde de Europa, llevado por fuerza hasta ayer incoercible, a ese continentalismo hostil, receloso y resentido, de los Deat y los Von Schirach. Llamar a sí, en el resplandor de sus «medios pobres», por su verdad medular, y no por una hipotética, o cuando más histórica identificación con el genio nacional. Afirmar esta verdad con la inteligencia, la gracia, la sonrisa. Vivir una vida humilde, limpia, desprendida y clara. Librar a España y librarse a sí misma, del peligro mortal, sin una nación y una minoría dirigente «actual», «auténticamente» cristianas de una «catolicidad de Estado».

La forzosidad de que la fórmula política del Estado católico, incida sobre sociedades muy parcialmente cristianizadas, significa el lastre de una suma tal de fariseísmo, que es capaz de esterilizar el más vivo apostolado religioso. La confusión de lo jurídico y lo moral, hasta el punto de una absoluta superposición de planos, importa un medio inaceptable de intervención y mutilación de los fueros personales, una cosecha indirecta de todos los frutos del escándalo.

NOTAS DEL CAPITULO IV

(1) «En las brechas que abren los cañones, florece el Evangelio». Monseñor Miguel de los Santos Díaz de Gomara, obispo de Cartagena, durante la guerra civil - internacional española.

(2) «Pero en su corazón, este entrar en conciencia, aun por los trabajadores más oprimidos, de la dignidad de la persona

humana en su función de trabajadores —en donde está todavía lo esencial de sus vidas— representa una ganancia espiritual incontestable, es el dato espiritual central del problema económico. Condena irremediablemente, toda forma de «paternalismo», es decir, toda iniciativa de las clases actualmente dirigentes, para aportar a la clase obrera, «de afuera y de arriba», alguna mejora de su suerte... El obrero tiene hoy una demasiado viva conciencia de la ilegitimidad del poder capitalista, ha acumulado demasiado rencor y humillación, para que no se sienta en estado de dependencia degradante respecto a toda gestión de la clase capitalista, globalmente entendida». Emmanuel Mounier: «Manifeste». Pág. 174.

EL «IMPERIO» Y EL «DESTINO EN LO UNIVERSAL»

La concepción española de la patria, la nación y el mundo, corre, como toda idea política, en el cauce de dos factores muy distintos. El primero es el de la circunstancia universal y práctica dentro de la cual esa idea lucha; el otro, es la tradición temperamental e ideológica del pueblo que la sustenta.

El falangismo nace, combate y se entroniza, en el instante en que los movimientos europeos, cargados de un exacerbado nacionalismo, saltan, por así decirlo, extrafronteras, coordinándose y adquiriendo un ritmo y un continente dominadores. La argumentación de un nacionalismo defensivo, pasaba en Italia y en Alemania al desván del desuso —sólo Maurras la conservaba en Francia—, y las nociones con las que debería trabarse la guerra actual, son lanzadas por los ideólogos y la propaganda. Alemania justificaría su empresa conquistadora con la obligación de reunir bajo una autoridad y un destino comunes a la raza germánica. Aun no le había llegado el trance de digerir checos y franceses. El «lebensraum» (espacio vital), dejaba de pertenecerle en exclusividad, para convertirse en el señuelo y aspiración de los pueblos «pobres», «proletarios», «tensos», «insatisfechos», contra las «plutocracias opulentas». La Romanidad perdía algo de su exclusividad italiana y era tendida como puente de captación sobre la Francia lavalista, y la revuelta Rumania de los Goga y los Codreanu.

El Sacro Imperio Romano - Germánico, que tan invencible repugnancia había despertado siempre entre el pensamiento histórico alemán arquetípico, es decir, protestante, nacionalista y prusiano (1), fué convertido trabajosamente en argamasa del Eje, para cohonestar en un pasado de linaje y predominio clásico y mediterráneo, las tendencias occidentales y cristianas del carácter italiano, que se resistían y se resisten a la captación de «i barbari».

La primera circunstancia es, pues, bien clara: los nacionalismos rompen con la idea nacional, en su carácter puramente defensivo, receloso, aislante. La solidaridad forzosa de regímenes semejantes, se impone sobre todas las desconfianzas de la historia y el carácter. Los años de 1933 a 1939 presentaban este curioso aspecto. Los gobiernos nacionalistas actuaban con una coordinación internacional envidiable. España, Austria, Albania, fueron los testimonios de una bien lograda sincronización interestatal, que no se detenía en consideraciones de fronteras (no hablamos ahora de las ajenas, sino también de las propias). Mientras tanto, y en cambio, las naciones democráticas se movían en un tranco lento y tímido, con una total carencia de una visión universal de los problemas y de las soluciones. Una suerte de nacionalismo, hasta de provincialismo pacato, precisaba las definiciones y ordenaba las actitudes. (Porque en la posición de un Chamberlain o de un Wheeler, no sólo cabría hablar de una visión inglesa o norteamericana de las cosas, sino aún, de una perspectiva «manchesteriana» o «montaniana» de la política internacional).

Al momento histórico tan particular, se ayunta el hecho de que España no ha sido nunca estrictamente

«nacionalista». Ruedo de pueblos y civilizaciones, su largo pulso está abonado de infinitas sangres y cantan en su alma melodías muy distintas. El genio judío está inextricablemente anclado en sus momentos mejores del Medioevo. Toledo y «La Celestina», las corrientes platónicas y el aristotelismo español, exaltan la gloria de Israel. Campo de batalla de Europa y Africa, contempla y protagoniza desde temprano, en su propio suelo, de Roncesvalles hasta el Ebro, luchas cuya trascendencia le desborda infinitamente.

Pero es un hecho especialísimo, el que asienta con rasgos de cosa definitiva esta tendencia, esta predisposición. Llega España al Renacimiento y se encuentra, casi de repente, con que posee el primer Estado moderno de Europa. La obra visionaria y previsora de los Reyes Católicos —intuición y aritmética—, lo había creado en menos de una generación. Hablamos de «un estado», es decir, para un mundo que pondría durante siglos, la nota del Poder, sobre las del Amor y la Sabiduría, un magnífico, un irremplazable instrumento de expansión y de dominio.

España no ha salido solamente de la Edad Media y al viraje del 500, con un piafante Estado. También emerge cargada de un fervor cristiano, apostólico y combativo, que la testa tenaz de la resistencia mora, recién segada en Granada el año del descubrimiento, le había guardado vivo. Se planteaba la primera y fabulosa diferencia entre la península y el resto de los países de Europa, en los cuales ese fervor de Cruzada había decaído, enfriado y amenazaba periclitar por completo.

En este dinamismo, que en pleno siglo XVI España conserva tenso, se salvan las ideas cristianas sobre la unidad del género humano y de un destino común de

la especie, contra los nacionalismos; la concepción del «total» como un absoluto, sobre el relativismo de las variaciones regionales, ya exacerbadas. Estos principios, pensaban sus hombres con un hemisferio fresco en las manos, que habían sostenido durante cinco siglos la unidad de Europa, iban, por obra de los descubrimientos geográficos, a poder informar la unidad del mundo.

Esta unidad era y podía ser, como siempre lo ha sido, una única posible: la unidad del Espíritu, la comunidad de creencias. Una sola cultura, una sola manera de concebir la vida, el destino y la moral, enlazaría todas las almas y los cuerpos del mundo. En la fe de Roma, en su servicio, en este ideal milagrosamente vigente para España, residía la única legitimación que para la conciencia moral del cristiano —y estaba Vitoria para decirlo— podía tener un esfuerzo de dominación universal.

La nación, como «una empresa», quedaba concebida. Como un todo «dinámico», «hacia afuera». Pero una empresa y una dinámica a la que no les basta un objetivo cualquiera. Que no se legitiman por un apetito de bienes materiales, por un hambre o una sed terrenas.

Salimos al encuentro de la objeción. Era y debía ser el estilo de España, su proyecto ejemplar. La fidelidad concreta que le hayan guardado, los hombres que llevaron a España por el mundo, es cosa que no importa ahora. Lo evidente es su vigencia como ideal indiscutido durante los siglos de grandeza nacional; aun su presencia subterránea y casi imperceptible, en la larga pausa del obscurecimiento y de la ruina. Late en la obra de Ganivet, forjada en los días peores.

Polvo y fracaso la empresa, vinieron después sobre ella, los nacionalismos y el internacionalismo. Conocie-

ron períodos de alternativo prestigio o decadencia. Pasarán los primeros, de las inofensivas exaltaciones románticas, de las fuertes intuiciones barresianas de «la tierra y los muertos», del culto de lo telúrico, de lo diverso y de lo próximo, a como los hemos conocido en el paroxismo final de estos años. A convertirse en esa deidad exigente y terrible, a la que queda subordinado, y con subordinado decimos escamoteado, todo lo que dignifica y embellece la vida. Porque díganmos los doctores en distingos y contradistingos, (entre los que otrora ¡ay! formamos), lo que queda en ellos de una moral del desprendimiento, la caridad, la comprensión, la justicia; de la persona humana, su destino, su intimidad, su bienestar; de la unidad espiritual del mundo y de la economía internacional; de una paz en la justicia y en el orden, el más divino de los bienes.

Sin embargo, algo queda del nacionalismo. Es la necesidad de defender las comunidades estructuradas en naciones, de las fuerzas internacionales de la mediatización y la explotación económicas, nacionalizando las fuentes de recursos, colectivizándolas, poniéndolas al servicio del pueblo, y combatiendo hasta destruirlas, las oligarquías internas que sirven a aquellas. Es el derecho, y la obligación, de todos los grupos humanos a un ascenso a la «personalidad», con su base ineluctable de «independencia», y como paso previo a una «interdependencia» de colaboración mundial; posición que queremos se entienda, está a mil leguas de todo estúpido neutralismo, «dignos aislamientos», «celosas soberanías» y «dignidades de nación», esa fauna peligrosa y proliferante. La imbecilidad fundamental de los «nacionalismos» sudamericanos, del argentino entre todos, es consustanciar esas fuerzas imperialistas con los países que

hoy luchan por la libertad; con los países que las están destruyendo desde adentro, que es la única forma segura de destruirlas.

Porque este esfuerzo tiene tanto sentido social como nacional. No hay por qué pensar, que estos «grupos con personalidad» hayan de ser forzosamente las naciones, con su actual sentido dieciochesco y autonomista. Los vínculos espirituales universales, podrían predominar mañana sobre los terrígenos. Como grupo radical, es perceptible el desplazamiento de la idea de Nación, y de lo «nacional», por la de «pueblo», con todo lo que de social ésta lleva. La lucha fué nacional, porque fué nacional el plano de la primera reacción posible, porque éste fué el primer ámbito de la defensa. Nacional, instrumentalmente, es social y popular en sus fines (en nuestro país se tuvo el mérito histórico de verlo) y es lo antagónico del antimperialismo «nacionalista» y totalitario, manejado por oligarcas.

Tampoco es mejor la foja del internacionalismo. Cargado de una extinta filosofía de la vida y del destino, en la que corren todos los residuos del cientificismo, un mecanicismo nivelador, un materialismo miope, un pacifismo cobarde, incauto y entregado, ni salvó la paz del mundo, ni conservó pronta la energía de las naciones que hubieran podido poner, sin guerra, un dique a la irrupción de los tiranos. Unió por lo epidérmico, que es la única forma segura de separar.

Nacionalismo e internacionalismo están hoy, evidentemente, en crisis. Un mundo, en el que los límites de la «nación» se habrán roto para siempre, como lo predecía Ortega y Gasset en «La rebelión de las masas»; un mundo unificado en grandes grupos supernacionales, como sujetos económico - culturales jerarquiza-

dos y flexibles, con creencias, regímenes, y un poder común, los ignorará igualmente.

Un auténtico universalismo sólo podrá ser aquel que no desconozca las distintas «causalidades» nacionales, y las relaciones del hombre con su más estrecho dintorno; aquél, que en el orden de las finalidades, no se quede en ser una simple suma de los «telos» particulares de cada país, sino que irrumpa entre ellos, con un fin más ancho e imperioso. Una consigna cargada de entusiasmo y energía espiritual, capaz —Nueva Caballería—, de movilizar minorías actuantes y calificadas, de ser levadura y redención de cada pueblo.

Un auténtico universalismo deberá insumir las categorías de independencia e interdependencia: grupos con personalidad y autonomía; grupos solidarios. Ni interdependencia en indignidad, ni independencia presuntuosa, aislamiento robinsoniano.

II

Cuando José Antonio Primo de Rivera, el jefe de la Falange, enunció, conjugándolos con la concepción ya formada del «Imperio Cristiano», y en forma casi aforística, estos dos pensamientos fundamentales: «el nacionalismo es el individualismo de los pueblos», y «la nación es un destino en lo universal», tenía sin duda. una videncia de algunas de estas cosas.

Las frases, naturalmente, tienen padrinos. Lo son Joseph de Maistre y Giuseppe Mazzini (2). Ya Renán, con aquello del «plebiscito cotidiano», le dió una tensión y un apetito futurista a la idea de nación. Ortega y Gasset y García Morente, en el pensamiento hispano-

americano, marcaron bien los dos elementos de «estilo de vida» y «programa para el futuro».

Pero no fué la Falange únicamente, la que trajo esos conceptos que llamaríamos optimistas, esperanzados y aun presuntuosos, al vocabulario actual de los españoles. Rondaban el aire hacía largo tiempo, cuando fueron incorporados a ese repertorio de fines o apetencias, que cada pueblo se fija —o le fijan—, en toda crisis de reajuste total de su vivir.

Un nuevo orgullo, una confianza en el porvenir que España iba cobrando, henchía, primero, a sus clases dirigentes; después a aquellas masas a las que la organización de Pablo Iglesias iba dotando lentamente de una nueva conciencia. Ya hacía notar Ortega y Gasset, hacia 1920, este promisor proceso. La República y la Falange prerrevolucionaria, no hicieron más que reforzarlo, sumando así, y extrañamente, sus signos. Y este orgullo, no podía menos de hacer volver a un pueblo, a los ojos de ese pueblo, un pasado dominio de irradiación espiritual, que llena imperialmente un siglo.

Pero es achaque español, el que la jactancia y la vanagloria entren demasiado pronto a escena, como suplentes caricaturas de ese justo orgullo, un poco trabajado de humildad, que es tan difícil como actitud nacional, que es tan exquisito y breve, tan contado.

Si España tuvo una misión universal y puede que vuelva a tenerla, lo indudable es que hoy está comprometiendo esta misión universal posible, su indudable destino atlántico y mundial, en un tremendo y quíntuple error.

El primero, consiste en creer que la expansión de la Fe, la llamada «Catolicidad», pueda realizarse en el siglo XX, con el instrumento de la política nacional, en

términos de poderío. Por ejemplo, Antonio Tovar, en «Imperio de España», quiere unir la aspiración totalitaria y sindicalista del nuevo Estado, no a lo religioso, a lo cristiano, a lo genéricamente católico, sino y concretamente, a la Contrarreforma, como momento de incidencia en el que los fines temporales del Imperio y la idiosincracia de la Fe española, calzaron más estrechamente.

Sentirse propietario de los derechos de Dios y de la Iglesia, tratar de imponerlos con fusil o lanzallama, no es una actitud poco frecuente en la historia de España para que no la comprendamos. Pero la tendencia va a contramano de la universalidad de la Iglesia, y la daña más gravemente que una persecución, que un enfrentamiento hostil y violento.

El segundo de los errores es concebir al Imperio, al «destino en el mundo», no como una irradiación natural, un crecimiento interno y lógico, casi vegetal, que se derrama de fronteras con la tranquila seguridad de un fenómeno de la naturaleza, sino como una dolorosa tensión, que confunde escandalosamente el mundo de los fines con el mundo de los medios. Que un pueblo «trate» de ser Imperio, y sacrifique toda su vida y pensamientos a ello, es cosa tan peregrina como el hombre que se propone ser original, o prestigioso, o cualquiera de las infinitas formas de poner la carreta delante de los bueyes.

Los pueblos se han encontrado, a veces, con que son Imperios. No es cosa de plan ni de programa; es la añadidura naturalísima de un cierto superávit de virtud, de salud, o de fuerza. Una rica superfluidad sobre una bien sentada necesidad.

Recordamos en los fallidos proyectos del Imperio

Español, cierta famosa anécdota de Oscar Wilde que Frank Harris cuenta en su encantadora y amenísima biografía. Había tomado el escritor el tren para Londres y disponía de una suma exigua para sus gastos. La destinó a flores, revistas y bombones, mientras el estómago quedaría vacío de cosas más sustanciales. Se le pidió que explicara su extraña economía. «Lo necesario —contestó—, lo tiene cualquiera; lo superfluo, unos pocos». Ciertos dirigentes españoles piensan —o pensaron—, como Oscar Wilde.

El tercero de los errores, es haber lanzado al mar este «imperio», para hacerlo encallar en la retórica más presuntuosa e ineficaz; para acunarlo al fin, entre los tópicos repetidores del nacionalismo más vacuo y cerril. Y después ¡qué contraste flagrante y grotesco con el «real» y «concreto» decaimiento nacional!; ¡qué sello tan español y qué carácter quijotesco tiene este sueño de gloria y poder predicado sobre harapos!

Una vez más se ha quedado el Ingenioso Hidalgo en la sierra, orando y ayunando, mientras los cazurros Sanchos van por el mundo, para mentirle después amores y palacios (a).

Queremos demasiado a España, sobre discrepancias de ocasión, para ensañarnos en un catálogo tragicómico de este extravío, que coloca el adjetivo «imperial», junto a las más insignificantes y cotidianas actividades de la vida nacional.

El cuarto error, consiste en concebir el destino de un pueblo, como enderezado fatalmente a fastos de grandeza externa, de tipo militar, de codicia territorial. Re-

---

(a) Nos referimos, naturalmente, a los que puedan creer con sinceridad en todo esto; no a los desalmados fabricantes.

sulta así que es hábil para justificar expansionismos; nunca falta un «destino en lo universal» para invocar.

Verdad es que la historia ha conocido casi siempre estas «misiones», servidas por los útiles de la violencia y de la guerra. Hasta qué punto éstas sean fatalidades de la especie, es cuestión que a una concepción optimista o pesimista del hombre le toca dilucidar. Pero aquí, como en todas partes, optimismo y pesimismo resultan artificios demasiado simples. Ante tales gravitaciones, ante la milenaria inclinación bélica, no caben ni ignorancia ni fatalidad. Y no hay fatalidad sin ignorancia. Si una imagen entera y fidedigna de nuestro pobre ser, con sus instintos malos, sus pasiones y diferencias, sus egoísmos, que no se pueden desconocer sin trágico peligro, es la que informa la reconstrucción futura, el mundo podrá decir que no ha sido engañado dos veces.

Hemos sufrido demasiado —y media generación nuestra va a acabarse demostrándolo—, los imperialismos militares, económicos y políticos, para hacer fraseologías más o menos nietzcheanas sobre ellos. Estamos cansados de esa hedionda retórica de intelectual débil y rencoroso, de esa prosa de lacayos crueles. Europa está harta, hasta el vómito, de los Missiroli, los Farinacci, los Rosenberg, los Brasillach. América está inmunizada contra ellos y sus imitadores.

Además, es evidente que junto al crepúsculo del principio de las nacionalidades en su faz anarquizadora, con sus militarismos recelosos, y otras baratijas románticas, el principio de la autodeterminación de los pueblos y un respeto mínimo a la realidad material de los Estados, no podrán ya ser abandonados en nombre de nada.

Y la historia está llena de «empresas en lo univer-

sal», que no han sido territoriales ni guerreras. El cruce y crecimiento de las culturas ofrece buenos ejemplos. Las mismas potencias que han movido su voracidad sobre el mundo, cuando este mundo era una pista vacía que se corría jubilosamente, perderán antes su última isla, de que su idioma sea renegado, de que su concepción de la vida deje de informar pueblos enteros, de que sus gestos y hasta sus ascos, sean portados por hombres de todas las latitudes.

Esto, que es lo que queda, puede llegar por muchas más vías que la de las armas.

Quinto error: estos tontos proyectos imperiales se mueven en la tremenda ilusión historicista de las áreas imperializables. Para los apóstoles de los nuevos imperialismos, el mundo está tan vacío como en el siglo XV. Es necesario que les digamos —y demostremos—, que no. Los pueblos coloniales viven casi todos en una vigorosa adolescencia (a). Otros son plenamente mayores. Sólo la imbecilidad subjetivista de los nacionalismos expansionistas, puede cerrar los ojos al enriquecimiento incalculable que representan estos pueblos que van saltando, uno tras otro, al escenario de una vida libre. Ni es necesario decirles que si estamos contra los nuevos imperialismos, no es porque los viejos nos despierten excesivo entusiasmo. Willkie lo dijo ejemplarmente, no hace mucho. Pero al fin y al cabo, luchamos con una dialéctica de la estupidez, y no vale la pena gastar muchas palabras con ella. Mejor se le contesta con hechos. Como se está haciendo.

Calando en forma un poco exigente, vemos que una

(a) Deben leerse los estupendos capítulos sobre el Medio Oriente, en el libro de Wendell Willkie: «One World».

ilusión historicista de un tipo más general, es la que constituye la filosofía histórica oficial de España. Que es la «filosofía histórica de la Reacción».

Comiénzase con la creencia de un orden completo y definitivo: el elaborado por el mundo europeo de los siglos XII al XV y universalizado por la España de los siglos XVI y XVII. Contra él, tres siglos de apostasía y destrucción: Renacimiento, Reforma, revolución política y revolución social. Frente a éstos: una reacción «obscura», «biológica»: el totalitarismo; una reacción total, desde los últimos principios, espiritual, «teológica» (a): el régimen español.

Es la misma idea, se hable de la Reacción, de la Contrarrevolución, del orden clásico.

Dice significar el Orden basado en la Revelación; un orden teocéntrico, en el sentido de Maritain, pero interpretado, en vez de por una Iglesia libre y un pensamiento libre, por los monopolizadores del poder. Es un orden del cual están excluídas, como en la República platónica, la inquietud, los hallazgos, las búsquedas de cinco siglos. Fuera, el mundo de la técnica y el bienestar, la conquista de la naturaleza y la máquina, con todo lo que significa ésta, de posibilidad de generalización, de universalización de los viejos valores; la oportunidad de hacer accesible el mundo del Espíritu, no sólo a castas, sino a todos los hombres. Se anatematiza como cientificismo y materialismo y libertinaje, la marcha milenaria de la especie, hacia la libertad, la responsabilidad, la autodeterminación; la dignidad humana como anarquía; la duda como una enfermedad curable con cirugía ¡y qué cirugía!

(a) Desde Donoso Cortes, se acepta en el pensamiento occidental, el trasfondo teológico de los principios político-sociales.

Se utilizan a todo pasto los esquemas ideales de los actuales movimientos reivindicadores en historia: Edad Media, Siglo de Oro español, «Ancien Regime» de los historiadores contrarrevolucionarios franceses (Gaxotte, Madelin, Bainville, Bertrand). Se niegan, sobre todo, los siglos XVIII y XIX, y lo que del nuestro es hijo de su espíritu.

Contra la ilusión progresista de que la historia es un proceso indefinido, creciente y libre, («también —decía Valery— la civilización es mortal»), la ilusión tradicionalista cuaja el devenir del mundo en unas antítesis dadas, en unas fijas «constantes», y juega con ellas un ajedrez fantástico.

La afirmación en la historia de ciertas repeticiones, de unos valores supratemporales y eternos, cuya ausencia grava tan decisivamente las concepciones modernas, es desbordada con amplitud, hasta negar toda síntesis y todo progreso. Por ejemplo, los medioevalistas querrían implantar un medioevo, con todas sus contingencias y detalles, en forma semejante a aquella que Chesterton orquestara, con su fantasía prodigiosa, en «El Napoleón de Notting Hill».

Los hispanistas querrían hacer lo mismo con la Hispanidad.

Todas estas posiciones desconocen la distinción entre lo «unívoco», lo «analógico» y lo «equívoco», que Jacques Maritain aplicara a la historia con tanta finura y éxito (3). Es decir: lo que las formas históricas de distintas épocas pueden tener de parecido y común en su inspiración central, y la generalísima imposibilidad de restaurarlas con sus literales características.

No «todo cambia», pero sí «casi todo cambia». Un auténtico tradicionalismo desgaja lo que en el pasado es

caedizo, perimido e intrasmisible, de restauración reaccionaria, con lo que en el pasado es permanente, eterno, siempre presente. «La tradición —decía Eugenio D'Ors—, es lo que queda» (4).

Para los «hispanistas», resultará imposible una fusión, una prolongación de los valores cristianos tradicionales, con los del período moderno y democrático; de la tradición cultural hispánica y de las que hicieron irrupción posterior. Los medioevalistas se cerrarán a todo fecundo sincretismo, que quiera y tienda a reordenar por el Espíritu el caos moderno, salvando la adquisición grandiosa de la razón y el conocimiento, de la técnica y el bienestar.

Pero ¿quién puede prever, por ejemplo las modalidades que la tendencia del hombre a encuadrarse en fidelidades —tendencia eterna—, puede adoptar, desde la adhesión, casi física, al señor económico, al monarca, al jefe patriarcal de la familia, hasta el hombre moderno y sus fidelidades partidarias, sindicales, espirituales, universales? Compárese una novela auténticamente reaccionaria: «Gonzalo González de la Gonzalera», de José María de Pereda, con «The Keys of the Kingdom», de Cronin, «Cemento», de Gladkof, con «Pilote de guerre», de Antoine de Saint Exupéry, o con el largo friso heroico de Malraux.

Lo mismo, hay una diferencia abismal entre la incisión medioeval de lo religioso en el mundo, y la moderna; entre el viejo corporativismo y el nuevo sindicalismo.

La Romanidad, la Edad Media, el Renacimiento, la Contrarreforma, la Revolución, el siglo XIX, la democracia y el comunismo; las naciones mismas: Inglaterra, Alemania, Francia, España, los Estados Unidos, son de-

finidos como entes inmóviles, como protagonistas automáticos de algún drama siempre actual. Una lógica inhumana ordena sus acciones.

El Recuerdo y el Rencor son las musas de este sombrío mundo. Si una nación E. prestó servicios a la Fe, estos servicios representan una letra a la vista contra la Iglesia. Si la nación I. fué imperialista, y liquidó tal o cual tribu, pues ha de seguirlo siendo, aunque haya convertido su Imperio en una gran asociación de naciones autónomas. Si la nación U. fué o es capitalista, o la F. atea, o la R. marxista, han de seguirlo siendo hasta el fin de los siglos, aunque las trasmutaciones más estupendas de la fe, de la justicia, o del sentido heroico y patriótico, hayan trabajado y trabajen sus entrañas.

Todo lo cual, claro está, no es aceptar cierta filosofía inspirada en la teoría de «las mutaciones bruscas», del holandés De Vries, a la que tan afectos son ciertos políticos sudamericanos.

Decíamos el Recuerdo, decíamos el Rencor (a). En España, por ejemplo, un odio rencoroso contra las naciones que lucraron con su disolución imperial, ha determinado la actitud germanófila de ciertos sectores. Esta posición, representada hoy por Giménez Caballero, Areilza, Laín Entralgo, Tovar, etc., se apoya parcialmente en el «descubrimiento» de un precursor de la Falange, Ramiro Ledesma Ramos, que afirmaba que la decadencia española no fué un proceso de descomposición interna, sino una «rota» militar, algún nuevo Guadalete. Giménez Caballero habla en su «Genio de

---

(a) Para la historia, decía Jules Romains, se es como para el vino: se la tiene buena, esperanzada y cordial; se la tiene cejijunta, dispéptica y mala.

España», de los «noventaiochos» del país; aquellos tratados desfavorables, que le fueron quitando, girón a girón, los viejos territorios.

III

De lo antedicho, brota entonces el valor final de las máximas cuyo sentido hemos querido desentrañar.

Las naciones son, es cierto, «un destino en lo universal». Pero este destino no es, fatalmente, un destino de codicia, de desatado poderío. Ni es indiferente lo que se trata de universalizar. Puede serlo, como las formas del «Imperio Cristiano», como todo orden espiritual impuesto por la espada, un ideal estricta y literalmente «reaccionario». Puede serlo un auténtico «orden» «mundial».

Es además difícil, sino imposible, que una nación pueda reivindicar, basada en argumentos de tipo histórico, el privilegio o el monopolio —aún de servidumbre—, de valores, que como los religiosos, hoy se han hecho universales, que laten con inédita riqueza y eficacia en todos los pueblos.

Traducido a la circunstancia española, cabe decir a una crítica justa, que la fórmula del «destino en lo universal» tiende a recubrir, sin demasiada listeza, una vulgarísima codicia de tipo expansionista y bélico; que «el imperio cristiano» es un ideal antihistórico, en sus formas hoy posibles, lleno de contradicciones internas, e indeseable a la misma Iglesia; que sólo en la posición estéril de un tradicionalismo muerto, puede reclamar hoy España la prioridad del apostolado religioso o de un mensaje espiritualista.

Porque sólo corresponde al Espíritu, a su eclosión

misteriosa, el que tales fuerzas, tamañas energías, nazcan, crezcan y triunfen. En intimidad libre, en vía insospechada.

Todas estas riesgosas inclinaciones se ayuntarán, para los españoles, en la doctrina de la Hispanidad, que ya examinaremos. Pero en este camino se cruzan, sobre todo, dos hechos fundamentales.

El primero es el crepúsculo de los Imperios, concebidos por lo menos con la fisonomía que tres siglos de nacionalismo expansionista les han dado. No estamos, claro está, en las futuras decisiones de los planificadores de la Paz, pero nos parece irrefutable que, si no se quiere avalar en ella, la certidumbre de futuras repeticiones, la estructura de los grandes grupos mundiales constituídos en forma de desigualdad y explotación rigurosas, desaparecerá, para dejar lugar a una organización muy distinta. Esta no va a ser, es natural, la aspiración de un utopismo racionalista que declare un día, por decreto, la mayoría de edad de los pueblos que no la disfrutan ni pueden disfrutarla; que desconozca, ciego a una implacable visión realista de la historia, las fuerzas formidables que en lo económico, en lo espiritual y en lo político, al sesgo de una dialéctica rigurosamente militar de los hechos, refrendan la misión directora y de tutela de ciertos pueblos sobre otros. Que ignore, en nombre de un igualitarismo que tiene su linaje en la razón físico - matemática, la diferencia entre esas naciones que han dirigido y dirigen la marcha del mundo y esas otras, cuyo destino en la vida no ha pasado de un modesto papel de coristas a las consignas de las hermanas mayores.

Recordamos las reflexiones de Bertrand Russell ante el supercapitalismo monopolista americano. Aquella gi-

gantesca concentración era, para el inglés de izquierda, un fenómeno positivo y aun prometedor. Había unificado el organismo económico, afinado la técnica, eliminado las pequeñas competencias ruinosas. Ahora se trataba de utilizarla con otro signo; el problema consistía en que cambiara de manos. Era labor de escribano y no de dinamitero.

Algo parecido pasa con los imperialismos. No se trata de anarquizar de nuevo al mundo en mínimos «reinos de Taifas». Ellos han unificado la tierra, de acuerdo a los únicos valores que ciertos tiempos y ciertas clases podían utilizar. No es cuestión de destruir sus estructuras, sino de cargarlas de un contenido nuevo.

Y aquí estamos ante el segundo hecho que se nos antoja ubérrimo de promesas y posibilidades. Es el carácter progresivamente asociativo, colectivo, que estos «destinos en lo universal» van a adquirir, están adquiriendo. Se ha terminado el tranco histórico de los grandes pueblos solistas, recitando sobre el mundo un papel que ellos solos saben, recibiendo la aquiescencia un poco forzada, como de «claque», de las pequeñas naciones espectadoras. Se cierra el período de las diminutas células aisladas y recelosas, («las patrias chicas —dijera alguien—, son las celestinas del imperialismo»), pero también los grandes Leviatanes han demostrado no poder ni saber vivir aislados. Por designio de Dios, le pasa a los pueblos, lo que al hombre según el «Génesis»; No es bueno que estén solos. (II-18).

En el orden de una síntesis fecunda, la concepción del «destino en lo universal», extendida de la nación aislada a grandes grupos de pueblos, ordenados en estructuras fuertes, libres e iguales, salva el dualismo, hasta hoy insalvable, entre un nacionalismo angosto y sui-

cida, y ese internacionalismo nivelador, en el que los pueblos pierden su personalidad, y ese sentido de finalidad espiritual que los hace grandes.

¿Qué es, en fin, lo que de indudable tiene, de positivo y válido, esta fórmula del «destino en lo universal»?

Las naciones, como los individuos, sólo ganan el derecho a un papel en la historia, a una existencia independiente, si se realizan «hacia afuera», si dan al mundo algo de sí. La actitud efusiva, la «efusión», es la típica de esa aristocracia de los héroes, de los santos, los mártires, los pueblos próceres.

Esta es su gloria, su auténtico imperio.

Entidades de irradiación, mónadas abiertas, su actitud ejemplar no es sino la antagónica del nacionalismo; es la donación contra el atesorar, la caudalosa caridad contra el poderío.

Porque, lo hemos visto bien en este siglo que tantas cosas ha revisado: las naciones no se justifican por una razón causalista; sólo puede ser finalista la que las mueva y les baste. Para el bien o para el mal, ni la lengua, la raza, el territorio o la economía. Sí, la justicia, la libertad, el poderío, la fe, el imperio clasista o racial. Porque nadie, ni en lo nacional, ni en lo individual, se pertenece tanto a sí mismo, como cuando se salva en una misión que le trasciende.

No basta salir un pueblo hacia afuera, para que pueda hablarse de «una misión en lo universal». Este es el trágico equívoco de todo nacionalismo con pretensiones espirituales. Nación con ánimo predatorio, no sale jamás de sí misma. A los pueblos como a las almas, no les canta el mundo si no se le mira con ojos limpios y desnudos, si no se le contempla sin interés ni lastre.

Entonces, el valor que cada nación porte en el universo y universalice, no puede ser de cualquier signo. Este tiene que ser positivo, bueno, común. Pueden serlo la justicia social, la libertad, una fe. No lo pueden, ni el nudo poderío, ni el prestigio falacioso de un «orden moral» impuesto a punta de lanza.

España, Inglaterra, Francia, Estados Unidos, han cumplido o cumplen ciertas «misiones». Por eso han dirigido o dirigen el rumbo humano. Que es esto, al fin y al cabo, lo que importa. Que todos los hombres y los pueblos puedan alcanzar y ganar su auténtico fin, y para ello, sean impulsados, apoyados, alentados, por los que lo poseen en forma más clara y expresa; por los que dominan mejor los medios de realizarlo. Sobre la necesaria liquidación de los Imperios, naciones «irradiantes» y naciones «irradiadas» son el hecho patente de un orden natural entendido pulcramente. Ya decíamos que no se trata, so pretexto y necesidad de terminar con imperialismos voraces y libertar pueblos, de convertir de nuevo al mundo en un «puzzle» inextricable.

Unidades de cultura, de régimen político y social, darán su sello a los grandes grupos supernacionales del futuro. Y estas unidades serán sostenidas, como serán levantadas, por ciertas naciones. No podemos cegarnos a ello.

Esto es lo que les dará su valor impar. La calma y pacífica, la firme grandeza, de sentirse más allá de sí mismas. Esto es lo que le dará a una América unida y férrea, su ya adveniente plenitud de continente rector.

NOTAS AL CAPITULO V

(1) Véase la reciente edición española de «Las Grandes Epocas de la Historia Alemana» de Johannes Haller, con prólogo de José Ortega y Gasset. Buenos Aires, 1941.

(2) «Todo pueblo tiene una misión especial que coopera al cumplimiento de la misión general de la humanidad. Esta misión constituye su nacionalidad. La nacionalidad es sagrada». Giuseppe Mazzini: Punto 17 de la declaración de principios de la «Joven Europa».

(3) «Me permitirán emplear aquí la terminología de la filosofía escolástica. Esta filosofía distingue los términos «unívocos», «equívocos» y «analógicos».

Un concepto «unívoco» es un concepto que se entiende de la misma manera aplicado a cosas diversas; así el concepto «hombre» se entiende de la misma manera en Pedro y en Pablo. Un nombre «equívoco» cambia enteramente de significación según el objeto a que se aplica: así se llama balanza a un instrumento de medida y a un signo del Zodíaco. Por el contrario, un concepto «análogo» es un concepto que se realiza de un modo pura y simplemente diverso, idéntico solamente bajo cierto aspecto, en las cosas a que se aplica, las cuales pueden ser luego esencialmente diversas, aunque respondan a la misma idea; así la idea de «conocimiento», sin perder su significación propia, se entiende de un modo pura y simplemente distinto en el conocimiento intelectual y en el conocimiento sensitivo.

Esto supuesto, la filosofía de la cultura debe evitar, a nuestro juicio, dos errores opuestos, muy conocidos de los filósofos, uno que supedita todas las cosas a la «univocidad» y otro que dispersa todas las cosas en la «equivocidad». Una filosofía de la equivocidad pensaría que con el tiempo las condiciones históricas lleguen a variar tanto, que los primeros principios de donde arranca la acción humana no puedan ser más que heterogéneos: como si pudieran ser mudables la verdad, el derecho, las reglas su-

premas del actuar humano. Una filosofía de la univocidad nos llevaría a pensar, por el contrario, que estas reglas y estos principios supremos deberán aplicarse siempre de la misma manera; en el caso particular de los principios cristianos, su modo de adaptarse a las condiciones de cada época y de realizarse en el tiempo no deberán variar tampoco.

La solución verdadera incumbe a la filosofía de la analogía. No varían los principios ni las reglas prácticas supremas de la vida humana, pero se aplican según «modos» esencialmente diversos, que no responden a un mismo concepto, sino según una similitud de proporciones». Jacques Maritain: «Problemas espirituales y temporales de una Nueva Cristiandad». Madrid, 1935. Págs. 8 y 9.

(4) «Sólo lo que es, lo que sigue siendo historia, sólo eso es tradición, no lo que ha perdido la virtualidad de acoger lo nuevo de la existencia y de estimular el futuro. Tradición es en este sentido, el pasado que no ha pasado, lo creado que sigue creando y suscita la creación del porvenir. El error de los tradicionalismos universalmente considerados, en tanto actitud del espíritu que se da en todas las latitudes, consiste en no advertir ese carácter dinámico, fluído, hacia adelante, tomando por tradición las formas y aún las maneras de un determinado momento, y dejándole a la humanidad por humilde tarea hasta la consumación de los siglos, la adoración beatífica y estática de esos modos particulares. En esto los contrarrevolucionarios suelen participar, en muy intensa medida, del pecado de abstracción y utopía de los revolucionarios, pues tan abstracta y utópica es una actitud como la otra, ya que ambas sitúan fuera de la corriente incansable del tiempo un momento ideal, suponiéndolo uniformemente valedero para las más varias y diversas circunstancias.

Escoge esta actitud tradicionalista aquel momento del pasado que más añora y, cortándolo de un modo tajante del antes y el después, le atribuye un carácter de eternidad». Eugenio Montes: «La Tradición Dinámica» en «Si». Madrid, 1942.

POLITICA INTERNACIONAL

Mucha agua ha corrido bajo los puentes de la guerra, desde que estas observaciones fueron hechas. Las consecuencias prácticas de las ideas tienen que haberse modificado en un año y medio, y nos ha parecido prudente acompañar varias de ellas, con verbos en tiempo pasado. Las convicciones, deben haber permanecido más firmes. Entre una sensación de derrota, elección de nuevas vías. El filonazismo seguirá, enmascarado, hasta el fin. Si bien los criterios pudieron parecer, en 1939, nacidos de un implacable espíritu realista, es inevitable la cristalización de toda actitud, en esquema e ideología. Entran luego en juego los intereses, los temores, y un desesperado no querer abrir los ojos.

Recapitulemos, muy brevemente, la posición «hispánica». Se considera al totalitarismo como un fecundo fenómeno de liquidación del viejo orbe liberal, laico, individualista y capitalista; un destructor del mundo que representarían Inglaterra y Estados Unidos y, en fin, todos los países considerados como «demoplutocracias». Junto a éstos, desde 1941, se alinea Rusia, y con ella el comunismo marxista, juzgado, en sus herramientas doctrinarias y en su filosofía, como el fenómeno definitivo, como la última expresión dialéctica de ese mundo.

Alemania, Italia y Japón, no poseen, por otra parte y a los ojos hispánicos, una filosofía política que hubiera asegurado la más mínima perdurabilidad a un

mundo reordenado. No integran, sobre todo, en ninguna de sus entidades nacionales, la total identificación con la doctrina de la Iglesia Católica y con su repertorio de verdades, que la hispanidad exige perentoriamente. (Esta identidad, de la que la España oficial se reclama y vanagloria desde la guerra civil, ya hemos comenzado a ver con que títulos, y que los grupos hispanistas de América tienen como norma programática, a realizar a punta de espada).

El fascismo y el nacional-socialismo, serían reacciones «obscuras», «biológicas», «elementales», hacia una reintegración mundial de los hombres en una fe y en un orden, en una comunidad nacional, en una disciplina y en un dinamismo. Tienen fuerza, pero carecen del Espíritu; el poder sin la gracia; la barbarie sin bautizar.

Y como toda barbarie, cumplen una necesaria e inexorable función liquidadora. Destruir el mundo viejo. Dejar la tierra en una blanda disposición matinal, para que las manos nuevas de un hombre nuevo, ensayen las creaciones inéditas.

Frente a ellos, España, los países de habla española, Francia en menor proporción, sobre todo hasta que no se purgue drásticamente por la «heroica» cirugía lavalista, Italia, en un grado aún más modesto, forman un grupo de naciones —hacia el norte y oriente, la «Unión Latina», hacia el occidente la «Hispanidad»—, capaces de integrar lo positivo del sistema totalitario con una rigurosa ordenación por el Espíritu, que salve los destinos de la persona humana, la libertad y la universalidad, en el mundo forzosamente gregario y receloso que sobrevendrá. Son las fórmulas del «fascismo católico», del «cristianismo autoritario», y otras del recetario al uso en Europa. Las hemos visto ya.

Las tres proposiciones se encadenan, y dan una suerte de invisible unidad a este juego aparentemente desatentado y contradictorio de la política internacional española. Cohonestan con un cierto dualismo, con una especie de equilibrismo equilibrista, la difícil posición que los datos implacables de la geografía, la economía y la estrategia, le imponen al rumbo internacional del país.

Son el fundamento esencial y se ignora todo si no se las tiene constantemente en cuenta.

No examinamos ahora estas tres posiciones. Con un estudio de las actitudes «hispánicas» ante los países anglo-sajones, trataremos de explicar cómo nos parece de falsa, esquemática e injuriosa, la identificación de éstos con el viejo mundo sin fe, sin norma, sin justicia, sin alegría, con el viejo mundo que muere, que ya ha muerto. Cómo están trabajados, poseídos, por el Espíritu, por la fraternidad, por la justicia. También hemos dicho algo en el correr de estas reflexiones, sobre la tremenda función «esterilizadora» del totalitarismo; también sobre la peligrosa inanidad de la fórmula falangista del «cristianismo autoritario» y sobre cómo amputa toda vivencia humanista y cristiana, haciendo al mismo tiempo imposible, una recta función de la autoridad.

Además hay que agregar a los datos geográficos y económicos, y a la «misión en lo universal», con la que el franquismo siente a España investida, las reacciones comunes del nacionalismo clásico. Ahí están el egoísmo, el individualismo nacional, la falta de comprensión del prójimo, la religión de la reivindicación, la expansión y la guerra, la cerrazón a lo universal y a su dolor y a su unidad, la codicia, la competencia y el rencor.

Estos rasgos no son exagerados en el caso de España y están frenados por la índole generosa del carácter nacional y por la misma doctrina del «imperio», tan insistentemente definida como antinacionalista.

Con todos los factores enumerados, mezclándose en proporción diversa, tenemos el cuadro total de fuerzas de la política internacional española.

II

Es casi perogrullesco, y lo sería aún más, si cierta prensa anglo-sajona no lo atenuara, decir que la política del gobierno español fué, y aún sigue siéndolo, francamente favorable a Alemania y a la influencia militar del Eje (a). Aunque no somos de los que creemos que sólo se ha pecado por necesidad, (entendida la «necesidad», un poco angostamente, como un determinismo biológico), son interesantes las fuerzas que arrastraron a España hacia su filonazismo, y las formas que este filonazismo adoptó y adopta.

Descartando lo que llamamos «el trasfondo filosófico-histórico» y la solidaridad inocultable de la casta dominante española con el nacional-socialismo, la impresión del viajero es en todo el resto, muy poco valiosa, y la información siempre parcial y deficiente. Parece, de cualquier manera, que las responsabilidades y compromisos de la guerra civil, seguían gravitando, has-

(a) La tan elogiada actitud del gobierno español ante la apertura de un segundo frente en Africa, nos parece no obedecer a otra cosa que a la prudencia más elemental. Esto no quiere decir que muchos, dentro y fuera del Régimen, no sientan como un alivio y una esperanza, el joven y tenso poder cercano.

ta fines del año pasado y con harto peso, en la economía española.

Es allá, por ejemplo, voz corriente, que el aceite español fué confiscado en gran parte por el Eje. La producción sola de las provincias de Jaen y Córdoba cubría con exceso el consumo de España y permitía fuertes remanentes exportables sobre los mercados de Europa y América. La actual y desesperante escasez de un producto, que además no fué dañado en una sola planta por la guerra reciente, permite suponer, aunque se aleguen a veces dificultades de transporte interno, que la mayor parte del aceite español iba, y aún va, a los países centrales, especialmente a Italia (a).

De las sustancias fundamentales, parece que ni el trigo, ni el pescado, ni el hierro, ni el carbón, son extraídos a España en forma sistemática. Casi todas ellas han cubierto siempre con dificultad el consumo nacional, y Alemania tiene otras partes donde conseguirlas sin tanto sudor.

En cambio, es indudable que el mercurio y las fa-

(a) Testimonios de Alemania, que nos merecen fe, nos decían que allí se sigue cocinando a base de grasa, de acuerdo a la tradición culinaria de los países nórdicos.

Sobre el expolio de sustancias alimenticias, corrían chistes como éste: En un teatro de Valladolid, sale a escena un cómico en bicicleta. Se detiene, se baja y sacando de alguna parte una aceitera, la aplica en el eje del vehículo. Al instante y tratando sin éxito de sacar alguna gota, dice: Que desgracia; todo el aceite se lo lleva el Eje.

Un español viaja en un ferrocarril. Enfrente, un alemán. Aparece de un paquete una tortilla y comienza el español a comerla. El alemán hace una mueca de disgusto y dice: A nosotros no nos gusta eso. A lo que contesta el español: Precisamente, por eso es que podemos comerla.

mosas piritas, le son totalmente entregadas. Agreguemos las naranjas, aunque en España tampoco falten.

A la presión económica, se suma la estratégico-militar.

Se olvida demasiado que, hoy, militarmente, España integra el imperio del tercer Reich. Porque estratégicamente, las fronteras de una potencia están en donde pueden llegar sus ejércitos. Y a pesar de todos los debilitamientos de la fuerza alemana, y de un levantamiento que no deja de temerse, similar al que replicó a la invasión napoleónica, las fronteras del Ejército alemán no están en los Pirineos. El español, rico en cuadros y en gente entrenada, está utilizando el material usado desde 1939. Las mayores inversiones militares se han dedicado desde la paz, a fortificaciones fronterizas.

En lo político-cultural, la influencia alemana tiene una infinidad de vías, pero la de la prensa es la más notable. La unanimidad y sincronización de los periódicos españoles en sus campañas y en sus noticias, la forma en que se ocultan, disimulan o atenúan todas las favorables a los aliados y se hacían resaltar las que lo eran al Eje; el carácter sistemáticamente tendencioso de las crónicas de los corresponsales en el extranjero, no responden a una inspiración y menos a una organización españolas. La cosa está regimentada y mecanizada a la teutónica.

La prensa semanal tiene alguna mayor libertad. Hay un periódico, «Mundo», similar en su contextura a «Time» y como él, sobre política internacional, que ha conseguido, no sabemos cómo, una gran objetividad en la exposición de los hechos. Tal vez esté entre los dogmas de la propaganda nazi, estas temporarias flojeras del bozal.

Las consecuencias desagradables del trato personal entre alemanes y españoles, se enriquecen siempre con anécdotas de discrepancias y «gaffes». Se cuenta el indignado asombro de una casta jerarca del movimiento femenino español cuando, visitando un día un instituto de Eugenesia en Berlín, fué introducida de rondón en un cuarto lleno de «reproductores», en indumenta adámica. Se recuerda sardónicamente la ocasión en que Himmler, que viajó por España en compañía de su «cicerone», el prehistoriador Obermaier, preguntado por el pintor español de su preferencia, contestó categóricamente: «Tintoreto».

Los temas de la germanofilia de la prensa son los usuales. «Unidad de Europa» y «nuevo orden»; la superación de los nacionalismos; las naciones «proletarias», el lugar en el mundo, y la redistribución de los continentes y las materias primas; el antiliberalismo, el anticapitalismo «plutocrático», la antimasonería, el antijudaísmo y el anticomunismo, para terminar con esta retahila de «antis». Un perfecto «Pampero».

Frente a esos lemas, destaca la prosa oficial, las atenuaciones y discrepancias españolas del «cristianismo autoritario». No es infrecuente hallar, mismo en «Arriba», el órgano oficial de la Falange, reservas al nacional-socialismo, de tipo universalista, personalista o antirracista.

Pero las razones tácitas de esta germanofilia son más importantes de considerar. El apoyo a Alemania se expresó, sobre todo, sin reticencias, en la lucha contra Rusia.

No puede negarse la existencia en España, como lo reconoce Salvador de Madariaga en su reciente y magnífico: «España (Ensayo de Historia Contemporánea)», de un difundido y profundo sentimiento anticomunista. Los

sufrimientos y persecuciones de los primeros meses de la guerra lo abonan demasiado, para los españoles que se pusieron del lado de Franco. Y en los vencidos, la lucha política dentro de la República y los episodios finales del antagonismo Prieto-Largo Caballero; Casado-Negrín; Besteiro-Negrín; y Prieto-Negrín, han reafirmado en grandes sectores de ellos, un amargo rencor contra el comunismo.

En el bando vencedor, se tiende a ver demasiado vinculado un triunfo de los aliados con una hegemonía rusa en Europa.

Cuentan que Sir Samuel Hoare conversaba un día con el viejo y ladino Conde de Romanones. Hablaban sobre las perspectivas de una victoria aliada —entonces más lejana que hoy—, y le oponía Romanones, anglófilo y liberal, los reparos de su temor al comunismo. Contestó Hoare: «Sí, indudablemente habrá en Europa unos meses de caos, hasta que nosotros podamos imponer el orden». A lo que replica, cómicamente, Romanones: «Pero Vd. no ve, Sir, que a mí, de quien se asegura que tengo quinientos millones (aunque en realidad estoy arruinado), con cinco minutos les basta para fusilarme!»

Este sentimiento no sólo está difundido entre los que podríamos llamar los poderosos, sino también entre las clases medias y profesionales. Un finísimo y admirable escritor, nuestra mejor amistad de España, cuyo nombre nos cuesta callar al recuerdo y al elogio, nos decía un día en ánimo de paradoja: «Yo estoy por la guerra de los Cien Años. A mí me bastaba con la de Treinta, pero como mis amigos tienen hijos...»

Para este hombre, el dualismo no se planteaba, ciertamente, entre el nazismo y un nuevo humanismo cristiano y democrático.

La cuestión de la «División Azul» ocupaba, y tal vez ocupe aún, un lugar enorme en el interés y la preocupación del público y de la calle. Aunque hemos oído versiones contrarias, es indudable que el momento del enrolamiento, fué un instante de entusiasmo y de fervor. Si hubo algún sector posiblemente presionado, se trató del de la oficialidad profesional. Debió desecharse bastante gente, y la cantidad de dieciochomil hombres de una división reforzada a la alemana, se cubrió con rapidez. Su composición —por lo que hemos podido colegir de la lectura de las necrologías— era, en una proporción muy crecida, de jóvenes combatientes de la guerra y de militantes de la hora prima de la Falange o del SEU (Sindicato Español Universitario). Ex-perseguidos y encarcelados muchos de ellos, otros, con sus familias exterminadas por los enemigos, creían todos en el momento de enrolarse, que «aquello», de acuerdo a la opinión más difundida y a la muy reciente experiencia de Finlandia, iba a ser un paseo militar. Pero muy pronto, no se ocultaron los terribles sufrimientos del frente: la superioridad del material ruso, especialmente en tanques; la inferioridad numérica; el frío terrible de la zona de Leningrado, a la cual se les destinó; la superior calidad moral del enemigo; la agotadora cantidad de bajas.

No se hacía ya, en 1942, romanticismo heroico con esta prueba y los que volvían, regresaban con ese complejo de egoísmo escéptico, tan característico del excombatiente. En el curso del año pasado fueron relevadas partes de la División y como se llamó en forma oficialmente optativa a los apuntados del principio, es indudable que debe haber sido imposible cubrirla, sin recurrir a métodos compulsivos.

Esta fuerza española asombró a los alemanes por la casi risueña afirmación de un estilo bélico individualista, desenfadado, indisciplinado y picaresco. La antítesis del paso de ganso y del esfuerzo en equipo.

Sobre la División Azul se ha especulado mucho, políticamente, en España. Franco llegó a prometer a Alemania, en su discurso de Sevilla de Febrero de 1942, «un millón de hombres, si el camino de Berlín fuese abierto» (promesa que como está, naturalmente subordinada a una hipótesis, maldita la gracia que hizo en la Wilhelmstrasse) y se habla de «los soldados del Imperio y de Europa». Se argumenta que esta simbólica presencia española, satisface un rencor de parte de la nación, dando rienda sin gran riesgo —inmediato al menos—, a cierto deseo intervencionista de algunos sectores.

A esta División, la Falange intentó hacerla pasar por suya, con vistas a determinadas maniobras internas. La realidad es, en cambio, que parte de la tropa Azul no fué a hacerse matar por Franco y Serrano, sino al contrario, con el deseo de terminar con ellos a la vuelta. Un escritor falangista nos enunciaba el temor de que fueran los futuros «camelots du roi», los promotores de la tan temida restauración monárquica. Un voluntario que encontramos en el tren de Valladolid a Medina del Campo, las tierras de Isabel y de pan llevar, descubierto su pecho joven a la noche helada de Febrero (para él, en comparación con Leningrado, aquello era el trópico), insistía con tenacidad machacona, que indignaba a otro escritor falangista que nos acompañaba, que la División Azul no había ido a Rusia a pelear contra los aliados y que si se presentara, por ej. en el Don, una división inglesa, tendrían que ser retirados sin combatir.

(Entiéndase bien, que no mencionamos estas cosas

para crear la imagen con vistas de ciertas tolerancias, de una España anticomunista, pero aliadófila. La actitud del gobierno es inequívoca, y le dimos así mucho menos importancia de la que le asignó la prensa mundial, siempre hambrienta de «rectificaciones», y en la perspectiva de la política externa, al reemplazo de Serrano Suñer, testaferro del Eje, por el Conde Jordana. Queremos simplemente retratar en toda su complejidad ciertas actitudes íntimas, no-oficiales de la España actual).

Para un cristiano demócrata y americano, la División Azul no plantea dudas. Solo cabe desaprobarla terminantemente. Si no somos comunistas, no es ciertamente en la trinchera reaccionaria y capitalista del «anticomunismo» (con su «anti» estéril, repelente y tímido) que nos sentimos y definimos. Para un mundo ordenado en el Espíritu, para una «liberté de epanouissement» de la persona, no es con seguridad la ortodoxia marxista el mejor patrón. Pero el anhelo creador de justicia, las reservas de heroismo, amor y sacrificio que laten en tanto comunista sincero y militante, no pueden ser desperdiciados, ni en el último adarme, para la ambición generosa de un esfuerzo democrático y cristiano. Nos parece aventurado y falso identificar a Rusia con el comunismo; aventurado en este caso, como en cualquier otro, consustanciar esa realidad humana, compleja, luenga en el tiempo, diversa, misteriosa, de una nación, con cualquier régimen o doctrina político-social, por más confundida que con ella aparezca (a).

---

a() La disolución del Komintern refrenda, debajo de su superficie consciente, este dualismo y su correspondiente proceso. Lo mismo la clausura, que creemos sincera, de la propaganda antirreligiosa.

Se nos antoja arbitrario, a la par, y tal vez el mundo tenga que sufrir con ello, reflejar sobre excelencias intrínsecas del comunismo, la bella grandeza de la resistencia rusa. El cristianismo no se impuso por sus mártires, se impuso por su verdad. Y aún la muerte podría dar a la razón por la que se muere, una verdad diríamos sobreagregada y «ad-hoc», pero una verdad íntima, subjetiva, propia; ni transferible ni universalizable para otras tierras y situaciones.

Y aún podría darsela, si no creyéramos que lo que movió a estos hombres a plantarse como racimos de acero, con raíces como geológicas, contra la usina y la presa recién nacidas, cabe al borde de los anchos ríos, no fué ni «Das Kapital» ni el «materialismo dialéctico», sino el trigal sin bordes y la esperanza por todos compartida, para todos compartida, de una vida nueva y crecida.

En el mundo que vendrá, Rusia ocupará sin duda, por el mérito de su pugnacidad magnífica y por el éxito de su realización nacional, el gran lugar que le corresponde. Esperemos que, gracias a ese imprevisible aire de génesis de las postguerras, en el que todo nace y muere con facilidad mayor; gracias a la prueba del dolor y de la sangre que hace volverse a los pueblos a su verdadero ser, a su cabal verdad, lo que fué su mercancía de exportación, el Comunismo, no tenga que preocupar más, con su solución mutiladora e incompleta, con su «antimetafísica» reaccionaria y anticuada, a los hombres de Occidente.

En la actitud franquista, junto a esta razón del anticomunismo, que llamaríamos negativa, se eslabona la otra: más que una germanofilia positiva, una definida hostilidad a los países anglosajones, considerados como los enemigos históricos de España.

Se apoya este sentimiento en las largas luchas de los siglos XVI, XVII y XVIII; en la difusión de los principios del liberalismo político y económico del XIX, considerados (no totalmente sin razón, puesto que toda corriente de formas históricas está ligada a un país o países determinados) como política expansiva e imperialismo espiritual de los países de habla inglesa, sincrónica además con el apagamiento de España como potencia externa y como nación misma.

Francia es incluída en el argumento, y su derrota no impuso un límite a la virulencia de sus detractores. Se prolongaba así una dirección del odio carlista, que todavía veía en la Francia que había dado a Peguy, al prodigio espiritual de la guerra del 14, y que se había jugado entera con Dreyfus por la justicia pura, la misma vecina impía, regicida y «libertina», que los albos corazones del levantamiento pudieron ver en un coracero joven de Murat.

Pocos meses después de la entrega, se publicaba en Madrid un libro: «España y Francia». Esta verdadera diatriba, con auspicio oficial y falangista, iba firmada por uno de los agregados «culturales» de la Embajada alemana en España, Hans Jureschki. Nos encontramos en una zona de poco nobles episodios. Reclamaciones territoriales, en las que se mezclaban la fraseología del «imperio» y el más craso y vulgar nacionalismo, fueron planteadas todos los días, con tono agresivo. La prensa española apoyó con entusiasmo las consignas de los grupos de París contra Vichy, y las de los dos contra De Gaulle. El bombardeo, casual, de la RAF sobre las fábricas de porcelanas de Sévres, provocó en los escritores oficiales, un torrente —tasado a renglón—, de cursis lágrimas.

Se cuenta que ante el libro «Reivindicaciones de España» (a) que incluye, —rara casualidad—, territorios exclusivamente franceses (Marruecos, Orán, Africa Ecuatorial, etc.), el viejo Monsieur Pietri, desilusión, escepticismo y «esprit», exclamó con aire resignado: «Pourquoi pas Madagascar?» (b)

Era la única que faltaba.

Francia tiene también amigos en España. Recordamos, en una noche de primavera, un maravilloso concierto-conferencia sobre Gabriel Fauré, que pronunciara Gerardo Diego en el Instituto Francés de Madrid.

En 1940, en 1941, se daba por vencidos a los tres enemigos. Y nacían las dos ideas tácticas: «las manos libres» en América y «el bautismo» de Alemania. Pensábase que un nazismo triunfante hubiera tenido las manos demasiado ocupadas, demasiado llenas y atadas en Europa, Asia y Africa, para mirar hacia América, y que a España sería confiada la tarea de domar a sus ariscas hijas. Una «hispanidad» libre de las herejías nazis, sería entonces la que hubiera quedado con las manos libres para prolongarse sobre el océano, y llevarnos de nuevo hacia «el orden».

También había la esperanza de «un bautismo de Alemania», la espera de un nuevo Constantino que surgiera, venciéndola, de la tremante barbarie teutónica. Era por el equilibrio de una «Unión Latina», que se le

---

(a) José María Areilza y Fernando María Castiella: «Reivindicaciones de España», Madrid. 1941. Edición del Instituto de Estudios Políticos.

(b) A fuerza de «savoir faire», «esprit» y otras yerbas decadentes, ha llegado a Embajador de Hitler, en su función de petainista recalcitrante.

brindaría arquitectura clásica, unción cristiana y claridad mediterránea.

Pero el espejismo de un Henri Massis, de un Charles Maurras, ha parado en una Francia metropolitana esclava, en una Italia rebelde y colonizada, en una España desangrada e inerme.

Todo había muerto desde adentro, antes de ser volcado desde afuera.

III

¿Cuáles han sido las reacciones de la opinión pública ante la política internacional*

Es difícil saberlo, con una prensa rigurosamente controlada, y con un Estado divorciado, en amplísimos sectores, del pensamiento colectivo.

La germanofilia fué la actitud general de la Falange y de la clase media franquista. Aún deben quedar de ella tenaces resabios. Más que estrictamente nazi, se apoyó en los cálculos de la política antisoviética, y en cierta solidaridad sentimental con Alemania, en la que no están ausentes viejos vínculos históricos y de cultura. Desde la revolución filosófica krausista, mediocrísima y casi desconocida corriente del pensamiento alemán del siglo pasado, y que tuvo una repercusión insospechada en el pensamiento peninsular, hasta nuestros días, gran parte de los fenómenos políticos y culturales de España ha sido de origen germánico. Citamos, al pasar, el redescubrimiento de los autores del Siglo de Oro, a «La Revista de Occidente», de tanta importancia en Europa y en América, y a todo el socialismo español.

Nudos viejos y nudos nuevos se han ido agregando,

hasta determinar que en la guerra mundial pasada, contara Alemania en la península, con el más vasto sector simpatizante que tuviera en país neutral.

Sobre esta germanofilia española corren en el extranjero, dos errores muy difundidos.

El primero es identificarla con una total adhesión al nacional-socialismo. Mismo, dentro del sector español solidario con Alemania, se siente el antagonismo entre la «weltanchauung» nazi y la solución cristiana y personalista de España. La conciencia de un antagonismo es vieja ya. Menéndez Pelayo se expresaba a fines del siglo pasado:

«Winckelmann, Lessing, Herder, Kant, Fichte, los dos Humboldt, no son los clásicos ni los pensadores de una nación particular, sino los educadores —en bien o en mal— del mundo moderno. Todos ellos han dado a sus escritos un cierto sabor de humanidad no circunscripta a los estrechos límites de una región o raza. Nada más opuesto a este espíritu humanitario que la ciega, pedantesca y brutal teutomanía que hoy impera, y que va haciendo tan odiosa a todo espíritu bien nacido la Alemania moderna, como simpática fué la Alemania idealista, optimista y expansiva de los primeros años del siglo. Tan cierto es que el viento de la prosperidad embriaga a las naciones como a los individuos y que no hay peor ambiente para el genio filosófico que la atmósfera de los cuarteles (a).

A su tenor, piensan muchos en «las dos Alemanias», la del espíritu y la de la bota, ya sucedidas en el tiempo, ya coexistentes. La noción, en cambio, de una herencia, de una sucesión ineluctable entre las dos (la Alemania romántica e idealista parió a la Alemania prusiana y férrea), no es tan clara como en el pensamiento francés o anglosajón presente.

(a) Marcelino Menéndez Pelayo: «Historia de las Ideas Estéticas en España». Tomo IV. Págs. 104 y 105. Madrid, 1941.

Un segundo error, consiste en identificar a la Falange con la germanofilia, y considerar a los sectores que se le oponen, como más o menos tácitamente aliadófilos. En realidad, los grupos germanófilos más densos se encuentran en el tradicionalismo carlista, sobre todo en el que se expresa en el vespertino madrileño «El Alcázar», que ha conseguido atar por el rabo las dos moscas de un exaltado catolicismo y de una no menos exaltada adhesión al Eje.

Pero también dentro de la Falange que podríamos llamar «oficial», la germanofilia, el odio a Inglaterra y la reivindicación de Gibraltar, han sido gritos de consigna con los que se intentó suscitar, sobre todo entre las masas juveniles, «una mística nacional».

El pronóstico de Pemán para 1942, era:

«en el Este una venganza,
en el Sur una esperanza
bajo forma de Peñón».

Un mural del Sindicato Universitario Español, dibuja sobre un fondo blanco, una silueta borrosa de Inglaterra. Sin nombrarla, dice: «Los que están con «ella», son el débil, el traidor, el indisciplinado, el egoísta, el sibarita, el crítico, el burgués...»

Indudablemente las cosas no debían andar del todo bien, cuando ya en 1941, se gastaban estos papelotes.

La opinión que llamaríamos aliadófila es fuerte, sobre todo, en el sector derrotado del país, pero no está ausente entre los monárquicos. (El talentoso Pedro Sáinz Rodríguez, ministro del primer gabinete franquista, una de las mejores cabezas del país, y hoy en desgracia, expresó desde el primer momento, y sin reticencias, su anglofilia). Tampoco falta entre el sector antitotalitario del clero y de los fieles y, finalmente, en la vieja

Falange, sobre todo en el grupo intelectual de sus fundadores, no se comulgó nunca demasiado con las ruedas de molino de los argumentos del «nuevo orden».

En la posición española ante el Japón, se combinaron una amargura y la satisfacción de un rencor. La derrota de los Estados Unidos en las Filipinas, fué mirada por el español medio, franquista, como una especie de revancha de Cavite y de la guerra del 98. Algunos, como Laín Entralgo, exaltaban no hace mucho en la revista intelectual de la Falange, «Escorial», la obra de tenacidad, de previsión, de abdicación de los apetitos individuales en la empresa nacional, que significa el esfuerzo imperial japonés. Protestan en nombre de la universalidad de la cultura, contra una interpretación racista del conflicto.

Pero hablábamos también en un almuerzo, en la Secretaría General de la Falange, con el ilustre Padre Sancho, Rector de la Universidad de Santo Tomás de Manila. Y este hombre, amigo y partidario ardiente de los Estados Unidos, nos decía su dolor ante la perspectiva de que la influencia blanca, occidental, cristiana, desapareciera de las islas conquistadas y en todo Extremo Oriente, a plazo breve, en caso de una consolidación del repelente homúnculo amarillo. No era la preocupación del bombardeo que había destruído partes vitales de su Universidad querida. Era la posibilidad de que un esfuerzo de siglos, de un esfuerzo abonado por la sangre de San Francisco Javier, fuera barrido por el intruso imperialista.

Felizmente para España, la posición del Padre Sancho es mucho más general que la de Laín.

Considerados como encarnación del mal, símbolos del mundo viejo y en liquidación, enemigos históricos

de la Hispanidad y del Imperio, guardianes de las desigualdades coloniales, razones de situación geográfica, y sobre todo económica, moderaron, desde el principio, las consecuencias de la posición franquista ante los países anglosajones; la han confinado al área de las virulencias verbales.

España necesita del mar, no tanto para comer (a pesar del trigo argentino), como para aprovisionarse de petróleo, guardar sus relaciones con América, y poder hacer circular esa flota que le gana fabulosos fletes y la provee de divisas. Es decir, necesita de Inglaterra y también ahora, de los Estados Unidos.

¿Es ésta la razón que le ha impedido entrar en la guerra cuando el Eje iba en ventaja? ¿O lo han sido sus costas extensas y casi indefensas, la debilidad de su cobertura económica y militar? Además de todo esto, la España franquista dió siempre la impresión, acentuadísima, de no quererse quebrar por Hitler, y en una «cruzada contra las plutocracias», sus ya maltrechos huesos. Los gestos positivos de enemistad a las naciones anglosajonas fueron del tipo de la depreciación del dólar en el mercado interno, y la ocupación de Tanger, de evidente inspiración alemana.

El resto consistió en una agitación bullanguera y al mismo tiempo rigurosamente controlada, medida, ordenada; en una pequeña guerra de postergaciones y desaires. En una ocasión, Franco no concedía audiencia a los embajadores de los países democráticos. En otra, «heroicos» matones apedreaban la Embajada inglesa. Se cuenta al respecto que al día siguiente de este suceso, se encontraron en una recepción diplomática Serrano Suñer y Sir Samuel Hoare, el embajador de Inglaterra en Madrid. Le pide disculpas por los hechos el español

al inglés, agregando que si quiere que le envíe más policías para custodiar el edificio. A lo que contesta risueñamente Sir Samuel: «No, pero tampoco me envíe más estudiantes».

Se encuentran otra vez los mismos protagonistas. Ha pasado de nuevo, y poco antes, un suceso semejante. Serrano: «Que desagradable debe ser para V. E. con todos estos hechos, su permanencia en España». Hoare: «Sí, pero hay algo que los compensa: poder aprender el español para leer el Quijote». Serrano: «¿Y qué es lo que le gusta más a V. E., del Quijote?» Hoare: «Oh, su nobleza, su franqueza, su caballerosidad, su generosidad, su fidelidad a la palabra empeñada, la inflexible obediencia a sus devociones...»

Sir Samuel Hoare es hoy una figura querida y admirada en España. Ha hecho por la causa de los aliados en la península, más que cualquier otra persona, institución o fuerza. Y la Embajada de Inglaterra en Madrid cumple una activa misión, exhibiendo películas de difusión prohibida en el país. Los boletines de la Representación son leídos ávidamente (aunque cuesta riesgo hacerlo) por la enorme mayoría de personas que desean ver la otra cara, y buena, de la moneda.

Se ha reclamado a Gibraltar en todos los tonos. El mecanismo de tópicos irredentistas, tan necesario a todo nacionalismo totatalitario, ha encontrado en este peñón, convertido en manzana de la discordia, una caliente consigna. La prensa, dirigida desde Alemania, ha sido y es, sistemáticamente hostil, desde el hecho menudo hasta la filosofía histórica, a Inglaterra y a los Estados Unidos. Mientras se minimizó todo esfuerzo de las Naciones Unidas, ridiculizando su propaganda, las exageraciones, las innegables deficiencias militares de la pri-

mera hora, la protesta por las dificultades que los aliados imponían y aún imponen por medio de los «navicerts» que permiten el aprovisionamiento del país, se mantiene con virulencia variable. El petróleo envenena aquí, como en todas partes, las disputas. España, poseedora de una buena e intacta flota de petroleros, arguye que los permisos de importación son muy inferiores al consumo de los tiempos normales. Inglaterra y ahora los Estados Unidos, los dan con cierta parsimonia, temiendo no sin razón, que sirvan para aprovisionar a sus enemigos. Se mezclan con esto, las acusaciones de protección española a la actividad submarina que entorpece la navegación aliada. España ha contestado siempre con tono indignado, y difícilmente se ve la diferencia fundamental que pueda existir entre la costa española y cualquier puerto de la francesa. Pero es también cierta, la presencia en el puerto de Vigo, de petroleros que, cargados hasta la línea de flotación, no podrían explicar fácilmente su presencia constante en ese lugar.

Cúmulo tal de necesidad y enemiga, fragua en un difícil equilibrio. Cierta consideración escéptica tiende a ver un juego hábil, no demasiado hábil, que paga a Alemania con palabras y a Inglaterra con hechos. Pero también podría ser lo contrario.

En síntesis: la opinión pública hoy dominante (en el matiz coactivo del término) en la España actual, puede caracterizarse como una germanofilia mitigada, y hasta contraria en lo ideológico, a los principios del nacional-socialismo. Hubiera refrendado un rápido triunfo alemán, en caso de haberse dado, más en sus aspectos destructivos que en las fórmulas «positivas» que el nazismo propone. Respecto a éstas, la actitud española ha sido y es, de un total escepticismo. La neutra-

lidad no ha estado impuesta sólo por ese movimiento contradictorio de tierra y mar, que la ata de manos, ni la ha llevado a ella únicamente el cansancio de una guerra civil de tres años. Sumáronle razones, la línea media, ya enunciada, de las reservas de la mayoría frente a Alemania, y la impotencia de la propaganda para convertir en odio positivo, la hostilidad «nacionalista» a los países anglosajones.

El escepticismo ante los bandos en lucha; la conciencia de lo que va a España en general, y al régimen en particular, en un desenlace de la guerra; primero una difundida opinión sobre la imposibilidad de una solución militar radical del conflicto, y ahora más que nada, el deseo frenético de evitarla, llevan al franquismo a dos ideas - programa fundamentales, y con cuya consideración terminaremos este examen ya demasiado largo.

Son el prestigio de un arreglo y el «bloque de la Paz».

Un chiste alemán sobre el cansancio de la guerra. El optimista dice: «Perdemos la guerra». El pesimista contesta: «¿Pero cuando?»

Un acuerdo entre Alemania e Inglaterra, parece haber sido el más ferviente deseo de los reaccionarios españoles. Se querría, sobre todo, un convenio contra Rusia y Japón: anticomunista y «occidentalista». Todos los argumentos escisionistas han sido esgrimidos contra la unión aliada. Ya la brillante pluma de Alfonso García Valdecasas, en el prólogo de «Reivindicaciones de España», llamaba a Inglaterra a su vocación europea e intentaba convencerla de que esta guerra era, ya no para «mourir pour Danzig» como decía el sucio Deat, pero sí por el Anzac (a); ya se exalta el British Com-

(a) Anzac: Australia, New Zeeland, South Africa, Canadá.

monwealth» como última prolongación de Europa, en peligro de ser dividido y destruído en provecho de potencias extraeuropeas.

En este hipotético arreglo, España tiene ambiciones de nación mediadora. Piensa poseer sus títulos para ello, por lo menos ante sus propios ojos, tan complacientes. Son el creer que ninguna solución puede aportarle ventajas territoriales o políticas. El pretender representar la tercera solución, el «tercer frente» posible entre el totalitarismo y la democracia. Como alienta el deseo, que llamaríamos mínimo, de salvar su neutralidad y su precaria tranquilidad, convierte su anhelo, muy a la española, en el brillante lema del «Frente de la Paz». La primera alocución del Arzobispo de Toledo, el día de su ascensión a la silla primada, le prestaba argumentos y una cierta mansa unción, de la que la política nacional, a pesar de su voceado desinterés, suele estar manca. Cree que un bloque de naciones, y sus candidatas son Argentina y Portugal, que recojiera el anhelo de paz de todos los hombres, tiene la seguridad de un firme prestigio.

Pero hay en la historia sorprendentes coyunturas, en las que toda voz de Paz cae en el vacío. Porque a veces hay que liquidar ciertas cosas, de una vez por todas. A veces no hay más medio de llegar a una Paz justa y duradera, que a través del callejón, duro y amargo, de una victoria decisiva. Además, para la predicación de la paz hay que tener las manos muy limpias, y hay que estar muy «au dessus de la meléee», siquiera para ser oído. Si la Santa Sede, con todo su prestigio moral, nada ha podido, es inverosímil que la España nazificante algo pudiera conseguir. Todas sus tentativas de paz han de parecer forzosamente balones de ensayo,

movidos por Hitler, para tratar de llegar a un arreglo ventajoso (a).

El espejismo de tal arreglo orienta hoy las relaciones de España con Portugal y con algunos países sudamericanos.

En relación con el estado vecino, se ha enterrado el expansionismo presto a gritar: ¡Lisboa!, apenas se lo permitieran, y se resucitan las más cautas teorías del genial Antonio Sardinha sobre la «alianza peninsular». La visita de Oliveira Salazar a Sevilla, fué un propicio cauce a ese río de retórica con el que se acompaña en la península a los más nimios actos de la vida internacional. El finísimo jefe del gobierno portugués se reunió durante dos días con el «caudillo», y en el interín se habló mucho de que Portugal rompería su tradicional alianza con Inglaterra, y España el pacto «antikomitern», para iniciar, en fraterna compañía, el bloque de la Paz.

El genio portugués, toda prudencia, mesura, equilibrio, matiz, mientras tenía que afrontar el peligroso jaque puesto a su riquísimo imperio colonial, ha preferido guardar sus seiscientos años de amistad inglesa y las manos limpias ante el Brasil, que arriesgarse por sendas inéditas (b).

La segunda parte de esta política, la política hacia América, nos lleva al resbaladizo suelo de la «Hispanidad».

Merece un último capítulo.

(a) Han seguido después, las inútiles tentativas pacifistas del Conde Jordana, y las proposiciones periodísticas, tan ridículas y sobre todo tan parciales, sobre humanización de la guerra.

(b) Como consecuencia de la visita de Jordana a Lisboa, se ha ido después a un cierto tipo de pacto, pero sin darle el valor total que hubiera cobrado con las rupturas dichas.

LA HISPANIDAD. AMERICA DE HIELO A HIELO

Durante todo el siglo XIX es muy difícil hablar en la América Latina, de una «hispanidad». Dieron el tono del pensamiento continental, las diatribas de Sarmiento contra lo español y la posición de Lamas sobre la exigencia de romper «la segunda cadena, no menos ominosa» que nos unía al orbe hispánico de ideas, sentimientos y costumbres. Toda adhesión a España era nostalgia pasadista o argumentación reaccionaria, exclusivamente defensiva.

El «hispanismo», como sentimiento y efusión, se inauguró concretamente a principios de este siglo (a). Comenzó por cierta simpatía literaria que, desde el período modernista, despertó la España inquieta, resurrecta y fina, posterior a la generación del 98. Debió apagarse antes el gran dolor de Cuba, esa Cuba que angustiaba a Rodó adolescente, que dió nimbo apostólico

---

(a) La distinción, cargada de contenido exiológico, entre Hispanismo e Hispanidad, hecha entre otros por Carmona Nenclares: Cuadernos Americanos, N.° 2, 1942, parece de importancia. Entre el hispanismo, considerado como tendencia difusa, como sentimiento sin necesidad combatiente —del que pueden participar muchos hombres de izquierda y centro— y la Hispanidad falangista, hay sin duda diferencias. Son muy semejantes a las que existen entre el patriotismo y la «nación» de los nacionalismos. Se trata, es claro, de la oposición de una noción genérica con otra específica. Un concepto genérico de la Hispanidad, dentro del cual cupiese otra que la falangista, no parece previsible.

y santo a Martí el Fundador. Darío cantaría recién entonces, contra el sajón, sus «ínclitas razas ubérrimas», y su apóstrofe «A Roosevelt». Rodó sentiría la hispanidad en la generosidad idealista del Quijote, en el «recóndito» matiz de Juan Ramón Jiménez, en la plasticidad de los toros (a).

Vino en seguida, copiosa y unánime, una más benevolente apreciación de la historia de España, y de su obra en América.

Fueron después, la quiebra manifiesta de la filosofía vital burguesa decimonónica al alborear la postguerra, y el imperialismo económico, agudizado durante el período Harding-Coolidge-Hoover.

La República española, y el ancho y simpático eco que su advenimiento encontró en América, incrementó el sentimiento hispánico. (Ya había dejado éste, «el clima de banquete», tan mentado).

Cuando en 1936, adviene el franqui-falangismo a la historia española, todo este caudal afectivo sirve para cohonestar una filosofía fascista, y de este feo connubio nace la «Hispanidad».

Tenía ésta el antecedente de una obra de trascendencia indudable y de una nobleza y autenticidad mucho mayores a todo lo que la seguirá: «Defensa de la Hispanidad», de Ramiro de Maeztu.

Surge el matiz de unificación política (planteado por primera vez, junto a la rotunda desilusión de la in-

---

(a) El arielismo rododiano: «ocio noble», vocación, aristocratismo, culto de la belleza; ignorancia de lo económico; «conciliación», «tolerancia» y «razón»; recelo frente a la democracia y desconfianza del pueblo; espiritualismo intelectualista, no sustancial; vital pobreza, es sin embargo hostil a la comprensión y valoración de lo hispánico.

dependencia, por el nicaragüense José Coronel Urtecho en un discurso de 1928, pronunciado en Managua). Se encadenó la obra de grupos y escritores, algunos ampliamente conocidos fuera del círculo afecto. En México son José Vasconcelos, especialmente en sus últimas obras: «Bolivarismo y Monroísmo», «Historia de México» y «Hernán Cortés», Alfonso Junco, ya apreciado en crítica literaria, el filósofo tomista Jesús Guisa y Azevedo y el historiador Toribio Esquivel Obregón. El ya nombrado Urtecho, Pablo Antonio Cuadra y los Chamorro realizan en Centro América activa agitación. En Perú, los historiadores José Riva Agüero y Aaúl Porras Barrenechea, hacen, agresivamente el primero, profesión de fe «hispanista». Les acompañan Guillermo de Hoyos y algunos grupos de la Universidad Católica. En Colombia, pasa la frontera el nombre de Mario Carvajal, fino poeta y crítico, y en Chile los de José María Souviron y Roque Esteban Scarpa, los tres, más en el plano de las afinidades literario - religiosas que en el de las estrictamente políticas. En la Argentina, la nómina se alargaría mucho. Representan la tendencia, en poesía, Francisco Luis Bernárdez y sobre todo Ignacio Anzoátegui. La actitud de Enrique Lareta, la de Juan Alfonso Carrizo, la de Rafael Gigena, la de Manuel Gálvez, la de Martínez Zuviría, podría calificarse de «hispanista». La de Larreta, de simpatías progresistas, no tiene, empero, consecuencias desgraciadas.

En política, la posición es más difusa. En México la representan: la «Acción Nacional» de Gómez Morín, grupo de tendencia universitaria y ciudadana, y el Sinarquismo, el único de estos movimientos que ha llegado a plena luz, de poderoso volumen numérico y gran disciplina. Luchan núcleos semejantes en Nicaragua, y

en Colombia domina la inclinación, en el sector del viejo partido Conservador, controlado por Laureano Gómez. Elementos afines la apoyan en el partido Liberal y Conservador en Chile. (También allí, la Falange Nacional, que fuera hispanista en otros días, y que mandara un telegrama de felicitación a Franco al finalizar la guerra, se ha definido desde entonces, categóricamente en contra, y por la solidaridad americana, sobre todo por obra de Bernardo Leighton y de Eduardo Frei Montalva). Todo el «nacionalismo» argentino, especialmente los núcleos de Buenos Aires y Córdoba, tienen al hispanismo como filosofía histórica y como criterio de orientación internacional.

La «hispanidad» se levanta sobre todas las posiciones, sobre todas las afirmaciones que hemos revistado. Se apoya sobre comunes bases, sobre estas genéricas, participadas creencias.

Se alínean como convicción de fondo: la ortodoxia católica; un sentido del hombre y de la vida, en el que se conjugan el esquema cristiano y el especialísimo genio español: senequismo, particularismo, pasión. Forman aquí: «el concepto misional»; la creencia en un «orden natural» superior al tiempo y a las geografías; la fórmula del «autoritarismo cristiano» como remedio político y esa filosofía histórica reaccionaria, de calzas y galeones, negadora de los cuatro siglos desde los cuales América justamente existe; la posición española ante la guerra (a).

(a) La «hispanidad» aspira a una doble calidad: a la de ente objetivo-material, como grupo de pueblos; a la de ente ideal, como doctrina.

II

Una última ojeada a los «elementos genéricos».

A la necesidad de reconstruir una civilización en el Espíritu, la «hispanidad» proporciona la receta de la modalidad española del catolicismo.

Las características de ésta, ya la hemos visto (a): inmersión «de compromiso» en lo terreno; servicio militar - temporal de los valores religiosos; deficiencias de refracción evangélica, de rigor y de fineza intelectual. Y ellas nos explican por qué los matices más valiosos de la nueva Cristiandad mundial y europea, quedan fuera de este temperamento. Es la noción del «pobre», tan pronta, tan trágicamente aguda en todo el catolicismo francés, desde Leon Bloy hasta George Bernanos. Es su corolario, su faz transitiva: una posición abiertamente revolucionaria en lo social: «el orden divino de la Justicia —decía Bergamín— es el orden humano de la Revolución». Es todo el admirable movimiento de los «jocismos» francés y centroeuropeo. Es el drama del alma del hombre, enfeudada a los poderes económicos que en forma tan magistral desarrolla el pensamiento cristiano francés desde Charles Peguy hasta Pierre Henri Simon. Es el valor de la persona y su más digna ubicación, en Emmanuel Mounier, en Daniel Rops, en Gabriel Marcel. Es un nuevo sentido de la liturgia, desde Huysmans hasta Guardini. Es el esfuerzo magistral de Chesterton para reacercar a la sensibilidad contemporánea, una religiosidad reconciliada con la alegría y la belleza y la dignidad del mundo y de las cosas. Es la tendencia incoercible a usar las energías religiosas, no

---

(a) Capítulo IV: «La predilecta de Cristo».

para un simple montar guardia al ultramundo, que en la transformación progresiva de nuestro contorno humano, en una terrestre «encarnación». Es el esfuerzo, tan admirable en Maritain, por construir, alejándolo de cierta accidentalidad medioevalista que lo hipoteca, un pensamiento cristiano sobre las realistas circunstancias político - sociales y psicológicas de nuestra hora. Es la reintegración de lo religioso a su conmovedora raíz etimológica, a un «religar», a un acercar cuerpos y almas, a un cuajar en comunidades, a un hacerse coro y coral.

Todo esto se pierde, pero hay algo más.

¿Es posible, hasta para las más extremas esperanzas ortodoxas, darle «hic et nunc» a América, una espiritualidad católica?, ¿construir para el continente un orden espiritual provisional, en torno a una fórmula literalmente romana?

Nada de sincretismos, naturalmente. Nadie iría a extremar, a gravar el americanismo, adosándole una nueva religión continental. Cabe en cambio (la respuesta negativa a la primera pregunta nos parece obvia a una visión lúcida de la realidad religiosa y cultural de América), un acuerdo mínimo en torno a afirmaciones comunes, de todos los grupos religiosos, de todos los núcleos de energía espiritual del continente.

Mirados en la perspectiva, una natural perpectiva generosa, toda su actividad parece dinamizada hacia una meta común e invisible. Hay en el tránsito diverso a sus dialécticas finales, una compartida etapa intermedia, que es necesario clarificar, ensanchar, enfervorizar. Residen en ella, la supervivencia de los valores evangélicos, el quilate real de la persona humana: intimidad, trascendencia, libertad, servicio; el desprecio de todo medio maquiavélico; el desdén de todo agotamiento

pragmatista, de todo maquinismo deshumanizador. Residen en ella una restauración de las raíces «religiosas» y cósmicas del hombre; la tendencia a la simplificación señoril de la vida, la primacía de lo espiritual; la creación de una organización económica, sin desigualdades, urgencias, ni injusticias.

Tal vez ni una sola línea de esta adorable tarea, se pueda realizar con un catolicismo a la hispánica: beligerante, enfeudado a lo militar y a las fuerzas de regresión social, monopolista e imperativo; con un catolicismo, en el cual, todo método de caridad, todo método de inteligencia, se ve frustrado por ese conjunto de inclinaciones que fraguan en la fórmula preferida: la Cruz y la Espada (a).

¿Nos ofrece la «hispanidad», con sus diversos tipos humanos, un proyecto deseable? Entiéndase bien, que decimos deseable en un triple sentido: el de integrarse con elementos vivos y no con actitudes que haya que restaurar arqueológicamente; el no despreciar nada de lo nuevo y valioso que el hombre de América encierra; el contener aquellos elementos que una época, la nuestra, exige inexorablemente.

(a) «Nos habíamos olvidado que la Espada podía ser rematada por una Cruz, y que la Cruz no es blandura sensiblera y liberal, sino una cima de vertiente, sin compasión y sin matices, para la verdad que la afirma y para la mentira que la niega. Que la violencia del cuerpo se justifica cuando es para evitar la violencia horrible de las almas. El conquistador y el misionero siempre han andado juntos, porque el guerrero y el monje, la Espada y la Cruz, se identifican como vocaciones excelsas de olvido de sí mismo, para un darse, fervoroso y exacto, al servicio de los demás». C. R. de A. De una conferencia de 1937.

El hombre hispánico, con ser excelente y repleto de valores, no empalma, en total, con los imperativos de un nuevo ideal antropológico, con esos imperativos a los que hay que crear la humanidad continental.

Ya hemos visto el balance del programa vital ibérico; lo que nos ofrece y de lo que nos priva. Se trata, de cualquier manera, de un tipo humano dado, de uno de esos estabilizados tipos humanos que Europa presenta, ya concluídos históricamente, ya cerrados sobre sí: el mismo francés, con su agudeza y lúcida inteligencia, el mismo inglés con su buen sentido bondadoso, operante y dinámico. Ni cabe trasplantarlos, ni cabe otro sincretismo, ahora de razas o aportes nacionales. El asociacionismo fué un fracaso como posición filosófica en general, y lo fué en etnología, en extremo grado.

Porque sabemos lo que no puede ser: «un sincretismo dirigido», una elección unilateral y pasadista. Dilapidar el venero hispánico, malbaratar su entrañable yacimiento, sería tan loco como abdicar en él, la maravillosa, la sin par originalidad naciente del hombre continental.

Esta originalidad es la que atisba Mallea con su pintura del «hombre profundo» de la Argentina y de América, de su humildad, de su profundidad, de su recatado orgullo, de su densidad silenciosa (1). Y Vasconcelos, con su «raza cósmica», con sus intuiciones geniales sobre el sentido estético y solar de la vida. Y que es en Keyserling, la mezcla de delicadeza y de finura, junto a la de primitividad, que según el filósofo de Darmstadt, caracterizan al habitante de nuestro mundo. Y en Frank, la búsqueda del Orden, la angustia laberíntica de nuestro caos. Y en todo el continente su fuerza telúrica; y la maravilla de dulzura, inteligencia, riqueza

carnal de la vida brasileña. El residente americano y América entera, es hija de esta naturaleza fresca, matinal e invasora, de este cortante o perfumado viento adolescente que nos hermana en secreto. Continente construído sobre el espacio, y no sobre el tiempo, tiene importancia decisiva este modo general de asiento; un modo, que con tal eslora, crecida hasta la cultura, se da por primera vez en la historia (a).

Hay que poner en este luminoso paradigma, en este tránsito creador, dosis próceres que no siempre están explícitas en el hombre español, en el hombre hispánico; que no siempre laten en su tan fácil propensión dogmática y absolutista, en su ascetismo un poco obtuso, en su incontinente psitacismo, en su envarado orgullo y vanagloria. Pero para vencer, a la larga, el miraje hispánico, América tiene que crearse ese arquetipo vital, que a la postre, ordenó la realización humana en todos los períodos de esplendor. Como el caballero y el monje, como el hidalgo y el cortesano, como el discreto y el burgués, como el «gentleman» y el «pioneer». Latinoamérica tiene que crearse otro, con la riqueza de elementos de que dispone. Pero en sociedades anticlasistas como lo son, como lo serán cada vez más las nuestras, este arquetipo no será monopolio de ningún estamento social, flor de ningún estado privilegiado de cultura.

Religión, humanidad, política.

Porque el «hispanismo» es rigurosa, aunque embo-

(a) En América Hispana esta tendencia fué contrariada; en la Sajona fué obedecida. Africa sería el caso contrario: construída sobre el espacio, pero no hasta la cultura. Europa y Asia, naturalmente, están edificadas sobre el tiempo.

zada, política. Desde Madrid se apoyó y difundió la mentira, se apoya y difunde aún, de que la mercancía no tiene proyección civil, respetando así la realidad democrática de América.

Se opone a esto, no sólo el planteamiento agudamente político, inmediatamente político de todos los problemas en nuestra hora, sino esta tendencia a la «integridad», que todas las formas históricas de lo colectivo - social poseen. La estricta vinculación que, de los primeros principios a la vida cotidiana, une todas las posiciones filosófico - culturales, la tendencia a la «totalidad» de todas las concepciones del mundo y lo precario de sus inconstancias, es una de esas valiosas generalizaciones que ha ganado el pensamiento actual. En la posición ante el espíritu, la vida y los valores morales que la España franquista profesa, y que es un reflejo de la totalitaria, es dificilísima, sino imposible, una realidad democrática en lo político. Para que ella exista, no bastan una soberanía, una representación, un sufragio. Es necesario que una actitud del hombre ante el hombre y la realidad, los sostengan y vivifiquen. Y no se trata sólo de la «hispanidad» fraguada sobre la tradición ortodoxa e imperial, cesárea. Dejadas a su puro juego, las tendencias nativas del español hacen muy árduo el trámite de una sociedad democrática. A esto, larga vista, plazo largo, agreguemos la situación actual, la realidad imperante en España, su calidad de criatura berlinesa, y veremos que la «hispanidad», por su lado esencial, actual, se nos cierra a cal y canto (a).

(a) Estos principios, sin embargo, dan sello, a los grupos «nacionalistas» iberoamericanos que hemos nombrado. En todos encontraremos, más o menos, estos rasgos: 1—la religión unida a la política —a la española— con oposición a las corrientes de

Pero el hispanismo político del falangismo no es sólo un imbécil trastrueque de soluciones. Es también un escamoteo de problemas. Ya hacía notar Haya de la Torre, en ese libro magnífico que se llama la «Defensa del Continente», la peculiarísima situación de su Indoamérica, de este mundo en el que calzar —literalmente, poner zapatos— a la población de países enteros, constituye una tarea de entidad primerísima.

Ya hay así una empresa que, ni norteamericana, ni europea hasta 1939, nuestro continente tiene que afrontar: elevar a una mínima categoría humana, decorosa, civilizada, la mayor parte de su población.

Otro problema, entre muchos, es el del imperialismo económico, característico de nuestra situación feudal y semicolonial; único para Latinoamérica, dentro de las diferencias notables que Haya, al que siempre hay que citar cuando se habla del continente, sintetizaba en su distinción de las cuatro zonas imperialistas: la del Caribe, Brasil, el Río de la Plata y el Pacífico.

Es innegable, hay que tener la valentía de decirlo, que la realidad del imperialismo económico puede en-

---

tendencia exclusivamente religiosa, evangélica, 2—nacionalismo iberoamericano, «hispanidad», 3—antimperialismo exclusivamente dirigido contra las inversiones e influencias angloamericanas, 4—filosofía histórica de la Reacción: apostasía y negación, vuelta a la «tradición» con todas sus contingencias, 5—anticomunismo, antimasonería, antijudaísmo, 6—solidaridad, sobre todo por razones tácticas y de sentimiento, con el Eje; odio a Inglaterra, a los Estados Unidos y a Rusia, 7—pedido de un estado fuerte, predominio de los términos duros sobre los términos blandos, en el sentido de Maritain: ascetismo, dinamismo, pasión, fe, sentido militar, 8—cierto sesgo paternalista, ineficaz y retórico de la justicia social; corporativismo, 9—reinvindicación del caudillismo, de lo autóctono; nacionalismo defensivo, inquina al extranjero.

venenar el incontenible impulso de la solidaridad americana hacia las Naciones Unidas. Puede servir, esgrimida demagógicamente por las minorías nazificantes, la casta militar y una prensa abyecta (como pasa en la Argentina), para disculpar una política que no hubiera resistido sin ella, la primera prueba.

La propaganda hispanista, aún menguada, está aprovechando mucho este antimperialismo, sobre todo ahora, en que las izquierdas, con la inteligente excepción del aprismo y de las chilenas, lo han dejado de lado, como si no significara hacer más profunda, más afincada nuestra identidad con los países que luchan por nuestra libertad, develar sin estridencias la cuestión, en el aire de un diálogo fraterno.

Toda aportación de América Latina al mundo nuevo resultará falseada, mientras el caucho y el petróleo, las frutas y el trigo, los ferrocarriles y el salitre, la caña de azúcar, el estaño, los frigoríficos, permanezcan en otras manos que en las nacionales, o mejor; que en las de una gerencia universal en la que participemos.

El tema del imperialismo es demasiado vasto para ser desarrollado aquí. Simplemente dejamos al pasar, la necesidad de conciliar para una crítica integral, el fuerte análisis marxista, tan afinado desde Bujarín, a pesar de que se vicie en una dialéctica apriorística, con las viejas críticas del idealismo, que, como la de Rodó, eran, hoy lo vemos, tan falibles en el análisis. Unidas, al día, y desarrolladas, permiten, sin embargo, la perspectiva integral del imperialismo, como hecho económico y hecho espiritual, dentro de un realismo histórico impecable.

Después del imperialismo, el indigenismo. Una proporción, crecientemente abrumadora de América, es india y mestiza. Con la escasa, y no siempre clara excep-

ción de Méjico, esta masa vive al borde de todo beneficio perceptible de la sociedad civil. Su continental reivindicación fué recogida en la fórmula, aún explosiva, del aprismo.

Contiene esta A.P.R.A. cuatro elementos fundamentales: a) el antimperialismo; b) un socialismo de las clases bajas y medias, reivindicando el valor de las antiguas comunidades indígenas, más una enérgica oposición antioligárquica; c) un movimiento literario y artístico sobre el indígena, de tipo beligerante y romántico, y una interpretación histórica de América, negadora de lo español, y de lo europeo en general; d) un marxismo heterodoxo, hostil al monopolio político del partido comunista, como instrumento de interpretación en lo económico social (2).

El problema racial no es un mito en América. Un problema que debemos afrontar los blancos, sin racismos, sin superioridades, con claridad objetiva, una gran caridad, después de una gran justicia; sin literatura que confunda el culto de la muerte con la promoción a una nueva vida; sin esa eterna constante romántica del gusto por la ruina, del sabor de ceniza al viento, que late en el corazón de todo indigenismo estético.

Se ve hoy, a distancia, que la medida colonial de poner al indio bajo minoridad y tutela, algo salvó. Esos quince millones de indios y treinta de mestizos (3) son, en cierto sentido, testimonio de un acierto. Acierto parcial, tan recortado por crueldades y por crímenes, pero acierto al fin.

Los principios que ordenaron la política americana durante el siglo XIX, fueron muy diferentes. El dogma de la igualdad política racional, sin igualdad social correlativa, que fué en Europa la miseria de muchos millo-

nes de hombres, llevados a formar un día, un proletariado rencoroso y abandonado, fué en América la agonía creciente de toda una raza y sus varios mestizajes; —agonía acelerada sobre la del Coloniaje (que Dios nos guarde de idealizar)—, abandonados al despojo de las comunidades (Perú, Bolivia, México), a la exacción fiscal, al capitalismo naciente, al látigo y a la fiebre.

El indio había caído demasiado para encresparse en sostenidas rebeldías, para pedir un sitio, para dar sus voces propias. Fueron los blancos los que se las han prestado, muchas veces con prosa y verso traspasados por un odio quemante de sus propias vidas mediocres y sin luz.

Hoy, toda una literatura y una política se han edificado sobre la reivindicación del indio. Junto al aprismo, instrumento político, surgen obras potentes como las de Jorge Icaza y Ciro Alegría, admirable la del segundo, por elevarse de la beligerancia militante, a una cósmica, admirable objetividad de gran arte.

Pero la «hispanidad» no es sólo una equivocación, un escamoteo de problemas y de soluciones. Los componentes de la realidad política son universales. Los ingredientes religiosos, morales, técnicos, sociales, están presentes, en dosis distintas, en todos los pueblos y hacen ¡ay! tan relativos los «regímenes originales» («nuestro nacionalismo no es imitación de ningún otro», «las autoctonías puras», etc., siempre tan esgrimidas por los partidos que quieren ocultar una universalidad sospechosa, desprestigiante). El totalitarismo no es un producto exclusivo de Europa; la división tajante dentro de cada pueblo, la eterna constante de la ambición de poder, la desorientación moral, los antagonismos económicos, el nacionalismo «místico» y las luchas de fronte-

ras, el imperialismo, las reivindicaciones, la proliferación de «estados» en el Estado, la desesperación en el hombre, la necesidad de religiones primarias, no son necesariamente europeas, pero le han dado impulso, aliento y fuerza a la fórmula totalitaria en Europa.

Pero los regímenes políticos, aunque son, potencial o actualmente, universales, «realidades» de vigencia sin fronteras dentro de un prudente historicismo de grandes ciclos (no moldes «nominales», metáforas de las situaciones nacionales), permiten la expresión de las características de cada pueblo, de cada continente, dentro de una tipología ecuménica. Hay ciertas diferencias que, sin llegar a la «originalidad», dan un sello propio, un último estilo diferente.

Así, la realidad americana es la Democracia. En este sentido, la declaración de Lima, fijando taxativamente cinco valores: democracia, libertad, respeto de la persona humana, tolerancia y paz, a pesar de cierto optimismo tan común, rebasó el ámbito y trascendencia usual de estas proclamaciones. No se trata de una vigente, conseguida, triunfante democracia. (Nunca lo es un régimen político que tiene la obligación de adecuarse a esas variaciones de lo económico, de lo técnico, de lo espiritual, que están socavando siempre su estatismo, su reposo).

Ni en el presente ni en el pasado, caben satisfacción sostenida. Fué un fracaso la independencia, debemos tener el valor de decirlo; si la independencia se hubiera hecho para cincuenta años, para un siglo (4). Hicimos un doloroso y ciego camino que nos atrevemos hoy a llamar aprendizaje, porque siempre lo fueron, a la larga, el extravío y el dolor. No fué un triunfo ni es una realidad, continental por lo menos. No somos ni hemos

sido, integrales democracias. Pero si nuestro trayecto histórico tiene algún sentido, es el sentido de su norte democrático. De su intocado, de su inalcanzado norte democrático.

No salvaremos a la democracia en América, con esa ciega complacencia que confunde aspiración con realidad; el equilibrio verbalista con la militante, nocturna, heroica tensión creadora de un mundo libre, limpio, fresco, responsable, claro, fraternal (5).

III

Pero la «Hispanidad» posee además elementos propios, específicos.

El primero es el de una presunta comunidad psicológica sobre las tres identidades de Raza, Lengua y Religión.

Los «hispanistas» pasan en general, como sobre ascuas, sobre el gran hecho dominante de una América india y mestiza, en la Cordillera y en el Pacífico; latina y genéricamente cosmopolita en el Atlántico. Cierto es que ellos no son racistas a la alemana. Su raza no es el brutal mito biologista de la seudociencia nazi. Raza tiene en su lenguaje, su sentido clásico y más usual: el de una comunidad de rasgos psico-biológicos, no cerrados, desbordando una cierta frontera nacional. En el supuesto de existir una raza hispánica, desde esta perspectiva, podría un italiano, un mestizo, participar de ella. Tal vez el hecho pudiera darse, haberse dado, en tiempos de un Inca Garcilaso. Hoy, el denominador racial hispánico ha perdido, por lo menos en el Atlántico, toda fuerza aglutinadora.

La unidad psicológica, la del de acatamiento a unos ciertos valores, y el estilo de unas actitudes, se perdió en América a principios del siglo XIX. Tratar de restaurarlos, a base de una purga racista, es locura que nadie, al menos explícitamente, ha planteado. Las diatribas argentinas y peruanas contra los mulatos, desde don Felipe Pardo hasta el viejo Riva Agüero, no han llegado todavía a ello. Y España, que se ha glorificado siempre de su generoso sentido universalista, de su posición suprarrácica, salvada y afirmada por sus teólogos en Trento, mal la podría insinuar.

Lo hispánico no tuvo potencia para unificar los distintos aportes raciales, como lo tuvo el principio anglosajón en Estados Unidos. Perdimos tal vez, un buen factor de aglutinación. Pero sería supremamente insensato tratar de remontar la corriente.

Para ser fuente de comunidad psicológica, la religión católica es demasiado universal, por una parte, y por la otra, no impregna lo bastante ningún grupo de pueblos. Agreguemos el caudal de matices diferenciales entre la religiosidad española y la americana.

El idioma, en cambio, es nuestro más limpio blasón común. El castellano se ha hecho hoy tan nuestro como de España. Sobrellevadas ciertas utopías regionalistas, salvado el miraje corto de los idiomas nacionales, se ha abierto ya, indiscutido paso, un amoroso cuidado por la riqueza y la ecumenicidad del castellano.

La filología nueva revela que el idioma es el alma de una raza, su «forma» ideal creadora, no un algo instrumental y puramente mecánico, pasivo. Los mejores valores humanos de lo español laten en el castellano. Pero son también nuestros. Y en constante devenir.

En el orden de las conclusiones, se afirma ahora la «hispanidad» en uno de sus aspectos principales: la unidad de los pueblos de un mismo «origen» y «cultura». Estamos ante el literal «imperio hispánico».

El «imperio» —se dice— no es forzosamente sujeción de una nación a otra, sino unidad y coordinación, más «vigencia», de algo que puede ser tan inmaterial como una ideología, un principio, una regla jurídica, un destino común en plano de igualdad. (Se recuerda la ordenación legal de la Colonia: Reino de España; Reino de Indias, teórica paridad). Contra el «imperio de poder» se crea la criatura ficticia del «Imperio Espiritual». Es el consuelo de la vejez. Se desarrolla en la faz crítica, la manquedad e insuficiencia esencial de los nacionalismos, la falta de sentido histórico actual de la concepción liberal de las entidades nacionales y su trasnochado carácter atomista. Se baten las nociones del contractualismo, la soberanía clásica, externa, la igualdad puramente teórica, el principio de la no-intervención. Se desarrolla con ejemplos que no faltan, y menos faltan aquí, la condición inerme de las pequeñas naciones aisladas, títeres, desde su nacimiento, de toda presión extranjera, que acentúa aún más, y cuanto puede, su aislamiento, por aquello del eterno «divide et impera» (a).

La posición imperialista o «imperial» (b) es una pura falla. Es «posiblemente» cierta su primera afirma-

(a) En este sentido, el interamericanismo actual, que es un sumar y multiplicar, es una magnífica y promisora inversión de la máxima.

(b) No aceptamos en un sentido moderno, la distinción que hacen enfáticamente los hispanistas, entre «imperialismo» e «imperio».

ción, y es cierto en general su flanco crítico. Pero carece ante todo, de sentido histórico, la disociación, tan grave y profunda, que implica la noción de «imperio espiritual».

Aislando períodos tan breves, tan singulares como el de la conquista material de Grecia por Roma y la cultural de Roma por Grecia (caso más auténtico de unificación de dos mundos de valores, bajo una sola instancia política); el del imperialismo norteamericano antes de 1930 o el de Francia antes de su caída, la nota de cultura ha acompañado siempre a la nota de poder. Pero la ha acompañado casi siempre a alguna distancia, lo que hace inválidas las excepciones.

O estamos en la historia o estamos en el reino de la abstracción. O el imperio no tiene sentido, o cierta acción, cierto dominio, escoltan siempre el reino de un espíritu (6). Otra cosa es, que un «ideal» imperialista en trance desesperado e infructuoso de hacerse simpático, se presente sin uñas. Otra cosa es que se viva en el orden de la propaganda para el consumo interno, nacional, sin responsabilidad creadora (a).

Para la misma noción de igualdad, posible en un «commonwealth» de naciones, como las de habla inglesa, el genio español es demasiado subjetivista, egocéntrico, absoluto. El período colonial no fué el de desatentada explotación que lo ha pintado cierta historia poco escrupulosa. Por lo menos, las sociedades americanas no fueron más explotadas en beneficio del poder, que las europeas (la historia nueva ha aportado datos sobre el costo deficitario, que en las últimas épocas, le represen-

---

(a) La presunción que del lado «espiritual» entraña este «imperio», es develada a todo lo largo de este libro.

taba a España la pesada burocracia necesaria en América). De cualquier manera, la concepción «moderna», siglo XVI al XIX, del Imperio, es hostil a la organización igualitaria, y el «imperio español», el que se hubiera querido restaurar, el que sobrevive aún en algunos como desatentado sueño, a pesar de su ideología, pertenece a ella.

Esta pretensión desconoce el doble extremo irrenunciable de lo universal, como meta y fin último, y de naciones elaboradas y con personalidad, con un siglo de vivir libre y diverso. Utiliza un vocabulario ambicioso, desusado, típicamente nazi; provoca representaciones repelentes de opresión, de mediatizado destino.

Porque sucede que la idea de la unidad tiene dos caras: una «instrumental», una «final». En un primer sentido es ambigua. En la actulidad, la esgrimen el Interamericanismo y el hispanismo antagónicos. Finalísticamente, excita toda una secuencia de representaciones: lo homogéneo contra lo heterogéneo; lo uno, como ontológicamente superior a lo diverso; la idea de la fuerza, resultado de la aglutinación; la del ahorro de energías, etc. (Sociológica y psicológicamente, la riquísima médula de la idea de unidad no ha sido debidamente estudiada). También, decíamos, tiene un valor instrumental: es unidad contra «alguien», defensa de «algo».

Para los hispanistas significa la «hispanidad» la unión de los países latinoamericanos contra los Estados Unidos y contra sus contenidos de civilización. Tiene esta unión un contenido y un fin; un contenido y un fin que nos enfrentan con ella.

Porque lo que necesitamos es una comunidad americana, no un imperio. Será una comunidad en la que

todas las naciones, (sin perjuicio del derecho de todos los pueblos, «como pueblos», a la autodeterminación), pesen según su realidad; sin opresión para ninguna; unidas por lazos y vínculos más fuertes que los puros contractuales; con soberanías limitadas y una identidad de regímenes políticos, nivel social y vigilancia colectiva, que excluya el principio de la no-intervención, cuando esta intervención es ejercida por la comunidad y con vistas al Bien Común.

La «hispanidad» quisiera crear un conjunto imperial para «defendernos» del Norte. Nosotros, los americanos, una unidad total, con los Estados Unidos. Para vencer en común unos comunes males. Y como primer paso: lo definitivo. Nada de unificaciones parciales que no harán sino crear tensiones de poder y de ambiciones, que dificultarían peligrosamente la unión total. Nada de ponerse a restaurar la vieja federación bolivariana, o la de la América Central, o crear la del grupo de naciones nacidas del virreinato del Río de la Plata (a).

(a) La unión del Uruguay y la Argentina, mentada de larga data, sería una de esas aglutinaciones parciales, creadoras de tensiones nuevas. Cierto sector importante del país vecino es netamente hostil al Brasil y, ni qué decirlo, a los Estados Unidos y nos utilizaría como peón de un sucio juego xenófobo. Estaría lograda al calor de representaciones alógicas sobre la unidad y de ensueños (como los del «nacionalismo» vecino) de beligerancia y engrandecimiento territorial. Nosotros, que en cierta época hemos sido partidarios, sino de una unión, de un estrecho pacto confederal, creemos que además de los decisivos argumentos ya dados, una fusión de tal entidad se realizaría bajo condiciones de prepotencia y subordinación. No sería confluencia libre de dos entidades libres, sino vasallaje y entrega sin remisión. Alguna

La Historia fué una palanca poderosa de la posición «hispánica». Gran parte de ésta, se apoya sobre sus sedicentes lecciones. En el movimiento favorable a la conquista y a la obra de colonización españolas, copioso giro reivindicador, vinculado estrechamente al del Siglo de Oro español, intervinieron historiadores de todos los países, de todos los matices políticos. En América son Levillier, Ruiz Guiñazú, Parra Pérez, Carbia, Esquivel Obregón, Agüero, Pereyra, Vasconcelos. En Francia, Marius André, más panfletista que historiador, ha tenido sustanciales intuiciones sobre Bolívar. Walsh, Lumnis, Bell, Kirkpatrick y Jane encabezan larga nómina en los países anglosajones. En España, entre muchos, se han destacado el padre Bayle y José María Ots, hoy en el exilio.

La figura de un conquistador sanguinario, codicioso y ávido, se contrailuminaba, se hacía excepción, se atenuaba con la previsión generosa del jurista, la santidad del misionero y del mártir, el rigor honesto del administrador. (Dentro de la trinidad inglesa de las G: «gold» y «glory» se ayuntaban definitivamente con «gospel») (7). Lo que se nos decía regresión científica y oscuran-

---

gente de la otra orilla no nos quiere y ha adquirido de Europa, el loco ideal expansionista. Además el Uruguay, junto a ciertos defectos, hoy representa «valores» que se esterilizarían completamente en una unión con la Argentina: cierta rara y valiosa aptitud para ver como nación lo «universal», en términos de limpio desinterés; su equilibrio de clases, su natural democracia social, el más recio soporte de su democracia política; su sentido de la Humildad, de los «valores pobres»; su nacionalismo económico y su relativa inmunidad al tentáculo supercapitalista; la eficacia también relativa, comparativa, de su Estado. Los dictados de una historia dudosa y ya prescripta, no pesan más fuerte. Las pequeñas naciones todavía tenemos una gran función en el mundo.

tismo intelectual, resultaba movimiento artístico y literario complejo y rico, donde había encontrado el alma del indio, expresión lograda. Y universidades y enseñanzas y vida cultural, no inferiores, no diferentes a las de Europa, ni menos científicas ni más atadas a la escolástica, que cualquiera de las no españolas del tiempo. Y la destrucción y esclavitud del indio, leyes sociales previsoras y tutela inteligente, aunque no siempre efectiva.

Y la política económica: monopolismo, flotas, persecución a la industria autóctona, ni distinta ni peor a la que todas las naciones colonizadoras realizaban en la Edad Mercantil, entre el consenso y la práctica universales. No era ni la más intransigente ni la más radical, y estaba impuesta, en gran parte, por las razones estratégicas de la piratería enemiga. Y en el peor de los casos, una elevada preocupación por las cosas del espíritu, como dispensa del olvido en que se tenía a las de la tierra. Y «la explotación de América», explotación gravosa para España, y participación nativa —aunque angosta— en los puestos de gobierno. Y el complicado aparato colonial, sabio sistema de apelaciones, controles y garantías. Y una burocracia eficaz y proba, sobre todo en los rangos superiores, y en el período borbónico y liberal.

Una imagen de persecución inquisitorial, de vida dura, recoleta, se veteaba de una existencia blanda, tolerante, donde cabían ironía picaresca y sonrisa; cruzada de velas olorosas, de extranjerías, de interés y de aventura (8).

Después de la apología del Coloniaje, la posición hispanista insiste con especial complacencia en la realidad de todos nuestros países en el siglo XIX y parte del actual. Se apoya en la desilusión que la aplicación

de las fórmulas liberales-federalistas-democráticas, queriendo salvar grandes segmentos vacíos de cultura, de equilibrio, de madurez histórica, de autorresponsabilidad, provocó en gran parte del pensamiento latino-americano del pasado y aún del presente.

Salvando minutos contados de euforia, de fe, de trabajo solidario ¿cuál es el panorama más frecuente que la historia de nuestra Latinoamérica nos brinda?

En el orden social, es el de la escasa «organicidad» de las comunidades, con la falta de capacidad de defensa, de subsistencia que esto significa, con su docilidad a la regulación despótica estadual. Es el de un rabioso particularismo, el del individualismo anárquico, el de la indisciplina general. Es el de los desequilibrios sociales inverosímiles: oligarquías semifeudales de la tierra, campesinado mísero y analfabeto, magro proletariado por la menos densa industrialización.

En el orden político parece darse la ausencia sistemática de todos los factores que mantienen la cohesión de un vivir colectivo equilibrado y fecundo. El Estado es impotente, ineficaz y desmantelado. Infimo es el equipo técnico y administrativo. No hay una doctrina acatada y común, claros fines nacionales, «estratos de concordia», una tradición, una continuidad. La clase dirigente, cuando no falta o es ralísima, resulta despótica o servil. No hay nada que dé una instancia superior a las pugnas furiosas de los partidos, que preste a éstos estabilidad, que evite su desesperante proliferación. No para el duelo pendular entre una disciplina cuartelera y un libertinaje sin responsabilidades. Autocracias contra demagogias, con un frecuente tercer término oligárquico. El poder ignora al mismo tiempo sus límites y su recta potestad; el ciudadano sus derechos y sus de-

beres. El «voluntarismo» político es norma suprema, y el mando es botín, casi siempre dócil, de la mayor ambición, de la mayor brutalidad o de la mayor codicia; su tenencia es lenta o caleidoscópica. Los fines gubernamentales están sólo agitados en el esquema retórico de los programas; reinan la oratoria, el gesto y la promesa dolosa.

Las sólidas mallas legales del coloniaje rotas, deshecho el sentido «reverencial» del poder, atomizados los tejidos sociales, la voluntad general, la fiel representación y un sufragio libre y universal, son casi siempre piadosas farsas, cuya realidad a nadie convence. La prepotencia y la imposición son la relación normal de dirigente a dirigido, y en este tránsito repentino del súbdito al montonero, es la impotencia para la ciudadanía, por falta de sostén cultural, de autodeterminación reflexiva y a la vez solidaria, de independencia e igualdad económicas.

Se mantiene una dualidad constante entre una política exenta de elemento ideológico e institucional, personalista, caudillesca, de instinto zoológico, «realista» en el sentido más rastrero y estomacal del vocablo, y evidentemente mayoritaria, contra el doctrinarismo de la minoría, a veces desarraigado y siempre absorto. Por un lado: desprecio e ignorancia de la ley, de toda norma heterónoma, impersonal, estable, garantizadora, contra el ímpetu, el desafuero y la improvisación; por el otro costado: «legalismos» de desprecio del factor humano y telúrico o, por lo menos, de ignorancia de su función histórica concreta (a).

(a) Nos parece que esta absolución de posiciones, nada pilatesca, es más razonable que resucitar, como hoy se hace en la Argentina y aún acá, con fines políticos, la pugna doctrinaria e histórica de «legalistas» y «caudillistas».

En el orden nacional nos encontramos con una política títere a las intervenciones extranjeras, con la enajenación económica al imperialismo capitalista, con el separatismo de regiones y países, al calor del particularismo y al amparo del ideal federal. Tampoco faltan las disputas fronterizas ni las guerras internacionales. Aunque las regiones limítrofes están casi siempre deshabitadas, sobra el «espacio vital» y la conciencia de cada nación fué en general bastante nebulosa hasta muy avanzado el siglo pasado, siempre tuvo éxito la «maniobra de distracción» de las oligarquías o el estímulo imperialista exterior.

En el orden espiritual, el extranjerismo, el miraje cosmopolita, lo exótico, están en debate ciego con lo autóctono (9). El poder moral tiene roto todo gladio sancionador; el fraude, la corrupción administrativa y el desenfreno crecen como plantas malas. La espiritualidad está convertida en roña, en falta de sentido del trabajo, en desprecio de lo económico. La religión ha perdido su virtud ordenadora de la vida o es coraza oligárquica que hace nacer —aunque parcialmente— un radicalismo laicista y persecutorio.

Es terriblemente cierto este espectáculo nuestro del siglo XIX y del XX hasta diversos períodos. Para los «hispanistas», esta es la consecuencia de la negación de la «Hispanidad», de sus instituciones, del desaferrarse de su ideología. La Revolución Emancipadora no se habría realizado bajo este mandato, sino, por el contrario, con un sentido conservador, monárquico y cristiano. (Para los «hispanistas» argentinos, las dos direcciones, la «continuista» y la revolucionaria, fraguan en el antagonismo, hoy muy usado, de Saavedra y Moreno). Guerra Civil, con españoles y americanos en ambos ban-

dos (en esto existe hoy unanimidad), habría sido una lucha simplemente escisionista en lo territorial (a) y sólo sería un posterior cambio de signo, el que la hizo beligerante del orbe cultural hispánico.

Lo indudable es que todo esto corre vinculado con la ruptura del viejo orden colonial; fué su efecto natural, no querido. Hay un andante paralelo de estos males, con todo un proceso ideológico-político (11). Forman en él, la imitación, demasiado servil, del federalismo norteamericano y de la filosofía revolucionaria francesa, con su dualidad Montaña-Gironda. En lo religioso, es el curso que va desde una fe tradicional al llamado «catolicismo liberal»; de este al estoicismo, al sentimentalismo, al deísmo; de ellos al liberalismo agnosticista y neutral, al monismo materialista, al evolucionismo, al racionalismo, al ateísmo religioso y a todas las formas del laicismo persecutorio. En el orden metafísico, son el subjetivismo kantiano, las formas subsiguientes del idealismo alemán; más tarde, avasalladores: el positivismo y el pragmatismo. En el de los valores morales: el materialismo lato, el utilitarismo, el escepticismo. En el de los ideales sociales: el culto idolátrico de la riqueza, el ideal —1880-1900— de «la carne, el trigo y el riel»; en el de la enseñanza, la misma subordinación de lo cualitativo-cultural a lo cuantitativo-instrucción, que vemos tan clara en la ideología del «normalismo» escolar.

Detrás de todo este proceso, colocan los «hispanistas» las «fuerzas secretas» que lo movieron. Seríanlo la masonería, el judaísmo, el protestantismo, el capitalis-

---

(a) Esta tesis se da en un reverso de izquierda: las guerras de la Independencia, en América y España, formaron parte de un sólo proceso, triunfante aquí, fracasado allá hasta hoy (10).

mo; moviéndolas todas: las potencias de habla inglesa.

Muy pocas palabras sobre esta pseudo-historia. Los pueblos no se hacen, ni se deshacen, entre conjurados, sótanos y capuchas.

Si bien en casos singulares, estas interferencias pueden ser ciertas y hasta importantes, al fin de cuentas es la calle la que mueve a los sótanos y no los sótanos a la calle. El pleno día es más sustancial que la penumbra, tiene más vigor ontológico.

En cuanto a la intervención del sajón en este proceso que reseñamos, es cierto que el correr del XIX americano está ligado a todo un orden mundial de cambios, cuyos titulares fueron principalmente Inglaterra y los Estados Unidos (también Francia, también, al fin, Alemania).

Recién nacidos a una existencia visible, personal, fuimos débiles y fácil presa en un ciclo de codicias. Se supo naturalmente, cuales eran aquellas novedades que nos debilitaban, y algo se fomentaron conscientemente, desde fuera. El ataque a nuestra tradición cristiana —valiosa a pesar de tantas cosas, valiosa con todos sus defectos y rémoras y superfetaciones— es uno de los capítulos más tristes de esto. PERO SIN EMBARGO, LO PRINCIPAL ES LA ADAPTACION, CASI AUTOMATICA, DE NUESTRAS NACIONES, A UN ORDEN CULTURAL DE VIGENCIA ECUMENICA.

Además, hay que anotar esto: en todas partes donde era viva una «tradición», atacaron unas determinadas fuerzas. Vinculados históricamente a ciertas naciones, a remolque de algunos países en lo económico y en las costumbres, semicoloniales como éramos, páginas puestas en blanco por una voluntad de rompimiento, tuvimos que conocer los efectos de este fenómeno más intensa-

mente que otros. Se atacó a la «tradición hispánica», no por hispánica, sino por tradición (12). La ideología, y los términos de potencia y de dominio, se confundieron en este ataque.

Todo esto es útil no olvidarlo. Pero tampoco lo es, el olvidar que estamos viviendo un nuevo ciclo histórico de reconstrucción, en el cual, la lucha de tres siglos entre el «viejo orden» y la negación antitradicional, periclita por destrucción completa del primero, y por agotamiento interno del segundo término. Vivimos ahora un nuevo tramo universal, que las naciones anglosajonas, con las que estamos unidos en el presente y en el futuro, capitanearán por derecho de su pujanza y de su heroísmo. No vamos a colaborar con ellas en cuanto presuntas titulares de este proceso de tres siglos, que sin embargo destruyó tanto con justicia y que mal o bien amasó nuestro vivo mundo (13). Lo vamos a hacer, en cuanto son forjadoras, con nosotros, de una nueva época y de una disposición nueva para las cosas y las almas; de un nuevo tiempo que cierre una historia y reabra otra, sin tantos dualismos superados.

Si es relativa y parcialmente cierta, entonces, la genética de nuestros males, es radicalmente falso su corolario: la intención de volver a la «Hispanidad». Es antihistórica la pretensión de que, si trajo males la negación de algo, la negación de ese «algo» no fuese necesaria —la historia no es parto sin dolor—, y de que ninguna de estas cosas, cuya desaparición trajo males, no estuviera perimida ya, o en trance de perención. (Para una dialéctica inteligente y realista, no hay siglo, y menos el XIX —el menos «estúpido» de los siglos— sin un signo creador y necesario). Es antihistórico, sobre todo, el suponer que unos males hayan de remediarse con una

vuelta al término anterior. La Hispanidad fué una «circunstancia», no una «constante», y sus elementos eternos han entrado hoy, o pueden entrar, en el nuevo ideal americano. Con tantas grietas no es viable ya ni para la propaganda política, la menos exigente de las caseras.

Por último: la actual incapacidad de España, de encontrar en su «hispanidad» soluciones viables y originales, nos hace pensar: ¿hubiera sido mejor, continuar, «reaccionariamente» —con secesión o no— las condiciones políticas, religiosas, sociales, del coloniaje y llegar a situaciones como la española, o no ha sido preferible la búsqueda, entre el tanteo y los excesos, de un «orden natural», o de unos equilibrios, de un «orden moderno en la libertad»?

Cabrían objeciones, porque el «si» es el tembladeral del tiempo, su infinita, selvática vía muerta. Pero en la historia, que es inflexible, coagulada secuencia, nos parece mejor, infinitamente mejor, lo que pasó que lo que pudo pasar.

IV

Vista ya en sus elementos sustanciales, tiene la «hispanidad» dos lemas actuales: la «defensa» de Europa, y la hostilidad a los Estados Unidos.

Porque el franquismo se siente hoy avanzada de Europa, de «la joven Europa», fabricada por Doriot y Goebels. Una exaltada creencia en lo europeo alienta en las actuales tesis hispanistas (14). Pero España también se siente americana y aspira a cumplir entre los dos continentes, una «misión pontifical». Pontifical, «pontifex», hacedora de puentes.

Si reducimos a Europa a un nudo concepto geo-

gráfico, sin duda, Alemania y sus satélites forzadas, portan su significación en el mundo. Entendida como concepto y unidad de cultura, como núcleo de valores, tales potencias son su antítesis cabal. El totalitarismo es la negación del proceso medular del pensamiento europeo: greco-romano, cristiano, humanista, moderno. Prusia, ese anárquico e inestable centro de irradiación hegemónica, ha sido la constante enemiga de Europa. Histórica y culturalmente, la personería es imposible. Como está dicho palmariamente, allí fué el hueco sin evangelizar entre el oeste católico y el este ortodoxo, y Europa es Evangelio. ¿Qué se defiende entonces? ¿Cierta vida vegetativa de la cultura, cierta investigación y erudición?, ¿esa existencia casi subterránea del Espíritu, que salva la continuidad en los días peores?, ¿los tesoros materiales del saber y la belleza, creados y acumulados durante generaciones?, ¿la tenaz memoria histórica que le da el haber sido tan larga habitación del hombre, y de hombre protagonista?, ¿acaso la libertad cristiana?, ¿tal vez el tesoro de inteligencia, fineza, espiritualidad, yacente y afinada aristocracia, esa claridad, ese aquilibrio, esa experiencia, ese refinamiento, que los pueblos conscientemente europeos, Inglaterra, Francia, Italia, poseen?

Contra esto, la ola de la barbarie oriental, la versión apocalíptica del futuro europeo que ante la perspectiva de su derrota, Alemania quiere suscitar, no es convincente. ¿No ha sacrificado ella «actualmente», lo que dice querer salvar?

Nosotros no podemos negar lo europeo, así, a rajatabla. Pero no son indudablemente España ni Alemania, las que pueden sentar cátedra de su exégesis.

(Por parte hispánica, la posición es nueva. Los ideó-

logos caros a los actuales dirigentes españoles, oponían el continente demoníaco de la Razón, la Técnica, la Libertad, con la inmaculada España de la podre, la fe y el ascetismo. Esta posición sólo era superada por los auténticos tradicionalistas: un Menendez Pelayo, arquetipo de universalidad, al que hay que salvar, como lo hacía Luis Araquistain hace unos años y en unos ensayos admirables, del reaccionarismo, y ahora del procerato franquista. Infieles a su legado, los hombres que sostienen la «hispanidad», sentían hasta ayer una irresistible simpatía por la posición casticista, antieuropeísta, de Unamuno, y por las tesis más extremas sobre la africanización de España).

Parece evidente que, sobre la inexorable comunidad del destino humano, sobre la índole «católica» de la solución que adviene, un cierto recelo, tejido de experiencias distintas, de alejamientos consumados, de secesiones establecidas, mantendrá separados a los dos continentes durante algún tiempo.

El peligro de un «continentalismo», tan fatal y no menos limitativo que los nacionalismos, se insinúa para el mundo, si América no trueca en generosidad mundial, en humildad de juventud y aprendizaje, en auténtica universalidad, ese magnífico orgullo constructivo, ese brío señor del futuro, que hoy mueve su corazón y su brazo. No una Antieuropa, ni una Supereuropa, sencillamente América debemos ser. Y por ella, el apetito seguro de dar a los valores del Occidente, del mundo, una versión más nueva y ancha, mas sin contradicciones (15). Hoy tenemos algo, lo mejor de una tradición humana entre las manos. Lo hemos heredado como se hereda siempre, por obra del destino y del azar. No estamos maduros para ello, se dice, y es cierto (16).

Pero aunque seamos aptitud en agraz, sabremos custodiarlo, llevar dignamente esta secuencia cultural, darle un hogar más tranquilo. La reflexión no acrecienta nuestro orgullo, ese orgullo tantas veces tonto, insensato, exultante. Pero multiplica nuestra energía.

Y si continuamos algo, tenemos que saber lo que continuamos. Prolongar la auténtica Europa, no es prolongar alguna de sus versiones finales y degradadas: la Europa de la anarquía moral, del materialismo, del disolvente escepticismo. Una cosa es continuar, en su diversidad, la Europa de Maritain, de Juan Ramón Jiménez, la de Stefan Zweig y la de Franz Werfel, la de Jules Romains y la de Bernanos. Otra, la Europa de Maurice Dekobra y la de Chevalier (a).

Hemos estado viviendo un siglo al cubileteo de los continentes. No podemos estar librados a una América en la libertad, a una Europa en la opresión (1810 - 1830; 1933 - 194..); a una América recelosa, conservadora, autóctona, a una Europa progresista e iluminada (1830 - 18...), para andar tirándonos a la cabeza con los «sistemas» «europeo» y «americano» (17). Esta pugna estéril, sólo podrá ser superada por una nueva conciencia, que integre los legados y conquistas de dos siglos, en un cuadro del Orden Natural, pulcro, flexible e histórico,

---

(a) Frente a estos imperativos de hacer confluir sobre América todos los signos positivos de las culturas particulares, resulta un poco ambigua, la aspiración, hace poco planteada en nuestro país, con motivo de la Facultad de Humanidades en ciernes, de «libertar nuestra cultura». ¿Libertarla de qué? ¿De la literal imitación y del reflejo? Pero antes de poder pensar en una contribución creadora sistemática, hay que ponerse al día, mejorando mucho la entidad de lo imitado, la calidad de lo reflejado.

y a la vez trabaje con un testimonio claro, ardiente y completo de la realidad continental. Sólo esto nos permitirá edificar contra el tiempo, superior a él, nuestra propia casa.

Los binomios beligerantes de vejez y juventud; de estrechez y de amplitud; de escasez y de abundancia, son eficientes como estimuladoras representaciones de la fe, de la esperanza, de la energía. Pero debemos poner nuestra admirable entelequia de América, sobre algo más alto e infinitamente más duradero que condiciones geográficas, económicas o biológicas. Los pueblos no sienten los años como los hombres. Por un cabo, la atonía, el indiferentismo, tan abundantes en nuestros países, son más viejos que el mal empleado brío juvenil que indudablemente inflamó a una parte de Europa en los años previos a la guerra actual. Por otro, tenemos la evidente juventud de una cierta «virginidad» de problemas y de soluciones, un inexhausto patrimonio de esperanzas; tenemos sobre todo, proyectos intactos (18). En cambio, somos la mayor parte de América, vástagos de un mundo viejo sobre un dintorno nuevo. En cambio, ¿son tan biológicamente jóvenes, las poblaciones depauperadas de la mayor parte de nuestro continente?

De cualquier manera, necesitamos de Europa, necesitamos de España. Necesitamos su pasión, su desinterés, su gravedad ante la vida y la adhesión valorativa, su capacidad de fe y de creencia, su dinamismo heroico, su sentido sin estridencias de la honra.

Necesitamos de Inglaterra, ese esfuerzo milenario por concebir la vida humana, la vida del hombre, la vida de cada pequeño y humilde hombre, en términos de decoro, dignidad, libertad. Y la maravilla temblorosa, fina, risueña o tierna, frutal o desolada, de su no-

vela y de su lírica (para nosotros Inglaterra será siempre John Keats y Virginia Woolf). Necesitamos su sentido de la belleza de la vida material, del esplendor ancilar de las cosas; su gusto entrañable y hondo del hogar, el niño, el animal, la naturaleza. Necesitamos la enseñanza de su combinación del elemento aristocrático-democrático; de su clase dirigente, amplia y abierta; su capacidad de tolerancia y comprensión; esa alianza impar de tradición y de progreso (de tradición democrática, compartida, no de casta); la fuerte textura institucional de su vida social.

Y también de Francia, de Italia, de las calladas pequeñas naciones...

La animadversión de los «hispanistas» hacia los Estados Unidos, utiliza tres argumentos esenciales. Ellos son:

1) Una oposición de orígenes, raizal, de punto de partida, entre la América Sajona y la América Latina.

2) Una identificación de los Estados Unidos con el fruto de tres siglos cuyo espíritu se rechaza: humanismo antropocéntrico, liberalismo, capitalismo, maquinismo. Es decir: la nación como civilización, como contenido espiritual.

3) Un antagonismo entre la América del Norte sajona, con las del centro y sur latinas; esto es: los Estados Unidos como proyección política exterior, como acción en el continente (a).

(a) Se hacen, además, argumentos de un orden más ocasional. Los nazis argentinos son «maestros» en ellos. Fundamentalmente, consisten en decir que el Interamericanismo, la «Good Neighborhood», corren peligro. Y que estos peligros son econó-

El punto de partida fué distinto, es cierto.

«Nosotros los del Norte, somos hijos del siglo XVIII: de los padres de la ciencia física y política, de la mecánica de la justicia social. Vosotros sois hijos de los años de 1500 a 1700: los años de los descubridores y conquistadores de mundos; los años de los místicos, armados con la ley, la Cruz o la espada, que soñaban con un estado universal cristiano; los años de hombres que todavía aceptaban que la vida es trágica, que el sacrifiico es fecundo, que todas las dimensiones del mundo tienen la luz en el Misterio; los años en que la humilde, inmemorial comunión de cada hombre con su suelo y consigo mismo (en la que encontraba a Dios), aún no había sido rota por la voluntad ambiciosa y por el orgullo de la ciencia» (a).

Pero eso no demuestra que el de llegada lo sea.

«Frente a la dualidad irreductible del Viejo Mundo, América presenta una contextura unitaria, en la que figuran expresos, los dos términos de una soluble dualidad. El pragmatismo sajón con sus conquistas materiales es complementario del espiritualismo latino con sus promesas trascendentes. Sobre que habría mucho de espiritualismo en el éxodo de los «padres peregrinos», cuya realización es probable que venga por obra de Hispanoamérica, y mucho de ambición material en la sed de oro de los conquistado-

---

micos, estratégicos, sociales, y que sobre todo, están en la política interna estadounidense.

La novedad no es muy grande. Para el que tenga una visión a la vez realista y esperanzada de la historia ¿cómo dudar que esta revolución copernicana de las relaciones y de toda la vida continental, está acechada de enemigos por todas partes?

Pero es también gracioso que justamente aquellos que más odian una causa sean siempre los más maternalmente alarmados por los peligros que ésta corre. Los nazis no se dirán tanto antidemócratas, como llorarán tiernamente sobre la guerra de los «boers» o sobre la Ley Lynch, al fin y al cabo, una milésima de los que ellos hicieron y hacen. Los «nacionalistas» latinoamericanos no se manifestarán tan contrarios a la «buena vecindad», como impacientemente apesadumbrados de su no completa vigencia.

(a) Waldo Frank: op. cit. págs. 67 y 68.

res, cuya evolucionada consecuencia afluirá por vías norteamericanas. Ambos términos representan los dos fueros, el exterior y el interior, el objetivo y el subjetivo. Entre sí se acoplan, necesitándose mutuamente para alcanzar su natural desarrollo y conjuntamente esa dimensión resultante de la multiplicación de lo material por lo espiritual que reclama el reino del hombre» (a)

La filosofía histórica reaccionaria encarna en las naciones anglosajonas la gerencia, siempre triunfante, de las fuerzas que destruyeron «el orden».

Queremos ser breves. A condición de no repetir, estas páginas terminan quemando trancos. Hemos visto el sentido de esta «filosofía histórica reaccionaria», su peso, sus tremendos olvidos; la falsedad de indentificar una corriente histórica ecuménica de centurias, con una nación o naciones determinadas. Hemos denunciado la verdadera bellaquería intelectual que significa cuajar irrevocablemente una nación en un valor o valores dados, cerrando el cauce natural a toda síntesis de culturas. Si ciertas preferencias pueden marcarse, y se marcan, en mentes de evidente simpatía al mundo anglosajón (19), ninguna entidad humana agota su valor en un signo. La identificación, por otra parte, no es unánime: Jesús Guisa y Azevedo, reaccionario mejicano y germanófobo cabal, le atribuye al Reich la tenencia del proceso (20). Con esto continúa la inclinación de los escritores franceses de derecha: Maurras, Sallière, Bainville, Massis, Laserre; prolonga mismo antipatías muy acentuadas del pensamiento tradicionalista español (21).

Hay, ha habido, una realidad imperialista. Hablamos de ella. Si bien no solos (Francia los acompañó en las tentativas territoriales, Alemania en las inversiones industriales y financieras), los países anglosajones des-

---

(a) Juan Larrea: art. cit. pág. 19.

empeñaron en ella una función prominente. Pudieron ser identificados en un momento, con este proceso de hipoteca, despojo, mediatización.

Estamos con los países libres, no por su historia imperialista, sino a pesar de ésta. Por nuestra fe, no ciega, no pasiva, no laxa, de que dentro de ellos no dominan, no dominarán las fuerzas que la movieron. Porque nuestra actitud también es una ayuda para impedir su dominio (22) (cosa que no se ve frecuentemente). Porque confiamos en una paz que les ponga definitivo jaque. Y aunque tuviéramos que seguir luchando contra un imperialismo ¿no hay una escala de valores para medir unas remediables tarifas, unos remediables salarios, y el decoro del hombre, salvado?

Además, los «hispanistas» presentan una visión de los Estados Unidos, falsa, caricaturesca, perimida. Contra ella es eficaz hacer un balance de excelencias y lastres. La causa de nuestra gran hermana gana con él.

Se trata de vencer:

1. La primacía de lo económico en los fines vitales; el materialismo, el hedonismo; el culto desatentado del bienestar y del confort; la concepción de la libertad como posibilidad indefinida de goce; la religión del Dinero, la Ganancia, la Prosperidad y el Exito; todo lo que el mundo moderno simboliza en el Oro, como corruptor de la inteligencia y del corazón. (Todo lo que el mundo, con mayor o menor malignidad, viera simbolizado en los Estados Unidos del tercer decenio del siglo, de la «prosperity», hasta que el gran aldabonazo de la crisis y el derrumbe, fué como un camino de Damasco sin énfasis, hacia un orden del pueblo, de la vida, de la justicia).

2. El fruto y a la vez la dinámica de todo esto:

el supercapitalismo, los monopolios, el imperio del financiero, la desigualdad social, el frío ánimo de adquisición, el principio anárquico del individualismo económico (23).

3. Las calidades de presa, de dominio: sus pecados contra la igualdad racial e internacional: el imperialismo financiero y político; el desprecio del negro y la semidestrucción del indio; el mesianismo de raza, el nacionalismo expansionista, en sus formas militar y de inversiones.

4. En su tradición cívica: la subordinación y estrecha dependencia, en lo interior, y en lo exterior, de la cosa pública a los negocios; la mediatización de lo político a lo económico, traducida en el carácter financiero de la elección, en las múltiples formas de presión de los «intereses» sobre Parlamento, Justicia y Prensa. Es la concepción de los partidos como máquinas enroladoras; las oligarquías demagógicas, como el famoso «Tammany» (24); la mediocridad frecuente del equipo dirigente, salvada periódicamente, es cierto, por la aparición fulgurante de grandes jefes: Jefferson y Hamilton, Washington, Adams, Lincoln, Cleveland, los dos Roosevelt.

5. Todo lo que lo «yanki» fué tradicionalmente, como sinónimo de chato, vulgar, chillón, antiespiritual, extravagante, «colosal», falto de cortesía y de buenas maneras. (Era el repertorio de modales, de gustos, de reflejos, de una clase sin educación tenaz, sin tradiciones, rápidamente enriquecida, sentada en absoluto sobre el principio económico, llena de instintos de potencia, emulación, afirmación de sí).

6. En lo religioso, la difusión del ateísmo (no más general que en la «católica» Hispanoamérica), las ten-

dencias tan frecuentes a la magia, a la excentricidad, al crudo pragmatismo simplificador; a una religión sin ética, dogmas, precisiones intelectuales, oración, mística, iglesia ni metodología. Y el contrapeso que la supervivencia del rigor puritano tiene en una licencia vital incontrolada, de la cual la delincuencia espectacular, el abuso del divorcio y cierta «ética» cinematográfica, no son más que las expresiones extremas..

7. Algunas tendencias enfermizas de su cultura: cierta inclinación, cada vez más combatida, más relegada a lo plebeyo, por un arte puramente sensual, dominado por el comercialismo, y el lugar común; su peligroso declive a la imitación, la traducción, el resumen; la vulgarización, lo fácil, popularizado, elemental, utilitario. Cierta hostilidad a lo creador, austero, original, difícil, profundo, desinteresado, puro. Y la inscripción de la mayor parte de los productos de su inteligencia especulativa en una etapa cientificista, «evolucionista» y empírica, ya superada en general por el saber moderno.

8. Un ideal de vida dominado por principios puramente activistas y económicos, sobre los de la contemplación solitaria, sobre los del goce moroso y espiritual de la existencia; la tendencia a la simplificación contra el encanto de lo resistente; la primacía de la cantidad sobre la calidad; el maquinismo y el urbanismo, y sus influencias deshumanizadoras; la carencia de fines últimos, el naturalismo difuso de todas las reacciones nacionales (25).

9. Fuerzas tremendas de propaganda y homogenización tienden a crear un estrecho conformismo social, una mentalidad vulgar y en serie. Es el abuso de una noble credulidad, y su resultado, la anulación del libre

juicio, de la responsabilidad individual, de la inteligencia propia. Prensa y Radio utilizan la cifra, la imagen y el «slogan»; sirven al culto de la noticia, de la sensación, de las realidades brutales (26).

Todos estos males han sido denunciados, antes que por nadie, por los propios estadounidenses. Estos son fieles a esa larga vocación de verdad, de sinceridad, de público y universal debate, que hacen un islote al mundo anglosajón, entre un mar de inmundas egolatrías nacionales.

Todos estos males, también, son universales. Y no se puede decir que América del Norte los haya exportado. Para Estados Unidos, algunos ya son viejos: la etapa del literal «yankismo» y la del capitalismo monopolista e imperialista parecen cada vez más superadas. Porque a diferencia de una humanidad que aún sufre, sin muchas esperanzas de liberación, un orbe de valores ya rebasado por la inteligencia, la patria de Roosevelt ha engendrado, y tiene actuantes, las fuerzas que lo derrotarán. En la moneda hay otra cara, otra insurgente cara. Y de ella es hoy el alba, y mañana será la victoria. La que los «hispanistas» ocultan. La que un mismo filoyankismo banal, no deja siempre ver.

Es su magnífica hambre espiritual y religiosa; la acción transitiva, grandiosa, que en su entraña realiza una energía cristiana fuerte y sin trabas; «el catolicismo más libre del mundo», al decir de los últimos Píos. Y es su sabiduría política, que indudablemente no puede imitarse, no debió imitarse, a base de ciertos esquemas simplistas, como lo hicieron nuestros antepasados, sino por una plena posesión de la realidad yacente bajo esos esquemas. Esta realidad profunda es la que nos explica cómo en pleno liberalismo, tuvo Estados Unidos una tra-

dición: la admiración a Inglaterra, que Hamilton impuso, al revés de nuestra ruptura. De cómo tuvo una clase dirigente continua, y a veces brillante; un Estado unitario, cada vez más fuerte; un algo dogmático, real, universalmente acatado: la Constitución, a la vez concebida como símbolo de la existencia colectiva, que, precisa, simple, empírica, sin excesivas supersticiones teóricas, docil a la intuición; un poder jurídico-moral: la Corte Suprema, clero custodio de ese algo indiscutido, y de sus principios implícitos y explícitos: libertad, unión, igualdad, bienestar, búsqueda de la felicidad.

Esta grandeza civil vive de condiciones humanas, de cuño entrañablemente democrático: el hábito de la responsabilidad, la participación cotidiana y total en lo público, el sentido del «self government», la vivencia de la iniciativa individual, la solidaridad, la tolerancia creadora. Y es su resultado: la estructura y el arquetipo social de grupos y personas orgánicas, activas, participantes, iguales, responsables, y sobre todo cooperantes. Todo lo vivifican sus virtudes: su bondad, su generosidad, su sensibilidad, su humanidad, su hospitalidad, su buena voluntad social (27); sus calidades dinámicas: su gusto y sentido del trabajo, de la organización, del esfuerzo, de la iniciativa; su entusiasmo, su dureza, su poder, su disciplina, su gusto del peligro y del riesgo, su virilidad, su confianza, su vehemencia, su ardor. Y su imperioso realismo, su atrevimiento, su optimismo, su audacia. Su alegría, su cordialidad, su sencillez, su simplicidad, su dignidad (28). Y todas las virtudes ocultas de «su espiritualismo reticente», de su silencioso orgullo, de su callada exigencia de verdad y de belleza.

Tiene todas las condiciones biológicas, materiales,

para la creación, para la mejor continuación de lo civilizado: espacio enorme y raza joven. Para un radiosa humanidad, sentada imperialmente sobre las cosas del mundo, señora de su belleza, ofrece el esplendor físico de su hombre y mujer, el éxito de sus mezclas raciales, su gusto del deporte, su dominio de las cosas, de la máquina, su creciente victoria sobre la necesidad; sus éxitos en el plano del confort y del bienestar; su conmovedor respeto de lo real, de la naturaleza, de la materia viva.

Y como su hambre religiosa, su hambre espiritual; el apetito, en todas las clases, de conocimiento y de belleza, mostrado en la acción de la energía social y privada, a través de sus museos y bibliotecas de maravilla; junto a los impares medios técnicos de creación de cultura, junto a su generosidad y a su humildad en la recepción de todo positivo pensamiento perseguido. Es dueña ya de una robusta filosofía, una novela de trascendencia revolucionaria, una altísima lírica, una ciencia de milagro.

Y más que esto aún, vale su grandiosa empresa de superar los viejos males, ordenando sus ingredientes en un futuro y auténtico orden del Pueblo. La tarea es la de vencer la primacía de lo económico, como motivación central de la vida y criterio de desigualdad e injusticia, en una comunidad igualitaria, fraternal y democrática —hacia adentro y hacia afuera, en lo estadounidense, en lo americano y en lo universal—; en una comunidad jerarquizada en el Espíritu, pero en un «espíritu encarnado» (29). Porque, por primera vez en la historia, estos Estados Unidos, esta sociedad en trance de creación —los signos vienen de toda la rosa— tiene el fuerte sillar, nunca tenido, de una naturaleza, una máquina, un oro, una técnica a su servicio.

El crecimiento hacia el espíritu significa para la colectividad y para la persona, muchas cosas. Pero esta conversión hacia una norma grave, superación dialéctica de los malos fermentos de una infancia, de una adolescencia demasiado rápidas, demasiado felices, valen más que nada en la historia. Porque nunca habíamos tenido posibilidad de que ese «espíritu encarnado», fuese para gloria y plenitud de todos, y no de unos pocos, como lo fueron hasta ahora todos los conocidos (a).

V

¿Qué fué y qué queda ahora de la «Hispanidad»?

En América fué una bullanga de encamisados, cuando las Falanges estaban permitidas y las organizaciones fascistas y nazis las apoyaban con todos sus medios. Fué después, una clandestina movilización impuesta a los honestos y demasiado pacíficos, burgueses comerciantes de la clase media y alta que adhirieron al movimiento franquista; hoy, sobre todo en el Pacífico, es nada más que una oligarquía de blasones, contra las nuevas clases y el mestizaje, de gente orgullosa de su viejo origen. Es también, nos olvidábamos, una profesión no siempre mal retribuída, como todas las causas poco populares.

(a) Esta nueva civilización americana promete salvar victoriosamente, una serie de dualismos que llevan al mundo entre un polo de empobrecimiento espiritual o vital a otro polo de injusticia, ignorancia, anarquía. Son el dualismo de la naturaleza y el progreso mecánico, urbanístico; el del conocimiento y el misterio; el de la masa y las calidades impares; el de la iniciativa individual y la sociedad planificada; el de las virtudes viriles y dinámicas, y un mundo ordenado por la razón para la paz.

Los hispanistas quisieran que en América hiciésemos su «hispanidad». Cuando en el Consejo de la Hispanidad dijimos que esto de hacer «hispanidad» es como hacer «imperio» o «romanidad», una tarea sin sentido, un uncir la labor a lemas y las premisas a las conclusiones, la cosa sonó rara. Simplemente habíamos querido expresar que en América había que hacer independencia económica, cultura auténtica, obra social de redención implacable, autenticidad democrática, perfeccionar, tecnificar el Estado. Si lo que resultaba era «hispanidad», bien. Si no...

Pero además de querer imponernos su «hispanidad», pretenden hacérnosla desde Europa, descubrirnos de afuera. Y sea la salvación que fuere, tenemos que sacárnosla de adentro. Ya lo pedíamos cuando éramos algo así como hispanistas profesionales: una Hispanidad desde América, crecida en nosotros.

Aún aceptando que entre Latino-América y España, un cierto tipo de unificación cultural fuere susceptible de instaurarse (a), la pretensión del franquismo de erigirse en rector y propietario de ese vínculo, resulta insoportable. La creación de un Consejo de la Hispanidad a exclusiva base de personas y «personajes» oficiales españoles, es un índice claro de esta tendencia psicológica. (Lo que el franquismo hubiera conseguido en América para este Consejo, es otro cantar).

En España, el pretencioso ideal hispánico se ha convertido en un artículo de consumo puertas adentro. La cosa no pasa de gestos tan inocentes, como el de pro-

(a) Nosotros no lo aceptamos. Todos los vínculos que se quiera, pero dentro de la ya presente universalidad de nuestra cultura.

clamar a la Virgen del Pilar, «Reina de la Hispanidad». Esta «hispanidad» termina en facción aragonesa, que, protegida por Serrano, aragonés él mismo, consigue con este acto vencer a Santiago Apóstol, a la Virgen del Luján, a la de Guadalupe y a Santa Rosa. Historia y Religión, al vaivén de una diminuta política de campanario. Utilizada al fin como tema machacón de la retórica oficial, ha terminado por hartar a sus mismos escribas y mucho antes a España entera.

En España también, y en el propio Consejo de la Hispanidad, denunciamos las tendencias y formas que latían en la expresión del ideal hispanista: tópico, retórica, lugar común, vaguedad teórica, un vocabulario ambicioso y agresivo (30). Tópico, que es toda afirmación que ha envejecido estéril, sin parir, sin encarnarse, rostro gastado en limbos tristes. Tópico y retórica, simple juego de la expresión sobre sí. Tópico, retórica, más que lugar común, que es moneda sin cara, pero que ha cursado, humildad, castillo en ruinas.

¿Podemos conformarnos con esta «hispanidad» de exclusión, con este cosmos empobrecido? ¿Podemos avenirnos a reemplazar lo bueno universal por lo mediocre hispánico, a segmentar lo mismo excelso de lo hispánico, del ámbito europeo y ecuménico en que bebió sus zumos? Sería una doctrina continental sin el humanismo francés, sin la tradición institucional y el estilo de vida inglesas, sin la técnica y la filosofía alemanas, sin clasicismo greco-latino, sin la escolástica universal, sin la misma angustia del hombre moderno, —y pensamos siempre, no sabemos bien por qué, en Juan Arturo Rimbaud—, que canta en el laberinto y en el caos.

Los contactos de cultura, que no las mezclas, son la realidad constante. El módulo de la cultura hispánica, puede ser eficaz, parcialmente eficaz, —como cual-

quier otro, orgánico, personal: el francés, el inglés, el italiano—, para salvarnos de ser torre de Babel de cruzas culturales (31). Pero no podemos caer en esa pobreza, en esa miseria necia de una autarquía cultural. Y la «hispanidad» está concebida, quiere hacerse valer así: como mundo cerrado, como doctrina sin puertas, como ciclo cultural completo y clausurado.

En síntesis: estamos contra la Hispanidad, porque, en su naturaleza abstracta, universalista, indiferenciada a pesar de su raíz y pretensión históricas, desconoce la originalidad, potencialidad, la impar calidad de América. Porque malogra en su real eficacia, en su inmanente necesidad, muchos de los elementos que porta. Porque es un ideal de reacción y regresión, no a lo esencial y permanente, a lo roqueño y duradero, sino a contengencias pasadas y perecidas, constituyéndose, a pesar de la mentada fraseología de «la continuidad interrumpida» y de la «raíz hispánica», en la tentativa más peligrosa y radical (aún que la intentada entre la Colonia y la Independencia), de seccionar en segmentos irremediablemente separados, el cauce de nuestro curso histórico.

O fué una fórmula sin sustantividad, sin posibilidad de encarnarse, o fué la cohonestación espiritual de un expansionismo negador de las esencias americanas, su reservado y dañino aliado cultural. Imperialismo o retórica; paramento o fruslería.

Bien cernidos sus elementos, queda aún algo en el cedazo. Son esas verdades parciales, esos ingredientes de valor, que nos hemos esforzado imparcialmente por separar de la paja. Un Interamericanismo que los olvide, los desprecie o los desconozca, estará siempre amenazado de sus embates, no siempre inofensivos. Y además renunciará a esa calidad de generosa síntesis, que tiene que adquirir.

VI

Aún cierta la oposición inicial de culturas: sajona, economista, protestante una; latino, católica, político-religiosa la otra; aún alineándonos por fidelidad histórica en la segunda, por más insuficiente que haya resultado en tantas partes, por más innegablemente victoriosa que la primera haya sido; aún aceptados y dados por buenos los viejos dolores, el imperialismo, los desmembramientos, las humillaciones, ¿qué cosa más «histórica», más rigurosamente «histórica» que este «programa de vida futura», que este «prospecto», que este «proyecto» de existencia común, que este Panamericanismo, (o Interamericanismo como preferimos llamarle con Luis Alberto Sánchez y... con Franklin D. Roosevelt) (a). En este «programa de vida futura», que es justamente, la esencia de toda cohesión grupal sobre las divergencias originarias de la raza y el lenguaje, y que es nuestro común apetito de libertad, de justicia, de decencia, de seguridad y paz, se conjugan a la confluencia de lo espiritual-crematístico, el distinto orígen y los móviles históricos. ¿Qué vale el pasado, y aún el mismo presente, ante esta inexorable compañía —salvando, contra tantos, el distinto punto de partida y la real diversidad—, a que Latinoamérica y América Sajona se ven abocadas, nueva pareja adámica en su «paradis a l'ombre des epées»? No es «geográfico» el Interamericanismo, como lo califican peyorativamente los hispanistas, oponiendo Geografía a Historia, sino eso, afincadamente «histórico». Una Historia, naturalmente, mirando hacia adelante.

(a) Vale más el Interamericanismo, con sus matices de cosa multilateral, compleja y diferenciada, que el Panamericanismo, demasiado macizo y homogéneo.

Es falsa, y sobre todo está perimida, la visión de una América hendida en una dualidad insalvable de intereses, sentimientos e ideas; separada por un foso racial, histórico o linguístico (32). Es falsa también, ¿por qué no decirlo?, la concepción del mundo nuevo como una gran familia bien llevada, sin tensiones, problemas ni desgarraduras.

Lo único que realmente somos, de hielo a hielo, es el campo de batalla de unas fuerzas que no tienen etiquetas de longitud ni latitud. El frente no es continuo; las alianzas en todas partes no se dibujan igual; no tienen esas fuerzas la misma densidad ofensiva o defensiva, en un lugar que en otro. Pero rincón en paz, no lo hay, y la lucha es toda la misma lucha.

Porque eso es América: en una pluralidad de problemas, la convergencia hacia una única y comulgada solución. Y afrontando problemas y soluciones: unos mismos estilos, partidos, tendencias, espíritus y fórmulas. Imperialismo, oligarquismo, igualitarismo, democracia, sentido heroico y fraterno, vida estomacal y burguesa, entrega; no puede ponerse al lado de ninguna de ellas el exclusivo rótulo estadounidense o latinoamericano. Lo que debe hacerse, de un cabo al otro del hemisferio, es unir el lado bueno de esas fuerzas en la forma más creadora y completa posible, enfrentarlas a las retardatarias y negativas, lograr sobre ellas la victoria. Ligar, de norte a sur, las potencias constructoras de nuestro mundo, es el único verdadero Interamericanismo (a).

(a) Este interamericanismo se compagina inexorablemente con una denodada labor de lato americanismo interno. La primera consigna es mejorar, elevar, enriquecer las áreas nacionales. Es el «ayúdate que Dios te ayudará» en términos laicos, públicos.

Estamos ante la tarea de América. Nuestra parte es la más difícil. Hay que decirlo, para tratar de romper con ese optimismo vacío y vocinglero en curso. También, por supuesto, con todo pesimismo deprimente. Superar estas actitudes, campo de batalla de «yankistas» y «latinistas» otros años, es uno de los deberes primordiales de una nueva generación americana.

Somos pobres, inciertos, caóticos, débiles, desorganizados. Para una genética previa a todo remedio, el análisis de las causas del progreso de los Estados nacidos de las colonias inglesas de Norteamérica y el retraso de los que se desprendieron del Imperio español, ese análisis, que agita el pensamiento continental desde hace un siglo, debe ser rehecho con una fría y dolorosa perspicacia realista, un expectante activismo, tan alejado de entusiasmos como de decaimientos (a).

(a) (Junto a las viejas causas hoy desechadas: superioridad racial del anglosajón, superioridad del protestantismo sobre el catolicismo, etc., tendríamos las que siguen:

a) de tipo geográfico. En Norteamérica: el avance de la porción civilizada como «masa compacta» sobre la porción salvaje; la movilidad del concepto de «frontera», campo propio, donde toda inquietud anárquica, donde todo desborde social, se hacían creación y conquista; el clima templado y las excelentes vías de comunicación. En Latinoamérica: climas tórridos y fríos; vías de comunicación difíciles; colocación de los grupos civilizadores por razones de orden político-administrativo, aislados entre sí, y esterilizada por la soledad de todos, cualquier expansión y común tarea civilizadora.

b) de tipo económico. En el Norte: más fácil explotación de mayores riquezas, abundancia del hierro y del carbón. En el Sur: dificultades de extracción y de transportes; escasez metalúrgica y de combustible hulla.

c) de tipo político. En Norteamérica: núcleos compactos, triunfo del unitarismo, una sola nación. En Latinoamérica: los

La labor de nosotros, los de sur, con sus dificultades y sus incitantes premios está engarzada en la coyuntura angustiosa de la guerra, en la mañana dura de la paz que la seguirá. En ellas se ordena esta labor, adquiere una facilidad y plasticidad mayores. En ellas corre, como una imperativa voz, todo lo que en los frentes y detrás de ellos está pidiendo alumbramiento.

Porque esta guerra, lo ha visto con superlativo relieve, con soberana fuerza el análisis aprista, no es sólo una pugna de poderes. Toda guerra es una tensión de potencias. Pero bajo la presente también yace otra dimensión que no podemos ignorar: dos mundos, que si los llamamos nuevo y viejo es por simplificar, puesto que en el nuevo hay muchas cosas eternas, en el viejo, muchas demasiado nuevas. Es la guerra debajo de la guerra,

---

grupos aislados por barreras geográficas, gérmenes de nacionalidades hostiles, favorables al particularismo. En Norteamérica: algo acatado, dogmático, indiscutible: la Constitución; un guardian de lo acatado: la Corte Suprema; continuidad admirable de la política exterior, y el elemento democrático (sobre ello, no contra ello), marea prudente, progresiva, continua, a través del sistema admirable de las enmiendas; una tradición: el culto del idioma, la admiración a Inglaterra, el arquetipo de los creadores; una unidad profunda dada por la clase dirigente, primero de abogados y plantadores, después comercial e industrial, unificando con su presencia la trayectoria del Estado, junto con el peso regulador de los intereses económicos. Al Sur: nada de esto, nada dogmático e indiscutido, nada venerado ni acatado. Ellos, una constitución flexible, real, concreta. Nosotros, doctrinarismos, figurines, ideologías, barbarie. En la ciudadanía, total carencia de responsabilidad, participación, sentido de la igualdad, interés, independencia, disciplina social, cultura y juicio propio. Allá, abundante presencia de tales valores y aptitudes.

d) de tipo moral. El pesimismo, la crueldad, los instintos bélicos, el desprecio del trabajo y del dinamismo, la blandura sensual o el desprecio de las cosas, del sureño, frente a la fe,

que dijera Waldo Frank. En esta grandiosa pugna, la más incitante, la más aleccionante lucha que se ofrece a los hombres desde siglos (a), sólo se paga el derecho de no ser objeto y sí sujeto, no creado y sí creador, mediante la presencia activa y sin retaceos junto a las fuerzas, que si no son literalmente el mundo nuevo, por lo menos lo aseguran, lo posibilitan, lo llevan dentro de sí parcialmente, cada vez menos potencial y más actual, más claro, menos desdibujado: las Naciones Unidas.

---

la alegría, la energía del Norte, a su dureza, a su dinamismo, a su sed de riquezas, a su dominio de la materia.

e) de tipo racial. Nosotros: mestizaje, lastre de una raza caída, desarmonías psicológicas, complejos de inferioridad. Ellos: la mejor inmigración inglesa, escandinava, irlandesa, germana; la conciencia de la superioridad del sajón; la fortuna de su fusión de razas sobre el común denominador del éxito material, y el hecho trascendentalísimo de que no hubo que injertarse sobre civilizaciones y culturas ya concluídas, como unos imperios incaico y azteca.

f) una razón general: la del sincronismo histórico del desarrollo de los Estados Unidos, con las normas vigentes sin discusión en la centuria pasada: iniciativa individual, libertad de empresa, dominio de lo económico como principio unificador, sentido naturalista de la vida; la del anacronismo del siglo XIX con las que crearon la América Latina y fueron tenaces: autoridad y prioridad del Estado, gregarismo y particularismo a la vez; primacía de lo espiritual y político sobre lo económico y material, en sus formas de doctrinarismo, ideologismo, idealismo; acatamiento de conciencias e intolerancia.

(a) La más aleccionante, porque la universalidad creciente de cada guerra, permite una universalidad, una totalidad mayor de la solución subsiguiente. Por otra parte, esta solución, que implica la difícil doma de fuerzas desencadenadas y terribles, obliga a borrar bastante los límites entre la guerra y la postguerra, pues a las dos les ordenará un mismo espíritu de sacrificio, heroísmo y vigilancia.

Esta lucha en que estamos es más amplia, infinitamente más profunda que un debate dialéctico de regímenes políticos o sistemas sociales, y sin comparación más neta. Es el mundo de la Fe en el hombre, en su bondad, en su perfectibilidad; el de la confianza en el futuro, el de la buena voluntad y la alegría, con todo el mundo de lo que las niega implícita o explícitamente, con el mundo, al que una interpretación falsa, enloquecida o parcial, llevó al nihilismo, a la quiebra, a la desesperación de estos valores.

En realidad, los que aquí combaten, no son los partidarios de una forma A. con los de una forma B. Los frentes son más profundos. De un lado, están aquellos que llamaríamos del «reajuste cilicial». Aquellos que creen que hay que sacrificar primero, para ganar después; aquellos que hablan del encanto de perder la libertad, para recapturarla más tarde, más nueva y segura; de la necesidad de que la colectividad sea planificada como una máquina perfecta, para que se ponga a andar enseguida, con la libertad del impulso ganado, con la holgada armonía de lo automáticamente sincronizado.

Por el otro, los que creemos que todo sacrificio de estos, es un mal «absoluto», impar, al que no hay recompensa póstera que lo justifique. Los que sabemos lo irrenunciable de toda potestad que se da sin cortapisas. Los que pensamos con Julien Benda: ¿de qué servirá una libertad, en la que hasta la misma posibilidad de una discrepancia estará preventivamente, cuidadosamente esterilizada?

La presencia junto a los Estados Unidos, mucho más activa y total de lo que lo ha sido hasta ahora, es lo único que puede prestarnos voz en la creación del mundo futuro; lo único, como lo ha visto agudamente el

Brasil, que puede sacarnos de la siesta aún colonial, de las ilusas «prudencias», del «interés nacional», del «nada podemos hacer» de los neutralistas, que aún quedan. Es lo único que puede salvarnos de los belicistas verbales, de la tropical entrega; es lo único que puede liquidar la dualidad, tan dolorosa, entre el fervor público desinteresado y militante por la causa que unánimemente creemos y sabemos justa, y el provecho de tantos gobernantes que la utilizan, que la han utilizado, para encubrir sus despilfarros, su incompetencia, sus desvaríos, sus déficits de apoyo público.

Se dice: no nos necesitan. Pero siempre quedan obras, utilidad y sacrificios, para unos pueblos que quieren intervenir en la promoción de la vida. Lo demás es psitacismo, cantar del gallo en las bardas del corral.

Todo esto significa intervención con dignidad. Una relación de pueblos a pueblos, cordial y estremecida, sin tapujos, que nos permita, dentro del servicio estricto de la postguerra, ir culminando el proceso hacia la colectivización económica y no agrave, por el contrario, nuestra condición colonial y la facilidad de la sujeción imperialista. Hay que despejar nuestra aliadofilia, nuestra aliadofiliación, de toda turbia solidaridad con la dictadura económica y con la finanza internacional.

Todo esto significa intervención, pero con inteligencia junto al fervor (a) con la perspicacia necesaria, la «pasión fría» que decía Hegel que hacía la historia, que sea capaz de no identificar las difusas fuerzas del

---

(a) Junto con la batalla contra las fuerzas del mal, habrá que librar, tarde o temprano, una batalla contra la confusión. La creación de un lenguaje sociológico-político, de validez acatada y universal, figura como primer renglón de esta tarea. Se verá con él, la conmovedora unanimidad de aspiraciones del hombre mo-

mal con ningún país, y ningún país con ningún régimen; que confine la noción de pecado original al lugar personalísimo y sobrenatural que tiene que ocupar.

Todo esto significa intervención, pero en comunidad, de una Latino-América con raíces raciales comunes, con su economía precaria y semifeudal, que suprima el «mano a mano», demasiado desigual, de nación a nación. Es la idea del sindicato obrero —somos los verdaderos países proletarios y no los magnates del Eje—, llevada al plano internacional. Y no olvidemos que la dignidad del mundo trabajador se formó en la oposición apasionada, injusta en singular tantas veces, contra todo paternalismo, contra todo filantropismo (33).

Las mejores fuerzas de Latinoamérica ya forman entre las que asumirán la tarea impostergable del futuro: ganar la postguerra. Porque también la postguerra hay que ganarla. A veces, como en la contienda del 14-18, se han perdido a los quince años los frutos del triunfo y las fuerzas y países vencidos parecen victoriosos.

No habrá conciliación de países, no puede haber paz negociada. Habrá, en lo ideológico, si cabe la expresión, desaparición de antagonistas, para dejar paso a la ya insurgente revolución mundial.

Porque lo que late detrás de la guerra, como lo desarrollaba no hace mucho tiempo, Julián Huxley, el biólogo eminente, es una grávida, urgentísima transformación ecuménica, una revolución en su más cabal sentido. Y esta revolución hay que realizarla hacia arri-

---

derno. Hoy es pavoroso contemplar la diferencia entre la anarquía, la particularidad y la imprecisión del vocabulario de las ciencias históricas y culturales y la precisión y universalidad del de las físico-matemáticas.

ba y no hacia abajo, desde las Naciones Unidas y no desde el Eje; en una dinámica de valores cristianos y democráticos, venciendo el frente de insurgente totalitarismo que en lo moral, en lo económico, en lo político, asedia cualquier empresa constructiva (34). Pues, si como doctrina total y coherente, como doctrina beligerante, los explosivos totalitarios serán vencidos con el Eje, pero por separado viven dentro de cada comunidad y dentro de cada uno de nosotros ¿quién nos asegura de fusiones imprevisibles?

Sólo nos lo asegurará una nueva democracia, que no sea continuación mecánica de la del pasado, que se edifique sobre la Revolución Mundial, encuadre sus elementos, que tenga la conciencia y la memoria necesarias, de que el totalitarismo «también era revolución mundial»; imagen destructiva, mortal, pero que integraba al fin, materiales antropológicos, políticos, sociales, que también habrá que integrar.

Seremos parte de un mundo que constará de una Europa federal y reordenada, de un macizo euro-asiático, agrupado alrededor de Rusia, de China, de la India; probablemente de una gran comunidad de países anglosajones: lo sustancial del Imperio británico y los Estados Unidos. Nuestra misión tal vez consista en ser la unidad tangencial entre el mundo eurásico, de estructuras continentales, y el mundo anglosajón, más universal y de estructura marítima.

El futuro sistema del mundo va a comportar, sin duda, un «orden orgánico», sustancial. En una verdad asentida y participada, basada en un espíritu no probablemente ortodoxo, pero sí común, estarán el odio a todo relativismo moral, a toda dispensa de tipo maquiavélico; la hostilidad a la subordinación de lo vital a los

motivos económicos; la restauración, sobre las líneas de un nuevo clasicismo y de un nuevo realismo, del orden y la inteligibilidad del mundo. Dentro del activismo de Occidente, dominarán un claro repudio a las místicas dinamistas y a los espiritualismos de exaltación; un mayor aprecio y una más limpia vivencia de los valores evangélicos, una universalidad que sea perspectiva y dimensión de todos los problemas.

Vamos a una renovada democracia de personas y grupos, descansando, no tanto en instituciones como en la agónica vigilancia de una libertad, de una dignidad, —no retóricas—, de una participación constante y común en la entidad colectiva (35).

Organización y no amenazas de esta libertad, una mayor autoridad y eficacia del Estado, con los medios inauditos de una edad de máquinas y de dominio sobre la naturaleza, y con certidumbres filosófico-sociales renovadas, ayudarán a culminar la tarea de dar a todos los hombres bienestar y salud, de ponerlos en las vías de una cultura propia y libérrima (a). En la vida planifi-

(a) El chileno Oscar Schnake, uno de los más inteligentes de los socialistas americanos, uno de los más finos estadistas del continente, destacaba hace poco, cómo el triunfo socialista que la organización del mundo futuro significará, puede correr en línea con el crepúsculo de los «partidos socialistas», como organización política. De manera más amplia, puede preverse que las corrientes marxistas (el socialismo y el comunismo mismo), están en trance de universal «digestión». Este fenómeno fisiológico, es tal vez el más expresivo de la conciliación de contrarios que llena la Historia. Las ideologías dejan de ser vigentes, no por victoria ni por derrota totales, sino por esta «digestión» que las engloba. Desarzonado del materialismo dialéctico y de sus estrechos ideales de vida, no hay duda que un universo planificado, unificado y nivelado, se parecerá como un huevo a otro huevo, a los más ambiciosos sueños societarios.

cada, nivelada, sobre todo en lo económico-social, los ideales de seguridad y de justicia, no de grandeza, como ya se delínea en los grandes proyectos anglosajones, van a ocupar un lugar más importante que la libertad, entendida en un sentido dieciochesco, clásico y expansivo (aunque un respeto inquebrantable de las franquías mínimas del individuo, de la persona, en lo religioso, político y civil (las cuatro libertades de la Carta del Atlántico), se dibuja con una universalidad que nunca tuvo).

Nunca se ha dado como se da hoy, potencialmente, en la americana, una civilización con tal aptitud para integrar en un solo modo lo espiritual, lo telúrico y lo técnico. Para clausurar con esta integración tantos divorcios destructivos.

Contra el imperialismo de la técnica, creación y flor del espíritu, —a la larga enemiga suya, por exceso, por rebelión, por culpable autonomía (en ese itinerario que marcaran desde Spengler hasta Duhamel, pasando por Alexandre Marc y Elías Ehrenburg)—, un nuevo hacerle entrar en filas, un nuevo hacerle servir a la totalidad del hombre, a la totalidad de todos los hombres.

Junto a la técnica, el fuerte religar con la tierra y sus cosas: lo telúrico. Porque una nueva América no se puede construir alrededor del esquema técnico del racionalismo, ese esquema en el que los hombres no son más que cifras exigentes de bienestar, corolario sistemático y organizado del individualismo hedonista. Pero esa epifanía de lo abisal y de lo autóctono, que los naturalismos indigenistas han puesto de moda, a la que algunas obras de D. H. Lawrence han dado tan lograda expresión literaria; la tierra y lo carnal, como tampoco lo técnico, agotan un pulcro esquema del hombre. Es el

Espíritu lo que lo dignifica y mueve, en sus términos superlativos, en su rigor heroico. Es ese Espíritu cuya «encarnación» pide nuestro tiempo con la fórmula monista del marxismo, con la completa de un «realismo cristiano». Pero en lo espiritual, América no es tan plenamente mayor, tan «arcanamente» completa, como en lo telúrico y en lo técnico.

Por eso necesitamos espíritu, cultura, cuantitativa y cualitativamente. Espíritu, para modelar nuestro opulento caos. Cultura, como copia de «todo» el saber elaborado, para que cuando el caos esté ordenado, no nos encontremos con alguna irremediable mutilación.

Vivimos un momento de verdadero «mesianismo» de América. La necesidad bélica de excitar un orgullo y un dinamismo, coadyuvan en esto con una disposición ya antigua del temple americano.

¿Qué vale este mesianismo de América? Con él poseemos una mística (a), como lo son la de la Revolución, la de Raza, la de Estado. Pero infinitamente menos exclusiva, más generosa, más caliente, más abierta y humana.

(a) El pensamiento de Henry Wallace sigue admirablemente los contornos futuros de esta mística mundial de tono democrático; (no de una «mística de la democracia»). Su sentido religioso, grave y espiritual de la vida; su agrarismo, su sabor telúrico, su santa simplicidad, su franqueza —signo de los tiempos;— su culto del hombre común, de las necesidades del hombre común, de la felicidad del hombre común; su socialismo instintivo y cordial; su noción de una justicia internacional sin retaceos, su valiente realismo, su nobleza, su odio a la «propaganda», así lo configuran. Claro está: es una «mística» y no un completo sistema racional, solo un puñado de certerísimas intuiciones. Por eso parece a veces carecer de precisión, profundidad crítica, «tradición

América, jefe de una reordenación, de una reconstrucción mundial, necesita, es cierto, un «mito», en el sentido soreliano (36), un gran símbolo intuitivo-pasional, suscitador de fe y de energía. Pero lo que nos diferencia de los totalitarios, es que nosotros no lo «fabricamos»; simplemente lo encontramos, como se encuentra un horizonte velando sobre el caminante en el camino.

Ningún «mito» mejor que el de América misma, que el del área de nuestra empresa, de nuestra esperanza, de nuestra construcción. Ninguno más lejano de las brutales religiones de los «mitos» totalitarios, deificación de un elemento subordinado y parcial de la realidad cósmica. Ninguno más entrañablemente instrumental, ninguno más parecido al único mesianismo al fin de cuentas legítimo, al de «aquel que vino y los Hombres no lo conocieron» (Juan, I,8). Con el mesianismo de América no tapamos el cielo con el harnero del Estado, la nación o la raza; subimos a alta almena, cobramos en ambición generosa.

Pero la altura tiene sus riesgos, la vanagloria sus propias inéditas sendas. Y pasa que América sirve para cualquier cosa, menos para hacer buches con ella. Por-

---

de las dificultades», de conciencia estricta de los valores amenazados, de los amenazadores. Su valor no está en ello, pero lo tiene y grandísimo. (Francisco Ayala, el considerable profesor hispánico de Derecho Público, interrogado en Chile sobre el valor del lema de Wallace: «el siglo del pueblo», objetó, con cierta pedantería, sobre la ambigüedad de la palabra «pueblo» (el concepto liberal-romántico; el comunista, identificado a «proletariado manual»; la «community» anglosajona; el «volk» alemán y nazi). Es la más patente confusión entre mística e ideología, la típica respuesta de un europeo a una voz auténticamente americana).

que necesitamos un «mito» de humildad, no un mito de orgullo. Dulce, tenaz, abrumador trabajo. Rehacer un mundo con manos todavía infantiles, todavía inhábiles. En los ojos, invisibles dintornos, los planos de la «Civitas Dei», la Jerusalén terrestre del Pan, la Paz, la Libertad, que los hombres sueñan. Jerusalén terreste, Rosal de Oro. También las desilusiones —corremos a veces el riesgo de dejarlas caer—, que los hombres han acumulado en su búsqueda. (No somos los primeros que la buscamos, sino lo contrario; la historia universal es la secuencia de unos fracasos que tenemos que superar, entender, «aprehender», contar con ellos. Las postguerras, instantes de tabla rasa, momentos paradisíacos, no tienen frecuentemente esta conciencia).

¿Qué tendremos?

Tendremos la Verdad, y una perspicacia vieja y nueva, que marque los límites entre la utopía y la historia. Ni «americología», ni «cosmología», ni caos. Simplemente: el Logos. Y esta América, realidad doliente, insatisfecha, barro radiante. Los materiales dispersos: nuevos unos, otros con la impronta, huella y nobleza de la vieja arquitectura. La tradición, que es también y para empezar, un poco traducción. Y esa originalidad que se encuentra cuando no se busca; que no es rapto; que es artesanía.

Vamos a reconstruir para el hombre, los marcos firmes y claros de un universo reordenado a su medida. Vamos a tratar de que el hombre llegue a ser lo que previó y soñó San Clemente de Alejandría: «un pimpollo de Dios».

Setiembre de 1942 - Julio de 1943.

NOTAS AL CAPITULO VII

(1) «Cada hombre, cada habitante, un solo destino: el parecerse, el ser uno con el espíritu de la tierra; lo mismo que nadie es verdaderamente hasta que su semblante no se parece a su pasión, a su furia o a su tranquilidad. Poca cosa, los hombres que no se parecen a lo que llevan adentro: entonces es que no llevan nada; nada. Pero de un modo secreto y natural, en algunos hombres del país había comenzado a ver reflejado ese extraño parecido con su tierra, ese reflejo fundamental. (¿Podía darse plenitud comparable?). Y era el reflejo de un clima americano, de un clima pródigo, el clima mismo de una fertilidad. El clima que llevaba era el clima mismo de una fertilidad. Había comenzado a reconocer —con qué gozo— en algunos ese reflejo.

Ninguna avaricia, ninguna usura: cierta intrepidez joven, cierto desinterés joven, un estado de disponibilidad, de participación pronta en la vida, de permanente asistencia, de presencia, rica y espontánea, como la presencia del voluntario que siempre está listo para ofrecerse, de menosprecio por las usuras naturales. El clima mismo de la fertilidad...» Eduardo Mallea: «Meditación en la costa». Buenos Aires, 1939, págs. 93 y 94.

(2) «Dos afirmaciones centrales del marxismo ortodoxo— «las etapas no se suprimen por decreto», que dice Marx en el prólogo de ««El Capital», y «La realidad no se inventa: se descubre», que afirma Engels en su «Antidühring»— respaldaban el nuevo afrontamiento propugnado por el líder aprista. Desde luego, no implicaba ningún conformismo la teoría aprista. Había que acelerar la evolución, pero sin perder de vista la realidad, sin dejarse sugestionar por los libros ni los modelos extranjeros». Luis Alberto Sánchez: Raúl Haya de la Torre o el Político», Santiago de Chile, 1934, pág. 109.

(3) Datos de Angel Rosenblat en «Tierra Firme» N.° 1, Madrid, 1935.

(4) «En diez años que llevamos — De nuestra «revulución» — Por sacudir las cadenas — De Fernando el «balandrón» — ¿Qué ventaja hemos sacado? — Las diré con su perdón: — Robarnos unos a otros, — Aumentar la desunión — Querer todos gobernar, — y de «faición» en «faición» — Andar sin saber que andamos: — Resultando, en conclusión, — Que hasta el nombre de paisano — Parece de mal sabor, — Y en su lugar yo no veo — Sino un eterno rencor — Y una tropilla de pobres — Que metido en un rincón — Canta al son de su miseria...— No es la miseria mal son! Bartolomé Hidalgo: «Diálogo patriótico interesante, etc.».

(5) «Si fuera lícito decir las cosas con toda rudeza, yo proclamaría la verdad de que nosotros no estamos defendiendo una tradición, sino un futuro. Que no tomamos bandera en la guerra contra Hitler para defender el mundo de nuestros padres, sino el de nuestros hijos. Que nos entusiasma volver a los días caóticos de nuestro siglo XIX, ni aún siquiera sostener lo que nos queda de injusticia hoy, bajo una aparente democracia, sino por conquistar lo que nos queda por vivir del siglo XX para fundar aquí la patria del hombre libre y de la justicia social». Germán Arciniegas: «Democracia e Intelectuales».

(6) Quiero ser bien entendido. No propongo aquí la zarandeada y espiritada tesis del «imperio espiritual», ni cualquiera otra de esas consignas para pacifistas mejor o peor intencionados. Cualquier tipo de influencia que España adquiera, solo lo tendrá desde un firme y erizado poderío material, ni más ni menos que en tiempos de los Tercios Viejos». Del teórico falangista Pedro Laín Entralgo: «Los valores morales del Nacionalsindicalismo». Madrid, 1941, pág. 106.

(7) «Hubo ciertamente, atropellos, violencias y crueldades en la conquista. Húbolos, porque los indígenas, invadidos, se defendieron, y porque como algún día dijéralo Bolívar, la guerra no se hace por amor de Dios. Ninguna conquista, y menos las de aquella magnitud, puede realizarse con sacristanes, sino con aventureros de pelo en pecho, capaces de lanzarse al Océano sobre frágil carabela para ir a buscar el Dorado en las vastas selvas del Orinoco, donde serían atacados a cada paso por gran número de enemigos guerreros y feroces... Pero no todos los soldados españoles eran bárbaros, puesto que entre ellos vemos en Europa, a Cervantes, Garcilaso, Lope de Vega, Hurtado de Mendoza...».

Parra Pérez: «El régimen español en Venezuela», Madrid, 1932, págs. 22 y 23.

(8) «Luego debemos adoptar, a la manera de un punto de partida o de término, la consideración que el descubrimiento y conquista del Nuevo Continente por los españoles fué como debía serlo: en el orden material y en el moral. FUE COMO ERA Y ES ESPAÑA. Aquí no se nos olvida nada de lo que parece imprescindible para el juicio; absolutamente nada. Incluímos por una parte, el orgullo y la crueldad ibéricas; por otra, la espiritualidad y universalidad hispánica. Las dos Españas, si se quiere». F. Carmona Nenclares: «Hispanismo e Hispanidad» en «Cuadernos Americanos», N.° 3 - 1942, pág. 50.

(9) «La solución de los problemas podía buscarse, en principio, en una relevación de lo autóctono español a una potencialidad nueva, en una elevación de las virtualidades propias de las nuevas nacionalidades que se habían constituído en América, a plenitudes inéditas en la historia. Esto segundo era lo congruente con el sentido de la independencia espiritual y política, no solo respecto de la metrópoli y del pasado imperial común, sino en el orbe de las naciones. Y esto segundo y aquello primero, con la primaria aplicación a la circunstancia, a la patria y a la autoapologética. A pesar de ello prevalecieron la relación con el extranjero implicada por el concepto de la decadencia, la autocrítica y el carácter reactivo de la autoapologética frente a la crítica extranjera. Y se buscó la solución de los problemas, en el plano de la conciencia y de la deliberada voluntad, y en una primera y ancha etapa histórica, en un estudio de lo privativo de los pueblos a la sazón prepotentes, que se juzgaba causa de esta prepotencia, y en una importación de ello más o menos mimética y asimilativa». José Gaos: «Características del pensamiento Hispanoamericano». Cuadernos Americanos, N.° 6, 1942, pág. 79.

«La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de tres siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diez siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyes no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para

gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible, donde cada hombre se conoce, ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la naturaleza puso para todos los pueblos que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio entre las condiciones naturales del país.

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados articiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la Civilización y la Barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza». José Martí: «Nuestra América», Losada, Buenos Aires, 1939, págs. 13 y 14.

(10) «¿Se habrá dado el caso de que en colonias que se hicieron independientes no hubiera más que coloniales partidarios de la independencia y en las metrópolis imperiales opuestos a ella, y no más bien siempre el caso de coloniales hallados con el Imperio y coloniales partidarios de la independencia; de metropolitanos opuestos a esta y metropolitanos simpatizantes con ella, representantes de un nuevo espíritu antimperialista? Por ello, la simple aspiración a la independencia, no ya su consumación, no resulta una simple separación geográfica entre metropolitanos y coloniales, sino una mucho más compleja separación histórica entre metropolitanos y coloniales representantes y partidarios del pasado y representantes y partidarios de un nuevo presente y futuro». José Gaos: «Localización Histórica del Pensamiento Hispanoamericano». Cuadernos Americanos N.° 4, 1942, pág. 73.

(11) «El pensamiento hispano-americano contemporáneo profesa una ideología predominante en él notoria, innegablemente: la típica ideología ochonovecentista, democrática, liberal, republicana, socialista, antimperialista, pacifista, «beata de la cultura», progresista, optimista. Entre las figuras nombradas a lo largo de estas notas, las hay que están menos poseídas por esta ideología que el resto, que la mayoría. Pero tómese su obra en conjunto con la de los tradicionalistas asincrónicamente supérstites: bastará

para percatarse de lo mucho más cerca que están de aquella mayoría...». José Gaos: «Caracterización del Pensamiento Hispanoamericano», Cuadernos Americanos N.° 6, 1942, pág. 80.

(12) «Cierto es que históricamente, las corrientes que combatieron aquí la tradición ibérica, se juntaron a las que combatieron a la tradición cristiana. Pero ello no aconteció en América sólo. Aconteció en España misma. Y aconteció de un modo semejante en todos los pueblos donde la tradición era cristiana...». Horacio Terra Arocena: Respuesta a una encuesta sobre «Iberoamericanismo».

(13) Los cambios del mundo, aún los que realizan los enemigos de la Fe, están bajo la dominación de la Providencia; y tenemos que admitir que en las características de la cultura tradicional ibérica hoy desaparecidas, no todo era eterno como la Verdad, sino que en ellas, como en el seno de todas las criaturas, se albergaban también limitaciones para una mejor comprensión del ideal cristiano y que acaso por esto fueron destruídas...». Toracio Terra Arocena: Respuesta a una encuesta sobre «Iberoamericanismo».

(14) «Corregir la barbarie rígida de ese esquema físico, por la apelación a la eterna metafísica de la Hispanidad. Romper la dureza hiriente de ese dibujo, con sus perfiles herméticos y agresivos, con la fuerza avasalladora de «lo que no se puede dibujar». La Hispanidad es eso: una ruptura horizontal de ese gráfico de las dos unidades de América y Europa, frente a frente. Este enfrentamiento es la tesis de los anglosajones de América, porque lo anglosajón se siente arrojado de Europa y apela a este duelo intercontinental para continuar la guerra. Pero esa no puede ser la tesis de los cristianos de América, porque España continúa en el continente, y SIGUE OFRECIENDOSE A ELLOS COMO CABEZA DE PUENTE (las mayúsculas son nuestras) para que no tengan que renunciar a Europa». José María Pemán: «El Paraíso y la Serpiente», Madrid, 1942, pág. 200.

«Hoy se pregona por ahí un credo de América y hasta se insinúa una mística de América. Pero la América que inventa esas cosas no es —ella— ninguna creación original. Es la mala Europa que derrotada —o a punto de serlo en el viejo solar— cruzó el mar, buscando como punto de apoyo en el Nuevo Mundo su única creación real. El mito de América empezó a prosperar

cuando la realidad de América empezó a decaer». Editorial de «Sol y Luna», N.° 9. Buenos Aires, 1942.

«Somos, repito, europeos en América. Pero no europeos primariamente, sino europeos oriundos de aquellas naciones que aquí arraigaron. Circunscribiéndonos al caso nuestro —el de las naciones hispanoamericanas— diremos que somos europeos, porque antes somos españoles en América. Y somos españoles, porque ese es nuestro modo —histórico y social— de ser europeos. La Hispanidad aparece, así, como la sociedad supranacional en que conviven los individuos de Hispano - América. Es una como prolongación de España, que nos permite participar de Europa a través de España». César E. Pico: «Hacia la Hispanidad» en «Sol y Luna N.° 9. Buenos Aires, 1942. Pág. 136.

(15) «En perfecto acuerdo con este esquema teórico, es evidente que la vida europea se desenvuelve en un campo de oposiciones múltiples, hallándose constituída por series de factores encontrados, con frecuencia hostiles. Todo en ese continente propende a la discordia. Los lenguajes nacionales son distintos e innumerables, de manera que una especie de confusión babélica, espacialmente propicia para el cultivo de los malentendidos, impide, exaltando los particularismos, que se comprendan entre sí, no sólo los diferentes países, sino las regiones mismas y hasta los pueblos. Las tradiciones son diferentes, contradictorios los intereses materiales. Los recuerdos, originarios de épocas primitivas y gravados por siglos de disputas, acarrean infinitos gérmenes de resentimiento, cuyos enconos, al menor soplo de pasión, pueden convertirse en odios furibundos. Una unidad espontánea, entre tantos agentes de disensión, resulta en la práctica imposible. Cualquier inflamación debida al roce de dos intereses, apasionamientos o ambiciones encontradas, irritan periódicamente la virulencia del grupo, convirtiéndolo en alborotado nido de áspides. Como es poco y frágil lo que une entre sí a los componentes de este complejo y mucho y fuerte lo que lo separa y como sufre además de intensa superpoblación, el todo se halla dotado de gran fuerza expansiva, diseminadora... Por lo pronto en América se encuentra el reverso de este avispero. Más efectivo que el concepto atómico de multiplicidad es en ella, sobre todo cuando agentes exteriores vienen a robustecerlo, el concepto orgánico de unidad correspondiente a la forma del territorio que fué descubierto y nue-

vamente poblado en una sola época, por los distintos y complementarios factores de un solo ciclo cultural: el cristiano de Occidente. El Nuevo Mundo representa, en cierto modo, la proyección de lo sustantivo y trascendente del mundo antiguo a un territorio nuevo, rico en futuro, donde las unidades de análisis que su variedad contiene, pueden vertebrar una más compleja unidad de síntesis». Juan Larrea: «Hacia una definición de América» en «Cuadernos Americanos». N.° 6. 1942. Págs. 15 a 17.

(16) «Ha caído en nuestras manos la grave incumbencia de preservar y adelantar la religión, la filosofía, la ciencia, la ética, la política, la urbanidad, la cortesía, la poesía, la música, las artes, las industrias y los oficios: cuanto es lenguaje que guarda y trasmite las conquistas de la especie, cuanto es cultura en suma.

América es llamada algo prematuramente a tal incumbencia. Pero ni es tiempo ya de preguntarnos si estamos prontos para el llamado del destino, ni la historia nos ofrece un solo ejemplo de pueblos que no hayan sido forzados y llamados antes de tiempo para hacerse cargo de una herencia. El bien ha sido imprevisor; sólo para el mal, sólo para deshacer los patrimonios han tomado algunas imperiosas precauciones previas. En nuestro caso, tenemos que hacer de tripas corazón, tenemos que mostrarnos capaces del destino. Después de todo, sin un sentimiento de responsabilidad, sin un propósito definido de maduración, ni los pueblos ni los hombres maduran: el solo persistir y aun el solo crecer no son madurar». Alfonso Reyes en «Cuadernos Americanos» N.° 2. 1942. Pág. 8.

(17) «Hace mucho tiempo que, con motivo del preconizado «Sistema Americano» del Dictador Rosas, estamos sus enemigos preguntando ¿en qué consiste ese sistema?, ¿cuáles han de ser sus principios, sus bases?, ¿a qué objeto práctico se dirige? Ni Rosas, ni su Gaceta, ni nadie, se ha tomado jamás el trabajo de decirlo...» Florencio Varela: «Congreso americano» en «El Comercio del Plata» del 8 de Octubre de 1845.

«Somos débiles, los del Norte, en la medida en que, nosotros mismos, hemos vivido los males que causaron la muerte de Europa. Durante los años del falso Armisticio (1918 - 1939) la gente hablaba comunmente de la «americanización» de Europa. Se referían a la mecanización y a la regimentación de la vida europea, al jazz, a la glorificación de la máquina, al reinado del hom-

bre que vive tras el dinero. Es verdad, tales rasgos fueron expresados elocuentemente por americanos. Es verdad, más profundamente, que tales rasgos provenían de Europa. Tomad al americano poderoso, el «self-made-man», al hombre que se ha hecho a sí mismo: su arquetipo en historia es Napoleón; su gran retrato no está en una novela americana, sino en el «Julien Sorel» de Stendhal y en la Comédie Humaine de Balzac. Tomad nuestra mecanolatría y nuestro culto de la ciencia: su formulación más acabada vino de escuelas literarias europeas como el futurismo y el dadaísmo. Tomad las filosofías del bienestar físico, del utilitarismo, del ingenuo optimismo acerca de la perfectibilidad del hombre por medio de la legislación o la revolución política: encontraréis los arquetipos de estas teorías en las sociologías de Francia e Inglaterra en los siglos XVIII y XIX. Hasta el capitalismo. Sus raíces están en las ciudades del Norte de Italia, Alemania, Bélgica, Inglaterra, durante el Renacimiento...» Waldo Frank: «Ustedes y nosotros». Buenos Aires, 1942. Págs. 58 y 59.

(18) «Yo me siento satisfecho con ser americano, sin que americano tenga en este momento ningún sentido racial ni geográfico. En América, el mayor número de personas tiene la más fecunda y libre posibilidad que ofrece este momento de la historia, para realizar un tipo de hombre evangélicamente completo.

Por ser americano y por haber nacido en la zona española, tenemos dos privilegios, no exclusivos, pero sí decisivos: haber vivido la aspiración de una religión católica, y poder organizar nuestra vida fuera de sociedades agotadas por oposiciones económicas, raciales, religiosas y nacionales, y desde un sitio del mundo en el cual vamos fundiendo en un tipo libre y cristiano de hombre, el aporte vital de todos los pueblos y de todas las culturas.

El hombre europeo, —el francés, el germánico, el latino o el hispánico— tiene un solo ojo de buey para mirar el mar, y mil motivos de odio y de guerra dentro del camarote. El hombre americano puede ver todos los horizontes, asimilar lo que hay de bueno y de bello en cada paisaje, y desenvolver su vida con un alma más limpia y una tierra menos agotada». Dardo Regules: Contestación a la encuesta «Sobre Ibero-americanismo».

(19) «Mas reparemos en la acción que emprenden relativamente a esta tradición los dos grandes antagonistas del duelo de que salió uno protagonista creciente de la edad moderna hasta

nuestros días, iniciándose y desarrollándose con ello esta misma edad. Bien significativo, parece el hecho de la ausencia, prácticamente, del pensamiento inglés en los períodos de la gran sistemática metafísico - cristiana y, por el contrario su presencia constante y preponderante en los alternos períodos de disolución de esta sistemática. San Buenaventura, San Alberto Magno, Santo Tomás, son germano - italianos; en el período cartesiano, muy internacional, entre dos grandes franceses, un gran judío ibérico - holandés, un gran alemán, el gran inglés es algo aparte, como que es más que nada un gran ligamen entre dos de los períodos de la disolución; la última gran sistemática es exclusivamente teutónica. En cambio, los grandes autodisolutores de la escolástica: todos de las Islas Británicas: Duns, Ocam, el mismo Rogerio Bacon; en el período renancentista, Francisco Bacon; en el propio período cartesiano Hobbes; los protagonistas creadores de la ilustración (los franceses son mucho más propagadores), Locke, Newton, Hume y entre ellos, en todos los sentidos decisivos del «entre», hasta el apostólico Berkeley; en los subsecuentes positivismo y pragmatismo, hasta el día de hoy, figuras eminentes, Stuart Mill, o las fundadoras, James, Schiller, Dewey. Si la revelación de los pueblos es su historia, el haber sido el antagonista vencedor del pueblo que aceptó el papel de campeón de la Cristiandad pudiera ser por sí solo bastante para pensar que Inglaterra es el pueblo que más, desde sus senos profundos y propios, más empeñosa y más eficientemente contribuyó a la disolución de la Cristiandad por la instauración de la modernidad y del inmanentismo. Más que Alemania... En cambio, el pueblo español aceptó un papel de campeón de la Cristianidad que primero lo condujo a que su pensamiento todo, y con él las partes capitales del occidental, la escolástica y la mística, alcanzasen su trascendentismo sumo o nuevas alturas comparables a las sumas, en obra en tanta y tal proporción suya como la Contrarreforma, que está diciendo su reacción primaria, espontánea, propia, contra la disolución de la Cristiandad y la instauración de la modernidad y del inmanentismo, pero que luego contribuyó a conducirle a la decadencia política internacional y a la cultural y nacional toda: y sólo a unas con la Cristiandad misma vencido, decaído, con posterioridad, reflexiva sobre su vencimiento y decadencia, reactiva contra ésta, mimética del vencedor, comprensible aunque erróneamente en parte

—en la parte en que no hizo como parece haber hecho el Japón, apropiarse la técnica del extranjero sin enajenar su alma—, entra, y aun no sin resistencia ni lentitud, por el inmanentismo y sus efectos materiales, que se creerían instantánea e irresistiblemente confortables. Si la revelación de los pueblos es su historia, la del español parece revelarle inequívocamente como un pueblo tan vocado como a su misión y destino a un «más allá», que habría desviado su espíritu de su solar, descuidándolo y abandonándolo materialmente, en querencia de «otra vida» ultraterrena y de un «nuevo mundo» terráqueo, según dirá aún la última y siguiente de estas notas; como un pueblo, pues, a cuya más vieja tradición, ni siquiera a la más reciente, ni en conjunto a la más robusta y propia, respondería al inmanentismo. Pero justamente por ello pudiera tener el pensamiento hispano-americano la originalidad y plenitud de ser el extremo crítico del inmanentismo contemporáneo. El pudiera ser el llamado a decidir para sí, eventualmente para el pensamiento contemporáneo, sobre este inmanentismo». José Gaos: «Significación filosófica del Pensamiento Hispano-Americano» en «Cuadernos Americanos» N.° 2, 1943. Págs. 79 al 81.

(20) «El peligro alemán representado ahora por Hitler y por el hitlerismo viene del protestantismo, del prusianismo, de la filosofía alemana, del germanismo, de la ciencia pura y, en una palabra, de la vieja oposición, irreductible, entre lo pagano y lo cristiano. Las violencias, el estatismo, la exaltación grosera de la carne, la justificación de nuestros actos mediante el recurso de nuestra propia conciencia, vienen del protestantismo y de Lutero. El alemán es profundamente anárquico. Vive su vida interior, su sueño metafísico, sus nebulosidades de pseudomístico. Y por esto es apto para el regimiento, para la disciplina externa, para ser presa del estatismo, para convertirse en célula. El desorden interior, la falta de disciplina, por lo mismo de personalidad, la repulsión de lo objetivo, de lo externo a nosotros, hacen que el alemán, siendo anárquico, se avenga al dominio, a la reglamentación del Estado. La anarquía interior, que no otra cosa es el libre examen, y el constreñimiento de fuera, que no es otra cosa el estatismo, son fenómenos servidos e impulsados por el protestantismo. Prusia se apodera de esto y Prusia forja el nuevo Estado alemán. Nada tiene de extraño el Kaiser en 1914 y nada tiene de extraño Hitler en 1939.

Que los tratados, que las injusticias, que las humillaciones internacionales, que el espacio vital que reinvindica Alemania, que la conjuración de los aliados para ahogarla, son palabras. En el fondo se trata de una lucha a muerte entre el germanismo y la civilización de Occidente». Jesús Guisa y Azevedo: «Doctrina Política de la Reacción». México, 1941. Págs. 64 y 65.

(21) «No soy amigo ni de Prusia, ni de su política, ni de su engrandecimiento, ni aún de su existencia; la creo entregada a Satanás desde que nació, y estoy persuadido que por una fatalidad de su historia está dada a él para siempre». Juan Donoso Cortés: Carta al Conde Raczinski, 24 de Mayo de 1852.

(22) «Niño grande, todo lo quiere probar, todo lo quiere experimentar, aunque fracase. Wall Street conoce el secreto de su víctima. Por eso, mis opiniones no han cambiado: sigo creyendo que el norteamericano debe ser informado de cuanto nos ocurre, y ese es el problema que me abrasa, que me convierte en llama viva, porque cuando sepa la verdad, el norteamericano impedirá la repetición de tanto bochorno como los que nos han abrumado a nosotros materialmente, a ellos moralmente y al futuro del continente en su médula. Pienso igual que cuando vine, excepto en que me siento más hermano del hombre de la calle de los Estados Unidos, y confío menos en su sistema, elaborado hace muchos años y con un gran lastre tradicional que lo intimida y detiene. Pienso igual de Wall Street, nuestro enemigo, y de sus monopolios. Pienso de la Standard Oil de New Jersey, exactamente lo que piensa hoy el promedio de los norteamericanos, lo que han dicho el «New York Times» y «The New Republic», el «Herald Tribune» y «The Nation», al descubrirse que había negociado, pese al peligro de guerra, fórmulas para fabricar caucho sintético con una firma alemana. Pienso que el capitalismo no tiene entrañas, pero que, felizmente, está, además de las entrañas, perdiendo la cabeza. Y cuando la pierda, no será para daño sino de pocos, quizás de esas cincuenta mil personas a quienes lesiona el tope de ganancia anual de 25.000 dólares propiciado por F.D.R., pero, en cambio, seremos felices los millones que no formamos en esas filas. Pienso que el norteamericano puede y debe ser nuestro aliado y nuestro hermano, para que juntos derrotemos a Wall Street y cuanto ahí se esconde...». Luis Alberto Sánchez:

«Un sudamericano en Norteamérica», Santiago de Chile, 1942, págs. 318 y 319.

(23) «Se ve ahora de cerca lo que «La Nación» ha visto desde hace años: que la república popular se va trocando en una república de clases; que los privilegiados fuertes con su caudal, desafían, exasperan, estrujan, echan de la plaza libre de la vida a los que vienen a ella sin más fueros que los brazos y la mente; que los ricos se ponen de un lado, y los pobres de otro; que los ricos se coligan, y los pobres también; que la inmigración, no bien destilada ni contenida, aporta más de sus vicios europeos que lo que adquiere de virtudes americanas; que el lujo, el lujo descompuesto y casi bestial, obliga la mente a tales agudezas y el honor de ambos sexos a tales sacrificios, que la virtud va por todas partes quedándose atrás, como poco remunerativa; que a libertad más amplia, la prensa más libre, el comercio más próspero, la naturaleza más variada y fértil no bastan a salvar las repúblicas que no cultivan el sentimiento, ni hallan condición más estimable que la riqueza, asimilan al carácter nacional las masas indiferentes u hostiles que se les unen». José Martí: «Los Estados Unidos». Madrid s/a. Págs. 202 y 203.

(24) Véase el espléndido libro de Theodore Cousens: «Politics and political organizations in America». New York, Mac Millan, 1942.

(25) «La más grande de todas nuestras debilidades —producto de todas estas— nos es peculiarmente propia. Me refiero a la ausencia, casi universal en los Estados Unidos, del sentimiento trágico de la vida». En esto tuvo su éxito más rotundo, en los Estados Unidos, el frívolo siglo XVIII europeo.

En ninguna parte de Europa como entre nosotros, las profundas intuiciones religiosas y ascéticas de la Edad Media, fueron arrolladas tan completamente por el éxito de la máquina, por el culto del «confort», y por la ilusión de la perfectibilidad humana sobre planos superficiales de adaptación física y económica. En ninguna parte como entre nosotros, floreció la herejía —¡la herejía más peligrosa de todas!—; que el hombre ha sobrevivido a la tragedia y que sus problemas, siendo exclusivamente sociales y empíricos, son solubles y pronto serán resueltos. Esta herejía también viene de Europa. Pero por florecer más fuertemente en nosotros produjo un arte popular que ha dado la vuelta al

mundo. Me refiero sobre todo a nuestras películas, cuya pulida técnica disfraza un sentido de la vida viciosamente falso y simplificado. Pero que esta herejía es universal, lo prueba la popularidad del cine norteamericano, en todas partes, y en todas las Américas». Waldo Frank, op. cit. Pág. 59 y 60.

(26) «La influencia de la máquina no se ha ejercido sólo en el obrero. Sus efectos se han sentido por doquier. La producción en masa de artículos económicos ha conseguido que los norteamericanos vistan igual, actúen igual, hablen igual y piensen igual. Como de cada cinco personas, una posee automóvil, nos hemos convertido en un pueblo que anda sobre ruedas. Esas difesencias de lenguaje y de costumbres que se adquieren viviendo en lugares distantes, ya no existen. Como toda la nación escucha al mismo tiempo el mismo programa de radio, no es de extrañar que tantas personas manifiesten idéntico punto de vista. A veces parecemos fabricados tan en serie como las piezas de una máquina». Faulkner, Kepner, Bartlett: «Vida del Pueblo Norteamericano». Trad. E. de Champourcin. México, 1941. Pág. 155.

(27) Aunque ya conocida, no podemos dejar de citar la admirable frase de Jorge Santayana, el filósofo hispano-yanqui, sobre el pueblo de los Estados Unidos: «Existe aquí mucha capacidad de olvidar, mucha falta de respeto para lo pasado y lo extranjero, PERO HAY TAMBIEN UN FONDO DE VIGOR, BONDAD Y ESPERANZA COMO JAMAS NACION ALGUNA TUVO ANTES... ESTE ES UN PUEBLO INTREPIDO Y LIBRE DE MALICIA, COMO SE LO PUEDE VER EN SUS OJOS Y ACTITUDES, HASTA CUANDO SU CONDUCTA NO LO DEMUESTRE».

(28) «Hay algo que América conoce bien, y que enseña, como una lección grande y preciosa, a quienes se ponen en contacto con su sorprendente aventura. Es el valor y la dignidad del hombre corriente, el valor y la dignidad del pueblo. En este país, lo que llamamos hombre corriente, no es ni servil ni arrogante: tiene el sentido de la dignidad de la existencia humana, y él, a su vez, existe como un valor en la conciencia colectiva de todos y cada uno de los hombres. Tenemos aquí, en forma tan simplemente humana que los pretenciosos y pedantes no pueden verlo con claridad, una ganancia espiritual de infinito precio. La civilización americana tiene como incentivo esa dignidad que cada cual posee

en la existencia diaria, y para cuyo más cabal cumplimiento, no sólo en su país sino en el mundo entero, América se ha levantado de su aislamiento tradicional y ha aceptado la guerra y ha partido hacia un mundo nuevo. América sabe que el hombre corriente tiene derecho a la «busca de la felicidad»; a la busca de las condiciones y bienes elementales que son los requisitos previos de una vida libre, y cuya denegación, sufrida por tan grandes multitudes, es una horrible herida en la carne de la humanidad; a la busca de los bienes más altos de la cultura y del espíritu; a la busca de la liberación de la pobreza horrenda, del temor y de la servidumbre; a la busca de esa libertad y esa realización humana, unidas al auto-control, que es el fin más elevado de la civilización, y que, en un orden superior, requiere para su perfecta realización la transformación espiritual del ser humano a costa de mucho amor y del incesante don de sí mismo. Aquí se requiere heroísmo, no para domeñar la tragedia, sino para llevar a una conclusión satisfactoria la formidable aventura iniciada en este país por los Padres Peregrinos y los pioneros, y continuada en los grandes días de la Declaración de la Independencia y de la Guerra Revolucionaria». Jacques Maritain, en «Sur», N.° 103, págs. 10 y 11.

(29) «Tout éternel est tenu, est requis de prendre une naissance, une inscription charnelle, tout spirituel, tout éternel est tenu de prendre une insertion, un racinement, plus qu'une infloraison: une placentation temporelle. J'entends tout éternel humain». Charles Péguy: «Victor Marie, Comte Hugo», Paris, 1934, págs. 30 y 31.

(30) El mismo César Pico, en el número citado de «Sol y Luna»: «Hasta ahora, desgraciadamente, la hispanidad, como hecho, es solamente un hecho natural que espera las insuflaciones del espíritu. Como en la profecía de Ezequiel, estamos en un campo lleno de huesos. «A quatour ventis veni, spiritus, et insuffla super interfectos istos, et reviviscant». No reconocemos la voz del espíritu en la fraseología retórica con que se nos llama a la hispanidad. En la hispanidad ya estamos, pero falta su actuación eficiente. Se nos recuerda el parentesco racial, la unidad de lengua, la comunión en una misma fe religiosa. Pero las sociedades históricas han podido formarse sin unidad de raza, de idioma y de religión...» págs. 140 y 141.

(31) «Hace años, examinando este aspecto de la agilidad americana, que podemos llamar la facilidad internacional de la inteligencia, expuse rápidamente estos puntos de vista ante los escritores europeos congregados por una conferencia del PEN Club de Buenos Aires, y dejé caer la palabra «síntesis de cultura», que usó también para iguales fines, el filósofo argentino don Francisco Romero, sin que ambos nos hubiéramos puesto de acuerdo. La rapidez de las discusiones y la limitación del tiempo hicieron imposible que los europeos se penetraran de lo que queríamos decir. Algunos de ellos quedaron tristemente convencidos de que pretendíamos reducir la función de la inteligencia americana a organizar compendios de la cultura europea. Ante todo, no nos referíamos sólo a la tradición europea, sino a toda la herencia humana. Enseguida, por síntesis entendíamos la creación de un acervo patrimonio donde nada se pierde, y para el cual los hábitos de la inteligencia americana nos parecian bien desarrollados por los motivos antes expuestos. Finalmente, en la síntesis no vemos un compendio o resumen, una mera suma aritmética, como no lo es la del hidrógeno y el oxígeno al juntarse en el agua, sino una organización cualitativa nueva, y dotada, como toda síntesis, de virtud trascendente. Otra vez, un nuevo punto de partida». Alfonso Reyes: «Posición de América» en revista citada, págs. 18 y 19.

(32) «En cuanto a las diferencias o heterogeneidades americanas, se reducen a los conceptos de raza y lengua. De la raza dijimos ya lo bastante y casi da enojo insistir. Para América no hay más raza que la raza humana. Aún antes de los recientes adelantos científicos, ya Freeman en sus «Ensayos Históricos», 1879, puso los puntos sobre las íes sobre el limitado alcance de estas nociones en sí mismas y en su relación mutua... Es innegable que las diferencias de lengua establecen hiatos; innegable que cada lengua se funda en una metafísica o representación del mundo. Pero este hiato camina a la evanescencia práctica dentro de las comunidades culturales de la humanidad presente, en que las minorías creadoras de normas sociales se educan y piensan en varias lenguas. La trasmisión establece puentes y vados, camino del mínimo de unidad indispensable. Entre las lenguas latinas del continente, el portugués es una telaraña permeable para el español, aunque haya contribuído a sostener la unidad

moral del noble pueblo brasileño; el francés es conocido y practicado familiarmente por los directores de la cultura en los demás pueblos; las lenguas autóctonas son reliquia arqueológica, y el sentido continental consiste en atraer a los poblados que aún las hablan hacia el disfrute de las grandes lenguas nacionales. Sólo queda, como visible contraste, el diálogo, que no disputa, entre la lengua anglosajona y el orbe de la lengua latina. Las campañas culturales adelantan día a día para facilitar el préstamo y cambio mutuo. Ni una ni otra esconden factores nucleares de cultura que sean intraducibles a la otra, fuera de peculiaridades que más bien son curiosidad filológica, comparables así a las peculiaridades dialectales de los países hispanoamericanos, de unos para otros, y de sus diversas zonas lingüísticas interiores». Alfonso Reyes: «Posición de América» en «Cuadernos Americanos», N.º 2, 1943, págs. 21 y 22.

(33) «No debemos olvidar que es necesario unirse en Indoamérica contra todo imperialismo, europeo, asiático o interamericano, negro o rojo, traiga el disfraz que escoja, aunque sea ese peligroso hispanoamericanismo franquista que tanto nos socava en nombre del amor pasadista y colonial, agitando la bandera de una cultura que aquí debemos renovar y «re-crear»; vale decir emancipar.

Importa no olvidar que el primer paso para la justicia social es la nacionalización progresiva de nuestra riqueza y que la idea aprista de interamericanizar el Canal de Panamá no fué utopìa (Ciertos líderes del Partido Revolucionario Cubano lo creyeron así y ahora es de pensar que la inter-americanización del Canal de Panamá es lo más actual y valedero del programa aprista). Porque inter-americanizando Panmá y poseyendo todo lo que se nos quiere obligar a defender unidos, tendremos garantía «viva» contra cualquier posible imperialismo del Norte. Tendremos «prenda» y, al fin, el desusado y anacrónico panamericanismo de Mr. Rowe y Compañía no será ya una colonización mañosa y burocrática de Indoamérica sino una política de alianza equilibrada e igualitaria —bilateral en rango y dignidad— entre los Estados de Indoamérica y los Estados Unidos del Norte». Víctor Raúl Haya de la Torre: «La Defensa Continental», Buenos Aires, 1942, págs. 15 y 16.

(34) «La Revolución en sí misma es inevitable. Si luchamos

contra ella, sólo alargaremos su proceso y lo haremos más sangriento. Pero su forma y carácter pueden ser determinados en diferentes caminos: el democrático y el totalitario.

Nosotros en la Democracia conocemos la indeseabilidad del camino totalitario. Es el camino de la fuerza y de la dominación. Dentro de la nación es utilizado para asegurar el poder a una pequeña banda de gangsters...» Julián Huxley: «Vivimos una Revolución».

(35) «Un humanismo integral y una democracia orgánica, la democracia cristianamente inspirada, de que habla el episcopado norteamericano, proceden de una inspiración teocéntrica. Respetan la dignidad humana realmente, no en un individuo abstracto, intemporal e inexistente, que ignora las condiciones históricas y las diversidades históricas y que devora sin piedad la sustancia humana, sino en cada persona concreta y existente y en el contexto histórico de su vida. Su fin es la libertad de expansión de esa persona, sabiendo que hará falta toda la historia humana para acabar la conquista de esa libertad. Sabiendo que en la jerarquía de los valores tienen el primer lugar el desarrollo de la vida del espíritu, la contemplación y el amor. Lo que allí hay de «principal» en la obra política, no es la ambición que reclama ser satisfecha, ni la dominación externa sobre la naturaleza material o sobre los demás pueblos; es la marcha lenta y difícil hacia un ideal histórico de amistad fraterna entre los pobres hijos maltrechos de una desgraciada especie, hecha para la absoluta alegría». Jacques Maritain, en «Sur», N.° 57, págs. 33 y 34.

(36) «Lo que estaba agotado en la Francia de los últimos veinte años era la facultad de engendrar, mantener y exaltar, estas creencias colectivas que aseguran, a la vez, la energía, la «efficiency» y la disciplina de la acción colectiva. A propósito de la psicología de los franceses durante la gran crisis económica, he empleado la expresión del «crepúsculo de los mitos»: esta expresión vale realmente por todo el período que va, de la victoria de 1918 a la derrota de ayer. Nada lleva a creer que los franceses se hayan hecho, hablando en absoluto, más malor, en el curso de estos últimos veinte años, y bajo muchos aspectos puede decirse que han mejorado; pero contra la invasión de ideologías y de pasiones destructivas, les ha faltado la protección de un sis-

tema indiscutido de creecias, de imágenes y de aspiraciones, en una palabra, de un «mito». La desaparición del espíritu de la Revolución Francesa ha segado por un tiempo, en el alma del pueblo francés, la facultad creadora de mitos. Y LAS SOCIEDADES QUE TIENEN LA INICIATIVA DEL MOMENTO HISTORICO, AQUELLAS QUE VERDADERAMENTE HACEN LA HISTORIA, SON AQUELLAS A LAS QUE ANIMAN MITOS POTENTES». Yves Simón: «La grande crise de la Republique Francaise». Montreal, 1941, págs. 226, 227.

FIN

Carlos Real de Azúa

ESPAÑA DE CERCA Y DE LEJOS

EDICIONES CEIBO

1943